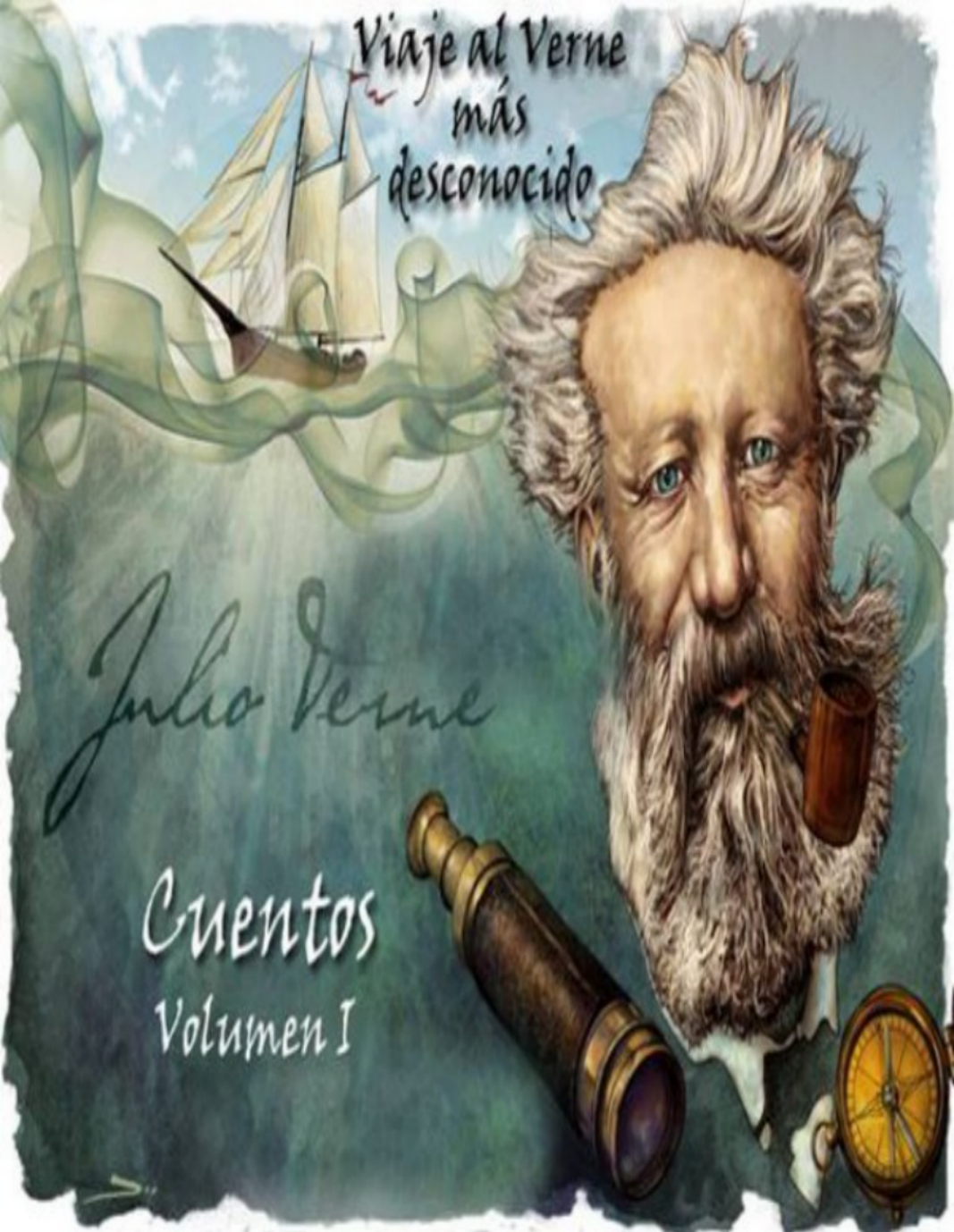


Viaje al Verne
más
desconocido

Julio Verne

Cuentos
Volumen I



Viaje al Verne más desconocido es, ante todo, un intento de mostrar y entender al Verne más desconocido que no se refleja en sus obras más célebres, pero que está presente, sigue estando presente. Y después de ciento ochenta y cinco años de su muerte, y más de un siglo y medio después de que fueran escritas algunas de sus obras más famosas, sigue siendo uno de los autores más preferidos de una juventud que sigue buscando a su alrededor el sentido de la maravilla, y los ya adultos no lo leemos tampoco con desgana, rememorando aquella ilusión infantil con que saboreábamos sus páginas.

Julio Verne puede ser un simple escritor de aventuras científicas, nadie lo discute; pero mientras siga despertando sentimientos en nosotros, seguirá siendo un gran autor, y seguiremos leyéndolo generación tras generación. Cosa que no podemos decir de muchos de sus contemporáneos, ni tampoco de la gran mayoría de los autores posteriores, consagrados, de la Ciencia Ficción.

- [JULIO VERNE](#)
- [Sinopsis](#)
- [VIAJE AL VERNE MÁS DESCONOCIDO](#)
- [Un drama en México1](#)
- [Una fantasía del doctor Ox](#)
- [El humbug](#)
- [Maestro Zacarías](#)
- [Martín Paz](#)
- [Un drama en los aires](#)
- [Diez horas de caza](#)
- [El conde de Chanteleine](#)
- [Gil Braltar](#)
- [Frriitt-Flacc](#)
- [notes](#)

JULIO VERNE

Viaje al Verne más desconocido: Cuentos Vol. 1

Traducción de Juan Suárez, Javier Palau, Cristian Tello Ariel Pérez

Sinopsis

Viaje al Verne más desconocido es, ante todo, un intento de mostrar y entender al Verne más desconocido que no se refleja en sus obras más célebres, pero que está presente, sigue estando presente. Y después de ciento ochenta y cinco años de su muerte, y más de un siglo y medio después de que fueran escritas algunas de sus obras más famosas, sigue siendo uno de los autores más preferidos de una juventud que sigue buscando a su alrededor el sentido de la maravilla, y los ya adultos no lo leemos tampoco con desgana, rememorando aquella ilusión infantil con que saboreábamos sus páginas.

Julio Verne puede ser un simple escritor de aventuras científicas, nadie lo discute; pero mientras siga despertando sentimientos en nosotros, seguirá siendo un gran autor, y seguiremos leyéndolo generación tras generación. Cosa que no podemos decir de muchos de sus contemporáneos, ni tampoco de la gran mayoría de los autores posteriores, consagrados, de la Ciencia Ficción.

Traductor: Ariel Pérez, Juan Suárez, Javier Palau, Cristian Tello

Autor: Verne, Julio

ISBN: 5705547533428

Generado con: QualityEbook v0.60

Generado por: Amezcua, 17/01/2013

VIAJE AL VERNE MÁS DESCONOCIDO

Julio Verne escribió la mayoría de sus cuentos en sus años de juventud. Muchos de ellos fueron publicados en el *Musée des familles* o *Museo de las familias*, una revista editada por Pitre-Chevalier (1813-1863), un amigo del escritor y paisano de Nantes, su ciudad natal. Julio Verne nunca pensó que años más tarde algunos de sus cuentos llegarían a formar parte de su famosa colección de novelas los *Viajes Extraordinarios*, al ser adicionados por su editor P.J. Hetzel a algunas de sus novelas no muy extensas, con la finalidad de que estas alcanzasen la categoría de volumen.

La producción de estos cuentos no es muy abundante, pero reúnen dos peculiaridades: una, ser prácticamente desconocida por el gran público y, otra, pertenecer, en buena parte, a un género que Verne prodigó poco en sus novelas largas: la fantasía pura y una ciencia ficción de mayor alcance que la simple especulación a corto plazo de los progresos científicos del momento.

Es posible que Verne agobiado por las exigencias impuestas por Hetzel (su contrato le exigía escribir varias obras al año; se habla de tres pero en general parece que eran dos, y Verne estableció un ritmo de una durante los muchos años de su colaboración) hallara en estas obras cortas una especie de desahogo.

Algunas son de mero entretenimiento como *El humbug*, una sátira del modo de vida americano, o *Los amotinados de la Bouny*, una recreación del célebre suceso histórico. Pero otras son de un notable interés para comprender a un Verne desconocido que no se refleja en sus obras más célebres, pero está presente pese a todo el conjunto de su producción, aunque sea entre bastidores.

La mayor parte de los cuentos fueron publicados en vida de Julio Verne. Otros, los menos, vieron la luz después de su muerte.

En este primer volumen se incluyen diez de los, hasta ahora conocidos, veintiún cuentos que escribió Verne.

Un drama en México¹

Los primeros navíos de la Marina mexicana Editado por Ariel Pérez

Género: Cuento

Año de publicación: 1851

Síntesis:

Una insurrección se produce a bordo de dos viejos navíos españoles, donde el capitán es asesinado y los rebeldes intentan vender los barcos al incipiente gobierno mexicano que aún no tiene Marina. Para ello viajan desde Acapulco hasta la ciudad de México, sin saber que son perseguidos por hombres leales al capitán asesinado en el motín. Este relato, basado en una historia real, fue el primero escrito por Verne a sus veintitrés años, titulándolo «Los primeros navíos de la Marina mexicana».

Capítulo I Desde la isla de Guaján a Acapulco

El 18 de octubre de 1824, el *Asia*, bajel español de alto bordo, y la *Constancia*, brick de ocho cañones, partían de Guaján, una de las islas Marianas. En los seis meses transcurridos desde su salida de España, sus tripulaciones, mal alimentadas, mal pagadas, agotadas de fatiga, agitaban sordamente propósitos de rebelión. Los síntomas de indisciplina se habían hecho sentir sobre todo a bordo de la *Constancia*, mandada por el capitán, señor Orteva, un hombre de hierro al que nada hacía plegarse. Algunas averías graves, tan imprevistas que sólo cabía atribuir las a la malevolencia, habían retrasado al brick en su travesía. El *Asia*, mandado por don Roque de Guzuarte, se vio obligado a permanecer con él. Una noche la brújula se rompió sin que nadie supiera cómo. Otra noche los obenques de mesana fallaron como si hubieran sido cortados y el mástil se derrumbó con todo el aparejo. Finalmente, los guardines del timón se rompieron por dos veces durante una maniobra importante.

La isla de Guaján, como todas las Marianas, depende de la Capitanía General de las islas Filipinas. Los españoles, que llegaban a posesiones propias, pudieron reparar prontamente sus averías.

Durante esta forzada estancia en tierra, Orteva informó a don Roque del relajamiento de la disciplina que había notado a bordo, y los dos capitanes se comprometieron a redoblar la vigilancia y la severidad.

El señor Orteva tenía que vigilar más especialmente a dos de sus

hombres, el teniente Martínez y el gaviero José.

Habiendo comprometido el teniente Martínez su dignidad de oficial en los conciliábulos del castillo de proa, fue arrestado varias veces y, durante estos arrestos, le reemplazó en sus funciones de segundo de la *Constancia* el aspirante Pablo. En cuanto al gaviero José, se trataba de un hombre vil y despreciable, que sólo medía sus sentimientos en dinero contante y sonante. Así, pues, se vio vigilado de cerca por el honrado contraмаestre Jacopo, en quien el señor Orteva tenía plena confianza.

El aspirante Pablo era una de esas naturalezas privilegiadas, francas y valerosas, a las que la generosidad inspira las más grandes acciones. Huérfano, recogido y educado por el capitán Orteva, se hubiera dejado matar por su bienhechor. Durante sus conversaciones con Jacopo, el contraмаestre, se permitía, arrastrado por el ardor de su juventud y los impulsos de su corazón, hablar del cariño filial que sentía por el señor Orteva, y el buen Jacopo le estrechaba vigorosamente la mano, porque comprendía lo que el aspirante expresaba tan bien. De esta manera el señor Orteva contaba con dos hombres devotos en los que podía tener absoluta confianza. Pero ¿qué podían hacer ellos tres contra las pasiones de una tripulación indisciplinada? Mientras intentaban día y noche triunfar sobre aquel espíritu de discordia, Martínez, José y los demás marineros seguían progresando en sus planes de rebeldía y traición.

El día antes de zarpar, el teniente Martínez estaba en una taberna de los bajos fondos con algunos contraмаestres y una veintena de marinos de los dos navíos.

—Compañeros —dijo el teniente Martínez—, gracias a las oportunas averías que hemos tenido, el *brick* y el navío han tenido que hacer escala en las Marianas y he podido acudir aquí en secreto a hablar con ustedes.

—¡Bravo! —exclamó la asamblea al unísono.

—¡Hable, teniente, y háganos conocer su proyecto! —dijeron entonces varios marineros.

—He aquí mi plan —respondió Martínez—. En cuanto nos hayamos apoderado de los dos barcos, pondremos proa hacia las costas de México. Saben ustedes que la nueva Confederación carece de Marina. Comprará, pues, a ojos cerrados nuestros barcos, y no solamente cobraremos nuestro salario de esa forma, sino que lo que sobre de la venta será igualmente compartido por todos.

—¡De acuerdo!

—¿Y cuál será la señal para actuar simultáneamente en las dos embarcaciones? —preguntó el gaviero José.

—Se disparará un cohete desde el *Asia* —respondió Martínez—. ¡Ese será el momento! Somos diez contra uno, y haremos prisioneros a

los oficiales del navío y del *brick* antes de que se hayan apercebido de nada.

—¿Cuándo se dará la señal? —preguntó uno de los contramaestres de la *Constancia*.

—Dentro de algunos días, cuando lleguemos a la altura de la isla de Mindanao.

Pero, ¿no recibirán a cañonazos los mexicanos a nuestros barcos? —objetó el gaviero José—. Si no me equivoco, la Confederación ha emitido un decreto por el que se someten a vigilancia todas las embarcaciones españolas y quizá, en lugar de oro, nos regalen una lluvia de hierro y de plomo.

—Puedes estar tranquilo, José. Haremos que nos reconozcan, ¡y desde bien lejos! —replicó Martínez.

—¿Y cómo?

—Izando en lo más alto del palo mayor de nuestros bergantines el pabellón de México.

Mientras decía esto, el teniente Martínez desplegó ante los ojos de los rebeldes una bandera verde, blanca y roja.

Un sombrío silencio recibió la aparición del emblema de la independencia mexicana.

—¿Añoran ya la bandera de España? —gritó el teniente con tono burlón—. ¡Pues bien, que los que experimenten tales añoranzas se separen de nosotros y viren de borda a las órdenes del capitán Orteva y del comandante don Roque! ¡En cuanto a nosotros, que no queremos seguir obedeciendo, sabremos reducirles a la impotencia!

—¡Bien! ¡Bien! —gritó toda la asamblea unánimemente.

—¡Compañeros! —volvió a hablar Martínez—. Nuestros oficiales cuentan con los vientos alisios para bogar hacia las islas de la Sonda; pero ¡les demostraremos que, aun sin ellos, se pueden correr bordadas contra los monzones del océano Pacífico!

Después de estas palabras, los marineros que asistían a este conciliábulo secreto se separaron y, por diversos caminos, regresaron a sus respectivos navíos.

Al alba del día siguiente el *Asia* y la *Constancia* levaron anclas y, poniendo proa al sudoeste, el navío y el *brick* se dirigieron a toda vela hacia Nueva Holanda. El teniente Martínez volvía a desempeñar sus funciones, pero, de acuerdo con las órdenes del capitán Orteva, estaba estrechamente vigilado.

No obstante, siniestros presentimientos asaltaban al señor Orteva. Comprendía cuán inminente era el derrumbe de la Marina española, a la que la insubordinación llevaba a la catástrofe. Además, su patriotismo no podía soportar los continuos reveses que abrumaban a su país, que habían culminado con la revolución de los estados mexicanos. Hablaba algunas veces con el aspirante Pablo de estas

graves cuestiones, sobre todo de lo que concernía a la antigua supremacía de la flota española en todos los mares.

—¡Hijo mío! —le dijo un día—. Ya no se conoce la disciplina entre nuestros marineros. Los síntomas de revuelta son especialmente visibles a bordo de mi barco y puede (tengo ese presentimiento) que alguna traición indigna me prive de la vida. Pero tú me vengarás, ¿no es verdad? ¡Y vengarás a la vez a España, a la que se quiere dañar matándome a mí!

—¡Se lo juro, capitán Orteva! —respondió Pablo.

—No te enemistes con nadie de a bordo, hijo mío, pero acuérdate, cuando llegue el día, que en estos desafortunados tiempos la mejor manera de servir a la patria es vigilar primero, y castigar después, si es posible, a los que quieren hacerla traición.

—¡Le prometo morir, morir si es preciso, con tal de castigar a los traidores! —respondió el aspirante.

Hacía tres días que los navíos habían zarpado de las Marianas. La *Constancia* avanzaba a todo trapo impulsada por un ligero vientecillo. El *brick*, gracioso, ágil, esbelto, a ras de agua, con la arboladura inclinada hacia atrás, saltaba sobre las olas que salpicaban de espuma sus ocho carronadas de calibre seis.

—Doce nudos, mi teniente —comentaba una tarde el aspirante a Martínez—. Si seguimos navegando de esta forma, viento en popa, la travesía no será larga.

—¡Dios lo quiera! Ya hemos sufrido bastante y es hora de que acaben nuestras dificultades.

El gaviero José estaba en ese momento cerca del alcázar de popa y escuchaba las palabras del teniente.

—No debemos tardar mucho en avistar tierra —dijo entonces Martínez en voz alta.

—La isla de Mindanao, en efecto —contestó el aspirante—. Estamos a ciento cuarenta grados de longitud oeste y a ocho de latitud norte, y, si no me equivoco, la isla está...

—A ciento cuarenta grados treinta y nueve minutos de longitud y a siete grados de latitud —replicó vivamente Martínez.

José levantó la cabeza y, después de hacer una señal imperceptible, se dirigió hacia el castillo de proa.

—¿Tiene el cuarto de guardia de medianoche, Pablo? —preguntó Martínez.

—Sí, mi teniente.

—Ya son las seis de la tarde, así que no le entretengo.

Pablo se retiró.

Martínez se quedó solo sobre la toldilla, y dirigió la vista hacia el *Asia*, que navegaba a la estela del *brick*. La tarde era magnífica y hacía presagiar una de esas hermosas noches tropicales, frescas y tranquilas.

El teniente escudriñó entre las sombras a los hombres de la guardia. Distinguió a José y a algunos de los marinos con los que había hablado en la isla de Guaján. Luego se aproximó un momento al hombre que estaba al timón. Le dijo unas palabras en voz baja y eso fue todo.

No obstante, se hubiera podido percibir que la rueda había sido apuntada un poco más a barlovento, de forma que el *brick* no tardó en acercarse sensiblemente al navío de línea.

Contrariamente a las costumbres de a bordo, Martínez paseaba contra el viento a fin de observar mejor al *Asia*. Inquieto y nervioso, apretaba un megáfono en su mano.

De improviso, una detonación se oyó a bordo del navío.

A esta señal, Martínez saltó sobre el banco de los hombres del cuarto y, con voz potente, ordenó:

—¡Todo el mundo al puente! ¡Cargar las velas bajas!

En ese instante, el capitán Orteva, seguido de sus oficiales, salió de la toldilla y, dirigiéndose al teniente, preguntó:

—¿Por qué esta maniobra?

Martínez, sin responderle, saltó del banco de cuarto y corrió al castillo de proa.

—¡El timón a sotavento! —ordenó— ¡Las brazas de babor por delante! ¡Bracear! ¡Suelta la escota del foque mayor! En este momento, nuevas detonaciones estallaban a bordo del *Asia*.

La tripulación obedeció las órdenes del teniente, y el *brick*, virando bruscamente a barlovento, se inmovilizó y se puso al paio con la gavia pequeña.

El capitán, volviéndose entonces hacia los pocos hombres que se habían apiñado en torno a él, gritó:

¡A mí, mis valientes! —y avanzando hacia Martínez, ordenó: ¡Que se detenga a este oficial!

—¡Muerte al capitán! —respondió Martínez.

Pablo y dos oficiales más empuñaron la espada y las pistolas. Algunos marineros, con Jacopo al frente, se lanzaron en su ayuda; pero, detenidos al instante por los amotinados, fueron desarmados y se vieron en la imposibilidad de actuar.

Los infantes de marina y la tripulación se alinearon a lo largo del barco y avanzaron contra sus oficiales. Los hombres fieles, acorralados contra la toldilla, sólo podían hacer una cosa: lanzarse sobre los rebeldes.

El capitán Orteva dirigió el cañón de su pistola contra Martínez.

En ese instante, un cohete se elevó desde el *Asia*.

—¡Hemos vencido! —gritó Martínez.

El disparo del capitán se perdió en el aire.

La escena no fue larga. El capitán atacó cuerpo a cuerpo al

teniente; pero pronto, abrumado por el superior número de enemigos y gravemente herido, se tuvo que someter. Sus oficiales compartían su suerte unos momentos más tarde.

Izaron algunos fanales en las jarcias del *brick* para avisar a los del Asia. El motín había estallado y triunfado también a bordo del navío de línea.

El teniente Martínez era el amo a bordo de la *Constancia* y sus prisioneros fueron arrojados en desorden al interior de la cámara del consejo.

Pero, a la vista de la sangre, se habían reavivado los instintos feroces de la tripulación. No era suficiente haber vencido, había también que matar.

—¡Degollémoslos! —gritaban muchos de aquellos locos—. ¡Vamos a matarlos! ¡Los muertos no hablan!

El teniente Martínez, a la cabeza de los amotinados más sanguinarios, se lanzó hacia la cámara del consejo; pero el resto de la tripulación se opuso a la matanza y los oficiales se salvaron.

—¡Traigan al capitán Orteva al puente! —ordenó Martínez. Se le obedeció.

—Orteva —dijo Martines—, ahora soy yo quien manda los dos barcos. Don Roque es, como tú, prisionero mío. Mañana los abandonaremos a los dos en una costa desierta; luego dirigiremos nuestra ruta hacia los puertos de México y los barcos serán vendidos al gobierno republicano.

—¡Traidor! —exclamó Orteva.

—¡Relinquen las velas bajas! ¡Aten a este hombre en la toldilla! —dijo, señalando al capitán. Se le obedeció.

—¡Los demás, al fondo de la cala! ¡Listos para virar por adelante! ¡Orden! ¡Adelante, camaradas!

La maniobra fue prontamente ejecutada. El capitán Orteva se encontró desde entonces a sotavento del navío, tapado por la cangreja, y todavía se le oía llamar a su teniente «infame» y «traidor».

Martínez, fuera de sí, se lanzó sobre la toldilla con un hacha en la mano. Le impidieron llegar junto al capitán; pero, de un fuerte hachazo, consiguió cortar las escotas de la cangreja. La botavara, violentamente arrastrada por el viento, golpeó al capitán y le destrozó el cráneo.

Un grito de horror se elevó desde el *brick*.

—¡Ha sido un accidente! —exclamó Martínez—¡Arrojen el cadáver al mar!

Y se le obedeció de nuevo.

Los dos navíos reemprendieron su ruta a toda vela hacia las costas mexicanas.

Al día siguiente avistaron un islote a estribor. Se lanzaron los

botes del *Asia* y la *Constancia* y los oficiales, con excepción del aspirante Pablo y del contraamaestre Jacopo, que se habían pasado al bando del teniente Martínez, fueron abandonados en la desierta costa. Pero, por suerte, algunos días más tarde fueron recogidos por un ballenero inglés que los llevó a Manila.

Unas semanas después los dos barcos fondeaban en la bahía de Monterrey, al norte de la antigua California. Martínez dio cuenta de sus intenciones al comandante militar del puerto. Le ofrecía entregar a México, que carecía de marina de guerra, los dos navíos españoles con sus municiones y su armamento, así como poner sus tripulaciones a disposición de la Confederación mexicana. En contrapartida, ésta debía pagarles todo lo que se les adeudaba desde su partida de España.

A estas propuestas, el gobernador respondió declarando que carecía de las atribuciones suficientes para pactar. Así, pues, animó a Martínez a dirigirse a México, donde podría fácilmente concluir él mismo este asunto. El teniente siguió su consejo, y, dejando al *Asia* en Monterrey, después de un mes de holganza se hizo a la mar con la *Constancia*. Pablo, Jacopo y José formaban parte de la tripulación, y el *brick*, a toda vela con viento a favor se dirigió a toda marcha hacia Acapulco.

Capítulo II

De Acapulco a Cigualán

De los cuatro puertos mexicanos en el océano Pacífico, San Blas, Zacatula, Tehuantepec y Acapulco, este último es el que ofrece más recursos a los navíos. La ciudad es malsana y está mal construida, ciertamente, pero la rada es segura y podría contener cien barcos con facilidad. Altos acantilados protegen las embarcaciones por todas partes y forman una dársena tan apacible, que un extranjero que llegara desde tierra creería ver un lago encerrado en un círculo de montañas.

En esta época, Acapulco estaba protegido por tres bastiones que la flanqueaban por la derecha, mientras que la bocana del puerto estaba defendida por una batería de siete cañones que podía, si era preciso, cruzar sus fuegos en ángulo recto con los del fuerte de San Diego. Este último, provisto de treinta piezas de artillería, dominaba toda la rada y podía hundir, con toda certeza, cualquier navío que intentara forzar la entrada del puerto.

La ciudad no tenía, pues, nada que temer; no obstante, tres meses después de los acontecimientos arriba descritos, fue sobrecogida por un pánico general.

En efecto, se había indicado la presencia de un navío en alta mar.

Sumamente inquietos por las intenciones de la embarcación sospechosa, los habitantes de Acapulco se sentían poco seguros. La causa era que la nueva Confederación aún temía, y no sin razón, la vuelta de la dominación española; porque, a pesar de los tratados de comercio firmados con Gran Bretaña y por más que hubiera llegado ya de Londres un embajador que había reconocido a la nueva República, el gobierno mexicano no tenía ni un solo navío que protegiera sus costas.

Quien quiera que fuese, el barco no podría pertenecer más que a un osado aventurero, y los vientos del nordeste que tan furiosamente soplan en estos parajes desde el equinoccio de otoño a la primavera, iban a someter a dura prueba sus relingas. Por eso los habitantes de Acapulco no sabían qué pensar, y se preparaban, por si acaso, a rechazar un desembarco extranjero, cuando el tan temido navío ¡desplegó en lo alto del mástil la bandera de la independencia mexicana!

Llegado casi al alcance de los cañones del puerto, la *Constancia*, cuyo nombre se podía distinguir claramente en el espejo de popa, fondeó repentinamente. Se plegaron las velas en las vergas y desabordó una chalupa que poco después atracaba en el muelle.

Tan pronto como desembarcó, el teniente Martínez se dirigió a la casa del gobernador y le puso al corriente de las circunstancias que hasta él le traían. Este aprobó la determinación del teniente de dirigirse a México para obtener del general Guadalupe Victoria, presidente de la Confederación, la ratificación del trato. Apenas fue conocida esta noticia en la ciudad, estallaron los transportes de alegría. Toda la población acudió a admirar el primer navío de la marina mexicana, y vio en su posesión, junto con una prueba de la indisciplina española, el medio de oponerse más radicalmente aún a cualquier nueva tentativa de sus antiguos dueños.

Martínez regresó a bordo. Algunas horas después el brick *Constancia* fue amarrado en el puerto y su tripulación albergada por los habitantes de Acapulco. Sólo que, cuando Martínez pasó lista a sus hombres, Pablo y Jacopo habían desaparecido.

Entre todos los países del globo, México se caracteriza por la extensión y la altura de su meseta central. La cadena de las cordilleras, que recibe el nombre de Andes en su totalidad, atraviesa toda la América meridional, surca Guatemala y, a su entrada en México se divide en dos ramas que accidentan paralelamente las dos costas del territorio.

Ahora bien, estas dos ramas no son más que las vertientes de la inmensa meseta de Anahuac, situada a dos mil quinientos metros sobre el nivel de los mares vecinos. Esta sucesión de llanuras, mucho más extensas y no menos monótonas que las de Perú y Nueva

Granada, ocupa las tres quintas partes del país. La cordillera, al penetrar en la antigua intendencia de México, toma el nombre de Sierra Madre y, a la altura de las ciudades de San Miguel y Guanajuato, se divide en tres ramas y va perdiéndose hacia los cincuenta y siete grados de latitud norte.

Entre el puerto de Acapulco y México, que distan entre sí ochenta leguas, los movimientos del terreno son menos bruscos y los declives menos abruptos que entre México y Veracruz. Después de haber hollado el granito que aflora en las estribaciones cercanas al gran Océano, material en el que está tallado el puerto de Acapulco, el viajero no encuentra más que ese tipo de rocas porfíricas de las que la industria extrae yeso, basalto, caliza, estaño, cobre, hierro, plata y oro. Pero la ruta de Acapulco a México ofrecía panoramas y singulares sistemas de vegetación que no siempre eran notados por los dos jinetes que cabalgaban uno junto al otro algunos días después de que el brick *Constancia* llegara al fondeadero.

Eran Martínez y José. El gaviero conocía perfectamente el camino. ¡Había recorrido tantas veces las montañas del Anahuac! Por eso rehusó los servicios del guía indio que les habían propuesto, y, cabalgando en dos excelentes caballos, los dos aventureros se dirigieron rápidamente hacia la capital mexicana.

Después de dos horas de un rápido galope que no les había permitido hablar, los jinetes se detuvieron.

—¡Al paso, mi teniente, al paso! —exclamó sofocado José—. ¡Santa María! ¡Preferiría cabalgar durante dos horas en el sobrejuanete durante una ráfaga de noroeste!

—¡Démonos prisa! —respondió Martínez— ¿Tú conoces bien el camino, José? ¿Lo conoces bien de veras?

—Tan bien como tú la ruta de Cádiz a Veracruz; y, además, no nos retrasarán ni las tempestades del golfo, ni las barras de Taspán o de Santander. Así que, ¡al paso!

—¡No, al contrario, más deprisa! —replicó Martínez, espoleando su caballo—. Temo la desaparición de Pablo y Jacopo. ¿Pretenderán aprovecharse ellos solos del trato y robarnos nuestra parte?

—¡Por Santiago! ¡No faltaría más que eso: robar a buenos ladrones, como nosotros! —respondió cínicamente el gaviero.

—¿Cuántos días de marcha tendremos antes de llegar a México?

—Cuatro o cinco, mi teniente. ¡Un paseo! Pero vayamos al paso. ¿No se da cuenta de que el terreno sube a ojos vista?

En efecto, las primeras ondulaciones de las montañas se hacían notar en la amplia llanura.

—Nuestros caballos no están herrados —añadió el gaviero, deteniéndose —y sus pezuñas se desgastan con rapidez en estas rocas de granito. Pero bueno, no hablemos mal de este suelo. ¡Hay oro

debajo de él y, por más que nosotros caminemos encima, mi teniente, eso no quiere decir que lo despreciemos!

Los dos viajeros habían llegado a una pequeña eminencia, sombreada profusamente por palmeras de abanico, nopales y salvias mexicanas. A sus pies se extendía una vasta llanura cultivada y toda la exuberante vegetación de las tierras cálidas se ofrecía a sus ojos. A su izquierda, un bosque de caobas limitaba el paisaje. Elegantes pimenteros balanceaban sus flexibles ramas bajo las brisas ardientes del Pacífico. Los campos de caña de azúcar erizaban la campiña. Magníficos algodones agitaban sin ruido sus penachos de seda gris. Por todos lados crecían el convólvulo o jalapa medicinal y el ají, junto a las plantas de índigo y de cacao, el palo de campeche y el guayaco. Todos los variados productos de la flora tropical, dalias, mentzeliás y heliótropos, irisaban con sus colores esta tierra maravillosa que es la más fértil de la intendencia mexicana.

Ciertamente toda esta naturaleza tan bella parecía animarse bajo los ardientes rayos que el sol lanzaba a raudales; pero también, con este calor ardiente, sus desgraciados habitantes se debatían bajo los zarpazos de la fiebre amarilla. Por eso los campos, inanimados y desiertos, permanecían sin movimiento y sin ruido.

—¿Cómo se llama ese cono que se eleva ante nosotros en el horizonte? —preguntó Martínez a José.

—Es la colina de la Brea, apenas más elevada que el resto de la llanura —respondió desdeñosamente el gaviero.

Esta colina era la primera altura importante de la inmensa cadena de las cordilleras.

—Apretemos el paso —dijo Martínez, predicando con el ejemplo—. Nuestros caballos proceden de las haciendas del México septentrional y se han acostumbrado a las desigualdades del terreno en sus correrías por las sabanas. Aprovechemos la pendiente favorable del camino y salgamos de estas soledades que no parecen hechas para alegrarnos.

—¿Acaso tendrá remordimientos el teniente Martínez? —preguntó José, encogiéndose de hombros.

—¿Remordimientos...? ¡No...!

Martínez volvió a guardar un mutismo absoluto, y ambos marcharon al trote rápido de sus monturas.

Llegaron a la colina de la Brea, que franquearon por senderos abruptos, a lo largo de precipicios que aún no eran los insondables abismos de Sierra Madre. Después, una vez recorrida la vertiente opuesta, los dos jinetes se detuvieron para dar un descanso a los caballos.

El sol ya estaba a punto de desaparecer por el horizonte cuando Martínez y su compañero llegaron al pueblo de Cigualán. La aldea

estaba formada por algunas chozas habitadas por indios pobres, de esos a los que se denomina mansos, es decir, agricultores. Los indígenas sedentarios son, en general, muy perezosos porque no tienen más que tomar las riquezas que les prodiga una tierra tan fecunda. Su holgazanería también les distingue claramente de los indios empujados a las mesetas superiores, a los que la necesidad ha vuelto industriosos, así como de los nómadas del Norte, que, como, viven de la depredación y las rapiñas, no tienen nunca morada fija.

Los españoles no obtuvieron muy buen recibimiento en el pueblo. Reconociéndoles como a sus antiguos opresores, los indios se mostraron poco dispuestos a serles útiles.

Por otra parte, otros dos viajeros acababan de atravesar la aldea antes que ellos y habían acabado con la poca comida disponible.

El teniente y el gaviero no tomaron en cuenta esta circunstancia, que, por otra parte, no tenía nada de extraordinaria.

Martínez y José se protegieron, pues, bajo una especie de enramada y se prepararon para cenar una cabeza de carnero. Excavaron un agujero en el suelo y, después de haberlo llenado de leña y de piedras adecuadas para conservar el calor, esperaron a que se consumieran las materias combustibles; luego depositaron sobre las cenizas calientes, sin más preparación, la carne, cubierta con hojas aromáticas, y recubrieron todo herméticamente con ramas y tierra amontonada. Al cabo de un rato su cena estaba a punto, y la devoraron como hombres a los que un largo camino ha azuzado el apetito. Cuando acabaron su comida, se echaron en el suelo con el puñal en la mano. Después, sobreponiéndose su fatiga a la dureza del suelo y a las constantes picaduras de los mosquitos, no tardaron en dormirse.

Pero Martínez, en su agitado sueño, repitió varias veces los nombres de Jacopo y de Pablo, cuya desaparición le preocupaba sin cesar.

Capítulo III

De Cigualán a Tasco

Al día siguiente los caballos estaban ensillados y embridados antes de la salida del sol. Los viajeros, cabalgando por senderos apenas marcados que serpenteaban ante ellos, se internaron hacia el este atajando al sol. Su viaje parecía auspiciarse favorablemente. Si no hubiera sido por la actitud taciturna del teniente, que contrastaba con el buen humor del gaviero, se les habría tomado por las personas más honradas de la tierra. El terreno ascendía cada vez más. La inmensa meseta de Chilpancingo, en la que reina el mejor clima de México, no tardó en extenderse hasta los confines del horizonte. Esta región,

perteneciente a la zona templada, está situada a mil quinientos metros sobre el nivel del mar, y no experimenta ni los calores de las tierras bajas ni los fríos de las zonas elevadas. Pero, dejando este oasis a su derecha, los dos españoles llegaron a la aldea de San Pedro y, luego de tres horas de descanso, reemprendieron su ruta dirigiéndose al pequeño pueblo de Tutela del Río.

—¿Dónde vamos a pernoctar? —preguntó Martínez.

—En Tasco —respondió José—. Una gran ciudad, comparada con estas aldeillas, mi teniente.

—¿Hay alguna buena posada?

—Sí, y en un buen clima, bajo un hermoso cielo, en Tasco el sol calienta menos que al borde del mar. De esa forma, apenas sin enterarse a medida que se va subiendo, llega uno gradualmente a helarse en las cimas del Popocatepetl.

—¿Cuándo atravesaremos las montañas, José?

—Pasado mañana al atardecer, mi teniente. Desde las cumbres podremos vislumbrar, muy lejos, eso sí, el término de nuestro viaje. ¡México es, realmente, una ciudad de oro! ¿Sabe usted en lo que estoy pensando, mi teniente?

Martínez no respondió.

—Me pregunto qué habrá sido de los oficiales del *brick* y del navío que abandonamos en aquel islote.

Martínez se estremeció.

—¡No lo sé...! —respondió sordamente.

—Me gusta pensar —continuó José—que todos esos altaneros personajes se han muerto de hambre. Por otra parte, cuando los desembarcamos algunos cayeron al mar, y por esos parajes hay una especie de tiburón, la tintorera, que no perdona. ¡Virgen Santa! ¡Si el capitán Orteva levantara la cabeza, ya podríamos irnos ocultando en el vientre de una ballena! Pero, por fortuna, su cabeza estaba a la altura de la botavara cuando las escotas se rompieron tan oportunamente...

—¡Cállate de una vez!

El marinero puso punto en boca.

¡A buenas horas le entran los escrúpulos! —pensó José.

Luego, en voz alta, recommenzó:

—Cuando regresemos me quedaré a vivir en este hermoso país de México. ¡Se hacen las singladuras entre piñas y bananas y se encalla en arrecifes de oro y de plata!

—¿Por eso te decidiste a hacer traición? —preguntó Martínez.

—¿Por qué no, mi teniente? ¡Asunto de piastras!

—¡Ah...! —exclamó Martínez con desagrado.

—¿Y usted? —preguntó José.

—¿Yo? ¡Por cuestiones de jerarquía! ¡El teniente pretendía, ante

todo, vengarse del capitán!

—¡Ah...! —exclamó José, despreciativo.

Los dos eran tal para cual, fuesen cuales fueran sus móviles.

—¡Calla...! —murmuró Martínez, deteniéndose con brusquedad—.

¿Ves algo por aquel lado?

José se irguió sobre los estribos.

—No hay nadie —respondió.

—¡He visto desaparecer rápidamente a un hombre! —dijo Martínez.

—¡Imaginaciones!

—¡Lo he visto! —repitió Martínez, impaciente.

—¡Pues bien, explore, si ese es su gusto...!

Y José continuó su camino. Martínez avanzó solo hacia un matorral de ese tipo de mangles cuyas ramas, al tocar el suelo, echan raíces y forman malezas impenetrables. El teniente echó pie a tierra. La soledad era completa.

De pronto, observó una especie de espiral que se removía en la sombra. Era una serpiente de pequeño tamaño, con la cabeza aplastada por una piedra, y que retorció aún la parte posterior de su cuerpo como si estuviese galvanizada.

—¡Había alguien aquí! —murmuró el teniente.

Martínez, supersticioso y con remordimientos, miró hacia todas partes. Empezó a temblar.

—¿Quién sería...? —susurró.

—¿Qué pasa? —preguntó José, que se había reunido con su compañero.

—¡Nada, nada! —respondió Martínez—.

—¡Vámonos!

Los viajeros bordearon a continuación las riberas del Mexala, pequeño afluente del río Balsas, cuyo curso también remontaron. Pronto, algunas humaredas delataron la presencia de indígenas, y el pequeño pueblo de Tutela del Río apareció ante sus ojos.

Pero los españoles, que tenían prisa por llegar a Tasco antes de anochecer, dejaron el pueblo luego de unos momentos de reposo. El camino se hacía más abrupto. Sus monturas tenían que ir casi siempre al paso. Aquí y allá, pequeños olivares empezaron a aparecer en las laderas de las montañas. Tanto en el terreno como en la temperatura y la vegetación se manifestaban notables diferencias. No tardó en caer la noche. Martínez seguía a pocos pasos a su guía. Este se orientaba con trabajo en medio de las espesas tinieblas, buscando los senderos practicables, renegando unas veces contra un tronco que le hacía tropezar, otras contra una rama que le azotaba la cara y amenazaba con apagar el excelente habano que fumaba.

El teniente dejaba que su caballo siguiera al de su compañero.

Vagos remordimientos le acometían, sin advertir que era presa de una obsesión. La noche había caído por completo. Los viajeros apretaron el paso. Atravesaron sin detenerse las aldeas de Contepec y de Iguala, y llegaron al fin a Tasco.

José tenía razón. Era una gran ciudad después de las insignificantes aldeas que habían atravesado. Una especie de posada se abría en la calle principal. Tras dejar sus caballos a un mozo de cuadra, entraron en la sala del establecimiento, en la que aparecía una larga y estrecha mesa completamente servida. Los españoles se sentaron uno frente al otro y comenzaron a hacer los honores a una comida que sería sin duda succulenta para paladares indígenas, pero que sólo el hambre podía hacer soportable a paladares europeos.

Se trataba de pedazos de pollo que nadaban en una salsa de chile verde, porciones de arroz sazonadas con ajíes y azafrán, gallinas viejas rellenas con aceitunas, pasas, cacahuets y cebollas; calabacines en dulce, garbanzos y ensaladas, acompañado todo por tortillas, una especie de tortas de maíz cocinadas en una placa de hierro. Tras la comida les sirvieron de beber. De todas formas, si no el paladar, el hambre fue satisfecha, y la fatiga no tardó en hacer dormir a Martínez y a José hasta una hora avanzada de la mañana.

Capítulo IV

De Tasco a Cuernavaca

El teniente fue el primero en despertar.

—¡José! ¡En marcha!

El gaviero se desperezó.

—¿Qué camino vamos a tomar? —preguntó Martínez.

—¡Son dos los que conozco, mi teniente!

—¿Cuáles?

—Uno pasa por Zacualicán, Tenancingo y Toluca. De Toluca a México el camino es bueno porque se ha dejado ya atrás la Sierra Madre.

—¿Y el otro?

—El otro nos desvía un poco hacia el este, pero también llegamos a unas buenas montañas, el Popocatepetl y el Icttaciuhatl. Se trata de la ruta más segura porque es la menos frecuentada. ¡Un buen paseo de quince leguas por una inclinada pendiente!

—¡Sea! ¡Tomemos el camino más largo, y adelante! —dijo Martínez—¿Dónde pasaremos la noche?

—Pues, caminando a doce nudos, en Cuernavaca —respondió el gaviero.

Los dos españoles se dirigieron a la cuadra, mandaron ensillar sus caballos y llenaron sus mochilas, una especie de bolsas que forman

parte de los arneses, de tortas de maíz, granadas y tasajo, porque en las montañas corrían el riesgo de no encontrar comida suficiente. Después de pagar las provisiones, cabalgaron sobre sus animales y se dirigieron hacia su derecha.

Por primera vez descubrieron una encina, árbol de buen agüero, ante el cual se detienen las emanaciones malsanas de las mesetas inferiores. En estas llanuras, situadas a mil quinientos metros sobre el nivel del mar, las plantas introducidas después de la conquista se mezclan con la vegetación indígena. Los trigales se extienden por este fértil oasis, en el que crecen todos los cereales europeos. Los árboles de Asia y de España entremezclaban sus follajes. Las flores de Oriente esmaltaban los tapices de verdura, junto a las violetas, los acianos, la verbena y las margaritas propias de la zona templada. Algunos retorcidos arbustos resinosos accidentaban el paisaje, y el olfato se embalsamaba con los dulces aromas de la vainilla, protegida por la sombra de los amyris y los liquidámbares. Los viajeros se sentían a gusto bajo una temperatura media de veinte o veintidós grados, común a las zonas de Xalapa y Chilpanzingo a las que se ha incluido bajo la denominación de tierras templadas.

No obstante, Martínez y su compañero ascendían cada vez más por la meseta de Anahuac, y franqueaban las inmensas barreras que forman la llanura de México.

—¡Bien! —dijo José—. He aquí el primero de los tres torrentes que debemos atravesar.

En efecto, un arroyo profundamente encajonado cortaba el paso a los viajeros.

—En mi último viaje este torrente estaba seco —dijo José—. Sígame, mi teniente.

Ambos descendieron por una pendiente bastante suave tallada en la roca viva, y llegaron a un vado que era fácilmente practicable.

—¡Ya va uno! —exclamó José.

—¿Los otros son igualmente franqueables? —preguntó el teniente.

—Igual —respondió José—. Cuando la estación de las lluvias los hace crecer, estos torrentes desembocan en el riachuelo de Ixtoluca, que nos encontraremos al llegar a las tierras altas.

—¿No hay motivos de temor en estas soledades?

—Ninguno, a no ser el puñal mexicano.

—Es cierto —dijo Martínez—. Estos indios de las tierras altas han permanecido fieles por tradición al cuchillo.

—¡Por eso —dijo riendo el gaviero —tienen tantos nombres para designar su arma favorita! Estoque, verdugo, puna, cuchillo, beldoque, navaja... ¡El nombre les viene a la boca tan deprisa como el cuchillo a la mano! ¡Tanto mejor! De esa forma no tendremos que temer las invisibles balas de las largas carabinas. ¡No conozco nada tan

vergonzoso como no saber siquiera quién es el bribón que te despacha!

—¿Qué indios habitan estas montañas? —preguntó Martínez.

—¡Imagínese, mi teniente! ¿Quién puede contar las diferentes razas que se multiplican en México? ¡Escuche qué cantidad de cruces he estudiado con la intención de contraer un matrimonio ventajoso algún día! Están los mestizos, nacidos de español y de india; el cuarterón, nacido de una mestiza y un español; el mulato, nacido de una española y un negro; el monisque, nacido de una mulata y de un español; el albino, nacido de una monisque y de un español; el tornatrás, nacido de un albino y de una española; el tinticlaro, nacido de un tornatrás y de una española; el lobo, nacido de una india y un negro; el caribujo, nacido de una india y un lobo; el barcino, nacido de un coyote y de una mulata; el grifo, nacido de una negra y un lobo; el albarazado, nacido de un coyote y de una india; el chanizo, nacido de una mestiza y un indio; el mechino, nacido de una loba y un coyote... José tenía razón, y la muy problemática pureza de las razas por estos lugares hace que los estudios antropológicos sean muy inseguros. Pero, a despecho de las eruditas conversaciones del gaviero, Martínez caía sin cesar en su taciturnidad primera. Incluso se apartaba con gusto de su compañero, cuya compañía parecía molestarle.

Otros dos torrentes cortaron, poco después, la ruta. El teniente se desanimó un poco al ver los lechos secos, porque pensaba dar de beber a su caballo.

—¡Henos aquí como en calma chica, sin víveres ni agua, mi teniente! —dijo José—. ¡Bah! ¡Sígame! Busquemos entre estas encinas y estos olmos un árbol que se llama ahuehuatl, que sustituye con ventaja los manojos de paja de la muestra de las posadas. Bajo su sombra se encuentra siempre algún manantial, y, aunque sólo sea agua, ciertamente le aseguro que el agua es el vino del desierto.

Los jinetes dieron la vuelta al macizo y pronto encontraron el árbol en cuestión. Pero el manantial había sido cegado, y se veía, incluso, que hacía poco de esto.

—¡Es extraño! —dijo José.

—¡Algo más que extraño! —exclamó Martínez, palideciendo—. ¡Adelante, adelante!

Los viajeros no intercambiaron ni una palabra hasta la aldea de Cacahuimilchán. Allí aligeraron un poco sus mochilas. Después se encaminaron hacia Cuernavaca, dirigiéndose hacia el este.

El paisaje se presentó entonces bajo un aspecto extremadamente abrupto, haciendo presentir los picos gigantescos cuyas cimas basálticas detienen las nubes procedentes del Pacífico. A la vuelta de un ancho roquedo apareció el fuerte de Cochicalcho, edificado por los antiguos mexicanos, y cuya planta tiene nueve mil metros cuadrados.

Los viajeros se dirigieron hacia el inmenso cono que forma la base y que coronan rocas oscilantes e impresionantes ruinas.

Después de haber echado pie a tierra y atado sus caballos al tronco de un olmo, Martínez y José, deseosos de verificar la dirección del camino, treparon hasta la cima del cono aprovechando las asperezas del terreno.

La noche caía, revistiendo a los objetos de contornos imprecisos y prestándoles formas fantásticas. El viejo fuerte se parecía bastante a un bisonte acurrucado con la cabeza inmóvil, y la mirada inquieta de Martínez creía ver sombras que se agitaban sobre el cuerpo del monstruoso animal. No obstante se calló, para no dar pie a las burlas del incrédulo José. Este se aventuraba con lentitud a través de los senderos de la montaña y, cuando desaparecía tras alguna depresión del terreno, su compañero se guiaba por el sonido de sus «¡por Santiago!» o «¡voto a sanes!»

De pronto, un enorme pájaro nocturno, lanzando un ronco graznido, se elevó pesadamente con sus grandes alas.

Martínez se quedó parado.

Un enorme trozo de roca oscilaba visiblemente sobre su base, treinta pies por encima de él. De repente, el bloque se desprendió y, aplastando todo a su paso con la rapidez y el ruido del rayo, se precipitó en el abismo.

—¡Virgen Santa! —gritó el gaviero—. ¡Eh, mi teniente!

—¡José!

—¡Venga por aquí!

Los dos españoles se reunieron.

—¡Vaya avalancha! Bajemos —dijo el gaviero.

Martínez le siguió sin decir palabra y ambos llegaron enseguida a la meseta inferior.

En ésta un ancho surco señalaba el paso de la roca.

—¡Virgen Santa! —gritó José—. ¡Nuestros caballos han desaparecido, aplastados, muertos!

—¿Es posible? —exclamó Martínez.

—¡Mire!

El árbol al que habían atado los dos animales había sido, en efecto, arrastrado junto con ellos.

—¡Si hubiéramos estado encima...! —exclamó filosóficamente el gaviero.

Martínez era presa de un violento sentimiento de terror.

—¡La serpiente, la fuente, la avalancha! —murmuraba.

De pronto, con los ojos extraviados, se lanzó sobre José.

—¿No acabas de hablar del capitán Orteva? —gritó, con los labios contraídos por la cólera.

José retrocedió.

—¡Ah! ¡Nada de desvaríos, mi teniente! ¡Un responso por nuestros caballos, y en marcha! No es bueno permanecer aquí si la vieja montaña sacude su melena.

Los dos españoles echaron a andar por el camino sin decir palabra y, a mitad de la noche, llegaron a Cuernavaca; pero allí les fue imposible procurarse caballos, y al día siguiente tuvieron que emprender a pie el camino hacia la montaña de Popocatepetl.

Capítulo V

De Cuernavaca al Popocatepetl

La temperatura era fría y la vegetación escasa. Estas alturas inaccesibles pertenecen a las zonas glaciales, llamadas las «tierras frías» Los abetos de las regiones brumosas mostraban ya sus secas siluetas entre las ultimas encinas de estos climas elevados, y las fuentes se hacían cada vez más raras en terrenos que están compuestos en su mayor parte de traquitas resquebrajadas y de amigdaloides porosas.

Desde hacía ya seis horas largas el teniente y su compañero se arrastraban penosamente, hiriéndose las manos en las vivas aristas de las rocas y los pies en los agudos guijarros del camino. Pronto, la fatiga les obligó a sentarse. José se ocupó de preparar algún alimento.

—¡Condenada idea, no haber tomado el camino ordinario! — murmuraba.

Ambos esperaban encontrar en Aracopistla, aldea totalmente perdida entre las montañas, algún medio de transporte para finalizar su viaje; pero ¡cuál no sería su decepción al encontrarse con lo mismo que en Cuernavaca, la misma inexistencia de todo lo necesario y la misma falta de hospitalidad! Y, sin embargo, había que llegar.

Ante ellos se erguía entonces el inmenso cono del Popocatepetl, de una altitud tal que las miradas se perdían entre las nubes intentando encontrar la cima de la montaña. El camino era de una aridez desesperante. Por todas partes se abrían insondables precipicios entre los salientes del terreno, y los vertiginosos senderos parecían oscilar bajo los pasos de los caminantes. Para avistar bien el camino tuvieron que escalar una parte de esta montaña de cinco mil cuatrocientos metros a la que los indios llamaban «La roca humeante» y que muestra aún la huella de recientes explosiones volcánicas. Sombrias grietas serpenteaban entre sus abruptas laderas. Desde el último viaje del gaviro José, nuevos cataclismos habían trastornado estos desiertos que ya no conseguía reconocer. De esa forma se perdía por senderos impracticables deteniéndose a veces con el oído atento, porque sordos rumores se dejaban oír aquí y allá a través de las quebraduras del enorme cono.

El sol declinaba ya a ojos vistas. Enormes nubes, aplastadas contra el cielo, oscurecían aún más la atmósfera. Amenazaban la lluvia y la tormenta, fenómenos frecuentes en estas comarcas en las que la elevación del terreno acelera la evaporación del agua. Toda especie de vegetación había desaparecido en estos roquedales cuya cima se pierde bajo las nieves eternas.

—¡No puedo más! —dijo por fin José, desplomándose de fatiga.

—¡Sigamos andando! —respondió el teniente Martínez con febril impaciencia.

Algunos truenos resonaron al momento en las grietas del Popocatepetl.

—¡Que el diablo me lleve si consigo orientarme entre estos senderos perdidos! —exclamó José.

—¡Levántate y sigamos! —respondió bruscamente Martínez, obligando a José a seguir caminando dando traspiés.

—¡Y ni un ser humano que nos guíe! —murmuraba el gaviero.

—¡Mejor! —dijo el teniente.

—¿Acaso no sabe que, cada año, se cometen un millar de asesinatos en México y que sus alrededores no son seguros?

—¡Mejor! —replicó Martínez.

Gruesas gotas de lluvia brillaban en las aristas de las rocas, iluminadas por los últimos resplandores del cielo.

—¿Qué es lo que veremos cuando consigamos atravesar las montañas que nos rodean? —preguntó el teniente.

—México a la izquierda y Puebla a la derecha, ¡si es que podemos ver algo! —respondió José—. Pero no distinguiremos nada. Está demasiado oscuro... Tendremos ante nosotros la montaña de Ictactacihuatl y, por la hondonada, el camino seguro. Pero, ¡por Satanás!, no creo que lleguemos.

—¡Sigamos!

José estaba en lo cierto. La meseta de México está encerrada entre un inmenso circo de montañas. Es una inmensa cuenca oval de dieciocho leguas de largo, doce de ancho y sesenta y siete de perímetro, rodeada de altos salientes, entre los que se distinguen, al sudoeste, el Popocatepetl y el Ictactacihuatl. Una vez llegado a la cima de estas barreras, el viajero ya no experimenta ninguna dificultad para descender por la meseta de Anahuac y la ruta, que se prolonga hacia el norte, es agradable hasta México. Entre las amplias avenidas de olmos y de álamos se admiran los cipreses plantados por los reyes de la dinastía azteca, así como los schinns, parecidos a los sauces llorones de Occidente. Por todas partes los campos labrados y los jardines en flor muestran sus cosechas, mientras que manzanos, granados y cerezos respiran a gusto bajo este cielo azul profundo que determina el aire seco y enrarecido de las alturas terráqueas.

Los estallidos del trueno se repetían entonces con extrema violencia en la montaña. La lluvia y el viento, que cesaban a ratos, tornaban más sonoros los ecos.

José maldecía a cada paso. El teniente Martínez, pálido y silencioso, miraba hostilmente a su compañero que se erguía ante él como un cómplice a quien hubiera querido hacer desaparecer.

De pronto, un relámpago iluminó la oscuridad. ¡El gaviero y el teniente estaban al borde de un abismo! Martínez se acercó de un salto a José. Le puso la mano sobre el hombro y, después de los últimos fragores del trueno, le dijo:

—¡José...! ¡Tengo miedo...!

—¿Miedo de la tormenta?

—No temo a la tempestad del cielo, José, sino la tormenta que se ha desencadenado dentro de mí...

—¡Ah! ¡Usted piensa todavía en el capitán Orteva...! ¡Vamos, mi teniente, me hace reír! —respondió José, que no se atrevía a reírse porque Martínez le miraba con ojos extraviados.

Un trueno formidable resonó.

—¡Calla, José, calla! —exclamó Martínez, que no parecía dueño de sí mismo.

—¡Pues sí que ha elegido una buena noche para sermonearme! —replicó el gaviero—¡Si tiene miedo, mi teniente, tápese los ojos y los oídos!

—¡Mira...! gritó Martínez—. ¡Me parece...! ¡Veo al capitán... al señor Orteva... su cabeza rota...! ¡Allí...! ¡Allí...!

Una sombra negra, iluminada por un relámpago blanquecino, se irguió a veinte pasos del teniente y de su compañero.

En el mismo instante, José vio a Martínez a su lado, pálido, siniestro, descompuesto, con el brazo armado de un puñal.

—¿Qué le sucede? ¿Qué...?

Un relámpago los envolvió a los dos.

—¡Socorro! —gritó José.

No quedó más que un cadáver en aquel lugar. Como un nuevo Caín, Martínez huía en medio de la tempestad con su arma ensangrentada en la mano.

Algunos instantes después, dos hombres se inclinaban sobre el cadáver del gaviero, murmurando:

—¡Uno menos!

Martínez erraba como un loco a través de las sombrías soledades. Corría con la cabeza descubierta bajo la lluvia que caía a torrentes.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritaba, tropezando contra las rocas que se deslizaban a sus pies.

De pronto se dejó oír un gorgoteo profundo. Martínez miró y escuchó el estrépito de un torrente.

Era el pequeño río Ixtoluca, que se precipitaba a quinientos pies por debajo de donde se encontraba.

A pocos pasos, sobre el torrente mismo, colgaba un puente formado por cuerdas de pita. Sujeto en ambas orillas por algunos postes hundidos en la roca, el puente oscilaba con el viento como si fuera un hilo tendido en el espacio.

Martínez, agarrándose a las lianas, avanzó arrastrándose por el puente. A fuerza de energía consiguió llegar a la orilla opuesta...

Allí, una sombra se irguió ante él.

Martínez retrocedió sin decir palabra y se aproximó a la orilla que acababa de dejar.

Allí, también, otra forma humana apareció ante él.

Martínez regresó de rodillas hasta la mitad del puente, con las manos crispadas por la desesperación.

—¡Martínez! ¡Soy Pablo! —gritó una voz.

—¡Martínez! ¡Soy Jacopo! —exclamó otra.

—¡Eres un traidor...! ¡Y vas a morir...!

—¡Eres un traidor...! ¡Y vas a morir...!

Sonaron dos golpes secos. Los pilares que sujetaban los dos extremos del puente cayeron bajo el hacha...

Se oyó un terrible aullido y Martínez, con los brazos extendidos, se precipitó en el abismo.

A una legua de allí, el aspirante y el contraamaestre se reunieron, después de haber vadeado el río Ixtoluca.

—¡He vengado al capitán! —dijo Jacopo.

—¡Y yo —respondió Pablo —he vengado a España!

Así nació la marina de la Confederación mexicana. Los dos barcos españoles, entregados por los traidores, quedaron en propiedad de la nueva república y constituyeron el núcleo de la pequeña flota que antaño disputaba las tierras de Texas y de California a los navíos de los Estados Unidos de América.

FIN

Una fantasía del doctor Ox

Editado por Ariel Pérez

Género: Cuento

Año de publicación: 1872

Sinopsis:

El Doctor Ox junto a su auxiliar Igeno viajan a la pequeña comunidad de Quiquendone en Flandes. El doctor promete dar luz a las casas del pueblo por medio de una red de tuberías de gas oxihídrico. Pero durante la construcción de la red, la apacible comunidad parece tornarse bastante excitada, al punto de prepararse para una guerra contra un pueblo vecino. ¿Cuál es la causa de este cambio en la naturaleza de las personas buenas de Quiquendone? Quizá es algo en el aire, que sólo el Doctor Ox y su asistente conocen.

Capítulo I

De cómo es inútil buscar, aún en los mejores mapas, la pequeña población de Quiquendone

Si buscan en un mapa de Flandes viejo o moderno la pequeña población de Quiquendone, es probable que no la encuentren. ¿Es acaso una ciudad desaparecida? No. ¿Es una ciudad futura? Tampoco. Hace, sin embargo, que existe, a pesar de las geografías, de ochocientos a novecientos años.

Hasta cuenta dos mil trescientas noventa y tres almas, admitiendo un alma por habitante. Se encuentra situada a unos trece kilómetros y medio al Noroeste de Audenarde, y a quince kilómetros y cuarto al Suroeste de Brujas, en plena Flandes. El Vaar, pequeño afluente del Escala, pasa por debajo de sus tres puentes, cubiertos todavía por una antigua techumbre de la Edad Media, como en Tournai. Se admira allí un vetusto castillo, cuya primera piedra fue colocada en 1197 por el conde Balduino, futuro emperador de Constantinopla, y un apuntamiento con semiventanas góticas, coronadas por un rosario de almenas a las cuales domina un campanario de torrecillas que se eleva a trescientos cincuenta y siete pies sobre el suelo. Tienen sus campanas un repique de música de cinco octavas que suena todas las horas, verdadero piano aéreo que sobrepuja en fama al célebre campanario armónico de Brujas. Los extranjeros, si es que alguna vez

han pasado por Quinquendone, no salen de esta curiosa población sin haber visitado la sala de los estatuders², adornada con el retrato de cuerpo entero de Guillermo de Nassau, por Brandon; el antecoro de la iglesia de San Maglori, obra maestra de la arquitectura del siglo XVI; el pozo de hierro forjado cuyo admirable ornato es debido al pintor-herrero Quintín Metsys³; el sepulcro antiguamente erigido a María de Borgoña, hija de Carlos el Temerario, que descansa ahora en la iglesia de Nuestra Señora de Brujas, etc. Por último, la principal industria de Quinquendone es la fabricación de merengues y de alfeñiques⁴, en grande escala. Es administrada de padre en hijo por la familia van Tricasse. ¡Y sin embargo, Quinquendone no figura en el mapa de Flandes! ¿Es olvido de los geógrafos u omisión voluntaria? No lo puedo decir, pero Quinquendone existe realmente con sus calles estrechas, su recinto fortificado, sus casas españolas, su mercado y su burgomaestre⁵, y por más señas, ha sido reciente teatro de fenómenos sorprendentes, extraordinarios, tan inverosímiles como verídicos, y que van a ser fielmente consignados en la presente relación.

Ciertamente que nada hay de malo que decir ni pensar de los flamencos del Flandes occidental. Son honrados, sensatos, parsimoniosos, sociales, de buen humor, hospitalarios, tal vez algo pesados de habla y de entendimiento; pero esto no explica por qué una de las más interesantes poblaciones de su territorio no figura en la cartografía moderna.

Esta omisión es sensible seguramente. ¡Por fin, si la historia, o a falta de ésta las crónicas, o a falta de éstas la tradición del país, hicieran mención de Quiquendone! Más no; ni los atlas, ni las gulas, ni los itinerarios, hablan de ella. El mismo señor Joanne, el perspicaz investigador de villorrios, no dice una sola palabra de tal pueblo. Fácil es comprender cuánto debe de perjudicar este silencio al comercio y a la industria de Quiquendone, pero carece de industria y de comercio, y se pasa sin ello del mejor modo del mundo, bastándole sus caramelos y merengues que se consumen allí mismos, sin exportarse.

Sus habitantes no necesitan de nadie. Tienen apetitos muy limitados y su existencia es modestísima; son calmosos, moderados, fríos, flemáticos; en una palabra, flamencos, como los que todavía se encuentran entre el Escalda y el mar del Norte.

Capítulo II

En el que el burgomaestre van Tricasse y el consejero Niklausse se entretienen con los asuntos de la villa

—¿Lo cree usted así? —preguntó el burgomaestre.

—Así lo creo —respondió el consejero después de algunos minutos de silencio.

—Es que no debe obrarse a la ligera —repuso aquél.

—Ya hace diez años que nos ocupamos de tan grave asunto —replicó el consejero Niklausse—, y le declaro, mi buen van Tricasse, que todavía no me atrevo a adoptar una resolución.

—Comprendo sus vacilaciones —repuso el burgomaestre después de un largo cuarto de hora de meditación—, comprendo sus vacilaciones y participo de ellas. Haremos muy bien en no decidir nada antes de un examen más amplio de la cuestión.

—Cierto es —respondió Niklausse —que esa plaza de comisario civil es inútil en una población tan pacífica como Quiquendone.

—Nuestro predecesor —respondió van Tricasse con tono grave—, nunca decía, ni se hubiera atrevido a decir, que una cosa era cierta. Toda afirmación está sujeta a desagradables enmiendas.

El consejero hizo con la cabeza una señal de asentimiento, y luego permaneció silencioso por media hora durante la cual el burgomaestre y el consejero no movieron siquiera un dedo, y transcurrido ese tiempo, Niklausse preguntó a van Tricasse si su predecesor, unos veinte años antes, no había tenido también el pensamiento de suprimir el empleo de comisario civil que gravaba todos los años el presupuesto de Quiquendone con la suma de mil trescientos setenta y cinco francos y algunos céntimos.

—En efecto —respondió el burgomaestre, llevando con majestuosa lentitud la mano a su limpia frente—, en efecto, pero aquel hombre digno se murió antes de haberse atrevido a tomar una determinación, ni respecto de eso, ni respecto de una otra medida administrativa. Era todo un sabio. ¿Por qué no he de hacer lo mismo que él?

El consejero Niklausse hubiera sido incapaz de imaginar una razón que contradijera la opinión del burgomaestre.

—El hombre que se muere sin haberse decidido a nada en toda su vida —añadió gravemente van Tricasse—, está muy cerca de haber alcanzado la perfección en este mundo.

Dicho esto, el burgomaestre oprimió con la punta del dedo meñique un timbre de toque velado, que dejó oír un sonido menor que un suspiro, y casi al punto, unos pasos ligeros se deslizaron suavemente por las baldosas del corredor. Un ratoncillo no hubiera hecho menos ruido al corretear sobre una tupida moqueta.

Apareció una joven rubia de largas trenzas. Era Suzel van Tricasse, hija única del burgomaestre. Entregó a su padre, con la pipa henchida de tabaco, una escalfeta de latón, no pronunció una sola palabra y desapareció al punto sin que su salida hubiera producido más ruido que su entrada.

El honorable burgomaestre encendió el enorme hornillo de su instrumento, y no tardó en cubrirse con una nube de humo azulado,

dejando al consejero Niklausse sumido en las más absortas reflexiones.

El aposento en que así departían esos dos notables personajes encargados de la administración de Quiquendone, era un gabinete ricamente adornado de esculturas en madera sombría. Una alta chimenea, vasto hogar en el cual se hubiera podido quemar una encina o asar una vaca ocupaba todo un lienzo del cuarto y daba frente a una ventana de enrejado, cuyos vidrios pintarrajeados tamizaban apaciblemente la claridad del día. En un cuadro antiguo aparecía sobre la chimenea el retrato de un personaje cualquiera, atribuido a Hemling, y que debía representar un antepasado de los van Tricasse, cuya genealogía se remonta auténticamente al siglo XIV, época en que los flamencos y Guy de Dampierre tuvieron que luchar con el emperador Rodolfo de Habsburgo⁶.

Ese cuarto formaba parte de la casa del burgomaestre, una de las más agradables de Quiquendone. Construida con gusto flamenco y con todo lo improvisado, caprichoso, pintoresco y fantástico que encierra la arquitectura ojival, se la citaba entre los demás curiosos monumentos de la población. Un convento de cartujos o un establecimiento de sordomudos no hubieran sido más silenciosos que aquella habitación.

Allí no existía el ruido. No se andaba, sino que se procedía por deslizamiento; no se hablaba, sino que se susurraba. Y, sin embargo, no faltaban mujeres en la casa, que sin contar al burgomaestre, abrigaba a su mujer Brígida van Tricasse, a su hija Suzel van Tricasse y su criada Lotche Janshen. Conviene citar también a la hermana del burgomaestre, la tía Hemancia, vieja solterona que aún respondía al nombre de Tatanemancia, que antiguamente le daba su sobrina Suzel cuando era niña. Pues bien, a pesar de todos estos elementos de discordia, ruido y charla, la casa del burgomaestre era tranquila como el desierto.

El burgomaestre era un personaje de cincuenta años, ni gordo ni flaco, ni bajo ni alto, ni viejo ni joven, ni subido de color ni pálido, ni alegre ni triste, ni contento ni aburrido, ni enérgico ni blando, ni engreído ni humilde, ni bueno ni malo, ni generoso ni avaro, ni valiente ni cobarde, ni mucho ni poco —*ne quid nimis*,—hombre moderado en todo; mas por la invariable lentitud de sus movimientos, por su mandíbula inferior algo colgante, su párpado superior inmutablemente levantado, su frente, lisa como una chapa de latón y sin ninguna arruga, sus músculos poco pronunciados, un fisionomista hubiera reconocido sin esfuerzo que el burgomaestre van Tricasse era la apatía personificada. Nunca, ni por la cólera ni por la pasión, habían acelerado las emociones los movimientos del corazón de aquel hombre, ni encendido su rostro; nunca sus pupilas se habían contraído bajo la influencia de un enfado, por pasajero que se pudiera suponer.

Iba vestido invariablemente con buena ropa ni holgada ni estrecha, y que no conseguía deteriorar. Iba calzado con gruesos zapatos cuadrados, de triple suela y hebillas de plata, que por su duración desesperaban al zapatero. Iba cubierto con un estrecho sombrero que databa de la época en que Flandes quedó decididamente separada de Holanda, lo cual atribuía a ese venerable cubrecabezas una vida de cuarenta años. Pero, ¿qué quieren? Las pasiones son las que gastan el cuerpo, y nuestro burgomaestre, apático, indolente e indiferente, no se apasionaba por nada. Ni usaba ni se usaba, y por eso mismo era precisamente el hombre necesario para administrar la vida de Quiquendone y a sus tranquilos habitantes.

La población, en efecto, no era menos sosegada que la casa de van Tricasse en cuya pacífica morada esperaba el burgomaestre alcanzar los límites más lejanos de la existencia humana, después de ver a la buena Brígida van Tricasse, su mujer, precederle al sepulcro donde no hallaría descanso más profundo que el disfrutado por ella durante sesenta años en la tierra.

Esto merece explicación.

La familia van Tricasse bien pudiera llamarse con razón «la familia Jeannot», y veamos por qué: Todos saben que la navaja de este personaje típico es tan célebre como su propietario, y no menos perenne que él, gracias a esa doble operación incesantemente renovada, que consiste en poner mango nuevo cuando se gasta, y hoja nueva cuando ya no vale nada. Tal era la operación absolutamente idéntica, practicada desde tiempo inmemorial en la familia van Tricasse, y a la cual se había prestado la naturaleza con extraordinaria complacencia. Desde 1340 se había visto invariablemente a un van Tricasse, viudo, casarse con una van Tricasse más joven que él, la cual enviudando a su vez, se unía a otro van Tricasse más joven que ella, quien al enviudar, etc., sin solución de continuidad. Cada cual moría a su vez con una regularidad mecánica. Ahora bien, la digna Brígida van Tricasse llevaba ya su segundo marido, y a no faltar a sus deberes, debía preceder en el otro mundo a su esposo, diez años más joven que ella, para hacer lugar a otra van Tricasse. Y con esto contaba el honorable burgomaestre absolutamente, a fin de no romper las tradiciones de la familia.

Tal era aquella casa, pacífica y silenciosa, cuyas puertas no sonaban, cuyas vidrieras no retemblaban, cuyos suelos no crujían, cuyas chimeneas no zumbaban, cuyas veletas no rechinaban, cuyos muebles no crepitaban, cuyas cerraduras no cascabeleaban, y cuyos habitantes no hacían más ruido que su propia sombra. El divino Harpócrates la hubiera seguramente escogido para templo del silencio.

Donde el comisario Passauf hace una entrada tan ruidosa como inesperada

Cuando la interesante conversación que más arriba hemos referido entre el consejero y el burgomaestre había comenzado, eran las tres menos cuarto de la tarde. A las tres y cuarenta y cinco minutos fue cuando van Tricasse encendió su ancha pipa que podía contener un cuarterón de tabaco y a las cinco y treinta y cinco minutos cuando acabó de fumar.

Durante todo este tiempo, ambos interlocutores no hablaron una sola palabra.

A las seis, el consejero, que siempre procedía por pretermisión⁷, o aposiopesi, manifestó:

—¿Con qué nos decidimos?

—A no decidir nada —replicó el burgomaestre.

—Creo, en suma, que tiene usted razón, van Tricasse.

—También lo creo, Niklausse. Tomaremos una resolución respecto del comisario civil cuando estemos mejor enterados; más tarde... No llevamos un mes apenas...

—Ni siquiera un año respondió Niklausse desdoblado su pañuelo del cual se servía, por otra parte, con perfecta discreción. Se estableció otro silencio que duró todavía una hora larga, sin que nada turbase esta nueva parada en la conversación, ni aun la aparición del perro de la casa, el honrado Lento, que, no menos flemático que su amo, vino a dar con mucha suavidad una vuelta al aposento. ¡Digno perro! ¡Modelo para todos los de su especie! De cartón fuera, con ruedecillas en las patas, que no hubiera hecho menos ruido en su visita.

A eso de las ocho, después que Lotche trajo la lámpara antigua de vidrio deslustrado, el burgomaestre dijo al consejero:

—¿No tenemos otro asunto urgente que despachar, Niklausse?

—No, van Tricasse, ninguno que yo sepa.

—¿No me ha dicho, sin embargo —preguntó el burgomaestre — que la torre de la puerta de Audenarde amenaza ruina?

—En efecto —respondió el consejero—, y ciertamente que no me llevaría chasco si algún día aplastase a un transeúnte.

—¡Oh! Antes que suceda tal desgracia, espero que habremos tomado una decisión respecto de esa torre.

—Así lo espero, van Tricasse.

—Hay cuestiones más urgentes que resolver.

—Sin duda —respondió el consejero—; por ejemplo, la cuestión del mercado de cueros.

—¿Todavía sigue ardiendo? —preguntó el burgomaestre.

—Así sigue hace tres semanas.

—¿No hemos decidido en consejo dejarlo arder?

—Sí, van Tricasse, y eso a propuesta suya.

—¿No era el medio más seguro y sencillo de acabar con el incendio?

—Sin duda alguna.

—Pues bien, esperemos. ¿No hay más?

—No hay más —respondió el consejero, rascándose la frente, como para asegurarse de que no olvidaba algún asunto importante.

—¡Ah! —dijo el burgomaestre—. ¿No ha oído hablar también de un escape de agua que amenazaba inundar el barrio de Santiago?

—Efectivamente —respondió el consejero—. Y es de sentir que el escape no se haya declarado encima del mercado de cueros, porque hubiera naturalmente combatido el incendio, lo cual nos ahorraría los gastos de discusión.

—¿Qué quiere usted, Niklausse? No hay cosa que menos lógica tenga que los accidentes. No tienen enlace alguno entre sí y no es posible, como se quisiera, aprovechar el uno para atenuar el otro. Esta aguda observación de van Tricasse exigió algún tiempo para que la saborease plenamente su interlocutor y amigo.

—Pero —repuso algunos instantes después el consejero Niklausse—, ni siquiera hablamos de nuestro gran negocio.

—¿Cuál? ¿Conque tenemos un gran negocio?

—¡Sin duda! Se trata del alumbrado de la población.

—¡Ah, sí! —respondió el burgomaestre—. Si mi memoria es fiel, me quiere usted hablar del alumbrado del doctor Ox.

—Precisamente.

—¿Y bien?

—La cosa marcha, Niklausse. Se está procediendo a la colocación de los tubos y la fábrica se encuentra del todo concluida.

—Quizá nos hemos precipitado mucho en ese negocio —dijo el consejero, torciendo la cabeza.

—Quizá; pero nos sirve de excusa que el doctor Ox hace todos los gastos del experimento y que no nos cuesta un céntimo.

—Esa es, en efecto, nuestra excusa. Además, es menester ir con el siglo. Si el experimento sale bien, Quiquendone será la primera población de Flandes que se alumbre con gas ox... ¿Cómo se llama ese gas?

—El gas oxhídrico.

—Vaya, pues, con el gas oxhídrico.

En aquel momento se abrió la puerta y Lotche vino a anunciar a su amo que la cena estaba lista.

El consejero Niklausse se levantó para despedirse de van Tricasse, a quien tantas decisiones adoptadas y tantos negocios tratados habían dado apetito. Después convinieron en reunir dentro de un plazo bastante largo el consejo de notables, a fin de resolver si se tomaría

una medida provisional sobre la cuestión realmente urgente de la torre de Audenarde.

Los dos dignos administradores se dirigieron entonces hacia la puerta que daba a la calle, acompañando el uno al otro. El consejero, al llegar al último descansillo, encendió una pequeña linterna que debía guiarle por las calles oscuras de Quiquendone, no alumbradas todavía por el sistema del doctor Ox. La noche estaba oscura, era el mes de octubre, y una ligera neblina tendía su sombra sobre la población.

Los preparativos de la salida del consejero Niklausse exigieron un buen cuarto de hora, porque después de haber encendido la linterna, se calzó las almadreñas articuladas de becerro y se puso los espesos guantes de piel de carnero; después levantó el peludo cuello de su levita, abatió su visera sobre los ojos, aseguró en las manos el enorme paraguas de puño encorvado y se dispuso a salir.

En el momento en que Lotche, alumbrando a su amo, iba a retirar la barra de la puerta, estalló por fuera un ruido inesperado. ¡Sí! Por inverosímil que esto pareciera, un ruido, un verdadero ruido, tal como no lo había oído la villa desde la toma del torreón por los españoles en 1513, un espantoso ruido despertó los adormecidos ecos de la antigua casa van Tricasse. Llamaban a la puerta, virgen hasta entonces de todo brutal tocamiento. Se daban aldabonazos con un instrumento contundente que debía ser un palo nudoso o manejado por robusta mano. A los golpes se añadían gritos como llamando, y se oían claramente estas palabras:

—Señor van Tricasse, señor burgomaestre, abran, abran pronto. El burgomaestre y el consejero, absolutamente atolondrados, se miraron sin decir palabra, porque lo que pasaba era superior a lo que su imaginación podía concebir. Si se hubiese disparado la vieja culebrina del castillo, que no funcionaba desde el año 1385, no quedarían más estropeados, permítasenos esta palabra y sea excusable su trivialidad, en gracia de su expresión.

Entretanto, los golpes, los gritos, los llamamientos redoblaban, y Lotche, recobrando su serenidad, se atrevió a hablar.

—¿Quién está ahí? —preguntó ella.

—Soy yo, yo, yo.

—¿Y quién es yo?

—El comisario Passauf. ¡El comisario Passauf! Aquel mismo cuyo cargo se trataba de suprimir hacía diez años. ¿Qué sucedía, pues? ¿Habían invadido los borgoñeses a Quinquendone como en el siglo XIV? Nada menos que un acontecimiento de esa especie se necesitaba para conmover hasta ese punto al comisario Passauf, que en nada cedía al mismo burgomaestre en cuanto a calmoso y flemático.

A una seña de van Tricasse, porque el buen señor no hubiera

podido articular una sola palabra, el barrote se apartó y se abrió la puerta.

El comisario Passauf se precipitó en el recibimiento cual si fuera un huracán.

—¿Qué hay, señor comisario? —preguntó Lotche, valiente chica que no perdía la cabeza en las circunstancias más graves.

—¿Lo que hay? —dijo Passauf, cuyos ojos abultados expresaban una emoción real—. Hay, que vengo de casa del doctor Ox, donde había recepción y allí...

—¿Allí? —dijo el consejero. Allí he sido testigo de un altercado tal que... señor burgomaestre, han hablado de política.

—¡Política! —repitió van Tricasse mesándose la peluca hasta erizarla.

—¡Política! —repuso el comisario Passauf—. Lo cual no ha sucedido quizá en cien años en Quiquendone. Entonces la discusión se acaloró. ¡El abogado Andrés Schut y el médico Domingo Custos han tenido tan violenta discusión que quizá se vean precisados a ir al terreno!

—¡Al terreno! —exclamó el consejero. ¡Un duelo en Quiquendone! ¿Pues qué se han dicho el abogado Schut y el médico Custos?

—Esto textualmente, «Señor abogado —ha dicho el médico a su adversario—, va usted un poco lejos me parece, y no piensa en modo alguno en medir sus palabras.» El burgomaestre van Tricasse juntó las manos. El consejero palideció y dejó caer su linterna. El comisario movió la cabeza.

¡Una frase tan provocadora pronunciada por dos notables del país!

—Ese médico Custos —susurró van Tricasse —es decididamente hombre peligroso, cabeza exaltada; ¡vengan, señores! Y con esto, el consejero Niklausse y el comisario entraron en la casa con el burgomaestre van Tricasse.

Capítulo IV

Donde el doctor Ox se revela como fisiólogo de primer orden y audaz experimentador

¿Quién es, pues, ese personaje conocido con el extraño nombre de doctor Ox?

Seguramente que un ser original, pero al propio tiempo un sabio audaz, un fisiólogo cuyos trabajos son conocidos y apreciados en toda la Europa científica, un rival afortunado de Davy⁸, Dalton, Bostock, Menzies, Godwin, Vierordt, ingenios todos que han elevado a la fisiología al primer puesto entre las ciencias modernas.

El doctor Ox era hombre medianamente grueso, de estatura regular, de edad de..., no lo podemos precisar, como tampoco su nacionalidad; pero importa poco. Basta saber que era un personaje extraño, de sangre caliente e impetuosa, verdadero excéntrico escapado de un tomo de Hoffmann y que formaba singular contraste con los habitantes de Quiquendone. Tenía imperturbable confianza en sus doctrinas y en sí mismo. Siempre sonriendo y marchando con la cabeza erguida fácil y libremente, de hombros bien marcados, las ventanas de la nariz bien abiertas, gran boca que absorbía el aire con fuertes aspiraciones, su persona era de complaciente aspecto. Revelaba mucha vida, muchísima; estaba bien equilibrado en todas las partes de su máquina, andaba bien, cual si tuviera azogue en las venas y cien agujas en los pies. Así es que nunca podía estarse quieto, deshaciéndose en palabras precipitadas y en ademanes superabundantes.

¿Era rico aquel doctor Ox que emprendía a sus expensas la instalación del alumbrado de una población entera?

Probablemente, puesto que se permitía semejantes gastos y es la única respuesta que podemos dar a tan indiscreta pregunta.

Cinco meses hacía que el doctor Ox había llegado a Quiquendone en compañía de su ayudante que respondía al nombre de Gedeón Igeno, grande, seco, flaco, todo altura, pero no menos vivo que su amo.

¿Y por qué había tomado el doctor Ox por su cuenta el alumbrado de la villa? ¿Por qué había escogido precisamente a los apacibles quiquendoneses, flamencos entre los flamencos, y quería dotarlos con los beneficios de un alumbrado excepcional? ¿No pretendería, bajo este pretexto, ensayar algún gran experimento fisiológico, operando in anima vili? En una palabra, ¿qué iba a intentar este ser original? No lo sabemos, puesto que el doctor Ox no tenía otro confidente que su ayudante Igeno, que le obedecía ciegamente.

En apariencia al menos, el doctor Ox se había comprometido a alumbrar la población, que bien lo necesitaba, sobre todo de noche, como decía con cierta gracia el comisario Passauf. Así es que ya se había instalado una fábrica para la producción del gas, los gasómetros estaban dispuestos para funcionar, y la tubería, circulando debajo del empedrado de las calles, debía muy pronto derramarse y abrirse en forma de mecheros por los edificios públicos y por las casas particulares de ciertos amigos del progreso.

En su calidad de burgomaestre, Tricasse, y en su calidad de consejero, Niklausse, y además otros notables habían creído deber autorizar en sus habitaciones la introducción del moderno alumbrado.

Si el lector no lo ha olvidado, en la larga conversación del consejero y del burgomaestre se dijo que el alumbrado debía de

conseguirse no por la combustión del vulgar hidrógeno carbonado obtenido por la destilación del carbón mineral, sino por el empleo de un gas más moderno y veinte veces más brillante, el gas oxhídrico, que consiste en el oxígeno e hidrógeno mezclados.

Ahora bien, el doctor, químico hábil e ingeniero, sabía obtener ese gas en gran cantidad y barato, no empleando el manganato de sosa, según el procedimiento de Tessié de Motay, sino descomponiendo simplemente el agua ligeramente acidulada por medio de una pila con elementos nuevos e inventada por él. No se usaban sustancias costosas, ni platino, ni retortas, ni combustibles, ni aparatos delicados para producir aisladamente los dos gases. Una corriente eléctrica atravesaba unas vastas tinas de agua, y el elemento líquido se descomponía en sus dos partes constitutivas, el oxígeno y el hidrógeno. El oxígeno se iba por un lado, y el hidrógeno, en doble volumen que su asociado, se marchaba por otro.

Los dos se recogían en receptáculos separados; precaución importante, porque su mezcla hubiera producido una espantosa explosión encendiéndose. Y luego los tubos debían conducirlos separadamente a los diversos mecheros⁹, dispuestos de modo que se precaviese esa explosión. Se produciría entonces una llama cuyo brillo rivalizaría con la luz eléctrica, que según los experimentos de Casselmann, es igual a la de mil ciento setenta y una bujías, ni una más ni una menos.

Cierto es que la villa de Quiquendone obtendría con esta generosa combinación un alumbrado espléndido, pero de esto era de lo que menos se preocupaban el doctor Ox y su preparador, como más adelante lo veremos.

Precisamente, al día siguiente al que el comisario Passauf había aparecido ruidosamente en el gabinete del burgomaestre, Gedeón Igeno y el doctor Ox hablaban ambos en el laboratorio que les era común en el piso bajo del principal cuerpo de la fábrica.

—¿Y bien, Igeno, y bien? —exclamó el doctor Ox restregándose las manos—. ¡Ya los ha visto ayer, a esos buenos quiquendoneses de sangre fría que ocupan en cuanto a la viveza de pasiones el término medio entre las esponjas y las excrecencias coralígenas! ¡Los ha visto disputando y provocándose con la voz y el ademán! ¡Ya están metamorfoseados moral y químicamente! Y ahora no hacemos más que empezar. Espere para contemplarlos cuando los tratemos a altas dosis.

—En efecto, maestro —respondió Gedeón Igeno, rascándose su nariz aguileña con la punta del índice—, el experimento comienza bien y si yo no hubiese cerrado con prudencia la llave de salida, no sé lo que hubiera acontecido.

—Ya ha oído usted a ese abogado Schut y al médico Custos. La

frase en sí misma no era maliciosa, pero en la boca de un quinquendonense vale todas las series de injurias que los héroes de Homero se echan a la cara antes de desenvainar. ¡Ah!, ¡qué flamencos! Ya verán qué haremos de ellos un día.

—Haremos de ellos unos ingratos —respondió Gedeón Igeno, con el tono de un hombre que aprecia la especie humana en su justo valor.

—¡Bah! Poco importa que lo agradezcan o no, con tal de que salga bien el experimento.

—Por otra parte —añadió el ayudante, sonriendo con malicia—, ¿no es de temer que al producir semejante excitación en su aparato respiratorio desorganicemos un poco los pulmones a esos honrados habitantes de Quiquendone?

—Peor para ellos. Esto se hace en interés de la ciencia. ¿Qué diría usted si los perros o las ranas se negasen a los experimentos de vivisección?

Es probable que si se consultase a las ranas y a los perros, estos animales harían algunas objeciones a las prácticas de los vivisectores; pero el doctor Ox creyó haber hallado un argumento irrefutable, porque exhaló un largo suspiro de satisfacción.

—En suma, tiene usted razón, maestro —respondió Gedeón Igeno con tono de convicción—. No podemos hallar cosa más a propósito que los habitantes de Quiquendone.

—Verdad es que no podíamos —dijo el doctor articulando cada sílaba.

—¿Les ha tomado el pulso a esos seres?

—Cien veces.

—¿Y cuál es el término medio de las pulsaciones observadas?

—Ni aun cincuenta por minuto. Fáciles comprenderlo. ¡Una población donde no ha habido en un siglo una sombra de discusión; donde los carreteros no blasfeman ni los cocheros se injurian, ni los caballos se desbocan, ni los perros muerden, ni los gatos arañan! ¡Una población donde el simple tribunal de policía descansa de un cabo al otro del año! ¡Una población donde nadie se apasiona por nada, ni por las artes ni por los negocios! ¡Una población donde los gendarmes se hallan en estado de mitos y en la cual no se ha formado sumario en cien años! ¡Una población, en fin, donde desde hace trescientos años no se ha dado un puñetazo ni un bofetón! Ya comprenderá usted, Igeno, que eso no puede durar más y que todo lo modificaremos.

—¡Perfectamente! ¡Perfectamente! —replicó el ayudante entusiasmado. ¿Y el aire de ese pueblo, lo ha analizado?

—No he dejado de hacerlo. Setenta y nueve partes de nitrógeno y veintiuna partes de oxígeno, ácido carbónico y vapor acuoso en cantidad variable. Son las proporciones ordinarias.

—Bien, doctor, bien —respondió maese Igeno—. El experimento

se hará en grande y será sin duda decisivo.

—Y si es decisiva —añadió el doctor Ox con voz de triunfo—, reformaremos el mundo.

Capítulo V

Donde el burgomaestre y el consejero van a hacer una visita al Doctor Ox, y lo que sigue

El consejero Niklausse y el burgomaestre van Tricasse supieron al fin lo que es una noche agitada. El grave acontecimiento ocurrido en casa del doctor Ox les causó un verdadero insomnio. ¿Qué consecuencia tendría la cosa? No podían imaginarlo. ¿Habría que adoptar alguna decisión? ¿Tendría que intervenir la autoridad municipal que ellos representaban? ¿Se publicarían edictos para que semejante escándalo no se renovase?

Estas dudas no podían menos que perturbar a tan blandas naturalezas. Por eso la víspera, antes de separarse, habían decidido volverse a ver al día siguiente.

Al día siguiente, pues, antes de comer, el burgomaestre van Tricasse se dirigió en persona a casa del consejero Niklausse, a quien encontró más tranquilizado. También él recobró la serenidad.

—¿No hay nada de nuevo? —preguntó van Tricasse.

—Nada de nuevo desde ayer —contestó Niklausse.

—¿Y el médico Domingo Custos?

—No he oído hablar de él ni más ni menos que del abogado Andrés Schut.

Después de una hora de conversación que ocuparía tres líneas y que es inútil referir, el consejero y el burgomaestre habían resuelto visitar al doctor Ox, a fin de obtener algunas aclaraciones, sin aparentarlo.

Tomada esta resolución contra sus hábitos, ambas notabilidades decidieron a ejecutarla rápidamente. Abandonaron la casa y se dirigieron a la fábrica del doctor Ox, situada fuera de la población, cerca de la puerta de Audenarde, la que amenazaba ruina.

El burgomaestre y el canciller no se daban el brazo pero andaban, *passibus oëquis*, con el paso lento y solemne, que no les hacía adelantar sino tres pulgadas apenas por segundo. Por lo demás, este era el paso mismo de sus administrados que desde memoria de hombre no habían visto a nadie correr por las calles de Quiquendone.

De vez en cuando, en una travesía sosegada y tranquila en la esquina de una calle pacífica las dos notabilidades se paraban para saludar a la gente.

—Buenos días, señor burgomaestre —decía uno.

—Buenos días, amigo mío —respondía van Tricasse.

—¿No hay nada nuevo, señor consejero? —preguntaba otro.

—Nada nuevo —respondía Niklausse.

Más por ciertas cataduras atónitas y ciertas miradas indagadoras, podía comprenderse que la reyerta de la víspera era conocida en la ciudad. Con sólo ver la dirección seguida por van Tricasse, el más obtuso de los quiquendoneses hubiera acertado que el burgomaestre iba a dar algún grave paso. El asunto de Custos y de Schut preocupaba todos los ánimos, pero nadie tomaba todavía partido por uno o por otro. El abogado y el médico eran, en suma, dos personas muy estimadas. El primero no había tenido ocasión nunca de informar en una ciudad donde los procuradores y alguaciles sólo existían por memoria, y, por consiguiente, no había perdido pleito alguno. En cuanto al segundo, era un práctico honroso que a ejemplo de sus colegas, curaba a los enfermos de todas sus enfermedades, menos de la que morían, hábito desagradable adquirido desgraciadamente por los miembros de todas las facultades en cualquier país que ejerzan su profesión.

Al llegar a la puerta de Audenarde, el consejero y el burgomaestre dieron prudentemente un ligero rodeo, a fin de no pasar por el radio de caída de la torre, y luego la consideraron con atención.

—Creo que se caerá —dijo van Tricasse.

—También lo creo —respondió Niklausse.

—A no ser que la apuntalen —añadió van Tricasse—. ¿Pero debe apuntalarse? Esa es la cuestión.

—Es, en efecto, la cuestión —respondió Niklausse.

Algunos instantes después se presentaban a la puerta de la fábrica.

—¿Está visible el doctor Ox? preguntaron.

El doctor Ox estaba siempre visible para las primeras autoridades de la villa, y éstas fueron introducidas en el gabinete del célebre fisiólogo. Tal vez los dos notables aguardaron una hora larga, antes que el doctor apareciese. Al menos hay fundamento para creerlo, porque el burgomaestre, lo cual no le había sucedido en toda su vida, manifestó cierta impaciencia, de la cual tampoco se sintió exento su compañero.

El doctor Ox entró por fin y se excusó por haber hecho esperar a los señores; pero había tenido que aprobar un plano de gasómetro, y que rectificar una ramificación de tubería...

Por lo demás, todo marchaba bien. Los conductos destinados al oxígeno estaban ya colocados. Antes de algunos meses, la población estaría dotada de un espléndido alumbrado. Las dos notabilidades podían ver ya los orificios de los tubos que daban sobre el gabinete del doctor.

Después de estas explicaciones, el doctor se informó del motivo

que le proporcionaba la honra de recibir en su casa al burgomaestre y al consejero.

—Para verlo, doctor, para verlo —respondió van Tricasse—. Hace mucho tiempo que no habíamos tenido ese gusto. Salimos poco en nuestra villa de Quiquendone. Contamos nuestros pasos y nuestras andadas. Felices cuando nada viene a interrumpir nuestra uniformidad...

Niklausse miraba a su amigo. Este no había hablado nunca tanto, al menos sin tomarse tiempo ni espaciar sus frases con dilatadas pausas. Parecíale que van Tricasse se expresaba con cierta volubilidad que no le era natural. El mismo Niklausse sentía también como una irresistible comezón de hablar.

En cuanto al doctor Ox, miraba cuidadosamente al burgomaestre con cierta malicia.

Van Tricasse, que nunca discutía sino después de haberse instalado a sus anchas en un buen sillón, se había levantado esta vez. No sé qué sobreexcitación nerviosa, enteramente contraria a su temperatura, se había apoderado de él. Todavía no gesticulaba, pero esto no podía tardar. En cuanto al consejero, se rascaba las pantorrillas y respiraba a lentas, pero anchas, bocanadas. Su mirada se animaba poco a poco y estaba decidido a sostener contra todo, en caso necesario, a su leal amigo el burgomaestre.

Van Tricasse se había levantado, y después de dar algunos pasos, vino a colocarse de nuevo enfrente del doctor.

—¿Y dentro de cuántos meses —preguntó con tono algo acentuado—, dentro de cuántos meses dice usted que estarán sus trabajos concluidos?

—Dentro de tres o cuatro meses, señor burgomaestre.

—¡Tres o cuatro meses! Muy largo es eso —dijo van Tricasse.

—¡Demasiado largo! —añadió Niklausse, que, no pudiendo aguantar más en su sitio, se había levantado también.

—Necesitamos ese tiempo para acabar nuestra instalación —respondió el doctor—. Los obreros que hemos escogido en la población de Quiquendone no son muy activos.

—¡Cómo que no! —exclamó el burgomaestre, que tomaba, al parecer, esas palabras como una ofensa personal.

—No, señor burgomaestre —respondió al doctor Ox insistiendo—. Un obrero francés haría en un día el trabajo de diez de sus administrados. Ya lo sabe usted, son flamencos puros.

—¡Flamencos! —exclamó el consejero Niklausse, cuyos puños se crisparon. ¿Qué sentido quiere usted dar a esa palabra, caballero?

—El sentido... amable que todo el mundo le da —respondió, sonriendo, el doctor.

—¡Cuidado, caballero! —dijo el burgomaestre, recorriendo a

grandes pasos el gabinete de uno a otro lado—, no me gustan esas insinuaciones. Los obreros de Quiquendone valen tanto como los de cualquiera otra ciudad del mundo, entiende, y no es a París ni a Londres a dónde iremos a buscar modelos. En cuanto a los trabajos que le conciernen, le ruego que acelere su ejecución. Las calles están desempedradas para la colocación de los tubos, y ésa es una traba de la circulación. El comercio acabará por quejarse, y yo, administrador responsable, no quiero incurrir en reconvenciones harto legítimas.

¡El bravo burgomaestre! ¡Había hablado de comercio y de circulación, y estas palabras, a que no estaba acostumbrado, no le desollaban los labios! ¿Qué le pasaba, pues?

—Por otra parte —añadió Niklausse, la población no puede estar por más tiempo privada de luz.

—Sin embargo —dijo el doctor—, una población que lo espera hace ochocientos o novecientos años...

—Razón de más, caballero —repuso el burgomaestre acentuando las sílabas—. ¡Otro tiempo, otras costumbres! El progreso marcha y no queremos quedarnos atrás. Antes de un mes entenderemos que nuestras calles han de estar alumbradas, o bien pagará usted una indemnización considerable por cada día de retraso. ¿Qué sucedería si en medio de las tinieblas ocurriese alguna riña?

—Efectivamente —exclamó Niklausse—, basta una chispa para inflamar a un flamenco. Flamenco, flama.

—Y a propósito —dijo el burgomaestre a las palabras de su amigo, el comisario Passauf, jefe de la policía municipal, nos ha dado parte de que una discusión se había entablado anoche en sus salones, señor doctor. ¿Se ha equivocado al decir que se trataba de una discusión política?

—En efecto, señor burgomaestre —respondió el doctor, que reprimía, no sin pena, un suspiro de satisfacción.

—¿Y no hubo un altercado entre el médico Domingo Custós y el abogado Andrés Schut?

—Sí, señor consejero, pero las expresiones que se cruzaron no tenían nada de grave.

—¡Nada de grave! —exclamó el burgomaestre.

—¿Nada grave cuando un hombre dice a otro que no mide el alcance de sus palabras? Entonces, ¿con qué barro está usted amasado, caballero? ¿No sabe que en Quiquendone no se necesita más para acarrear consecuencias funestas? Y, caballero, si usted o cualquier otro se permitiese hablarme así...

—Y a mí —añadió el consejero Niklausse.

Y al pronunciar estas palabras, con tono amenazador, ambas notabilidades, cruzadas de brazos y con el pelo erizado, miraban de frente al doctor Ox, en disposición de jugarle una mala pasada, si un

gesto, menos que un gesto, una mirada hubiera revelado en él la intención de contrariarles.

Pero el doctor no pestañeó.

—En todo caso, caballero —prosiguió el burgomaestre—, entiendo hacerle responsables de lo que pase en su casa. Garantizo la tranquilidad de la población y no quiero que se vea turbada. Los acontecimientos de anoche no se renovarán o cumpliré con mi deber, caballero. ¿Lo ha entendido? Pero responda, caballero.

Al hablar así, el burgomaestre, bajo el imperio de una sobreexcitación extraordinaria, elevaba la voz hasta el diapasón de la cólera. Estaba furioso aquel digno van Tricasse, y ciertamente que debieron oírle desde fuera. Por último, fuera de sí, y viendo que el doctor no respondía a sus provocaciones, dijo:

—Venga, Niklausse.

Y, cerrando la puerta con una violencia que conmovió la casa, el burgomaestre arrastró al consejero en pos de sí. Poco a poco, y después de andar unos veinte pasos por la campiña, los dignos notables se calmaron. Su marcha se amortiguó y su andar se modificó. El enrojecimiento de su rostro se apagó y de encarnado pasó a color de rosa. Y un cuarto de hora después de haber salido de la fábrica, van Tricasse decía con apacible tono al consejero Niklausse:

—¡Qué hombre tan amable es el doctor Ox! Le veré siempre con el mayor placer.

Capítulo VI

En donde Frantz Niklausse y Suzel van Tricasse forman algunos proyectos para el porvenir

Nuestros lectores saben que el burgomaestre tenía una hija, la señorita Suzel; mas por perspicaces que sean no han podido adivinar que el consejero Niklausse tenía un hijo, el señor Frantz. Y aun cuando lo hubiesen adivinado, nada les permitiría imaginar que Frantz fuese el novio de Suzel. Añadiremos que estos dos jóvenes estaban hechos el uno para el otro, y que se amaban como se ama en Quiquendone.

No debemos creer que los corazones jóvenes dejasen de palpar en aquella población excepcional; sólo que latían con cierta lentitud. Se casaban como en cualquiera otra ciudad del mundo, pero se tomaban tiempo para ello. Los futuros, antes de enredarse en los terribles lazos, querían estudiarse, y los estudios duraban lo menos diez años, como en el colegio. Raras veces se recibía nadie antes de ese tiempo.

Sí. ¡Diez años! ¡Durante diez años se cortejaban! ¿Es acaso demasiado cuando se trata de ligarse por toda la vida? ¿Se estudia diez años para ser ingeniero o médico, abogado o consejero de

prefectura, y se pretende adquirir en menos tiempo los conocimientos necesarios para marido? Esto es inadmisibile, y sea por temperamento o por razón, los quiquendoneses están, a nuestro parecer, en lo cierto al prolongar así sus estudios. Cuando en otras poblaciones libres y ardientes se ven efectuar los casamientos en pocos meses, hay que encogerse de hombros y darse prisa en enviar a los muchachos al colegio y a las muchachas a la enseñanza de Quiquendone.

No se citaba, en medio siglo, más que un matrimonio hecho en dos años y aún así por poco paró en mal. Frantz Niklausse quería, pues, a Suzel van Tricasse, pero apaciblemente, como se ama cuando se tienen diez años por delante para adquirir el objeto amado. Todas las semanas, una sola vez, y a la hora convenida, Frantz venía a buscar a Suzel y la conducía a la orilla del Vaar, cuidando de llevarse la caña de pescar, mientras que su amada no olvidada el cáñamo de tapicería, en el cual sus bonitos dedos casaban las flores más inverosímiles.

Conviene decir aquí que Frantz era un joven de veintidós años, en cuyo rostro apuntaba un ligero bozo de melocotón, y cuya voz apenas acababa de descender de una octava a otra.

En cuanto a Suzel, era rubia y sonrosada. Contaba diecisiete años, y no desdeñaba el pescar con caña. ¡Singular ocupación, sin embargo, que obliga a luchar en astucia con un barbito! Pero a Frantz le gustaba esto, y semejante pasatiempo cuadraba bien con su carácter. Paciente cuanto se puede serlo, complaciéndose en seguir con meditación vista el tapón de corcho que se mecía al hilo del agua, sabía esperar, y cuando después de una sesión de seis horas un modesto barbo, compadeciéndose de él, consentía en dejarse pescar, era feliz, aunque sabía contener su emoción.

Aquel día los dos futuros, puede decirse que los dos prometidos, estaban sentados sobre la verde orilla. El límpido Vaar murmuraba a algunos pies debajo de ellos. Suzel impelía indolentemente su aguja por entre el cañamazo.

Frantz arrastraba automáticamente su sedal de izquierda a derecha, y luego le dejaba seguir la corriente de derecha a izquierda. Los barbitos trazaban en el agua redondeles caprichosos que se entrecruzaban alrededor del corcho, mientras que el anzuelo se paseaba vacío por las capas más inferiores.

De vez en cuando decía sin levantar siquiera los ojos sobre la niña:

—Creo que pica.

—¿Lo crees, Frantz? —respondía Suzel, que, abandonando un momento su labor, seguía con vista conmovida el cordel de su prometido.

—Pero no —añadía Frantz—. Había creído sentir un pequeño movimiento. Me he equivocado.

—Ya picaré, Frantz —replicaba Suzel con pura y dulce voz—. Pero no olvide de tirar a tiempo. Siempre se retarda algunos segundos y el pececillo los aprovecha para escapar.

—¿Quiere usted tomar la caña, Suzel?

—Con mucho gusto, Frantz.

—Entonces deme el cañamazo. Veremos si soy más diestro con la aguja que con el anzuelo.

Y la joven tomaba la caña con trémula mano, mientras que el mozo hacía pasar la aguja por las mallas del cañamazo. Y durante horas enteras cruzaban así tiernas palabras, y sus corazones palpitaban cuando el corcho se estremecía sobre el agua. ¡Ah!, no olvidarán nunca aquellos encantadores momentos, en que, sentados el uno junto al otro, escuchaban el susurro de las aguas. Aquel día el sol estaba ya muy inclinado sobre el horizonte, y a pesar de los talentos combinados de Suzel y Frantz, nada había mordido. Los barbitos no se habían mostrado apiadados y se reían de los jóvenes, que eran demasiado buenos para guardarles rencor por eso.

—Seremos más afortunados otra vez, Frantz —dijo Suzel, cuando el joven pescador hincó su anzuelo, siempre virgen, en la planchuela de pino.

—Debemos esperarlo Suzel —respondió Frantz.

Y, después, caminando ambos uno junto a otro, emprendieron la vuelta a casa, sin cruzar una sola palabra, tan mudos como sus sombras, que se prolongaban delante de ellos. Suzel se veía grande, muy grande, bajo los oblicuos rayos del sol poniente. Frantz parecía flaco, muy flaco como el largo cordel que tenía en la mano.

Llegaron a casa del burgomaestre. Unas verdes matas de hierbas adornaban las relucientes losas, y se hubieran guardado muy bien de arrancarlas, porque sirviendo de mullido a la calle, apagaban el ruido de los pasos.

En el momento en que iba a abrirse la puerta, Frantz creyó deber decir a su prometida:

—Ya lo sabe usted, Suzel, el gran día se acerca.

—Se acerca, en efecto, Frantz —respondió la niña entornando sus párpados.

—Sí —dijo Frantz—, dentro de cinco o seis años.

—Hasta la vista, Frantz —dijo Suzel.

—Hasta la vista, Suzel —respondió el joven Frantz.

Y después que la puerta se cerró, el joven tomó con paso igual y sosegado el camino de la casa del consejero Niklausse.

Capítulo VII

Donde los *andante* se convierten en *allegro*, y los *allegro* en *vivace*

La emoción causada por el incidente del abogado Schut y del médico Custos se había apaciguado, y el asunto no tuvo consecuencias. Podía, pues, esperarse que Quiquendone volvería a su apatía habitual, momentáneamente turbada por un acontecimiento inexplicable.

Entretanto, la colección de las tuberías destinadas a conducir el gas oxhídrico por los principales edificios de la población, se verificaba rápidamente. Los conductos y las ramificaciones se deslizaban poco a poco bajo el empedrado de Quiquendone. Pero los mecheros faltaban todavía, porque siendo su ejecución muy delicada, había sido necesario fabricarlos en el extranjero. El doctor Ox se multiplicaba; su ayudante Igeno y él no perdían un solo instante, dando prisa a los obreros, terminando los delicados órganos del gasómetro, alimentando día y noche las gigantescas pilas que descomponían el agua bajo la influencia de una poderosa corriente eléctrica. ¡Sí! El doctor fabricaba ya su gas, aunque la canalización no se hallaba terminada todavía lo cual, entre nosotros, hubiera parecido muy singular. Pero antes de poco tiempo, podía esperarse al menos, antes de poco, que el doctor Ox inauguraría en el teatro de la población los esplendores de su nuevo alumbrado.

Porque Quinquendone poseía un teatro, hermoso edificio a fe mía, cuya disposición interior y exterior recordaba todos los estilos. Era a la vez bizantino, románico, gótico, del renacimiento, con puertas de medio punto, ojivas, rosetones flamígeros, cimbalillos fantásticos, en una palabra, modelo de todos los géneros, mitad Partenón, mitad Gran Café de París, lo cual no debe causar extrañeza, porque, comenzado en tiempo del burgomaestre Ludwig van Tricasse, en 1175, no se terminó hasta 1837, bajo el burgomaestre Natalis van Tricasse. Se habían empleado setecientos años en construirlo, y se había conformado sucesivamente con la moda arquitectónica de todas las épocas.

¡No importa! Era un hermoso edificio, cuyas pilastras romanas y bóvedas bizantinas no discreparían del alumbrado de gas oxhídrico.

Se representaba algo de todo en el teatro de Quiquendone, y especialmente la ópera seria y cómica; pero hay que decir que los compositores no hubieran podido reconocer sus obras, de tan cambiados como estaban los «movimientos».

En efecto, como nada se hacía aprisa en Quiquendone, las obras tenían que adaptarse al temperamento de los quiquendonenses. Aunque las puertas del teatro se abrían habitualmente a las cuatro y se cerraban a las diez, no había ejemplo de que durante esas seis horas se hubiesen representado más de dos actos. *Roberto el Diablo*, *Los Hugonotes* o *Guillermo Tell* ocupaban ordinariamente tres noches, de

tan lenta como era la ejecución de estas óperas. Los *vivaces*, en el teatro de Quiquendone, se convertían en verdaderos *adagios*. Los *allegros* se arrastraban larga, larguísima y lentamente.

Las semifusas no valían las mínimas de cualquier otro país. Las tiradas más rápidas, ejecutadas según el gusto de los quiquendonenses, tomaban el andar de un himno de canto llano. Los indolentes trinos se prolongaban y acompasaban para no herir los oídos de los *dilettanti*.

Para decirlo, tomo como ejemplo el aire rápido de Fígaro que, a su entrada en el primer acto del Barbero de Sevilla, se llevaba al número treinta y tres del metrónomo y duraba cincuenta y ocho minutos, cuando el actor era muy vivaracho. Como es fácil colegirlo, los artistas que venían de fuera tenían que conformarse con esa moda, pero como les pagaban bien no se quejaban y obedecían fielmente la batuta del director de orquesta, que no marcaba nunca en los *allegros* más de ocho compases por minuto.

¡Pero, en cambio, qué de aplausos llovían sobre aquellos artistas que encantaban, sin fatigarlos nunca, a los espectadores de Quiquendone! Todas las manos daban una contra otra en intervalos bastantes separados, lo cual traducían los periódicos por «aplausos frenéticos», y si una o dos veces el salón, entusiasmado, no se hundía bajo los bravos, es porque en el siglo duodécimo no se ahorra en los cimientos ni el mortero ni la piedra.

Por otra parte, para no exaltar las entusiastas naturalezas de los flamencos, el teatro sólo trabajaba una vez por semana, lo cual permitía a los actores estudiar con más profundidad sus papeles, y a los espectadores digerir por más tiempo las bellezas de las obras maestras del arte dramático.

Hacía mucho tiempo que las cosas marchaban así. Los artistas extranjeros tenían la costumbre de contratarse con el empresario de Quiquendone, cuando querían descansar de sus fatigas en otros teatros, y no parecía que nada debía modificar este inveterado hábito, cuando, quince días después del suceso Schu-Custos, un incidente inesperado vino a perturbar de nuevo la población.

Era sábado, día de ópera. No se trataba aún, como pudiera creerse, de inaugurar el nuevo alumbrado. No; los tubos bien llegaban hasta la sala, mas por el motivo arriba indicado, los mecheros no estaban todavía colocados y las bujías de la araña seguían proyectando su apacible luz sobre los espectadores que llenaban el teatro. Se habían abierto las puertas al público a la una de la tarde, y a las tres el salón estaba a medio llenar. Durante un momento había habido una cola que se desarrollaba hasta la extremidad de la plaza de San Ernulfo, delante de la tienda del farmacéutico José Lieftrinck. Esta concurrencia permitía presagiar una buena representación.

—¿Irás esta noche al teatro? —había preguntado en la mañana el

consejero al burgomaestre.

—No faltaré —había respondido van Tricasse—, y llevaré a mi mujer, a nuestra hija Suzel y a nuestra querida Tatanemancia, que se vuelven locas por la buena música.

—¿Vendrá la señorita Suzel? —dijo el consejero.

—Sin duda, Niklausse.

—Entonces mi hijo Frantz será uno de los primeros que acudirán —respondió Niklausse.

—¡Joven impulsivo, Niklausse! —repuso doctoralmente el burgomaestre—. ¡Cabeza atolondrada! Es necesario vigilar a ese muchacho.

—Ama, van Tricasse, ama a vuestra hermosa Suzel.

—Pues bien, Niklausse, se casará con ella. Una vez convenidos en ese matrimonio, ¿qué puede pedir más?

—No pide nada, van Tricasse, no reclama nada ese querido hijo. Pero, en fin, y no quiero decir más, no será el último en pedir su boleto en la taquilla.

—¡Ah! ¡Viva y ardiente juventud! —replicó el burgomaestre, sonriendo al recuerdo de su pasado—. ¡Así hemos sido nosotros, mi digno consejero! ¡También nosotros hemos amado! ¡También hemos cortejado en nuestros tiempos! Hasta la tarde, pues, hasta la tarde. A propósito, ¿sabe usted que ese Fioravanti es un gran artista? ¡Por eso la acogida que ha tenido entre nosotros! ¡No olvidará en mucho tiempo los aplausos de Quiquendone!

Se trataba, en efecto, del célebre tenor Fioravanti, que por su talento de cantante, su método perfecto, su voz simpática, provocaba entre los aficionados de la población un verdadero entusiasmo.

Tres semanas hacía que Fioravanti había obtenido, en *Los Hugonotes*, un éxito inmenso. El primer acto, interpretado a gusto de los quiquendonenses, había ocupado una representación entera de la primera semana del mes. Otra función de la segunda semana, prolongada con *andante* infinitos, había valido al célebre artista una verdadera ovación. El triunfo se había acrecentado con el tercer acto de la obra maestra de Meyerbeer. Pero era en el cuarto donde esperaban ver a Fioravanti, y precisamente aquella tarde iba a ser cantado ante un público impaciente. ¡Ah! ¡Aquel dúo de Raúl y Valentina, aquel himno de amor a dos voces, tan suspirado, aquel momento en que se multiplican los *crescendo*, los *stringendo*, los *sforzando*, los *piu crescendo*, todo cantado lenta, compendiosa, interminablemente! ¡Oh! ¡Qué encanto!

Así que a las cuatro el teatro estaba lleno. Los palcos, la orquesta, el patio, estaban atestados. En primer término se hallaban el burgomaestre van Tricasse, la señorita van Tricasse, la señora de van Tricasse y la amable Tatanemancia, con gorro verde manzana;

después, no lejos, el consejero Niklausse y su familia, sin olvidar al enamorado Frantz. Se veían también las familias del médico Custos, del abogado Schut, de Honorato Syntax, el gran juez, y a Soutman (Norberto), el director de la compañía de seguros, así como al grueso banquero Collaert, loco por la música alemana, algo cantante él también, al preceptor Rupp, al director de la Academia, Jerónimo Resh, al comisario civil y a otras muchas notabilidades de la población que no pueden enumerarse sin abusar de la paciencia del lector.

Ordinariamente, esperando que el telón se levantase, los quiquendonenses tenían la costumbre de permanecer callados, leyendo los unos su periódico, cruzando otros algunas palabras en voz baja, yendo éstos a su asiento sin ruido ni atropelladamente, dirigiendo aquéllos una mirada semiapagada a las amables beldades que guarnecían las galerías.

Pero aquella noche, un observador hubiera reconocido que aún antes de alzarse el telón reinaba en el teatro una animación inusitada. Se estaban moviendo personas que nunca se agitaban. Los abanicos de las damas oscilaban con una rapidez anormal. Un aire más vivo parecía haber invadido todos los pechos y se respiraba con más holgura. Algunas miradas brillaban, puede decirse, tanto como las llamas de la lucerna, y parecían derramar un resplandor insólito.

Ciertamente que se veía más claro que de costumbre, aunque el alumbrado era el mismo. ¡Ah! ¡Si los nuevos aparatos del doctor Ox hubiesen funcionado! Pero no funcionaban todavía.

Por último, la orquesta está completa en su puesto. El primer violín pasa por entre los atriles para dar un modesto *la* a sus colegas. Los instrumentos de cuerda, los de viento y los de percusión están acordes. El maestro de orquesta no aguarda más que la campanilla para marcar el primer compás.

La campanilla suena y comienza el cuarto acto. El *allegro appassionato* de entrada se toca, según costumbre, con una grave lentitud que hubiera hecho dar un brinco al ilustre Meyerbeer, y cuya majestad toda sólo aprecian los diletantes quiquendonenses.

Pero muy pronto el director de orquesta comienza a perder el dominio sobre los ejecutantes. Le cuesta algún trabajo contenerlos, a ellos, tan obedientes y tan calmosos de ordinario. Los instrumentos de viento manifiestan tendencia a acelerar los movimientos, y hay que frenarlos con mano firme, porque adelantándose sobre los de cuerda producirían, desde el punto de vista armónico, un efecto desagradable. El mismo bajo, tocado por el hijo del farmacéutico José Liefrink, joven de muy buena educación, propende a acalorarse.

Entretanto, Valentina ha principiado su recitado:

Estoy sola, mi casa...

pero se acelera. El maestro de orquesta y todos los músicos la siguen, quizá inconscientemente, en su *cantabile*, que debería ser medido con pausa, como un doce por dieciocho que es.

Cuando Raúl aparece en la puerta del fondo, desde el momento en que Valentina le sale al encuentro, hasta al de esconderle en el cuarto de al lado, no se pasa un cuarto de hora, cuando antes, según la tradición del teatro de Quiquendone, ese recitado de treinta y siete compases duraba hasta treinta y siete minutos.

Saint Bris, Nevers, Cavannes y los señores católicos, han entrado en escena con alguna precipitación quizá.

Allegro pomposo ha marcado el compositor en la partitura. La orquesta y los señores andan efectivamente *allegro*, pero de ningún modo *pomposo*, y en el *tutti*, en esa página magistral de la conjuración y de la bendición de puñales, no se modera ya el *allegro* reglamentario. Cantores y músicos corren fogosamente. El director de orquesta ya no piensa en contenerlos. Por otra parte, el público no reclama, sino que, al contrario, se ve también arrastrado a un movimiento que responde a las aspiraciones del alma:

De incesantes disturbios y de una guerra impía.

¿Quiere usted librar como yo, la patria mía?

Esto se promete y se jura. Apenas tiene Nevers el tiempo de protestar y de cantar que «entre sus abuelos cuenta soldados y no asesinos». Le prenden. Los alguaciles y corchetes llegan y juran rápidamente «herir a todos a la vez». Saint Bris recorre como un verdadero dos por cuatro callejero el recitado que llama a los católicos a la venganza. Los tres frailes, llevando canastillos con fajas blancas, se precipitan por la puerta del fondo de la habitación de Nevers, sin tener presente la exigencia de la escena que les recomienda adelantarse lentamente. Ya todos los asistentes han sacado sus espadas y sus puñales, los tres monjes echan su bendición en un abrir y cerrar de ojos. Las sopranos, los tenores y bajos atacan con gritos encarnizados el *allegro* furioso, y de un seis por ocho dramático hacen un seis por ocho de rigodón.

Y luego salen aullando el canto de la cita a medianoche:

A medianoche

¡No hay ruido!

¡Dios lo quiera!

Sí

A medianoche

En aquel momento el público está de pie. Todos se agitan en los palcos, en las lunetas y en las galerías. Parece que todos los espectadores van a arrojarse a la escena con el burgomaestre van Tricasse a la cabeza, a fin de reunirse con los conjurados y aniquilar a los hugonotes, de cuyas opiniones, sin embargo, participan. Aplauden, llaman a la escena y aclaman. Tatanemancia agita con mano febril su gorro verde manzana. Las lámparas del salón despiden un brillo ardiente.

Raúl, en vez de levantar lentamente la colgadura, la rasga con ademán soberbio y se encuentra frente a frente con Valentina.

Por último, ya ha llegado el gran dúo que se canta *allegro vivace*. Raúl no aguarda las preguntas de Valentina, ni Valentina las respuestas de Raúl. El pasaje adorable:

*El peligro se acerca
Y el tiempo vuela...*

se convierte en uno de esos rápidos dos por cuatro que tanta fama han dado a Offenbach cuando hace bailar a los conjurados. El *andante amoroso*:

*¡Tú lo has dicho!
¡Sí, tú me amas!*

ya no es más que un *vivace furioso* y el violonchelo de la orquesta no se ocupa en imitar las inflexiones de voz del cantor, como lo indica la partitura del maestro. En vano Raúl exclama:

*¡Sigue hablando y prolonga
del corazón el inefable sueño!*

Valentina no puede prolongar, y se ve que a aquél le devora un fuego insólito. Cada *si* y cada *do* que lanza fuera del alcance natural ostentan un brillo tremendo. Se agita, gesticula y está abrasado.

Se oye la campana que resuena, pero ¡qué campana! El campanero no se duerme. Es un toque a rebato espantoso que lucha con ímpetu con los furores de la orquesta.

Por último, el movimiento que va a terminar tan magnífico acto:

*¡No más amor sublime!
¡Oh pesar que me oprime!*

Que el compositor indica *allegro con moto*, se lleva con un *prestissimo* desenfrenado, asemejándose a un tren que corre.

Vuelve la campana a sonar. Valentina cae desmayada y Raúl se tira por la ventana.

Ya era tiempo. La orquesta, realmente embriagada, no hubiera podido proseguir. La batuta del director ya no es más que un pedazo destrozado sobre la concha del apuntador. Las cuerdas de los violines están rotas y los mangos retorcidos. En su furor, el timbalero ha reventado los timbales. El contrabajo está montado sobre su instrumento sonoro. El primer clarinete se ha tragado la boquilla de su instrumento, y el segundo oboe mastica entre sus dientes la lengüeta de caña. La corredera del trombón está falseada, y, por último, el desgraciado trompa no puede retirar la mano, que ha hundido demasiado en el pabellón de su instrumento.

¿Y el público? El público, jadeante, inflamado, gesticula y aúlla. Todos los rostros están rojos, como si un incendio hubiera abrasado los cuerpos por dentro. La gente se aglomera y amontona para salir, los hombres sin sombrero, las mujeres sin manto. Se atropellan en los corredores, se estrellan en las puertas, disputan y se pegan. Ya no hay autoridades. Ya no hay burgomaestre. Todos son iguales ante la excitación infernal...

Y algunos instantes después, cuando cada cual está en la calle, todos recobran su calma acostumbrada y entran pacíficamente en sus casas con el recuerdo confuso de lo que han experimentado.

El cuarto acto de *Los Hugonotes*, que duraba otras veces seis horas, principiado aquella tarde a las cuatro y media, estaba listo a las cinco menos doce. ¡Había durado dieciocho minutos!

Capítulo VIII

En que el antiguo y solemne vals alemán se vuelve torbellino

Pero si los espectadores, después de salir del teatro, recobraron su calma acostumbrada; si fueron pacíficamente a sus casas, sin conservar más que una especie de atolondramiento pasajero, no habían dejado de sufrir una exaltación extraordinaria; y anonadados, rendidos, como si hubieran cometido algún exceso en la comida, cayeron pesadamente en sus camas.

Al día siguiente tuvieron todos una especie de recuerdo de lo ocurrido la víspera. En efecto, al uno le faltaba el sombrero, perdido en la zambra, al otro un faldón de la levita rasgado en la pelea, a esta su fino zapato de rusel¹⁰, a esa su manto de los días señalados. Volvió la memoria a aquellos honrados ciudadanos y con la memoria cierto pudor de su incalificable efervescencia. Les aparecía todo como una orgía de la cual hubieran sido héroes inconscientes.

Ni lo mencionaban ni querían pensar en ello. Pero el personaje

más aturrido de la población era el burgomaestre van Tricasse. Cuando al día siguiente se despertó, no pudo hallar su peluca. Lotche la había buscado por todas partes. Nada. La peluca se había quedado en el campo de batalla. En cuanto a hacerla reclamar por Juan Mistrol, el trompeta juramentado de la villa, no. Valía más sacrificarla que exhibirse a la vergüenza, teniendo la honra de ser el primer magistrado de la población.

El digno van Tricasse meditaba, tendido bajo sus mantas, molido el cuerpo, pesada la cabeza, tumefacta la lengua, ardiente el pecho. No sentía gana alguna de levantarse, al contrario, y su cerebro trabajó aquella mañana más que en cuarenta años.

El honorable magistrado coordinaba en su mente todos los incidentes de tan inexplicable representación. Los comparaba con los hechos acaecidos en casa del doctor Ox y buscaba las razones de esta singular excitabilidad que por dos veces acababa de declararse entre sus más recomendables administrados.

¿Pero qué ocurre? —decía para sí—. ¿Qué vértigo es ese que se ha apoderado de mi pacífica villa de Quiquendone? ¿Es que vamos a volvernos locos y habrá que convertir la población en un vasto manicomio? ¿Por qué, en fin, ayer estábamos todos allí, notables, consejeros, jueces, abogados, médicos, académicos, y todos, si la memoria me es fiel, hemos pasado por ese acceso de furiosa demencia? ¿Pero qué había pues, en aquella música infernal? Es inexplicable. Sin embargo, yo no había comido ni bebido nada que pudiera producir en mí semejante excitación. No. Ayer en la comida, una tajada de ternera muy hecha, alguna cucharada de espinacas con azúcar, huevos batidos y dos vasos de cerveza floja cortada con agua pura, eso no puede subirse a la cabeza. No. Algo hay que no puedo explicarme, y como, en suma, soy responsable de los actos de mis administrados, mandaré instruir indagatoria.

Pero la indagatoria, decretada por el consejo municipal, no produjo resultado alguno. Si los hechos eran patentes, la búsqueda de los magistrados no dio con sus causas. Por otro lado, la calma se había restablecido en los ánimos y con la calma vino el olvido de los excesos. Los periódicos de la localidad se abstuvieron de hablar de ello, y la reseña de la representación, que apareció en el *Memorial de Quiquendone*, no hizo alusión alguna al desenfrenado entusiasmo de la concurrencia entera.

Pero si, entretanto, la población volvió a su habitual apatía, si tornó a ser, al menos en apariencia, flamenca como antes, se experimentaba que en el fondo el carácter y temperamento de sus habitantes se iba poco a poco modificando. Hubiera podido decirse con verdad, según la expresión del médico Domingo Custos, que les nacían los nervios.

Expliquémonos, sin embargo. Este cambio indudable, por nadie contradicho, sólo se presentaba con ciertas condiciones. Cuando los quiquendonenses iban por la calle, al aire libre, por las plazas y a lo largo del Vaar, seguían siendo aquellas buenas gentes frías y metódicas, de antiguo conocidas. Asimismo, cuando se confinaban en su morada, unos trabajando de manos y otros de cabeza, ni los unos hacían nada, ni los otros discurrían en lo más mínimo. Su vida privada era silenciosa, fuerte, vegetativa como siempre. Ni había reyertas ni reconvenciones en las familias, ni aceleración de palpitaciones en el corazón, ni excitación alguna de la medula encefálica. El promedio de las pulsaciones seguía siendo el de los buenos tiempos, de cincuenta a cincuenta y dos por minuto¹¹.

Pero, fenómeno absolutamente inexplicable; que hubiera dejado burlada la sagacidad de los fisiólogos más ingeniosos de la época, si los habitantes de Quiquendone no se modificaban en su vida privada, se transformaban visiblemente por el contrario en la vida común, con motivo de las relaciones que entre los individuos se establecen.

Así es que si se reunían en un edificio público, ya no andaba la cosa bien, como decía el comisario Passauf. En la Bolsa, en el Ayuntamiento, en el anfiteatro de la Academia, en las sesiones del consejo, en las reuniones de los doctos, se producía una especie de revivificación o sobreexcitación singular que se apoderaba de los asistentes. Al cabo de una hora las relaciones ya eran agrias. A las dos horas la discusión degeneraba en disputa. Las cabezas se calentaban y se acudía a las personalidades. En la iglesia misma, durante el sermón, los fieles no podían oír con sangre fría al ministro Stabel, que, agitándose en el púlpito, los amonestaba con más severidad que de costumbre. En fin, este estado de cosas trajo nuevos altercados, ¡ay!, más graves que el del médico Custos con el abogado Schut, y si no necesitaron nunca la intervención de la autoridad fue porque los pendencieros, una vez en su casa, hallaban allí con la calma el olvido de las ofensas hechas y recibidas.

Sin embargo, esa particularidad no había podido llamar la atención de unos entendimientos absolutamente impropios para reconocer lo que pasaba en ellos. Sólo un personaje de la población, aquel mismo cuyo cargo pensaba el consejo en suprimir, el comisario Miguel Passauf, había observado que la excitación, nula en las casas particulares, se revelaba pronto en los edificios públicos, y discurría no sin cierta ansiedad sobre lo que acontecería si algún día se propagase ese frenesí por las habitaciones, y si la epidemia, así la llamaba, se esparcía por las calles de Quiquendone. Entonces ya no habría olvido de injurias, ni intermitencias de delirio, sino una excitación permanente que lanzaría indudablemente a los quiquendonenses unos contra otros.

—¿Y qué sucedería? —decía para sí, con espanto, el comisario Passauf—. ¿Cómo contener tan salvajes furores? ¿Cómo tener a raya los temperamentos aguijoneados? Entonces mi cargo ya no será una sinecura, y habría precisión de que el consejo duplique mi sueldo, a no ser que tenga que ser yo mismo preso por infracción y perturbación del orden público.

Ahora bien estos justísimos temores no tardaron en realizarse. De la Bolsa, del templo, del teatro, de la casa municipal, de la Academia, del mercado, el mal invadió las casas particulares, y esto menos de quince días después de la terrible representación de *Los Hugonotes*.

Los primeros síntomas de la epidemia se declararon en casa del banquero Collaert.

Este rico personaje daba un baile, o al menos un sarao a las notabilidades de la población. Había emitido, algunos meses antes, un empréstito de treinta mil francos, que se suscribió en sus tres cuartas partes, y satisfecho de este éxito financiero había abierto sus salones y dado una fiesta a sus compatriotas.

Sabido es lo que son esas reuniones flamencas, puras y tranquilas, en las cuales hacen todo el gasto la cerveza y los jarabes. Algunas conversaciones sobre el tiempo que hace, el aspecto de la cosecha, el buen estado de los jardines, el entretenimiento de las flores y, sobre todo, de los tulipanes; de cuando en cuando una danza lenta y acompañada como un minué; a veces un vals, pero uno de esos vales alemanes que no dan más de vuelta y media por minuto y durante los cuales los que bailan se hallan tan lejos uno de otro como los brazos lo permiten, tales eran las circunstancias ordinarias de los bailes a que concurría la alta sociedad de Quiquendone. Se había intentado aclimatar la polka después de ponerla a cuatro tiempos, pero las parejas siempre se quedaban atrás de la orquesta, por lento que fuese el compás, de modo que hubo necesidad de renunciar a ella.

Aquellas reuniones pacíficas en que los donceles y doncellas hallaban un placer virtuoso y moderado, nunca habían producido escándalos funestos. ¿Por qué, entonces, aquella noche, en casa del banquero Collaert, los jarabes parecieron transformarse en vinos licorosos, en champaña chispeante y en incendiario ponche? ¿Por qué a mitad de la fiesta se apoderó de todos los convidados una especie de inexplicable embriaguez? ¿Por qué se convirtió el minué en tarantela? ¿Por qué los músicos de la orquesta apresuraron la medida? ¿Por qué las bujías alumbraron como en el teatro con brillo insólito? ¿Qué corriente eléctrica era la que invadía los salones del banquero? ¿De dónde provino que las parejas se acercaron, que las manos se estrecharon con más convulsivo apretón y que los caballeros en sus solos se distinguieron por algunos pasos atrevidos, durante aquella pastorela antes tan grave, tan solemne, tan modesta?

¡Ay! ¿Cuál sería el Edipo que pudiera responder a tan insolubles preguntas? El comisario Passauf, presente en la función, veía muy bien que la borrasca venía, más no podía dominarla sin huir, sintiendo como una embriaguez que le subía al cerebro. Todas sus facultades físicas e impulsivas de la pasión se desarrollaban y se le vio diferentes veces echarse sobre los dulces y desvalijar los platos, como si hubiera salido de una larga dieta.

Entretanto, la animación del baile se aumentaba. Un largo murmullo, como un zumbido sordo, se exhalaba de todos los pechos. Se bailaba de veras, agitándose los pies con creciente frenesí. Los rostros se encendían cual si fueran caras de Sileno. Los ojos brillaban como carbunclos. La fermentación general llegaba a todo su colmo.

Y cuando la orquesta entonó el vals de Freyschütz, cuando este vals tan alemán y de movimiento tan lento fue atacado con desenfrenado brazo por los músicos, ¡ay!, ya no fue un vals sino un torbellino insensato, una rotación vertiginosa, un giro digno de ser conducido por algún Mefistófeles, que llevase el compás con un tizón ardiendo. Después un galop¹², un galop infernal, durante una hora, sin poder desviarlo ni suspenderlo, desatado en revueltas por entre salas, salones, antecámaras y escaleras, desde el sótano hasta el desván de la opulenta mansión, arrastró a los mozos y doncellas, padres, madres, individuos de toda edad, de todo peso y de todo sexo, y al grueso banquero Collaert y a la señora de Collaert, y a los consejeros y magistrados, y al gran Juez, y a Niklausse y a la señora van Tricasse, y al burgomaestre van Tricasse y al mismo comisario Passauf, quien jamás pudo acordarse de quién fue su pareja aquella noche.

Pero «ella» no lo olvidó. Y desde aquel día, «ella» vio en sueños al avasallador comisario. ¡Y «ella» era la amable Tatanemancia!

Capítulo IX

Donde el doctor Ox y su ayudante Igeno cruzan algunas palabras

—¿Y bien, Igeno?

—Pues bien, maestro, todo está dispuesto. La colocación de los tubos se halla completamente terminada.

—¡Por fin! Ahora vamos a proceder en grande y sobre las masas.

Capítulo X

En el cual se verá que la epidemia invade la población entera y el efecto que produce

Durante los meses que siguieron, el mal, en vez de disiparse, no hizo más que extenderse. De las casas particulares, pasó a las calles. La

población de Quiquendone no era ya la misma.

Y, fenómeno más extraño aún que los observados hasta entonces, no solamente el reino animal, sino también el vegetal, estaban sometidos a esa influencia. Según el curso ordinario de las cosas, las epidemias son especiales. Las que atacan al hombre no se ceban en los animales, las que persiguen a éstos dejan libres a los vegetales. Jamás se ha visto a un caballo atacado de viruela, ni a un hombre de la peste bovina, así como los carneros no pescan la enfermedad de las patatas. Pero en Quiquendone todas las leyes de la naturaleza parecían trastornadas. No tan sólo se habían modificado el temperamento, el carácter y las ideas de los quiquendoneses, sino que los animales domésticos, perros o gatos, bueyes o caballos, asnos o cabras, sufrían aquella influencia epidémica, como si su medio habitual se hubiera cambiado. Las mismas plantas se emancipaban, si se quiere perdonarnos esta expresión.

En efecto, en los jardines, en las huertas, en los vergeles, se manifestaban síntomas sumamente curiosos. Las plantas enredaderas trepaban con más audacia. Los arbustos se tornaban árboles. Las semillas apenas sembradas ostentaban su verde brote y en igual transcurso de tiempo alcanzaban en pulgadas lo que antes y en las circunstancias más favorables crecían en líneas. Los espárragos llegaban a dos pies de altura; las alcachofas se hacían tan gruesas como melones, y éstos como calabazones, los cuales llegaban al tamaño de la campana mayor, que contaba nueve pies de diámetro. Las berzas se tornaban arbustos y las setas en paraguas.

Las frutas no tardaron en seguir el ejemplo de las verduras. Se necesitaban dos personas para comer una fresa y cuatro para una pera. Los racimos de uva eran todos iguales al pintado tan admirablemente por Poussin en su «Regreso de los enviados a la Tierra Prometida».

Lo mismo acontecía con las flores, las dilatadas violetas esparcían por el aire penetrantes perfumes; las rosas exageradas brillaban con los colores más vivos; las lilas formaban en pocos días impenetrables selvas; geranios, margaritas, dalias, camelias y magnolias invadiendo los paseos, se ahogaban las unas con las otras. Y los tulipanes, esas queridas liliáceas que son la delicia de los flamencos, causaron a los aficionados intensas emociones. El digno van Bistrom por poco cayó un día boca arriba al ver en su jardín una simple *Tulipa gesneriana* enorme, monstruosa, gigantesca, cuyo cáliz servía de nido a toda una familia de pitirrojos.

La población entera acudió para ver aquella flor fenomenal y le dio el nombre de *Tulipa quiquendonia*.

Mas, ¡jay!, si aquellas plantas, si aquellas frutas, si aquellas flores crecían a la vista, si todos los vegetales afectaban tomar proporciones gigantescas, si la viveza de sus colores y de los perfumes embriagaba

la vista y el olfato, en cambio, se marchitaban muy aprisa. Aquel aire que absorbían las quemaba rápidamente y no tardaban en perecer agostadas, mustias y abrasadas.

Tal fue la suerte del famoso tulipán, que se marchitó después de algunos días de esplendor.

Pronto sucedió lo mismo con los animales domésticos, desde el perro de la casa, hasta el cerdo de la porquera, desde el canario enjaulado hasta el pavo del corral. Conviene decir que estos animales, en época ordinaria, eran tan flemáticos como sus amos. Perros o gatos vegetaban más bien que vivían, no descubriéndose en ellos nunca ni un estremecimiento de placer, ni un movimiento de cólera. Los rabos estaban tan quietos como si fuesen de bronce. Desde tiempo inmemorial no se citaba ni mordedura ni arañazo. En cuanto a los perros rabiosos eran tenidos por bestias imaginarias, dignas de figurar entre los grifos y otros en la casa de fieras del Apocalipsis.

Más durante aquellos sucesos cuyos menores accidentes tratamos de reproducir, ¡qué cambio! Perros y gatos comenzaron a enseñar dientes y zarpas, y hubo necesidad de algunas ejecuciones a consecuencia de ataques reiterados. Por vez primera se vio que un caballo se desbocaba por las calles de Quiquendone, que un buey acometía a uno de sus congéneres, que un asno se caía patas arriba en la plaza de San Ernulfo dando rebuznos que ya no tenían nada de animal, y que un carnero defendía valientemente contra la cuchilla del carnicero, las costillas que llevaba dentro.

El burgomaestre van Tricasse tuvo que promulgar edictos de policía concernientes a los animales domésticos, que, atacados de frenesí, daban poca seguridad a las calles de Quiquendone.

¡Pero ay! Si locos estaban los animales, no se mostraban más cuerdos los hombres. Ninguna edad fue respetada por el azote.

Los niños se hicieron muy pronto insoportables, ellos, antes tan fáciles de criar, y, por la vez primera, el gran juez Honorato Syntax tuvo que dar azotes a su tierna primogénita.

En el colegio hubo una especie de motín, y los diccionarios trazaron deplorables trayectorias en las clases. Ya no podía tenerse a los alumnos encerrados, y, por otra parte, la sobreexcitación llegaba hasta los profesores mismos, que los abrumaban de castigos.

¡Otro fenómeno! Todos los quiquendonenses, tan sobrios hasta entonces y que hacían de las natillas y merengues su alimento principal, cometían verdaderos excesos de comida y bebida. Su régimen ordinario no bastaba. Cada estómago se cambiaba en sumidero, y era preciso llenarlo por los medios más enérgicos. El consumo se triplicó, y en vez de tres comidas se hacían seis. Hubo, por consiguiente, numerosas indigestiones. El consejero Nliklausse no podía nunca acabar de saciar su hambre, ni el burgomaestre van

Tricasse apagar de una vez su sed no saliendo ya de una especie de semiembriaguez encarnizada.

En fin, los síntomas más alarmantes se manifestaron y multiplicaron de día en día.

Se encontraron borrachos por las calles, y entre ellos, con frecuencia, notabilidades.

Las gastralgias dieron enorme ocupación al médico Domingo Custos, así como las neuritis y neuroflogosis, lo cual demostraba hasta qué grado de irritabilidad habían llegado los nervios de la población.

Hubo reyertas y altercados diarios en las calles, antes desiertas, de Quiquendone, hoy tan frecuentadas porque nadie se podía estar quieto en su casa.

Fue necesario crear una policía nueva para contener a los perturbadores del orden público.

Se instaló una prevención en el ayuntamiento, y se vio poblada día y noche. El comisario Passauf ya no podía más.

Se arregló un matrimonio en menos de dos meses, lo cual jamás se había visto. El hijo del preceptor Rupp se casó con la hija de la bella Agustina de Rovere, y esto nada más que cincuenta y siete días después de haberle pedido su mano.

Se decidieron otros casamientos que antiguamente hubieran estado en proyecto años enteros. El burgomaestre no se reponía de su asombro, y estaba viendo que su hija, la linda Suzel, se le iba a escapar de las manos.

En cuanto a la apreciable Tatanemancia, se había atrevido a pensar en el comisario Passauf, como esperanza de un enlace que le parecía reunir todos los elementos de felicidad, ¡fortuna, honra y juventud!

En fin, hubo, para colmo de abominación, un duelo. ¡Sí! ¡Un duelo! ¡Un desafío a pistola de arzón a setenta y cinco pasos y balas libres! ¿Y entre quienes? No lo creerán nuestros lectores.

Entre Frantz Niklausse, el apacible pescador, y el hijo del opulento banquero, el joven Simón Collaert.

Y la causa de este duelo era la hija del burgomaestre, hacia quien se sentía Simón perdido de amor, y que no quería ceder a las pretensiones de un rival audaz.

Capítulo XI

Donde los quiquendonenses toman una resolución heroica

Ya vemos en cuán deplorable estado se encontraba la población de Quiquendone. Las fuerzas fermentaban. No se conocían ni reconocían unos a otros. Las gentes más pacíficas se tornaron

pendencieras. Cuidado con mirarlas de reojo, porque pronto hubieran sido necesarios los padrinos. Algunos se dejaron crecer el bigote, y los más revoltosos se los retorcieron a modo de gancho.

En semejantes circunstancias, la administración de la villa y el mantenimiento del orden en calles y edificios públicos ofrecían gran dificultad, porque los servicios no se habían organizado para tal estado de cosas. El burgomaestre, aquel digno van Tricasse, a quien hemos conocido tan apacible, tan apocado, tan incapaz de adoptar decisiones, no cesaba de estar encolerizado. Su casa retumbaba con los estallidos de su voz. Dictaba veinte bandos al día, reconvenía a sus agentes y estaba siempre dispuesto a ejecutar por sí mismo los actos de su administración.

¡Ah! ¡Qué transformación! Amable y tranquila casa del burgomaestre, buena habitación flamenca, ¿dónde estaba su tranquila calma? ¡Qué escenas domésticas ocurrían ahora! La señora de van Tricasse se había vuelto adusta, caprichosa y gruñona. Su marido lograba cubrir su voz gritando más que ella, pero no podía hacerla callar. El humor irascible de la buena señora se descargaba sobre cuanto se le ponía delante. Nada iba bien. El servicio no se hacía. Para todo se tardaba. Acusaba a Lotche y aun a su cuñada Tatanemancia, quien con no menos malhumor le respondía agriamente. Era natural que el señor van Tricasse defendiera a su criada Lotche, como sucede en muchas familias. De aquí la exasperación permanente en la señora del burgomaestre, reprimendas y discusiones.

—Pero, ¿qué es lo que tenemos? —exclamaba el desgraciado burgomaestre—. ¿Cuál es ese fuego que nos devora? ¿Estamos acaso poseídos del demonio? ¡Ah! Señora van Tricasse, acabará por hacerme morir antes que usted, faltando así a las tradiciones de familia.

Porque el lector no habrá olvidado esa extraña particularidad de tener que enviudar el señor van Tricasse y volver a casarse para no romper el encadenamiento de las conveniencias.

Esta disposición de los ánimos produjo efectos bastante curiosos que importaba conocer. Aquella sobreexcitación, cuya causa todavía desconocemos, ocasionó aceleraciones fisiológicas que nadie hubiera esperado. Brotaron de la multitud talentos hasta entonces ignorados. Se revelaron nuevas aptitudes. Aparecieron hombres lo mismo en la política que en las letras. Se formaron oradores en medio de las más arduas controversias, y en todas las cuestiones inflamaron a un auditorio perfectamente dispuesto, por lo demás, a inflamarse. De las sesiones del consejo, el movimiento se transmitió a las reuniones públicas, fundándose un club en Quiquendone, mientras que veinte periódicos, entre ellos *El Vigía de Quiquendone*, *El Imparcial de Quiquendone*, *El Radical de Quiquendone*, *El Extremado de Quiquendone*, escritos con encarnizamiento, suscitaban las más graves cuestiones

sociales.

¿Pero a propósito de qué?, se dirá. A propósito de todo y de nada; a propósito de la torre de Audenarde, y que los unos querían derribar y otros enderezar; a propósito de los bandos de policía que promulgaba el consejo, y a los cuales pretendían resistir las malas cabezas; a propósito del aseo, de los arroyos y de las alcantarillas. ¡Y, por fin, si los fogosos oradores no la hubieran emprendido más que con la administración interior de la ciudad! Mas no; arrastrados por la corriente, debían ir más allá, y si la Providencia no intervenía, arrastrar, impelar, precipitar a sus semejantes en los azares de la guerra.

En efecto, hacía ochocientos o novecientos años que Quiquendone se había reservado un *casus belli* de suprema calidad, pero lo guardaba precisamente como una reliquia y había probabilidades de que ya no sirviese para nada.

He aquí cómo se había producido ese *casus belli*.

Se ignora generalmente que Quiquendone está cerca, en aquel buen rincón de Flandes, de la pequeña población de Virgamen. Los territorios de ambos concejos confinan uno con otro.

Ahora bien, en 1185, algún tiempo antes de la partida del conde Balduino para las Cruzadas, una vaca de Virgamen, no la de un habitante, sino una vaca del concejo, fíjese bien la atención en ello, se fue a pastar al territorio de Quiquendone. Apenas había el desgraciado animal rozado la hierba con su lengua; pero el delito, el abuso quedó debidamente consignado por el sumario que se formó verbalmente, porque en aquella época los magistrados comenzaban apenas a saber escribir.

—Nos vengaremos cuando sea ocasión —dijo simplemente van Tricasse, el trigésimo segundo predecesor del burgomaestre actual—, y los virgamenses nada perderán por esperar.

Los virgamenses estaban prevenidos. Aguardaron, pensando, no sin razón, que el recuerdo de la injuria se debilitaría con el tiempo; y, en efecto, durante algunos siglos vivieron en buenas relaciones con sus semejantes de Quiquendone.

Pero no contaban con la nueva huésped, o, por mejor decir, con esa extraña epidemia que, cambiando radicalmente el carácter de sus vecinos, despertó en los corazones la adormecida venganza.

En el club de la calle de Mostrelet fue donde el fogoso abogado Schut, lanzando bruscamente la cuestión a la faz de sus oyentes, los apasionó empleando las expresiones y metáforas de costumbre en estas circunstancias. Recordó el delito y el agravio hecho a Quiquendone, y para el cual un pueblo celoso de sus derechos no podía admitir prescripción. Mostró la injuria siempre viva, la llaga siempre sangrienta; habló de ciertos encogimientos de hombros

peculiares de los habitantes de Virgamen, y que indicaban el desprecio en que tenían a los de Quiquendone; suplicó a sus compatriotas que, inconscientemente quizá, habían sufrido durante tantos siglos el mortal ultraje; rogó a los hijos de la vieja ciudad que ya no tuviesen otro objetivo que el de obtener una reparación solemne. En fin, hizo un llamamiento a todas las fuerzas vivas de la nación.

El entusiasmo con que estas palabras, tan nuevas para los oídos quiquendonenses, fueron acogidas, se siente, pero no se explica. Todos los oyentes se levantaron, y con los brazos extendidos pedían la guerra a voz en grito. Nunca había obtenido el abogado Schut tan notable triunfo, y es necesario confesar que fue brillantísimo.

El burgomaestre, el consejero, todos los notables que asistían a esa memorable sesión, hubieran inútilmente querido resistir al arrebato popular. Por otra parte, ni deseos tenían de ello, y si no más, al menos tan alto como los otros gritaban:

—¡A la frontera! ¡A la frontera!

Y como la frontera no estaba más que a tres kilómetros de los muros de Quiquendone, los virgamenses corrían verdadero peligro, puesto que podían ser invadidos antes de haber tenido tiempo de prepararse.

Entretanto, el honorable farmacéutico José Liefrink, que era el único en conservar su sangre fría en tan graves circunstancias, quiso hacer comprender que se carecía de fusiles, cañones y generales.

Le respondieron, no sin algunas invectivas, que esos generales, cañones y fusiles, se improvisarían; que el derecho y el amor patrio bastaban para hacer a un pueblo irresistible.

Sobre esto mismo el burgomaestre tomó la palabra, y en una improvisación sublime, increpó a esas gentes pusilánimes que disfrazan el miedo bajo el velo de la prudencia, velo que él rasgaba con patriótica mano.

En aquel momento se hubiera creído que el salón se iba a hundir bajo los aplausos.

Se pidió la votación.

Se procedió por aclamación, y los gritos redoblaron.

—¡A Virgamen! ¡A Virgamen!

El burgomaestre se comprometió a poner los ejércitos en movimiento, y en nombre de la villa prometió al futuro vencedor los honores del triunfo, como lo verificaban los romanos.

Entretanto, el farmacéutico José Liefrink, que era algo testarudo, y que no se daba por vencido, aunque ya lo estaba realmente, quiso presentar todavía una observación. Hizo recordar que en Roma no se concedía el triunfo a los generales vencedores sino después de haber matado a cinco mil enemigos.

—¡Y qué!, ¡Y qué! —gritó delirante la concurrencia.

—Es que la población de Virgamen no asciende más que a tres mil quinientos setenta y cinco habitantes, y, por consiguiente, sería difícil, a no ser que se matase muchas veces a la misma persona...

Pero no dejaron que el desgraciado argumentador concluyese y le echaron del salón, confuso y completamente molido.

—Ciudadanos —dijo entonces el tendero de comestibles Pulmacher, que generalmente vendía especias al por menor—, ciudadanos, a pesar de lo dicho por ese cobarde boticario, me comprometo yo a matar cinco mil virgamenses, si quieren aceptar mis servicios...

—¡Cinco mil quinientos! —gritó un patriota más resuelto.

—¡Seis mil seiscientos! —repuso el tendero.

—¡Siete mil! —gritó el confitero de la calle de Hemling, Juan Orbideck, que estaba haciendo su fortuna con los merengues.

—¡Rematado! —exclamó el burgomaestre van Tricasse, viendo que nadie pujaba más.

Y fue de este modo que el confitero Juan Orbideck se hizo general en jefe de las tropas de Quiquendone.

Capítulo XII

En el cual el ayudante Igeno emite una opinión razonable que el doctor Ox rechaza con viveza

—¡Y bien, maestro! —decía al día siguiente el ayudante Igeno, echando cubos de ácido sulfúrico en la tina de sus enormes pilas.

—¡Y bien! —respondió el doctor Ox—. ¿No tenía yo razón? ¡Ve usted en qué consiste, no tan sólo el desarrollo físico de toda una nación, sino también su moralidad, su dignidad, sus talentos, su sentido político! ¡No es más que una cuestión de moléculas...!

—Sin duda, pero...

—¿Pero qué?

—¿No le parece que las cosas han llegado muy lejos y que no conviene excitar a esa pobre gente más de lo necesario?

—¡No! ¡No! —exclamó el doctor—. ¡No! Iré hasta el fin.

—Como guste, maestro; pero el experimento me parece concluyente, y creo que ya es tiempo de...

—¿De qué?

—De cerrar la llave.

—¡Cómo! —gritó el doctor Ox—. ¡Si hace usted semejante cosa lo estrangulo!

Capítulo XIII

Donde se prueba una vez más que desde un lugar Elevado se dominan todas las pequeñeces humanas

—¿Conque dice usted...? —preguntó el burgomaestre van Tricasse al consejero Niklausse.

—Digo que esta guerra es necesaria —respondió el consejero con tono firme—, y que ya ha llegado el tiempo de vengar nuestra injuria.

—Pues bien, yo le repito —dijo con acritud el burgomaestre—, le repito que si la población de Quiquendone no se aprovecha de esta ocasión para reivindicar sus derechos, será indigna de su nombre.

—¡Y yo le sostengo que debemos reunir sin tardanza nuestras huestes y llevarlas adelante!

—¿De veras, de veras? ¿Y es a mí a quien usted habla así?

—A usted mismo, señor burgomaestre, y tiene que oír la verdad por dura que le parezca.

—Usted es quien tendrá que escucharla, señor consejero, porque mejor saldrá de mi boca que de la suya. Sí, señor, sí. Toda tardanza sería deshonrosa. Hace novecientos años que la ciudad de Quiquendone aguarda el momento de tomar su desquite, y por más que diga, y le convenga o no, marcharemos contra el enemigo.

—¡Ah! ¿Lo toma usted por ese lado? —respondió irritado el consejero Niklausse—. Pues bien, marcharemos sin usted, si no le place ir.

—El puesto del burgomaestre está en primera fila.

—Y el de un consejero también.

—Me está insultando al contrariar todas mis voluntades —exclamó el burgomaestre, cuyos puños tenían la tendencia de cambiarse en proyectiles de percusión.

—Y también me insulta usted al dudar de mi patriotismo —dijo Niklausse, poniéndose también en guardia.

—Le digo, caballero, que el ejército quiquendonense se pondrá en marcha antes de dos días.

—Y le repito, caballero, que no pasarán cuarenta y ocho horas antes que marchemos sobre el enemigo.

Fácil es observar que ambos sostenían exactamente la misma idea. Ambos querían la batalla, pero su excitación los inclinaba a disputar. Niklausse no escuchaba a van Tricasse ni éste a aquél. No hubiera sido más violento el altercado aun cuando opinando los dos en sentido contrario quisiera el uno la guerra y el otro la paz. Se lanzaban miradas de furor. Por el movimiento acelerado de su corazón, por su cara encendida, por sus pupilas contraídas, por el temblor de sus músculos, por su voz, en la cual había hasta rugidos, se comprendía que estaban dispuestos a lanzarse uno sobre otro.

Pero sonó el reloj de la torre, deteniendo esto a los adversarios en el momento en que iban a irse a las manos.

—Ya es la hora —exclamó el burgomaestre.

—¿Qué hora? —preguntó el consejero.

—La de ir a la torre de las campanas.

—Es verdad, y que lo tome usted a bien o a mal, iré, caballero.

—Yo también.

—Salgamos.

—Salgamos.

Estas últimas palabras podían suponer que iba a tener lugar un encuentro y que los adversarios se dirigían al terreno del desafío, pero no hubo nada de eso. Se había convenido que el burgomaestre y el consejero, que eran las dos principales autoridades, acudieran a la casa municipal para subir a la torre y examinar el campo, a fin de tomar las mejores disposiciones estratégicas que pudieran asegurar la marcha de sus tropas.

Aunque los dos estaban de acuerdo sobre esto, no cesaron de discutir por el camino con la más vituperable vivacidad. Se oyeron sus gritos resonar en la calle; pero como todos los transeúntes estaban subidos al mismo diapasón, su acaloramiento parecía natural y no se les hacía caso. En estas circunstancias un hombre tranquilo hubiera parecido un monstruo.

El burgomaestre y el consejero se hallaban en el paroxismo del furor cuando llegaron al pórtico de la casa municipal. Ya no estaban encarnados, sino pálidos. Aquella espantosa discusión había producido en sus vísceras algunos movimientos espasmódicos, y sabido es que la palidez denota el último límite de la cólera.

Al pie de la estrecha escalera de la torre, hubo una verdadera explosión. ¿Quién había de pasar primero? ¿Quién treparía antes los escalones de tal escalera de caracol? La verdad nos obliga a decir que hubo atropello y que el consejero Niklausse, olvidando todo lo que debía a su superior, al magistrado supremo de la población, dio un violento empujón a van Tricasse y se lanzó el primero por la oscura vía.

Ambos subieron, primero a gatas dirigiéndose epítetos malsonantes. Era de temer que ocurriese un desenlace terrible en lo alto de la torre que se alzaba a trescientos cincuenta y siete pies sobre el empedrado.

Pero los dos enemigos se cansaron pronto, y al cabo de un minuto, en el octogésimo escalón ya no subían sino con pesadez, respirando ruidosamente.

Pero entonces, sería esto una consecuencia de su fatiga, si la cólera no decayó, se tradujo al menos por una sucesión de calificativos inconvenientes. Se callaban, y cosa extraña, parecía que su exaltación disminuía a medida que subían, verificándose en su espíritu una especie de aplacamiento y descendiendo los hervores de su cerebro como los de una cafetera que se aparta del fuego. ¿Por qué?

No podemos responder, pero la verdad es que cuando llegaron a cierto descansillo a doscientos setenta y seis pies sobre el nivel de su población, los dos adversarios se sentaron y ya más sosegados se miraron sin rencor.

—¡Qué alto es esto! —exclamó el burgomaestre pasándose el pañuelo por su rubicunda faz.

—¡Muy alto! —respondió el consejero—. Ya sabe usted que estamos catorce pies más arriba que la torre de San Miguel de Hamburgo.

—Ya lo sé —respondió el burgomaestre, con un acento de vanidad perdonable a la primera autoridad de Quiquendone.

Al cabo de unos instantes, los dos notables continuaban su marcha ascensional, dirigiendo una mirada curiosa a través de las aspilleras abiertas en la pared de la torre. El burgomaestre había pasado a la cabeza de la caravana sin que el consejero pusiera reparo alguno. Aconteció que a los trescientos cuarenta escalones, van Tricasse estaba enteramente derrengado y Niklausse tuvo la amabilidad de empujarle suavemente por detrás. El burgomaestre aceptó este auxilio y cuando llegó a la plataforma de la torre dijo con agasajo:

—Gracias, Niklausse, ya le corresponderé.

Poco antes eran dos fieras dispuestas a despedazarse al comenzar a subir, y ahora dos amigos al llegar a lo alto de la torre.

El tiempo era magnífico. Corría el mes de mayo y el sol había absorbido todos los vapores. ¡Qué atmósfera tan pura y tan limpia! La mirada podía abarcar los objetos más diminutos en un espacio considerable. A algunas millas se divisaban los muros de Virgamen resplandecientes de blancura, sus tejados rojos y campanarios salpicados de luz. ¡Y esa población era la predestinada a todos los horrores del saqueo y del incendio!

El burgomaestre y el consejero se habían sentado uno junto a otro, sobre un pequeño banco de piedra, como dos buenas personas cuyas almas se confunden en estrecha simpatía. Mientras alentaban para descansar, contemplaban las cercanías y después de algunos momentos de silencio, el burgomaestre exclamó:

—¡Qué bello es esto!

—¡Oh! ¡Es admirable! —respondió el consejero—. ¿No le parece, amigo van Tricasse, que la humanidad está más bien destinada a residir en estas alturas que a arrastrarse por la corteza de la tierra?

—Pienso como usted, honrado Niklausse. Aquí se percibe mejor el sentimiento que se desprende de la naturaleza. Se aspira por todos los sentidos. En estas alturas es donde los filósofos deberían formarse y aquí es donde los sabios deberían vivir alejados de las miserias mundanas.

—¿Damos la vuelta a la plataforma? —preguntó el consejero.

—Demos la vuelta a la plataforma —respondió el burgomaestre.

Y los dos amigos, del brazo y haciendo largos descansos entre sus preguntas y respuestas, examinaron todos los puntos del horizonte.

—Hace por lo menos diecisiete años que no había subido a esta torre —dijo van Tricasse.

—No creo haber subido nunca —respondió el consejero Niklausse —, y lo siento porque éste es un espectáculo sublime. Vea ese bonito río cómo serpentea entre los árboles.

—¡Y más lejos las alturas de Santa Hermandad! ¡Qué maravillosamente cierran el horizonte! Vea aquel grupo de árboles verdes que la naturaleza ha dispuesto tan pintorescamente. ¡Ah!, ¡la naturaleza, la naturaleza, Niklausse! ¿Puede jamás competir con ella la mano del hombre?

—Esto es encantador, mi excelente amigo. Repare en aquellos rebaños pastando en las verdes praderas, aquellos bueyes, aquellas vacas, aquellas ovejas...

—¡Y aquellos labradores que van al campo! Parecen pastores de la Arcadia y no les falta más que la zampoña.

—Y sobre todo esa fértil campiña, el hermoso cielo azul, no turbado por nube alguna. ¡Ah!, Niklausse aquí nos volveremos poetas. No comprendo cómo San Simeón el Estilita no fue uno de los más grandes poetas del mundo.

—Tal vez porque su columna no fuese bastante alta —respondió el consejero con apacible sonrisa.

En aquel momento, las campanas armónicas se pusieron en movimiento soltando a los aires sus melodiosos sonidos. Los dos amigos se quedaron estáticos, y después el burgomaestre dijo con voz sosegada:

—Pero, amigo Niklausse, ¿qué hemos venido a hacer en lo alto de esta torre? En suma, nos estamos dejando llevar de nuestros ensueños...

—Hemos venido —respondió Niklausse—, a respirar este aire puro no viciado por las flaquezas humanas.

—¿Pues entonces bajamos ya, amigo Niklausse?

—Bajemos, amigo van Tricasse.

Las dos notabilidades dirigieron la postrer mirada al espléndido panorama que se desarrollaba a su vista, y, después, pasando primero el burgomaestre, comenzó a bajar con paso lento y mesurado. El consejero le seguía algunos escalones detrás. Ambos llegaron al descansillo donde se habían detenido al subir. Ya sus mejillas principiaban a teñirse de púrpura. Se pararon un instante y prosiguieron su interrumpido descenso.

Al cabo de un minuto, van Tricasse suplicó a Niklausse que

moderarse el paso, porque lo tenía sobre los talones y esto le molestaba.

Aquello debió causarle más daño todavía que una simple molestia, porque veinte escalones más abajo mandó al consejero que se detuviese para poder tomar alguna delantera.

El consejero respondió que no tenía ganas de quedarse con una pierna al aire esperando la buena voluntad del burgomaestre, y prosiguió bajando.

Van Tricasse respondió con una palabra bastante dura.

El consejero replicó con una alusión ofensiva sobre la edad del burgomaestre, destinado por sus tradiciones de familia a segundas nupcias.

El burgomaestre bajó veinte escalones más, previniendo a Niklausse que las cosas no quedarían así.

Niklausse contestó que él iba a pasar delante, y como la escalera era estrecha, hubo colisión entre los dos notables, que se encontraban entonces en profunda oscuridad.

Las palabras de estúpido y de mal educado fueron las más blandas que se cruzaron.

—Ya veremos, so animal —gritaba el burgomaestre, ya veremos qué papel hará usted en esa guerra y en qué puesto se encontrará.

—En el que preceda al suyo, so imbécil —respondía Niklausse.

Después dieron otros gritos y parecía que los cuerpos rodaban juntos.

¿Qué pasó? ¿Por qué aquellas disposiciones tan rápidamente mudadas? ¿Por qué los corderos de la plataforma se convirtieron en tigres doscientos pies más abajo?

Sea lo que fuere, el guarda de la torre, al oír semejante alboroto, fue a abrir la puerta inferior precisamente en el momento en que los adversarios, aporreados, y saltándose los ojos de las órbitas, se arrancaban recíprocamente el pelo, que estaba formado, afortunadamente, por una peluca.

—¡Me dará usted una satisfacción! —exclamó el burgomaestre, poniendo el puño debajo de las narices de su adversario.

—¡Cuando quiera! —aulló el consejero Niklausse, imprimiendo a su pie derecho una amenazante oscilación.

El guarda, que también se había exasperado sin saber por qué, consideró esta escena como natural. Yo no sé qué impulso personal le inclinaba a tomar parte en la contienda, pero se contuvo y se fue a propalar por todo el barrio que iba a haber un lance entre el burgomaestre van Tricasse y el consejero Niklausse.

Capítulo XIV

Donde las cosas han llegado a tal extremo que los habitantes de

Quiquendone, los lectores y hasta el autor, reclaman un desenlace inmediato

Este último incidente demuestra el grado de exaltación en que se hallaba el pueblo quiquendonense. ¡Haber llegado a tal violencia los dos más antiguos y más pacíficos amigos de la población! ¡Y esto sólo algunos minutos después que su antigua simpatía, su amable carácter y su temperamento contemplativo acababan de recobrar su imperio sobre lo alto de la torre!

Al saber lo que ocurría, no pudo el doctor Ox contener su gozo. Se resistía a las observaciones de su ayudante que veía el mal giro que iban tomando las cosas. Por otro lado, ambos participaban de la exaltación general, y aunque menos excitados que el resto de la población, llegaron a reñir lo mismo que el burgomaestre con el consejero.

Por lo demás, preciso es decir que la cuestión dominante había hecho aplazar todos los lances personales para después de terminada la guerra con los de Virgamen. Nadie tenía el derecho de verter su sangre inútilmente cuando pertenecía hasta la última gota a la patria en peligro.

En efecto, las circunstancias eran graves y no era posible retroceder.

El burgomaestre van Tricasse, a pesar del ardor guerrero que le animaba, no había creído deber atacar a su enemigo sin prevenirle. Por consiguiente, había encargado al guardabosque Hottering que intimase a los virgamenses a que le diesen una reparación por el desafuero cometido en 1185 sobre el territorio quiquendonense.

Las autoridades de Virgamen no adivinaron al principio de lo que se trataba, y el guardabosque, a pesar de su carácter oficial, fue descortésmente despedido.

Van Tricasse envió entonces a uno de los ayudantes del general confitero, el ciudadano Hildeberto Shumman, fabricante de caramelos, hombre muy firme y enérgico que llevara a los habitantes de Virgamen la minuta del acta levantada en 1185 por orden del burgomaestre van Tricasse.

Las autoridades de Virgamen prorrumpieron en carcajadas e hicieron con el ayudante exactamente lo mismo que con el guardabosque.

El burgomaestre reunió entonces todas las notabilidades de la población, se redactó admirable y vigorosamente una carta en forma de ultimátum en la cual se formulaba el *casus belli* y se dio a la ciudad culpable el tiempo de veinticuatro horas para reparar el ultraje inferido a Quiquendone.

La carta partió y volvió dos horas después, rasgada en trozos que

constituían otros tantos insultos nuevos. Los virgamenses conocían de muy antaño la longanimidad de los quiquendonenses y se burlaban de ellos, de su reclamación, de sus *casus belli* y de su ultimátum.

Ya no quedaba, pues, más remedio que apelar a la suerte de las armas, invocar el dios de las batallas y según el procedimiento prusiano arrojarle sobre los virgamenses antes que estuvieran preparados.

Esto fue lo que decidió el consejo en una sesión solemne, en que los gritos, las invectivas, los ademanes de amenaza se cruzaron con violencia sin ejemplo. Una asamblea de locos, una reunión de poseídos, un club de endemoniados no hubieran ofrecido un tumulto mayor.

Conocida la declaración de guerra, el general Juan Orbideck reunió sus tropas, en número de dos mil trescientos noventa y tres combatientes entre una población de dos mil trescientas noventa y tres almas, Mujeres, chiquillos y ancianos se reunieron con los hombres útiles. Todo objeto cortante y contundente, se convirtió en arma. Se requisaron los fusiles de la casas y se encontraron cinco, dos de ellos sin gatillo, que se repartieron a la vanguardia.

La artillería se componía de la vieja culebrina del castillo, tomada en 1339 en el ataque de Quesnoy, una de las primeras bocas de fuego que menciona la historia y que llevaba cinco siglos sin usarse. Pero no había proyectiles que meter en ella, por fortuna para los sirvientes de tal pieza; pero aun así era invento que podía imponer al enemigo. En cuanto a las armas blancas, se habían sacado del museo de antigüedades hachas de piedra, alabardas, mazas de armas, franciscas, frámeas, guisarmas, partesanas, espadones, etcétera, y también de esos arsenales conocidos con el nombre de cocinas. Pero el valor, el derecho, el odio al extranjero, el deseo de venganza debían suplir a los mecanismos más perfeccionados y remplazar, al menos así lo esperaban, las ametralladoras modernas y los cañones que se cargan por la culata.

Se pasó revista. Ni un ciudadano faltó a la lista. El general Ordibeck, poco firme en su caballo, que era animal malicioso, se cayó tres veces al frente del ejército, pero se levantó sin herida, lo cual se consideró como favorable augurio. El burgomaestre, el consejero, el comisario civil, el gran juez, el preceptor, el banquero, el rector, en fin, todas las notabilidades, marchaban a la cabeza. Ni madres, ni hermanas, ni hijas vertían una sola lágrima. Al contrario, incitaban a sus padres, hermanos y maridos al combate y los seguían formando la retaguardia, a las órdenes de la valerosa van Tricasse.

La trompeta del pregonero Juan Mistrol resonó; el ejército se puso en movimiento, salió de la plaza, y dando gritos feroces se dirigió hacia la puerta de Audenarde.

Cuando la cabeza de la columna iba a salir de los muros de la población, un hombre se precipitó delante de ella, exclamando:

—¡Deténganse! ¡Deténganse, locos! ¡Suspendan su ataque! Déjenme cerrar la llave. No están ansiosos de sangre. Son unos buenos ciudadanos pacíficos y tranquilos. Si están enardecidos, la culpa la tiene mi amo, el doctor Ox. Es un experimento. Con pretexto de alumbrarlos con gas oxhídrico, ha saturado...

El ayudante estaba fuera de sí, pero no pudo acabar. En el mismo momento en que el secreto del doctor iba a escapársele, el mismo Ox, poseído de un furor indefinible, se arrojó sobre el desgraciado Igeno y le cerró la boca a puñetazos.

Aquello fue una batalla. El burgomaestre, el consejero, los notables que se habían detenido a la vista de Igeno, arrebatados a su vez por la exasperación, se arrojaron sobre los dos extranjeros, sin querer escuchar ni al uno ni al otro. El doctor Ox y su ayudante, sacudidos, aporreados, iban a ser conducidos a la Comisaría por orden de van Tricasse, cuando...

Capítulo XV

Donde estalla el desenlace

Cuando retumbó una formidable explosión. Toda la atmósfera que rodeaba a Quiquendone pareció como inflamada. Una llama de intensidad y viveza fenomenales, brotó cual meteoro, hasta las alturas del cielo. Si hubiese sido de noche, este incendio se hubiera visto en diez leguas a la redonda.

Todo el ejército de Quiquendone cayó a tierra como una fila de naipes... Por fortuna, no hubo víctima alguna..., algunos rasguños y chichones y nada más. El confitero, que por casualidad no se cayó del caballo, salió con el plumero tostado, sin más avería ni herida alguna.

¿Qué es lo que había ocurrido?

Una cosa muy sencilla, como se supo luego: la fábrica de gas acababa de volar. Probablemente se había cometido alguna imprudencia durante la ausencia del doctor y de su ayudante. No se sabe cómo ni por qué se había establecido una comunicación entre el depósito de oxígeno y el receptáculo de hidrógeno. De la mezcla no controlada de ambos gases había resultado un combinado explosivo que el fuego prendió por descuido.

Esto lo trastornó todo..., pero cuando el ejército se levantó, el doctor Ox y el ayudante Igeno habían desaparecido.

Capítulo XVI

Donde el lector inteligente ve que todo lo había acertado, a pesar de las precauciones del autor

Después de la explosión, Quiquendone había vuelto a ser la población pacífica, flemática y alemana que antes era.

Después de la explosión, que no causó una emoción muy profunda, cada cual, sin saber por qué, emprendió el camino de su casa, yendo el burgomaestre apoyado en el brazo del consejero, el abogado Schut en el del médico Custos, Frantz Niklausse en el de su rival Simón Collaert, todos tranquilos, sin ruido, sin conciencia de lo que había pasado y olvidando el desquite contra Virgamen. El general había vuelto a sus confites y el edecán a sus barritas de caramelo.

Todo había vuelto a la calma, todo había recobrado su vida habitual, hombres y animales, bestias y plantas, y hasta la misma torre de la puerta de Audenarde, que la explosión (esas explosiones son a veces bien extrañas) había enderezado.

Y desde entonces no volvió a hablarse una palabra más alta que otra, ni hubo más disensiones en la población de Quiquendone. ¡No más política, no más clubs, no más pleitos, ni más agentes de orden público! El destino del comisario Passauf, volvió a ser una sinecura, y si no le rebajaron el sueldo fue porque el burgomaestre y el consejero, no pudieron atreverse a adoptar una resolución. Por otra parte, seguía siendo objeto sin pensarlo de los ensueños de la inconsolable Tatanemancia.

En cuanto al rival de Frantz, abandonó generosamente su amada Suzel a su prometido, que se apresuró a casarse con ella, cinco o seis años después de estos sucesos.

Y en cuanto a la señora van Tricasse, murió diez años más tarde, y después de los plazos de ordenanza, el burgomaestre se casó con la señorita van Tricasse, su prima.

Capítulo XVII

Donde se explica la teoría del doctor Ox

¿Qué es lo que había hecho ese misterioso doctor Ox? Un experimento fantástico y nada más.

Después de haber establecido sus tuberías de gas, había saturado de oxígeno puro, sin mezcla alguna de nitrógeno, los edificios públicos, luego las casas particulares y, por último, las calles de Quiquendone.

Ese gas, que carece de olor y de sabor, esparcido en alta dosis por la atmósfera, produce, después de aspirado, perturbaciones. Cuando se vive en un ambiente saturado de oxígeno, se sienten excitaciones y enardecimiento.

Al entrar después en la atmósfera ordinaria se recobran las facultades habituales, como aconteció con el consejero y el

burgomaestre cuando, llegados a lo alto de la torre, se encontraron con aire ordinario, porque el oxígeno, como más pesado, se mantiene en las capas inferiores.

Pero también viviendo con tales condiciones, respirando el gas que transforma fisiológicamente, no tan sólo el cuerpo sino el alma, se muere pronto, como los insensatos que hacen excesos en la vida.

Fue, pues, una fortuna para los quiquendonenses, que la explosión providencial diese fin al peligroso experimento, destruyendo la fábrica del doctor Ox.

En resumen, y para concluir, la virtud, el valor, el talento, el ingenio, la imaginación, todas esas cualidades o facultades, ¿serían tan sólo una cuestión de oxígeno?

Tal es la teoría del doctor Ox, pero hay el derecho de no admitirla, y por nuestra cuenta la rechazamos desde todos los puntos de vista, a pesar del fantástico experimento de que fue teatro la honorable villa de Quiquendone.

FIN

El humbug

Costumbres americanas
Editado por Juan Suárez

Género: Cuento

Año de publicación: 1910

Sinopsis:

Un estafador dice tener un esqueleto fósil gigante de cuarenta pies, como parte de su colección. Cuando llega el momento de mostrarlo, el hombre cuenta que algunos animales lo habían destruido. Sin embargo, esto es solo parte de un plan, pues inmediatamente abre una lista de suscripción para su beneficio personal.

En el mes de marzo de 1863 me embarqué en el vapor *Kentucky*, que hace el servicio entre Nueva York y Albany.

En aquella época del año, el arribo de numerosas mercancías provocaba entre ambas ciudades un gran movimiento comercial, que no tenía, por lo demás, nada de excepcional. Los negociantes de Nueva York, en efecto, mantienen, por medio de sus corresponsales, relaciones incesantes con las provincias más alejadas, y extienden así los productos del Viejo Mundo, al mismo tiempo que exportan al extranjero las mercancías de procedencia nacional.

Mi partida para Albany constituía para mí una nueva ocasión de admirar la actividad de Nueva York. De todas partes aflúan los viajeros, unos dando prisa a los portadores de sus numerosos equipajes, solos los otros, como verdaderos turistas ingleses, cuyo guardarropa se halla encerrado en un saquito imperceptible. Todo el mundo se precipitaba, apresurándose a retener un sitio a bordo del paquebote, al que la especulación dotaba de una elasticidad totalmente americana.

Ya los dos primeros toques de la campana habían llevado el espanto a los que se habían retrasado. El embarcadero se doblaba bajo el peso de los últimos que llegaban, que son, por lo general y en todas partes, gentes cuyo viaje no puede demorarse sin gran perjuicio. Esto no obstante, toda aquella multitud acabó por acomodarse. Paquetes y viajeros se apilaron, se almacenaron. El fuego invadía los tubos de la caldera, y el puente del *Kentucky* oscilaba como tembloroso. El sol,

esforzándose por romper la bruma de la mañana, calentaba un poco aquella atmósfera de marzo, que le obliga a uno a alzarse el cuello del gabán y a sepultar las manos en los bolsillos, sin dejar de decir que va a hacer un día muy hermoso.

Como mi viaje no era en manera alguna un viaje de negocios, como mi portamantas bastaba para contener todo lo que me era necesario y hasta superfluo, como mi espíritu no se preocupaba ni de especulaciones que intentar ni de mercados que vigilar, me dejaba llevar de mis pensamientos, vagando al azar, ese amigo íntimo de los turistas, y al cual dejaba el cuidado de encontrar en el camino algún asunto de placer y de distracción. De pronto, y a tres pasos de mí, pude ver a Mistress Melvil, que sonreía de la manera más encantadora del mundo.

—¡Cómo! ¡Usted, Mistress —exclamé con una sorpresa que sólo mi alegría podía igualar—; usted afronta los riesgos y la muchedumbre de un *steamboat* del Hudson!

—Indudablemente, querido señor —me respondió Mistress Melvil, dándome la mano a la usanza inglesa—. Por lo demás, no estoy sola; me acompaña mi vieja y buena Arsinoé.

Me mostró, en efecto, sentada sobre un fardo de lana, a su fiel negra, que la contemplaba con ternura. La palabra ternura merecería ser subrayadas en esta circunstancia, porque sólo los sirvientes negros saben mirar de aquella manera.

—Cualesquiera que sean la ayuda y apoyo que pueda prestar Arsinoé —dije—, me siento afortunado del derecho que me corresponde para ser el protector de usted, Mistress, durante esta travesía.

—Si eso es un derecho —replicó ella riendo—, no le deberé por ello ninguna gratitud. Pero ¿cómo es que le encuentro aquí? Según lo que usted nos había dicho, no pensaba llevar a cabo este viaje hasta dentro de algunos días. ¿Cómo es que no nos habló ayer de su partida?

—No sabía nada de ella —repliqué—; tan sólo me decidí a partir para Albany cuando la campana del paquebote me quitó el sueño, a las seis de la mañana. Ya ve usted a qué se debe mi viaje. Si no me hubiera despertado hasta las siete, tal vez habría tomado la ruta de Filadelfia. Pero incluso usted misma, Mistress, parecía ayer la mujer más sedentaria del mundo.

—¡Sin duda! Así es que no debe usted ver en mí a Mistress Melvil, sino al primer agente de Enrique Melvil, negociante armador de Nueva York, que va a vigilar la llegada de un cargamento a Albany. ¡Usted, habitante de los países demasiado civilizados del Viejo Mundo, no comprende esto...! No pudiendo mi marido dejar esta mañana Nueva York, voy yo a reemplazarle. Tenga la seguridad de que no por

eso dejarán de hallarse bien hechos los libros, ni serán menos exactas las cuentas.

—Resuelto estoy a no asombrarme de nada. Sin embargo, si semejante cosa aconteciese en Francia, si las mujeres hiciesen los negocios de sus maridos, no tardarían los maridos en hacer los de sus mujeres. Ellos serían quienes tocarían el piano, deshojarían las flores y bordarían los tirantes de los pantalones...

—No se muestra usted muy lisonjero para sus compatriotas —replicó riendo Mistress Melvil.

—Muy al contrario, ya que doy por supuesto que sus mujeres les bordan los tirantes.

En aquel instante, resonó el tercer toque de campana. Los últimos viajeros se precipitaron sobre el puente del *Kentucky*, en medio de los gritos de los marineros, que se armaban de largos bicheros para alejar el barco del muelle.

Ofrecí mi brazo a Mistress Melvil, y la conduje un poco más hacia popa, donde la muchedumbre era menos compacta.

—Yo le di —comenzó diciendo ella —cartas de recomendación para Albany...

—Ciertamente. ¿Desea usted que le dé nuevamente las gracias más efusivas?

—De ningún modo, puesto que esas cartas le resultan ahora completamente inútiles. Como voy junto a mi padre, a quien están dirigidas las cartas, habrá usted de permitirme, no ya tan sólo el presentarle, sino el ofrecerle hospitalidad en su nombre.

—Tenía yo razón —dije —en contar con la casualidad para hacer un viaje encantador, y, sin embargo, tanto usted como yo, hemos estado a punto de no poder partir.

—¿Por qué?

—Un cierto viajero, aficionado a esas excentricidades; de las que los ingleses tenían la exclusiva antes del descubrimiento de América, quería retener para él solo el *Kentucky* entero.

—¿Es acaso un hijo de las Indias Orientales, que viaja con un acompañamiento de elefantes y bayaderas?

—¡No, en verdad! Yo asistí a su discusión con el capitán, que rechazaba su petición, y no vi a ningún elefante mezclarse en la conversación. Aquel extravagante parecía un hombre gordo, fuerte, alegre, que debía tener campo libre, eso es todo... ¡Eh! Pero ¿qué veo?... ¡Es él, Mistress! Le reconozco... ¿No ve usted a ese viajero que corre por el muelle gesticulando y dando gritos...? Todavía va a ser causa de que nos retrasemos, porque el steamboat comienza ya a separarse del muelle.

Un hombre de estatura regular, con una cabeza enorme, vestido con un largo gabán de doble cuello, y cubierto con un sombrero de

alas anchas, llegaba, en efecto, todo sofocado al embarcadero, cuyo puente volante acababa de ser retirado; gesticulaba y gritaba sin preocuparse de las risas de la muchedumbre reunida en torno suyo.

—¡Eh al *Kentucky*...! ¡Mil diablos...! ¡Mi sitio está reservado, registrado, pagado y se me deja en tierra...! ¡Mil diablos! ¡Capitán, yo le hago responsable ante el Gran Juez y sus asesores!

—¡Tanto peor para los rezagados! —Gritó el capitán, subiendo sobre uno de los tambores—. Tenemos que llegar a hora fija y no podemos perder tiempo.

—¡Mil diablos! —chilló de nuevo el hombre gordo—. Obtendré cien mil dólares y más de daños y perjuicios contra usted... Bobby —exclamó volviéndose hacia uno de los dos negros que le acompañaban—, ocúpate de los equipajes, y corre al hotel mientras Dacopa desamarra cualquier bote para alcanzar a ese condenado *Kentucky*.

—Es inútil —dijo el capitán, que ordenó largar la última amarra.

—¡Anda, Dacopa! —dijo el hombre gordo estimulando al negro.

Se apoderó éste del cable en el momento en el que el paquebote lo arrastraba, y lo amarró a uno de los argollones del muelle. Al mismo tiempo, el obstinado viajero se precipitó en una embarcación, en medio de los aplausos de la multitud, y con algunos golpes de remo llegó a la escalera del *Kentucky*. Se lanzó sobre el puente, corrió hacia el capitán y le interpeló vivamente, haciendo él solo tanto ruido como diez hombres, y hablando con más volubilidad que veinte comadres. El capitán, no pudiendo decir esta boca es mía, y viendo, por lo demás, que el viajero había hecho acto de posesión, resolvió no preocuparse más del asunto. Cogió de nuevo su portavoz y se dirigió hacia la máquina. En el momento de ir a dar la señal de la partida, el hombre gordo volvió gritando:

—¿Y mis bultos? ¡Mil diablos!

—¡Cómo, sus bultos! —replicó el capitán—. ¿Serían por casualidad, esos que llegan ahora?

Diversos murmullos estallaron entre los viajeros, a quienes este nuevo retraso impacientaba.

—¿A qué viene eso? —gritó el intrépido pasajero—. ¿No soy yo, por ventura, un libre ciudadano de los Estados Unidos de América...? Yo me llamo Augusto Hopkins, y si este nombre no os dice lo bastante...

Ignoro si este nombre gozaba de influencia real sobre la masa de los espectadores, pero lo cierto es que el capitán se vio forzado a acercarse de nuevo al muelle para embarcar el equipaje de Augusto Hopkins, ciudadano libre de los Estados Unidos de América.

—Hay que reconocer —dije a Mistress Melvil— que es ése un hombre bien singular.

—Menos singular que sus bultos —me contestó—, mostrándome

dos camiones que conducían al embarcadero, dos enormes cajas de veinte pies de alto, recubiertas de telas enceradas y sujetas por medio de una inextricable red de cuerdas y de nudos. La parte superior y la inferior estaban indicadas con letras rojas, y la palabra «frágil», inscrita con caracteres de un pie, hacía temblar en cien pasos a la redonda a los representantes de las administraciones responsables.

A pesar de los rumores provocados por la aparición de aquellos bultos monstruosos, el señor Hopkins hizo tanto con los pies, con las manos, con la cabeza y con los pulmones, que fueron depositados sobre el puente tras esfuerzos y retrasos considerables. Por fin, el *Kentucky* pudo dejar el muelle y remontó el Hudson en medio de los buques de toda clase que lo surcaban.

Los dos negros de Augusto Hopkins se habían instalado, con carácter permanente, al lado de las cajas de su amo. Estas cajas tenían el privilegio de excitar, en el mayor grado, la curiosidad de los pasajeros. La mayor parte de ellos se apretaban en los alrededores, haciendo todas las suposiciones excéntricas que puede inventar la imaginación de allende el Océano. La propia Mistress Melvil parecía preocuparse vivamente de ellas, en tanto que, en mi calidad de francés, yo ponía el mayor cuidado en simular la indiferencia más completa y desdeñosa.

—¡Qué hombre tan especial es usted! —me dijo Mistress Melvil—. No se preocupa del contenido de esos dos monumentos, mientras que a mí me devora la curiosidad.

—Le confesaré —respondí—que todo ello me interesa poco; al ver llegar esas dos inmensidades, hice enseguida las suposiciones más atrevidas: «O contienen una casa de cinco pisos, con sus inquilinos, me dije, o no contienen nada». Ahora bien, en uno y otro caso, que son los más extraños que pueden imaginarse, no experimentaría una extraordinaria sorpresa. No obstante, Mistress, si usted lo desea, voy a tratar de recoger algunos informes, que le transmitiré inmediatamente.

—Perfectamente —me respondió—, y durante su ausencia comprobaré estas facturas.

Dejé a mi singular compañera de viaje repasar sus sumas con la rapidez de los cajeros del Banco de Nueva York, los cuales, según se dice, no tienen más que dirigir una mirada sobre una columna de cifras para conocer inmediatamente su total.

Sin dejar de pensar en aquella extraña organización, en aquella dualidad de la existencia en el hogar de aquellas encantadoras mujeres americanas, me dirigí hacia aquel que atraía todas las miradas y servía de tema a todas las conversaciones.

Aun cuando sus dos cajas ocultasen completamente a la vista la proa del buque y el curso del Hudson, el timonel dirigía el *steamboat*

con una confianza absoluta, sin preocuparse de los obstáculos. Los obstáculos, sin embargo, debían ser numerosos, porque jamás ningún río, sin exceptuar el Támesis, fue surcado por más buques que los de los Estados Unidos. En una época en que Francia no contaba con más de doce a trece mil buques e Inglaterra cuarenta mil, los Estados Unidos contaban ya sesenta mil, entre los cuales había dos mil vapores, que circulaban por todos los mares del mundo. Por estos números puede formarse una idea del movimiento comercial, y puede, asimismo, explicarse la multitud de accidentes de los que los ríos americanos son teatro.

Es verdad que esas catástrofes, esos choques y esos naufragios son de poca importancia a los ojos de aquellos atrevidos negociantes. Hasta eso constituye una actividad nueva dada a las Sociedades de seguros, que harían muy malos negocios si sus primas no fueran exorbitantes. A peso y volumen iguales, un hombre en América tiene menos valor e importancia que un saco de carbón de piedra o de café.

Tal vez los americanos tengan razón, pero yo habría dado todas las minas de hulla y todos los cafetales del globo por mi insignificante persona francesa. Ahora bien, yo no dejaba de hallarme inquieto acerca del resultado de nuestro viaje a todo vapor a través de una multitud de obstáculos.

Augusto Hopkins no parecía compartir mis temores. Debía ser de esas gentes que saltan, descarrilan o se estrellan, antes que faltar a un negocio. En todo caso, no se preocupaba lo más mínimo de la belleza de las orillas del Hudson, que huían rápidamente hacia el mar. Entre Nueva York, punto de partida, y Albany, punto de llegada, no había para él otra cosa que dieciocho horas de tiempo perdido. Las deliciosas vistas de la orilla, los pueblecillos agrupados de una manera pintoresca, los bosquecillos diseminados acá y allá en la campiña como *bouquets* arrojados a los pies de una *prima donna*, el animado curso de un río magnífico, las primeras emanaciones de la primavera, nada, nada podía sacar a aquel hombre de sus preocupaciones de especulación. Iba y venía de un extremo a otro del *Kentucky*, mascullando frases ininteligibles, o bien, sentándose precipitadamente sobre un montón de mercancías, sacaba de uno de sus numerosos bolsillos una ancha y gorda cartera atestada de papeles de mil clases... Llegó a figurárseme que él exhibía a propósito todos aquellos papelotes, muestra de la burocracia comercial. Hojeaba rápidamente una correspondencia enorme, y desplegaba cartas fechadas en todos los países y selladas con los timbres de todas las administraciones de Correos del mundo, y cuyas líneas, apretadas, recorría con encarnizamiento muy notable, y también, a mi juicio, muy notado.

Me pareció, pues, imposible el dirigirme a él para adquirir noticias. En vano muchos curiosos habían querido hacer charlar a los

dos negros, puestos de centinela cerca de las misteriosas cajas. Aquellos dos hijos de África habían guardado un mutismo absoluto, contradiciendo su locuacidad habitual.

Me disponía, por consiguiente, a volver al lado de Mistress Melvil y a darle cuenta de mis impresiones personales, cuando me hallé en un grupo en cuyo centro peroraba el capitán del *Kentucky*; se trataba de Hopkins.

—Se lo repito a ustedes —dijo el capitán—, ese extravagante no hace nada como los demás. Ya van diez veces que remonta el Hudson, de Nueva York a Albany, diez veces que se las arregla para llegar tarde y diez veces que transporta cargamentos parecidos. ¿Qué quiere decir eso? Lo ignoro. Corre el rumor de que Hopkins monta una gran empresa a algunas leguas de Albany, y que desde todas las partes del mundo se le expiden mercancías desconocidas.

—Debe ser uno de los principales agentes de la Compañía de las Indias —dijo uno de los asistentes—, que viene a fundar una sucursal en América.

—O más bien un rico propietario de placeres californianos —respondió otro—; debe tener en juego algún suministro...

—O alguna adjudicación —dijo un tercero—. El *New York Herald* parecía dejarlo presentir en los últimos días.

—No tardaremos —agregó un cuarto —en ver emitir las acciones de una nueva compañía, con un capital de quinientos millones. Yo me inscribo, el primero por cien acciones de mil dólares.

—¿Por qué el primero? —repuso otro—. ¿Tiene ya usted ofertas en ese sentido? Yo estoy dispuesto a desembolsar el importe de doscientas acciones, y más si es preciso.

—¡Si quedan después de las que yo tome! —gritó de lejos uno, cuyo semblante no pude descubrir—. Se trata, evidentemente, de un ferrocarril entre Albany y San Francisco, y el banquero que será su adjudicatario es mi mejor amigo.

—¿Qué dice usted de ferrocarril! Ese Hopkins viene a instalar un cable eléctrico a través del lago Ontario, y esas inmensas cajas encierran los hilos y la gutapercha.

—¡A través del lago Ontario! ¡Pero ése es un negocio de oro! —dijeron muchos negociantes, presa del demonio de la especulación—. El señor Hopkins se dignará exponernos su empresa. ¡Para mí las primeras acciones...!

—¡Para mí, señor Hopkins...!

—¡No, para mí...!

—¡No, para mí...! ¡Ofrezco mil dólares de prima...!

Las demandas se cruzaban, y la confusión se hizo general. Aun cuando la especulación no me tentase, seguí al grupo de agiotistas, que se encaminaba hacia el héroe del *Kentucky*. Pronto se vio Hopkins

rodeado de una muchedumbre compacta, a la que ni siquiera se dignó mirar. Largas series de cifras, de números seguidos de muchos ceros, se alineaban en las hojas sobre su enorme cartera. Las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética pululaban bajo su lápiz. Los millones se escapaban de sus labios con la rapidez de un torrente; parecía presa del frenesí de los cálculos. El silencio se estableció en torno de él, a pesar de las tormentas que se agitaban bajo aquellos cráneos americanos, por la pasión del comercio.

Por fin, tras una operación monstruosa, pronunció estas palabras sacramentales:

—Cien millones.

Guardó después rápidamente sus papeles, encerrándolos en su amplia cartera, y sacando de su bolsillo un reloj adornado de una doble fila de perlas finas.

—¡Las nueve...! ¡Las nueve ya! ¡Este maldito barco no marcha...! ¡Capitán...! ¿Dónde está el capitán?

Diciendo esto, Hopkins atravesó bruscamente la triple fila de la multitud que le rodeaba, y vio al capitán, inclinado sobre la escotilla de la máquina, desde donde daba algunas órdenes al maquinista.

—¿Sabe usted, capitán —dijo con importancia— sabe usted que un retraso de diez minutos pueda hacer fracasar para mí un negocio considerable?

—¿A quién habla usted de retraso —dijo el capitán estupefacto ante semejante reproche—, cuando es usted el único causante de él?

—Si usted no se hubiese empeñado en dejarme en tierra —replicó Hopkins alzando la voz y poniéndose a tono con el superior— no habría perdido un tiempo que vale mucho en esta época del año.

—Y si usted y sus cajas hubiesen tomado la precaución de llegar a la hora debida —replicó el capitán irritado—, habríamos podido aprovecharnos de la marea ascendente, y estaríamos tres millas más lejos.

—Yo no me meto en esas consideraciones. Antes de medianoche debo hallarme en el hotel Washington, en Albany, y si llego después habría sido preferible para mí no haber salido de Nueva York. Le prevengo que, en tal caso, reclamaré a la Administración, y a usted los daños y perjuicios.

—Déjeme usted en paz! —dijo el capitán, que comenzaba a sulfurarse.

—No, señor; no le dejaré en paz en tanto que su pusilanimidad y sus economías de combustible me pongan en peligro de perder diez fortunas... ¡Vamos, fogoneros, cuatro o cinco buenas paletadas de carbón en vuestros hornos, y usted, maquinista, apriete la válvula de la caldera, a ver si ganamos el tiempo perdido!

Y Hopkins arrojó en la cámara de la máquina una bolsa en la que

brillaban algunos dólares.

El capitán montó en una violenta cólera, pero nuestro viajero gritó más alto que él y durante más tiempo que él. Por lo que a mí hace, me alejé rápidamente de aquel sitio, sabiendo que aquella recomendación hecha al maquinista de cargar la válvula para aumentar la presión del vapor y acelerar la marcha del buque podía bien hacer estallar la caldera.

Inútil es decir que mis compañeros de viaje encontraron el expediente muy sencillo, de modo que no hable de ello a Mistress Melvil, que se hubiera reído de mis quiméricos temores.

Cuando me uní de nuevo a ella, sus vastos cálculos estaban terminados, y los cuidados y preocupaciones comerciales no hacían ya fruncir su encantadora frente.

—Dejó usted a la negociante y se encuentra a la mujer de mundo. Puede, pues, usted conversar con ella de lo que más le agrada, y hablarle de arte, de poesía...

—¡Hablar de arte y de poesía después de lo que acabo de ver y de oír...! ¡No, no! Estoy totalmente impregnado del espíritu mercantil; no oigo más que el sonido de los dólares, y estoy deslumbrado por su espléndido brillo; no veo ya en este hermoso río otra cosa que una ruta muy cómoda para las mercancías; en esos lindos pueblecillos, una serie de almacenes de azúcar y de algodón, y pienso seriamente en construir una presa sobre el Hudson y en utilizar sus aguas para hacer girar un molino de café.

—¡Hombre, hombre! ¡Molino de café aparte, ésa es una buena idea!

—Y dígame usted, si lo tiene a bien, ¿por qué no había yo de tener ideas como cualquier hijo de vecino?

—¿Ha sido usted, pues, picado por el tábano de la industria? —preguntó Mistress Melvil, riendo.

—Juzgue usted misma respondí.

Y le referí las diversas escenas de las que había sido testigo. Ella escuchó mi relato gravemente, como conviene a toda inteligencia americana, y se puso a reflexionar. Una parisiense no me habría dejado decir la mitad.

—Y bien, Mistress, ¿qué piensa usted del tal Hopkins?

—Ese hombre —me respondió— puede ser un gran genio especulador, que funda una empresa gigantesca, o sencillamente un exhibidor de osos de la última feria de Baltimore.

Me eché a reír, y la conversación giró sobre otros asuntos.

Nuestro viaje terminó sin nuevos incidentes, a no ser que Hopkins estuvo a punto de arrojar al agua una de sus cajas, queriéndola cambiar de sitio, a pesar del capitán. La discusión que sobrevino le sirvió también para ponderar la importancia de sus negocios y el valor

de sus bultos. Almorzó y cenó, no como un hombre que se propone reparar sus fuerzas, sino como quien abriga el propósito de gastar la mayor cantidad posible de dinero. Finalmente, cuando llegamos a nuestro destino, no había un solo viajero que no estuviese dispuesto a contar maravillas de aquel personaje extraordinario.

El *Kentucky* llegó al muelle de Albany antes de la hora fatal de medianoche. Ofrecí mi brazo a Mistress Melvil, sin dejar de felicitarle por haber desembarcado sano y salvo, en tanto que Augusto Hopkins, después de haber hecho transportar con gran ruido sus dos cajas maravillosas, entraba triunfalmente, seguido de una muchedumbre considerable, en el hotel Washington.

Yo fui recibido por Mister Francis Wilson, padre de Mistress Melvil, con ese agradado y esa franqueza que tanto valor prestan a la hospitalidad. A pesar de mis protestas, hube de aceptar una habitación azul en la casa del honorable comerciante. No es posible dar el nombre de hotel a aquella casa inmensa, cuyos espaciosos departamentos parecen sin importancia al lado de los vastos almacenes, donde se acumulan las mercancías de todos los países del mundo. Una multitud de empleados y de agentes pulula en aquella verdadera ciudad, de la cual las casas de comercio de Burdeos y de El Havre dan sólo una idea muy imperfecta. A pesar de las ocupaciones, de todo género, del amo de la casa, fui tratado como un obispo, y no tuve necesidad de pedir nada, ni aun de desear. Por añadidura, el servicio se hacía mediante negros, y cuando uno ha sido servido por negros, ya no es posible servirse más que por uno mismo.

Al día siguiente, me paseé por la deliciosa ciudad de Albany, de la que simplemente su nombre me había siempre encantado. En ella encontré la misma actividad que en Nueva York, el mismo movimiento y la misma multiplicidad de intereses. La sed de ganancia de las gentes de comercio, su ardor en el trabajo, su necesidad de extraer el dinero por todos los procedimientos que la industria o la especulación descubren no ofrecen, entre los comerciantes del Nuevo Mundo, el aspecto repulsivo que ofrecen con frecuencia entre sus colegas del Viejo Mundo. Hay, en su modo de obrar, cierta grandeza muy simpática. Se concibe que aquellas gentes tengan necesidad de ganar mucho, porque también gastan mucho.

A la hora de las comidas, que fueron dispuestas con lujo, y durante la velada, la conversación, en un principio general, no tardó en especializarse, hablando de la ciudad, de sus placeres, de su teatro. Mister Wilson me pareció hallarse muy al corriente de esas diversiones mundanas, pero me pareció también tan americano cómo es posible serlo cuando llegamos a hablar de las excentricidades de ciudades enteras, de lo que se trata mucho en Europa.

—¿Alude usted a nuestra actitud respecto a la célebre Lola

Montes? —me dijo Mister Wilson.

—Efectivamente respondí; sólo los americanos han podido tomar en serio a la Condesa de Lansfeld.

—La tomamos en serio porque obraba seriamente, del mismo modo que no concedemos ninguna importancia a los asuntos más graves, cuando son tratados ligeramente.

—Lo que, sin duda, le choca —dijo Mistress Melvil con tono burlón —es que Lola Montes visitara nuestros colegios de señoritas.

—Confesaré francamente que el hecho me pareció extraño, porque esa encantadora bailarina no me parece un ejemplo que proponer a las jóvenes.

—Nuestras jóvenes —replicó Mister Wilson —son educadas de una manera más independiente que las vuestras. Cuando Lola Montes visitó sus colegios, no fue ni la bailarina de París, ni la condesa de Lansfeld de Baviera. Quien allí se presentó fue una mujer célebre, cuya vista no podía dejar de ser agradable, y de ello no resultó nada malo para las niñas, que la observaron con curiosidad. Era una fiesta, un placer, una distracción, he ahí todo, ¿dónde está el mal en todo ello?

—El mal está en que esas ovaciones marean a los grandes artistas, resultan inaguantables al regresar de los Estados Unidos.

—¿Tienen por qué quejarse de ello? —preguntó Mister Wilson vivamente.

—Al contrario respondí; pero ¿cómo es posible que Jenny Lind, por ejemplo, se encuentre halagada por una hospitalidad europea, cuando aquí ve a los hombres más notables atropellarse por tirar de su coche en medio de las fiestas públicas? ¿Qué reclamo valdrá jamás la célebre fundación de los hospitales hecha por su empresario?

—Habla usted como un celoso —replicó Mistress Melvil—. Usted no perdona a esa eminente artista que no haya querido nunca dejarse oír en París.

—No, seguramente, Mistress, y por lo demás, no le aconsejaría que fuese, porque no hallaría la acogida que ustedes le han hecho.

—Ustedes se lo pierden —dijo Mister Wilson.

—Menos que ella, a juicio mío.

—Por lo menos, pierden ustedes los hospitales —dijo riendo Mistress Melvil.

La discusión se prolongó así. Al cabo de algunos instantes, Mister Wilson me dijo:

—Ya que esas exhibiciones y esos reclamos le interesan, llega usted en la mejor ocasión. Mañana tiene lugar la adjudicación de los primeros billetes para el concierto de Madame Sontag.

—¿Una adjudicación, como si se tratara de un ferrocarril?

—Así es; y el que hasta ahora se ha presentado con las

pretensiones más atrevidas ha sido sencillamente un honrado sombrerero de Albany.

—Sin duda se trata de un melómano.

—¿Él...? ¿John Turner...? Detesta la música; para él la música es el más desagradable de los ruidos.

—Entonces, ¿qué se propone?

—Anunciarse; es un reclamo. Se hablará de él, no tan sólo en la ciudad, sino en todas las provincias de la Unión, lo mismo en América que en Europa, se le comprarán sombreros, y surtirá de ellos al mundo entero.

—¡Imposible!

—Ya lo verá usted mañana, y si necesita algún sombrero...

—No lo compraré en su casa. Deben ser detestables.

—¡Ah, el empedernido parisiense! —dijo Mister Wilson, levantándose.

Me despedí de mis anfitriones, y me fui a soñar con aquellas excentricidades americanas.

Al día siguiente asistí a la adjudicación del famoso primer billete para el concierto de Madame Sontag, con una seriedad que habría honrado al más flemático habitante de la Unión. El sombrerero John Turner, el héroe de esta nueva excentricidad, se atraía todas las miradas. Sus amigos le abordaban y le cumplimentaban, como si hubiera salvado la independencia del país; otros le alentaban. Se hicieron apuestas sobre su éxito o el de otros concurrentes al mismo honor.

Comenzó la subasta. El primer billete subió rápidamente de cuatro a dos y trescientos dólares. John Turner se juzgaba seguro de ser el último postor, y sólo añadía una débil suma al precio señalado por sus adversarios, ya que a este valiente hombre le bastaba llevarse un solo dólar, y contaba con consagrar, si le era necesario, un millar para la adquisición de esta preciosa localidad. Los números tres, cuatro, cinco y seiscientos se sucedieron con bastante rapidez. Los asistentes estaban sobreexcitados al mayor grado y estimulaban a los licitadores. El primer billete tenía un valor infinito a los ojos de todos, y nadie se inquietaba de lo demás. Era, en suma, una cuestión de honor.

De repente, resonó un hurra más prolongado que los otros. El sombrerero había gritado con voz fuerte:

—¡Mil dólares!

—¡Mil dólares! —repitió el subastador—. ¿No hay quien dé más? ¡Mil dólares el primer billete del concierto...!

En el intervalo de las diversas preguntas del agente, se sentía un vago murmullo en la sala. Yo mismo estaba impresionado a mi pesar. Turner, seguro de su triunfo, paseaba una mirada satisfecha sobre sus

admiradores. Tenía en la mano un fajo de billetes de uno de los seiscientos bancos de los Estados Unidos, y los agitaba, en tanto que estas palabras resonaban de nuevo:

—¡Mil dólares...!

—¡Tres mil dólares! —gritó una voz, que me hizo volver la cabeza.

—¡Hurra! —gritó la sala entusiasmada.

—¡Tres mil dólares! —repitió el agente.

Ante semejante competidor, el sombrerero había bajado la cabeza y había huido inadvertido en medio del universal entusiasmo.

—¡Adjudicado en tres mil dólares! —dijo el agente.

Yo vi entonces avanzar a Augusto Hopkins en persona, el libre ciudadano de los Estados Unidos de América. Evidentemente, pasaba al estado de hombre célebre, y ya no quedaba más que componer himnos en su honor.

Me escapé difícilmente de la sala, y sólo después de muchos esfuerzos conseguí abrirme camino por entre las diez mil personas que aguardaban en la puerta al triunfante licitador. Innumerables aclamaciones le saludaron al aparecer. Por segunda vez, desde la víspera, fue acompañado al hotel Washington por la exaltada población. Él saludaba con aspecto, a un tiempo, modesto y altivo, y por la noche, a petición general, se asomó al gran balcón del hotel, aplaudido por una multitud delirante.

—Y bien, ¿qué piensa usted de ello? —me dijo Mister Wilson cuando, después de comer, le puse al corriente de los incidentes del día.

—Pues pienso que, en mi calidad de francés y de parisiense, Madame Sontag pondrá gentilmente a mi disposición un sitio, sin que tenga que pagarle quince mil francos.

—Así lo creo —me respondió Mister Wilson—, pero si ese Hopkins es un hombre hábil, esos tres mil dólares pueden producirle cien mil. Un hombre que ha llegado a su grado de excentricidad, no tiene más que agacharse para recoger millones.

—¿Qué puede ser ese Hopkins? —preguntó Mistress Melvil.

Esto mismo era lo que se preguntaba la ciudad de Albany entera.

Los acontecimientos se encargaron de responder. Algunos días más tarde, en efecto, nuevas cajas, de forma y de dimensiones más extraordinarias todavía, llegaron por el *steamboat* de Nueva York. Una de ellas, que tenía el aspecto de una casa, fue conducida imprudentemente —o prudentemente tal vez —por una de las estrechas calles de los arrabales de Albany. Pronto se encontró en la imposibilidad de avanzar, y fue preciso dejarla allí, como un trozo de roca. Durante veinticuatro horas, toda la población de la ciudad se encaminó al lugar del suceso. Hopkins se aprovechaba de esas

aglomeraciones para exhibirse, lanzando diatribas contra los ignaros arquitectos del lugar, y hablaba nada menos que de hacer cambiar la alineación de las calles de la ciudad para poder dar paso a sus bultos.

Pronto resultó evidente que había necesidad de optar por uno de dos partidos: o demoler la caja, cuyo contenido excitaba la curiosidad, o derribar la casa que le servía de obstáculo. Los curiosos de Albany hubieran preferido, indudablemente, el primer partido, pero Hopkins no lo entendía así. Las cosas, sin embargo, no podían permanecer en aquel estado. La circulación se hallaba interrumpida en el barrio, y la policía amenazaba con hacer proceder judicialmente a la demolición de la condenada caja. Hopkins zanjó la dificultad comprando la casa que le estorbaba y haciéndola enseguida derribar.

Dejo adivinar si este último rasgo le colocó en el más alto pináculo de la celebridad. Su nombre y su historia circularon por todos los salones. De él solo se trató en el Círculo de los Independientes y en el Círculo de la Unión. Nuevas apuestas se cruzaron en los cafés de Albany acerca de los proyectos de aquel hombre misterioso. Los diarios se entregaron a las suposiciones más aventuradas, que apartaron momentáneamente la atención pública de ciertas dificultades nacidas entre Cuba y los Estados Unidos. Hasta creo que tuvo lugar un duelo entre un negociante y un funcionario de la ciudad, y que el campeón de Hopkins triunfó en aquella ocasión.

Así es que cuando se celebró el concierto de Madame Sontag, al que asistí de un modo menos ruidoso que nuestro héroe, éste estuvo a punto de cambiar con su presencia el objeto de la reunión.

Por fin se explicó el misterio, y pronto Augusto Hopkins no trató de disimularlo. Aquel hombre era pura simplemente un empresario que venía a fundar en los alrededores de Albany una especie de Exposición Universal. Intentaba realizar, por su propia cuenta, una de esas empresas colosales, cuyo monopolio se habían reservado, hasta entonces, los gobiernos y las corporaciones oficiales.

Con este objeto había comprado, a tres leguas de Albany, una inmensa llanura inculta. Sobre ese terreno abandonado ya no se alzaban más que las ruinas del fuerte William, que protegía en otro tiempo las factorías inglesas en las fronteras de Canadá. Hopkins se ocupaba ya en reclutar obreros para dar comienzo a sus gigantescos trabajos. Sus inmensas cajas encerraban, sin duda, instrumentos y máquinas destinadas a las construcciones.

Tan pronto como la noticia circuló por la Bolsa de Albany, los negociantes se preocuparon de ella en sumo grado. Cada uno de ellos trató de entenderse con el gran empresario para arrancarle promesas de acciones; pero Hopkins respondía evasivamente a todas las peticiones. Lo que no fue obstáculo para que hubiese una cotización ficticia para esas acciones imaginarias, y el negocio comenzó a tomar,

desde ese momento, una extensión enorme.

—Ese hombre —me dijo un día Mister Wilson —es un especulador muy hábil. Ignoro si es un millonario o un mendigo, pues hace falta ser Job o Rothschild para intentar semejantes empresas, pero, seguramente, hará una inmensa fortuna.

—Yo no sé ya qué creer, mi querido Mister Wilson, ni a cuál de los dos admirar, si al hombre que proyecta tales empresas o al país que las sostiene y preconiza sin pedir más.

—Así es como se alcanza el éxito, mi querido señor.

—O como se arruina uno —respondí.

—Pues bien, sepa usted que en América una quiebra enriquece a todo el mundo y no arruina a nadie.

Yo no podía tener razón contra Mister Wilson más que por los hechos mismos. Así es que aguardaba con impaciencia el resultado de aquellas maniobras y de aquellos reclamos, que me interesaban extraordinariamente. Recogía las menores noticias sobre la empresa de Augusto Hopkins, y leía ávidamente los periódicos que nos informaban muy al pormenor de todo. Ya había salido una primera tanda de obreros, y a la sazón no quedaba nada de las ruinas del fuerte William. Ya no se trataba más que de los trabajos cuyo objetivo excitaba un verdadero entusiasmo, y llegaban proposiciones de todas partes, tanto de Nueva York como de Albany, de Boston y de Baltimore. Los *musical instruments*, los *daguerreotype pictures*, los *abdominal supporters*, los *centrifugal pumps*, los *square pianos* se inscribían para figurar en los mejores lugares, y la imaginación americana continuaba desbordándose. Se aseguró que en torno de la Exposición se alzaría una ciudad entera. Se decía que Augusto Hopkins tenía el proyecto de fundar una ciudad rival de Nueva Orleáns y de darle su nombre, añadiéndose que esa ciudad, fortificada a causa de su proximidad a la frontera, no tardaría en convertirse en la capital de los Estados Unidos, etc., etc.

Mientras que esas exageraciones corrían, y se multiplicaban en los cerebros, el héroe del movimiento permanecía casi silencioso. Acudía puntualmente a la Bolsa de Albany, se enteraba del estado de los negocios, tomaba notas, pero no abría la boca para hablar de sus vastos designios. Hasta las gentes se extrañaban de que un hombre de su carácter no hiciese ninguna publicidad propiamente dicha. Tal vez desdeñaba esos medios ordinarios de lanzar una empresa, y se confiaba a su propio mérito.

Ahora bien, en esta situación se hallaban las cosas, cuando una mañana el *New York Herald* insertó en sus columnas la siguiente noticia:

«Todo el mundo sabe que los trabajos de la Exposición Universal

de Albany avanzan con rapidez. Ya han desaparecido las ruinas del viejo fuerte William, y se ponen los cimientos de maravillosos monumentos en medio del entusiasmo general. El otro día, la piqueta de un obrero ha puesto al descubierto los restos de un esqueleto enorme, enterrado, evidentemente, desde hace miles de años. Apresurémonos a añadir que este descubrimiento no retrasará en nada los trabajos que deben dotar a los Estados Unidos de América de una octava maravilla del mundo.»

No concedí a esas líneas más que la indiferente atención que se debe a las innumerables noticias análogas que en los periódicos americanos pululan. No sabía el partido que de ella había de sacarse más tarde. Es verdad que semejante descubrimiento tomó, en labios de Augusto Hopkins, una importancia extraordinaria. Se mostró verdaderamente pródigo en discursos, narraciones, reflexiones y deducciones sobre la exhumación de aquel prodigioso esqueleto. Diríase que subordinaba a aquel encuentro todos sus planes de fortuna y de especulación.

Parecía, por otra parte, que el descubrimiento era verdaderamente milagroso. Practicábanse excavaciones, siguiendo las órdenes de Hopkins, de manera que para encontrar la otra extremidad del gigantesco fósil, tres días de trabajo incesante no habían producido aún ningún resultado. No era posible, por tanto, prever hasta dónde llegarían sus sorprendentes dimensiones, cuando Hopkins, que hacía ejecutar por sí mismo profundas excavaciones a doscientos pies de las primeras, descubrió, al fin, la extremidad de aquel caparazón ciclópeo. La noticia se extendió enseguida, con una rapidez eléctrica, y este hecho, único en los anales de la geología, tomó el carácter de un acontecimiento mundial.

Con su carácter impresionable, exagerador e inestable, no tardaron los americanos en difundir la noticia, cuya importancia aumentaron sin motivo. Se trató de averiguar de dónde podían proceder aquellos enormes restos, qué debía inferirse de su existencia en el suelo indígena, y el *Albany Institut* emprendió estudios a este respecto.

Esta cuestión, lo reconozco, me interesaba bastante más que los esplendores futuros del Palacio de la Industria y las especulaciones excéntricas del Nuevo Mundo. Así es que traté de estar al tanto del asunto. No me fue difícil, porque los periódicos trataron la cuestión bajo todas las formas posibles. Fui, por otra parte, lo bastante afortunado para conocer los pormenores por el ciudadano Hopkins en persona.

Desde su aparición en la ciudad de Albany, este hombre extraordinario había sido solicitado por la mejor sociedad de la

población. En los Estados Unidos, donde la clase noble es la clase comercial, era perfectamente natural que tan atrevido especulador fuera acogido con los honores debidos a su rango. Una noche, pues, le encontré en los salones de Mister Wilson, y sólo se hablaba, como era de esperar, del asunto que a todos apasionaba.

Mister Hopkins hizo una descripción interesante, profunda, erudita, y sin embargo, humorística, de su descubrimiento, del modo que se había producido y de sus incalculables consecuencias. Dejó, al mismo tiempo, entrever que contaba sacar de ello algún partido comercial.

—Únicamente —nos dijo—, nuestros trabajos están por el momento detenidos, porque entre las primeras y las últimas excavaciones que han dejado al descubierto las extremidades del esqueleto, se extiende cierta porción de terreno sobre el que se alzan ya algunas de mis nuevas construcciones.

—Pero ¿está usted seguro —le preguntaron —de que las dos extremidades del animal se unen bajo la parte inexplorada del suelo?

—No puede haber la menor duda —respondió Hopkins con seguridad—. A juzgar por los fragmentos óseos que hemos desenterrado, ese animal debe tener proporciones gigantescas y rebasará, con mucho, la talla del famoso mastodonte descubierto tiempo ya en el valle de Ohio.

—¿Lo cree usted? —exclamó un tal Mister Cornut, especie de naturalista que hacía ciencia del mismo modo que sus compatriotas hacen el comercio.

—Estoy seguro —respondió Hopkins—. Por su estructura, ese monstruo pertenece evidentemente al orden de los paquidermos, pues posee todos los caracteres tan bien descritos por Humboldt.

—¡Qué lástima —dije —que no se le pueda desenterrar entero!

—¿Y quién nos lo impide? —preguntó vivamente Cornut.

—Como ya se han alzado esas construcciones...

Apenas había soltado este disparate, que a mí me parecía una cuca tan racional, cuando me convertí en el centro de un círculo de sonrisas desdeñosas. Les parecía muy sencillo a aquellos audaces negociantes derribarlo todo, incluso un monumento, para desenterrar un contemporáneo del diluvio. Nadie, por consiguiente, quedó sorprendido al oír decir a Hopkins que ya había dado órdenes sobre el particular. Todos le felicitaron y creyeron que el azar tenía razón al favorecer a hombres emprendedores y audaces. Por mi parte, lo felicite sinceramente y me comprometí a ser uno de los primeros en visitar su maravilloso descubrimiento. Hasta le ofrecí trasladarme a *Exhibition Park*, denominación ya de dominio público; pero me rogó que aguardase a que estuviesen terminadas las excavaciones, pues no podía juzgarse todavía de la enormidad del fósil.

Cuatro días después, el *New York Herald* daba detalles nuevos sobre el monstruoso esqueleto. No era ni de un mamut, ni de un mastodonte, ni de un megaterio, ni de un terodáctilo, ni de un plesiosauro, porque todos los nombres extraños de la Paleontología fueron invocados por antífrasis. Los restos mencionados pertenecen todos a la tercera o, a lo más, a la segunda época geológica, mientras que las excavaciones, dirigidas por Hopkins, habían sido llevadas hasta los terrenos primitivos que constituyen la corteza terrestre, y en la cual hasta entonces no se había encontrado ningún fósil. ¿Qué inferir de ahí, sino que ese monstruo, que no era ni un molusco, ni un paquidermo, ni un roedor, ni un rumiante, ni un carnívoro, ni un anfibio, era un hombre? ¡Y ese hombre, un gigante de más de cuarenta metros de alto! No podía, pues, negarse la existencia de una raza de titanes anterior a la nuestra. Si el hecho era cierto, y todo el mundo lo aceptaba como tal, debían cambiarse las teorías geológicas más firmemente asentadas, puesto que se encontraban fósiles más allá de los depósitos diluvianos, lo que indicaba que habían sido sepultados en una época anterior al diluvio.

Este artículo del *New York Herald* produjo una inmensa sensación. El texto fue reproducido por todos los periódicos de América, y se entablaron numerosas discusiones. Este motivo de conversación se puso a la orden del día, y las bocas más bonitas del Nuevo Mundo pronunciaron los vocablos más ingratos de la ciencia. Tuvieron lugar grandes discusiones. Del descubrimiento se dedujeron las consecuencias más horrorosas para el suelo de América, que se consagra la cuna del género humano en detrimento de Asia. En los congresos y las Academias, se demostró hasta la evidencia que América, poblada desde los primeros días de la vida, había sido el punto de partida de migraciones sucesivas. El Nuevo Continente había quitado al Viejo Mundo los honores de la antigüedad. Informes muy extensos, inspirados en una ambición patriótica, fueron escritos sobre esta cuestión tan seria. Al fin, una reunión de sabios, cuya acta fue publicada y comentada por todos los órganos de la prensa americana, probó, con una claridad meridiana, que el paraíso terrenal, cercado por Pensilvania, Virginia y el lago Erie, ocupaba antiguamente lo que es ahora la provincia de Ohio.

Confieso que todas estas reflexiones me cautivaron en grado máximo. Veía a Adán y Eva al mando de tropas de animales feroces, lo que no era más que una ficción, tanto en América como a orillas del Éufrates, ya que no se ha encontrado el menor vestigio. La serpiente tentadora tomaba, en mi pensamiento, la forma del constrictor o del crótalo. Pero lo que más me admiraba era que se concedía fe a aquel descubrimiento con una sumisión maravillosa. A nadie se le ocurría la idea de que el famoso esqueleto podía ser un timo, una baladronada,

un *humbug*, como dicen los americanos, y ni siquiera uno de aquellos sabios entusiastas pensaba en ver con sus propios ojos el milagro que ponía su cerebro en ebullición. Hice estas observaciones a Mistress Melvil.

—¿A qué preocuparse ni molestarse? —dijo—. Veremos nuestro querido monstruo cuando sea el momento. En cuanto a su estructura y aspecto, todo el mundo puede conocerlos, pues no se dará un paso en toda América sin encontrarlo reproducido bajo las formas más ingeniosas.

En este punto era, en efecto, en el que brillaba el genio del especulador. Y Augusto Hopkins tanto se mostraba reservado para lanzar el negocio de la Exposición, como demostraba entusiasmo, invención e imaginación para posar su milagroso esqueleto en el espíritu de sus compatriotas. Por otra parte, todo le estaba permitido, después que sus originalidades habían atraído sobre él la atención pública. Pronto las paredes de las casas de la ciudad se vieron cubiertas de inmensos carteles multicolores, que reproducían el monstruo bajo los más variados aspectos. Hopkins agotó todas las fórmulas hasta entonces conocidas en el género. Empleó los colores más llamativos; tapizó con aquellos carteles las murallas, los parapetos de los muelles, los troncos de los árboles de los paseos; en los unos, las líneas se hallaban trazadas diagonalmente, y en los otros, el reclamo aparecía en letras monstruosas pintadas con brocha, lo que obligaba la atención del transeúnte; varios hombres se paseaban por todas las calles vestidos con blusas y con gabanes que representaban el esqueleto; durante la noche, transparentes inmensos lo proyectaban en negro sobre un fondo luminoso.

Hopkins no se contentó con estos medios de publicidad, ordinarios en América. Los carteles y las cuartas planas de los periódicos no le bastaban. Dio un verdadero curso de esqueletología, en el que invocó la autoridad de los Cuvier, de los Brumenbach, de los Backland, de los Link, de los Stemberg, de los Brongnart, y otros cien que han escrito sobre paleontología. Sus cursos fueron seguidos y aplaudidos, hasta el punto de que un día, quedaron aplastadas dos personas en la puerta. Inútil es decir que Hopkins dispuso que se les hicieran funerales magníficos, y que los pendones y estandartes del cortejo mortuario reprodujeran también las formas inevitables del fósil de moda.

Todos estos procedimientos eran excelentes para la misma ciudad de Albany y sus contornos, pero lo que importaba era lanzar el negocio en América entera. Mister Lumley, en Inglaterra, desde los primeros pasos de Jenny Lind, propuso a los vendedores de jabón proporcionarles moldes con el retrato en hueco de la ilustre *prima donna*, lo que fue aceptado, produciendo excelentes resultados, ya que

uno se lavaba las manos con la imagen de la eminente cantante. Hopkins se sirvió de un medio análogo. Siguiendo los pasos trazados por los fabricantes, las telas de los vestidos ofrecían al buen gusto de los compradores la imagen del ser prehistórico. El interior de los sombreros también fue revestido del mismo motivo. ¡Hasta los platos recibieron la huella del sorprendente fenómeno! Y me quedo corto. Era imposible evitarlo. Se vestía con él, se peinaba con él, se comía con él, siempre se estaba con su interesante compañía.

El efecto de esta publicidad a alta presión fue inmenso. Y ocurrió que cuando los periódicos, los tambores, las trompetas y las descargas de fusiles anunciaron que el milagro sería en breve plazo entregado a la admiración del público, aquello fue un hurra universal. Se procedió entonces a preparar una sala inmensa para contener, decía el reclamo, «no a los espectadores entusiastas, cuyo número sería infinito, sino el esqueleto de uno de aquellos gigantes a quienes la mitología acusa de haber querido escalar el cielo».

Debía yo salir de Albany a los pocos días, y lamentaba vivamente que mi estancia no pudiese prolongarse todo lo preciso para permitirme asistir a la inauguración de aquel espectáculo único. Por otra parte, no queriendo marcharme sin haber visto algo, resolví dirigirme en secreto a *Exhibition Park*.

Una mañana, con mi fusil en bandolera, me dirigí hacia aquel lado. Durante tres horas aproximadamente caminé hacia el Norte, sin haber podido obtener informes precisos acerca del sitio al que quería llegar. No obstante, a fuerza de buscar el emplazamiento del antiguo fuerte William, llegué, después de andar cinco o seis millas, al término de mi viaje.

Me hallaba en medio de una inmensa llanura, una pequeña parte de la cual había sido removida por algunos trabajos recientes, pero de poca importancia; un espacio considerable de terreno se hallaba herméticamente cerrado por una empalizada. Yo ignoraba si esta empalizada era la que marcaba el límite de los terrenos de la Exposición, pero el hecho hubo de serme confirmado por un cazador de castores que encontré por las cercanías, y que se dirigía a la frontera del Canadá.

—Aquí es —me dijo—, pero no sé lo que se prepara, pues esta mañana me ha parecido oír disparos de carabina.

Le di las gracias y proseguí mis pesquisas.

Al exterior no veía la menor huella de trabajo. Un silencio absoluto reinaba en aquella llanura inculta, a la que construcciones gigantescas debían llevar pronto la vida y el movimiento.

No pudiendo satisfacer mi curiosidad sin penetrar en el recinto, resolví darle la vuelta, para ver si descubría algún medio de acceso. Mucho tiempo anduve sin haber tropezado con nada que se pareciera

a una puerta. Muy malhumorado, llegué a no impetrar del cielo otra cosa que una hendidura, un simple agujero para aplicar el ojo, cuando en un ángulo del cercado vi unas tablas derribadas.

Ni un instante vacilé en introducirme en el cercado, hallándome entonces en un terreno devastado. Trozos de roca, que la pólvora había arrancado, se hallaban esparcidos acá y allá; varios montículos de tierra accidentaban el suelo, semejantes a las olas de una mar agitada. Llegué, por fin, al borde de una excavación profunda, en cuyo fondo se divisaba una enorme cantidad de huesos.

Tenía, por fin, ante mis ojos el objeto de tanto ruido y de tantos reclamos. Nada de curioso tenía, seguramente, el espectáculo. Era un amontonamiento de fragmentos óseos de todas clases, rotos en mil pedazos, y hasta la rotura de algunos parecía muy reciente. No me fue posible reconocer entre ellos las partes más importantes del esqueleto humano, que, según las dimensiones anunciadas, debían estar establecidas sobre una escala monstruosa. Sin grandes esfuerzos de imaginación podía creer hallarme en una fábrica de animal negro, y he ahí todo.

Yo permanecía sumamente confuso, como es fácil presumir. Hasta llegaba a imaginarme que era juguete de algún error, cuando percibí, sobre un talud muy trillado por huellas de pasos, algunas gotas de sangre. Seguí aquellas huellas hasta llegar a la abertura de la empalizada, donde descubrí de pronto nuevas manchas de sangre, en las que al entrar no me había fijado. Al lado de esas manchas, un fragmento de papel ennegrecido por la pólvora y que provenía, indudablemente, del taco de un arma de fuego, atrajo mi atención. Todo aquello se encontraba de acuerdo con lo que me había dicho el cazador de castores.

Recogí del suelo el trozo de papel, y no sin algunos esfuerzos descifré varias de las palabras que en él estaban trazadas. Tratábase de una especie de estado de suministros hechos a Mister Augusto Hopkins por un tal Mister Barckley. Nada indicaba la naturaleza de los objetos suministrados, pero nuevos fragmentos que encontré esparcidos acá y allá me hicieron comprender de qué se trataba. Si mi desencanto fue grande, no pude, en cambio, dominar una carcajada inextinguible. Me hallaba, realmente, en presencia del gigante y de su esqueleto, pero de un esqueleto compuesto de partes sumamente heterogéneas, que habían, en otro tiempo, vivido bajo el nombré de búfalos, de bueyes, de terneros y de vacas, en las llanuras de Kentucky. Mister Barckley era, sencillamente, un carnicero de Nueva York, que había expedido inmensas cantidades de huesos al célebre Mister Augusto Hopkins. Aquellos fósiles no habían intentado nunca, a buen seguro, escalar el Olimpo. Sus restos no se encontraban en aquel lugar más que gracias a los cuidados del ilustre farsante, que esperaba descubrirlos, por

casualidad, al hacer excavaciones para echar los cimientos de palacios que nunca debían existir.

Me hallaba en este punto de mis reflexiones y de mi hilaridad, que habría sido más sincera si no hubiera sido víctima de aquel increíble *humbug*, cuando gritos de alegría estallaron en el exterior.

Corrí hacia la brecha y vi a Mister Augusto Hopkins en persona, que, con la carabina en la mano, corría dando grandes demostraciones de placer. Me dirigí hacia él, y no pareció inquietarle mi presencia en el teatro de sus fechorías.

—¡Victoria...! ¡Victoria! —gritaba.

Los dos negros, Boby y Dacopa, marchaban a cierta distancia tras él. En cuanto a mí, instruido y aleccionado ya por la experiencia, me puse en guardia, pensando que el audaz embaucador iba a tomarme por el blanco de sus burlas.

—Soy dichoso —dijo —por tener un testigo de lo que me sucede. Vea usted un hombre que viene de la caza del tigre.

—¡De la caza del tigre! —repetí yo, bien resuelto a no creerle una palabra.

—Y un tigre rojo —añadió—, o, dicho de otro modo, el puma, que goza de bien justificada fama de crueldad. El diablo del animal penetró en mi cercado, como usted puede observar. Destrozó esas barreras, que hasta aquí habían resistido a la curiosidad general, y ha reducido a trozos mi maravilloso esqueleto. Prevenido en el acto, no he vacilado en correr en su persecución y acosarle hasta darle muerte. Le encontré a tres millas de aquí; le miré; fijó sobre mí sus dos ojos feroces y se lanzó con un salto que no pudo acabar más que girando sobre sí mismo, porque le derribé de un balazo. Este es el primer tiro que he disparado en mi vida. Pero, ¡mil diablos!, me reportará algún honor, y no lo daría por mil millones de dólares.

—Ahora van a salir los millones —pensé.

En aquel momento, llegaban los dos negros arrastrando, efectivamente, un tigre rojo de gran talla, animal casi desconocido en aquella parte de América. Su pelaje era de un rojizo uniforme y sus orejas, al igual que la extremidad de su cola, de color negro. No me preocupé de averiguar si Hopkins lo había matado efectivamente o si se le había expedido convenientemente muerto, y hasta disecado, por un Barckley cualquiera, porque me quedé asombrado de la ligereza y la indiferencia con la que el especulador hablaba de su esqueleto. Y, sin embargo, era evidente que aquel negocio debía haberle costado, hasta entonces, la friolera de cien mil francos.

No queriendo hacerle saber que la casualidad me había hecho dueño del secreto de sus artimañas, le dije sencillamente:

—¿Cómo va a lograr usted a salir de ese callejón sin salida?

—¡Pardiez! —respondió—. ¿De qué callejón habla usted? Un

animal ha destruido el maravilloso fósil, que hubiera causado la admiración del mundo entero, porque era absolutamente único, pero no ha destruido mi prestigio, mi influencia, y conservo el beneficio de mi posición de hombre célebre.

—Pero ¿cómo va usted a arreglárselo con el público entusiasta e impaciente? —pregunté gravemente.

—Diciéndole la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad.

—¡La verdad! —exclamé, deseoso de saber lo que entendía por esta palabra.

—Sin duda —me replicó con la mayor tranquilidad del mundo—; ¿no es cierto que este animal penetró en mi cercado? ¿No es cierto que ha hecho pedazos esas maravillosas osamentas, que tantos esfuerzos me costaron para extraerlas? ¿No es cierto, por último, que yo le he perseguido y muerto?

—He aquí —me decía para mis adentros —una infinidad de cosas que yo no juraría.

—El público —continuó diciendo Hopkins —no puede elevar más allá sus pretensiones, puesto que conocerá todo el asunto. Hasta llegaré a ganarme con todo esto una reputación de bravura y valentía, y con ella no veo ya qué clase de celebridad me faltará.

—Pero ¿qué le va a reportar la celebridad?

—La fortuna, si sé hacer las cosas. Al hombre conocido, todas las aspiraciones le están permitidas. Puede atreverse a todo y emprenderlo todo. Si Washington hubiese querido enseñar terneras de dos cabezas después de la capitulación de Yorktown, habría ganado indiscutiblemente mucho dinero.

—Es posible —respondí muy serio.

—Es cierto —replicó Augusto Hopkins—. Así es que no tengo más que elegir lo que tengo que mostrar, lanzar o exhibir.

—Sí —dije—, la elección es difícil. Los tenores están muy gastados, las bailarinas pasaron de moda, los hermanos siameses han muerto y las focas continúan mudas, a despecho de los distinguidos profesores que tratan de educarlas.

—No acudiré a semejantes maravillas. Por usados, gastados, muertos y mudos que estén las focas, los siameses, las bailarinas y los tenores, son todavía bastante buenos para un hombre como yo, que tanto vale por sí mismo. Pienso, pues, tener el gusto de verle a usted en París, mi querido señor.

—¿Piensa usted hallar en París ese objeto de poco valor, que debe ilustrarse y enaltecerse por el mérito propio de usted?

—Tal vez —respondió muy serio—; si pongo la mano sobre la hija de alguna portera que no haya podido ser recibida nunca en el Conservatorio, haré de ella la mayor cantatriz de las dos Américas.

Dicho esto, nos despedimos y me volví a Albany. Aquel mismo día

se supo la terrible noticia. Hopkins fue considerado como un hombre arruinado y se abrieron suscripciones considerables en su favor. Todo el mundo se dirigió a *Exhibition Park* a juzgar el desastre, lo que produjo buena cantidad de dólares al especulador. Vendió en un precio fabuloso la piel del puma, que le había tan oportunamente arruinado, y conservó su reputación de hombre más emprendedor del Nuevo Mundo. Por lo que a mí respecta, regresé a Nueva York, y a Francia luego, dejando a los Estados Unidos poseedores, sin saberlo, de un magnífico *humbug* más. Pero ¡no tienen que molestarse en contarlos! De todo ello llegué a la conclusión de que el porvenir de los artistas sin talento, de los cantantes sin garganta, de las bailarinas sin agilidad y de los saltarines sin nervio sería muy triste si Cristóbal Colón no hubiera descubierto América.

FIN

Maestro Zacarías

El relojero que perdió su alma
Editado por Ariel Pérez

Género: Cuento

Año de publicación: 1854

Sinopsis:

Un viejo y orgulloso relojero suizo se siente morir, cuando los relojes que ha construido empiezan a fallar, y una parte de su alma comienza a fusionarse con cada uno de ellos. Sin embargo, sólo uno de sus relojes se mantiene funcionando, y para poder hacerse del mismo, el maestro Zacarías debe dar la mano de su hija en matrimonio a un hombre que trabaja para el Diablo. Para la creación de este relato corto de juventud, Verne se basó en una antigua leyenda genovesa.

Capítulo I **Una noche de invierno**

La ciudad de Ginebra está situada en la punta occidental del lago al que ha dado o debe su nombre. El Ródano, que la cruza a su salida del lago, la divide en dos barrios distintos, y se divide a su vez, en el centro de la ciudad, por una isla que se alza entre sus dos orillas. Esta disposición topográfica se reproduce con frecuencia en los grandes centros comerciales o industriales. Sin duda, los primeros habitantes quedaron seducidos por las facilidades de transporte que les ofrecían los brazos rápidos de los ríos, «esos caminos que andan solos», según la frase de Pascual. Con el Ródano, son caminos que corren.

En la época en que todavía no se alzaban sobre esa isla, anclada como una goleta holandesa en medio del río, construcciones nuevas y regulares, la maravillosa agrupación de casas montadas unas sobre otras ofrecía a los ojos una confusión llena de encantos. La escasa extensión de la isla había obligado a varias de esas construcciones a encaramarse sobre estacas, colocadas en desorden en las rudas corrientes del Ródano. Esos gruesos maderos, ennegrecidos por el tiempo, carcomidos por las aguas, se parecían a las patas de un cangrejo inmenso y producían un efecto fantástico. Algunas redes amarillentas, auténticas telas de araña tendidas en el seno de aquella construcción secular, se agitaban a la sombra como si fueran el follaje

de aquellos viejos bosques de robles, y el río, abismándose en medio de aquel bosque de estacas, espumeaba con lúgubres mugidos.

Una de las viviendas de la isla sorprendía por su carácter de extraña vetustez. Era la casa del viejo relojero maestro Zacarías, de su hija Geranda, de Auberto Thun, su aprendiz, y de su vieja sirvienta Escolástica.

¡Qué hombre tan extraordinario era Zacarías! ¡Su edad parecía indescifrable! Ninguno de los más viejos de Ginebra habría podido decir hacía cuánto tiempo su cabeza enjuta y puntiaguda se bamboleaba sobre sus hombros, ni qué día se le vio caminar por primera vez por las calles de la ciudad dejando flotar al viento su larga cabellera blanca. Aquel hombre no vivía, oscilaba como la péndola de sus relojes. Su cara, flaca y cadavérica, tenía tintes sombríos. Como los cuadros de Leonardo da Vinci, tiraba a negro.

Geranda ocupaba el cuarto más hermoso de la vieja casa, desde donde su mirada iba a posarse melancólicamente, por una estrecha ventana, sobre las cimas nevosas del Jura; pero el dormitorio y el taller del viejo ocupaban una especie de cava, situada a ras del río y cuyo piso se apoyaba sobre las estacas mismas. Desde tiempo inmemorial maestro Zacarías sólo salía a las horas de las comidas y cuando iba a regular los diferentes relojes de la ciudad. Pasaba el resto del tiempo junto a un banco cubierto por numerosos instrumentos de relojería, que en su mayor parte él mismo había inventado.

Porque era un hombre hábil. Sus obras se admiraban en toda Francia y Alemania. Los operarios más industriosos de Ginebra reconocían en voz alta su superioridad, y constituía un honor para aquella ciudad, que lo mostraba diciendo:

—¡A él corresponde la gloria de haber inventado la rueda catalina!

En efecto, de esta invención, que los trabajos de Zacarías hicieron comprender más tarde, data el nacimiento de la auténtica relojería.

Y después de trabajar tan prolongada como maravillosamente, Zacarías volvía a colocar con lentitud las herramientas en su sitio, recubría con ligeros globos de cristal las finas piezas que acababa de ajustar y dejaba en reposo la activa rueda de su torno; luego levantaba una trampilla practicada en el suelo de su reducto, y allí, inclinado horas enteras mientras el Ródano se precipitaba con estrépito bajo sus ojos, se embriagaba con sus brumosos vapores.

Una noche de invierno, la vieja Escolástica sirvió la cena, en la que, según las antiguas costumbres, participaba junto con el joven operario. Maestro Zacarías no comió, aunque en una hermosa vajilla azul y blanca le ofrecieran manjares cuidadosamente dispuestos. Apenas respondió a las dulces palabras de Geranda, a quien la taciturnidad más sombría de su padre preocupaba visiblemente, y el

parloteo de Escolástica no hirió más su oído que los gruñidos del río en los que ya no reparaba. Tras aquella cena silenciosa, el viejo relojero abandonó la mesa sin besar a su hija ni dar a todos las buenas noches de costumbre. Desapareció por la estrecha puerta que llevaba a su retiro y, bajo sus pesados pasos, la escalera gimió con graves quejas.

Geranda, Auberto y Escolástica permanecieron algunos instantes sin hablar. Aquella noche el tiempo era sombrío; las nubes se arrastraban pesadas a lo largo de los Alpes y amenazaban con resolverse en lluvia; la severa temperatura de Suiza llenaba el alma de tristeza mientras los vientos del sur merodeaban por los alrededores y lanzaban siniestros silbidos.

—¿Sabe, mi querida señorita —dijo por fin Escolástica—, que nuestro amo está ensimismado desde hace algunos días? ¡Virgen Santísima! Comprendo que no tenga hambre porque las palabras se le quedan en el estómago, ¡y muy hábil tiene que ser el diablo que le saque alguna!

—Mi padre tiene algún secreto motivo de pesar que yo no puedo sospechar siquiera —respondió Geranda mientras una dolorosa inquietud se imprimía en su rostro.

—Señorita, no permita que tanta tristeza invada su corazón. Ya conoce los singulares hábitos de maestro Zacarías. ¿Quién puede leer sobre su frente sus pensamientos secretos? Habrá tenido sin duda algún disgusto, pero mañana no lo recordará y se arrepentirá de veras por haber apenado a su hija.

Era Auberto el que así hablaba, clavando sus miradas en los hermosos ojos de Geranda. Auberto, el único operario que maestro Zacarías admitió nunca en la intimidad de sus trabajos —porque apreciaba su inteligencia, su discreción y su gran bondad de alma—, Auberto se había vinculado a Geranda con esa fe misteriosa que preside los afectos heroicos.

Geranda tenía dieciocho años. El óvalo de su rostro recordaba el de las ingenuas madonas que todavía la veneración cuelga en las esquinas de las calles de las viejas ciudades de Bretaña. Sus ojos respiraban una sencillez infinita. Se la amaba como a la más dulce realización del sueño de un poeta. Sus vestidos tenían colores poco chillones, y la ropa blanca que se plegaba sobre sus hombros poseía ese tinte y ese olor particulares de la ropa de iglesia. Vivía una existencia mística en aquella ciudad de Ginebra que todavía no se había entregado a la sequedad del calvinismo.

Mientras mañana y tarde leía sus preces latinas en su misal de broche de hierro, Geranda había descubierto un sentimiento oculto en el corazón de Auberto Thun: el afecto profundo que el joven operario sentía por ella. Y en efecto, a sus ojos, el mundo entero se condensaba

en esta vieja casa del relojero, y todo su tiempo lo pasaba junto a la joven cuando, una vez terminado el trabajo, abandonaba el taller.

La vieja Escolástica lo veía, pero no decía nada. Su locuacidad se ejercía preferentemente sobre las desgracias de su edad y las pequeñas miserias domésticas. Nadie trataba de detenerla. Era como esas cajitas de música que se fabricaban en Ginebra: una vez dada cuerda, había que romperla para que no tocara todas sus melodías.

Al ver a Geranda sumida en su dolorosa taciturnidad, Escolástica dejó la vieja silla de madera, puso un cirio en la punta de un candelero, lo encendió y lo colocó junto a una pequeña virgen de cera protegida en su nicho de piedra. La costumbre era arrodillarse delante de aquella madona protectora del hogar doméstico, pidiéndole que extendiese su gracia benevolente sobre la noche próxima; pero aquella noche Geranda permaneció silenciosa en su sitio.

—Bueno, mi querida señorita —dijo Escolástica sorprendida—, se ha terminado la cena y ya es la hora de la despedida. ¿Quiere usted, pues, cansarse los ojos en vigiliat prolongadas?... ¡Ay, Santísima Virgen! Ha llegado, sin embargo, el momento de irse a la cama y de encontrar un poco de alegría en unos bellos sueños. En esta época maldita en que vivimos, ¿quién puede prometerse un día de felicidad?

—¿No convendría enviar en busca de un médico para mi padre? —preguntó Geranda.

—¡Un médico! —exclamó la vieja sirvienta—. ¡Maestro Zacarías jamás ha hecho caso de todas sus imaginaciones y sentencias! ¡Puede haber médico para los relojes, pero no para los cuerpos!

—¿Qué hacer? —murmuró Geranda—. ¿Se ha puesto a trabajar de nuevo? ¿Se dedica a descansar?

—Geranda —respondió dulcemente Auberto—, alguna contrariedad moral apena a maestro Zacarías, eso es todo.

—¿La conoce usted, Auberto?

—Tal vez, Geranda.

—Cuéntenos eso —exclamó vivamente Escolástica, apagando despacio su cirio.

—Desde hace varios días, Geranda —dijo el joven operario—, ocurre un hecho absolutamente incomprensible. Todos los relojes que su padre hizo y vendió desde hace años se paran de pronto. Se los han traído en gran número. Los ha desmontado con cuidado: los muelles estaban en buen estado y los engranajes perfectamente bien. Ha vuelto a montarlos con más cuidado todavía; pero a pesar de su habilidad no han funcionado.

—¡Es obra del diablo! —exclamó Escolástica.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Geranda—. Lo que ocurre me parece natural. Todo es limitado en la tierra, y el infinito no puede salir de la mano de los hombres.

—No es menos cierto —respondió Auberto —que en esto hay algo extraordinario y misterioso. Yo mismo he ayudado a maestro Zacarías a buscar la causa del desajuste de sus relojes. No he podido encontrarla, y más de una vez, desesperado, las herramientas se me han caído de las manos.

—Entonces —continuó Escolástica—, ¿por qué dedicarse a todo ese trabajo de réprobo? ¿Es natural que un pequeño instrumento de cobre pueda caminar completamente solo y marcar las horas? ¡Tendríamos que atenernos al reloj de sol!

—No hablaría así, Escolástica —respondió Auberto—, si supiera que el reloj de sol fue inventado por Caín.—¡Dios mío! ¿Qué me dice?

—¿Cree —continuó ingenuamente Geranda —que se puede pedir a Dios que devuelva la vida a los relojes de mi padre?

—Sin duda alguna —respondió el joven operario.

—¡Bueno! Serán plegarias inútiles —gruñó la vieja sirvienta—, pero el cielo perdonará debido a la intención.

Volvieron a encender el cirio. Escolástica, Geranda y Auberto se arrodillaron en las losas del cuarto, y la joven rezó por el alma de su madre, por la santificación de la noche, por los viajeros y los prisioneros, por los buenos y los malos y, sobre todo, por las tristezas desconocidas de su padre. Luego, aquellas tres devotas personas se levantaron con alguna confianza en el corazón, porque habían puesto su pena en el seno de Dios.

Auberto se fue a su cuarto, Geranda se sentó muy pensativa junto a la ventana mientras las últimas luces se apagaban en la ciudad de Ginebra, Escolástica, después de haber derramado un poco de agua sobre los tizones encendidos y corrido los dos enormes cerrojos de la puerta, se arrojó sobre su cama, donde no tardó en soñar que se moría de miedo.

Mientras tanto, el horror de aquella noche de invierno había aumentado. A veces, con los torbellinos del río, el viento se arremolinaba bajo las estacas y la casa se estremecía entera; pero la joven, absorta en su tristeza, no pensaba más que en su padre. Después de las palabras de Auberto Thun, la enfermedad de maestro Zacarías había tomado a su ojos proporciones fantásticas, y le parecía que aquella querida existencia, vuelta puramente mecánica, sólo se movía a duras penas sobre sus gastados ejes.

De súbito, el tejadillo, violentamente impulsado por la ráfaga, chocó contra la ventana del cuarto. Geranda se estremeció y se levantó de un salto, sin comprender la causa de aquel ruido que sacudió su adormecimiento. Cuando su emoción se hubo calmado, abrió las contraventanas. Las nubes habían reventado y una lluvia torrencial crepitaba sobre los techos circundantes. La joven se inclinó hacia fuera para agarrar el postigo que el viento bamboleaba, pero

tuvo miedo. Le pareció que la lluvia y el río, mezclando sus aguas tumultuosas, sumergían aquella frágil casa cuyos ejes se resquebrajaban por todas partes. Quiso huir de su habitación; pero percibió debajo de ella el reverbero de una luz que debía proceder del reducto de maestro Zacarías, y en una de esas calmas momentáneas durante las que los elementos callan, su oído fue herido por sonidos de queja. Trató de volver a cerrar su ventana y no pudo lograrlo. El viento la rechazaba con violencia, como un malhechor que se introduce en una habitación.

¡Geranda pensó que se volvería loca de terror! ¿Qué hacía entonces su padre? Abrió la puerta, que se le escapó de las manos y golpeó ruidosamente bajo el impulso de la tempestad. Geranda se encontró entonces en la sala oscura del comedor. Tanteando logró ganar la escalera que llevaba al taller de maestro Zacarías y se deslizó por ella pálida y desfallecida.

El viejo relojero estaba de pie en medio de aquella habitación que llenaban los rugidos del río. Sus cabellos erizados le daban un aspecto siniestro. ¡Hablabla, gesticulaba, sin ver, sin oír! Geranda permaneció en el umbral.

—¡Es la muerte! —decía maestro Zacarías con voz sorda—. ¡Es la muerte!... ¿Qué me queda por vivir, ahora que he dispersado mi existencia por el mundo? ¡Porque yo, maestro Zacarías, soy el creador de todos esos relojes que he fabricado! ¡Es una parte de mi alma lo que he encerrado en cada una de esas cajas de hierro, de plata o de oro! ¡Cada vez que uno de esos malditos relojes se para, siento que mi corazón cesa de latir, porque yo regulé sus pulsaciones!

Y al hablar de esta extraña forma, el viejo pasó sus ojos por el banco. Allí se encontraban todas las partes de un reloj que había desmontado cuidadosamente. Tomó una especie de cilindro hueco, llamado tambor, en el que está encerrado el muelle, y retiró la espiral de acero que, en lugar de distenderse siguiendo las leyes de su elasticidad, permaneció enrollada sobre sí misma, igual que una víbora dormida, parecía anudada, como esos viejos impotentes cuya sangre ha terminado por coagularse. Maestro Zacarías trató en vano de desenrollarla con sus flacos dedos, cuya silueta se alargaba desmesuradamente sobre la pared, pero no pudo lograrlo, y de pronto, con un terrible grito de cólera, la tiró por la trampilla a los torbellinos del Ródano.

Geranda, con los pies clavados en el suelo, permanecía sin aliento y sin moverse. Quería y no podía acercarse a su padre. Vertiginosas alucinaciones se apoderaron de ella. De pronto oyó en la sombra una voz que murmuraba a su oído:

—Geranda, mi querida Geranda. El dolor la tiene aún despierta. Vuelva, se lo ruego, la noche es fría.

—¡Auberto! —murmuró la joven a media voz—. ¡Usted! ¡Usted!

—¿No debía inquietarme por lo que le inquieta? —respondió Auberto.

Estas dulces palabras hicieron que la sangre volviera a afluir al corazón de la joven. Se apoyó en el brazo del operario y le dijo:

—Mi padre está muy enfermo, Auberto. Sólo usted puede curarle, porque esa enfermedad del alma no cedería ante los consuelos de su hija. Su espíritu ha sido herido por un accidente muy natural, y, trabajando a su lado reparando sus relojes, le devolverá la razón. ¿No es cierto, Auberto —añadió ella todavía muy impresionada—, que su vida se confunde con la de sus relojes?

Auberto no respondió.

—Pero ¿sería entonces el oficio de mi padre un oficio reprobado por el cielo? —dijo Geranda estremeciéndose.

—No sé —respondió el operario, que calentó con sus manos las manos heladas de la joven—. ¡Pero vuelva a su cuarto, mi pobre Geranda, y con el descanso recobre alguna esperanza!

Geranda regresó lentamente a su habitación y se quedó allí hasta el alba sin que el sueño pesase sobre sus párpados, mientras el maestro Zacarías, siempre mudo e inmóvil, miraba el río fluir ruidosamente a sus pies.

Capítulo II

El orgullo de la ciencia

La seriedad del comerciante ginebrino en los negocios se ha vuelto proverbial. Es de una probidad rígida y de una rectitud excesiva. ¡Cuál no sería, pues, la vergüenza de maestro Zacarías cuando vio que aquellos relojes que él había montado con tanta solicitud volvían de todas partes!

Pero lo cierto era que aquellos relojes se paraban súbitamente y sin ninguna razón aparente. Los mecanismos estaban en buen estado y perfectamente armados, pero los resortes habían perdido toda elasticidad. El relojero trató en vano de sustituirlos: las ruedas siguieron inmóviles. Aquellos desajustes inexplicables produjeron un daño inmenso a maestro Zacarías. Sus magníficos inventos habían dejado planear muchas veces sobre él sospechas de brujería, que desde entonces tomaron consistencia. El rumor llegó hasta Geranda, y ella tembló con frecuencia por su padre cuando las miradas malintencionadas se fijaban en él.

Sin embargo, al día siguiente de aquella noche de angustias, maestro Zacarías pareció ponerse al trabajo con cierta confianza. El sol de la mañana le devolvió algún ánimo. Auberto no tardó en reunirse con él en su taller y recibió un «buenos días» lleno de

afabilidad.

—Me encuentro mejor —dijo el viejo relojero—. No sé qué extraños dolores de cabeza me obsesionaban ayer, pero el sol los ha expulsado todos junto con las nubes de la noche.

—Palabra, maestro, que no me gusta la noche ni para usted ni para mí —respondió Auberto.

—Y haces bien, Auberto. Si alguna vez te conviertes en un hombre superior, comprenderás que el día es tan necesario como el alimento. Un sabio de gran mérito se debe a los homenajes del resto de los hombres.

—Maestro, vuelve a dominarlo el pecado del orgullo.

—¡Orgullo, Auberto! ¡Destruye mi pasado, aniquila mi presente, disipa mi futuro, y entonces me será permitido vivir en la oscuridad! ¡Pobre muchacho que no comprendes las sublimes cosas con las que mi arte se relaciona por entero! Sólo eres una herramienta entre mis manos.

—Sin embargo, maestro Zacarías —continuó Auberto, más de una vez he merecido su felicitación por la forma en que ajustaba las piezas delicadas de sus relojes.

—Desde luego, Auberto —respondió maestro Zacarías—, eres un buen operario al que aprecio; pero cuando trabajas, no crees que tienes entre los dedos más que cobre, oro, plata, y no sientes a esos metales, que mi genio anima, palpar como carne viviente. ¡Por eso tú no te sentirás morir si ves que tus obras mueren!

Maestro Zacarías permaneció en silencio tras estas palabras; pero Auberto trató de proseguir la conversación.

—¡A fe mía, maestro —dijo—, que me gusta verlo trabajar de esta forma, sin descanso! Estará listo para la fiesta de nuestra corporación, porque veo que el trabajo de ese reloj de cristal avanza con rapidez.

—Desde luego, Auberto —exclamó el viejo relojero—, y no será pequeño honor para mí haber podido tallar y cortar esta materia que tiene la dureza del diamante. ¡Ah, Louis Berghem ha hecho bien perfeccionando el arte de los diamantistas, que me ha permitido pulir y atravesar las piedras más duras!

Maestro Zacarías tenía en aquel momento unas pequeñas piezas de relojería en cristal tallado y de un trabajo exquisito. Las ruedas, los ejes, la caja de aquel reloj eran de la misma materia, y, en esta obra de la mayor dificultad, había desplegado un talento inimaginable.

—¿Verdad que será muy hermoso —continuó mientras sus mejillas se llenaban de púrpura —ver palpar este reloj a través de su envoltura transparente y poder contar los latidos de su corazón?

—Apuesto a que no variará un segundo de más o de menos al año, maestro —respondió el joven operario.

—¡Y apostarás bien! ¿No he puesto en él lo más puro de mí

mismo? ¿Varía acaso mi corazón?

Auberto no se atrevió a levantar los ojos hacia su maestro.

—Dime con toda franqueza —continuó melancólicamente el viejo—. ¿Nunca me has tomado por loco? ¿No crees que a veces me he entregado a locuras desastrosas? Sí, ¿verdad? En los ojos de mi hija y en los tuyos he leído frecuentemente mi condena. ¡Oh!—exclamó con dolor—, ¡no ser comprendido siquiera por los seres que más se ama en el mundo! Pero a ti, Auberto, te probaré victoriosamente que tengo razón. No muevas la cabeza, porque quedarás estupefacto. ¡El día en que sepas escucharme y comprenderme, verás que he descubierto los secretos de la existencia, los secretos de la unión misteriosa del alma y del cuerpo!

Al hablar de este modo, maestro Zacarías se mostraba soberbio. Sus ojos brillaban con un fuego sobrenatural y el orgullo le corría por todas las venas. Y en verdad, si alguna vez pudo haber alguna vanidad legítima, ésta habría sido la de maestro Zacarías.

En efecto: hasta él, la relojería había permanecido casi en la infancia del arte. Desde el día en que Platón, cuatrocientos años antes de la era cristiana, inventó el reloj nocturno, especie de clepsidra que indicaba las horas de la noche mediante el sonido y el juego de una flauta, la ciencia permaneció casi estacionada. Los maestros trabajaron más el arte que la mecánica, y fue entonces la época de los hermosos relojes de hierro, de cobre, de madera, de plata, que estaban esculpidos finamente, como un aguamanil de Cellini. Se conseguía una obra maestra de cinceladura, que medía el tiempo de forma muy imperfecta, pero se conseguía una obra maestra. Cuando la imaginación del artista ya no se volvió hacia la perfección plástica, se ingenió para crear esos relojes con personajes móviles, de campanas melódicas y cuya disposición escénica estaba regulada de forma muy divertida. Además, ¿quién se preocupaba en aquella época por regular la marcha del tiempo? Las demoras jurídicas no estaban inventadas; las ciencias físicas y astronómicas no establecían sus cálculos sobre medidas escrupulosamente exactas: no había ni establecimientos que cerraran a hora fija, ni convoyes que partieran en el segundo previsto. Al atardecer sonaba el toque de queda y por la noche se gritaban las horas en medio del silencio. Desde luego, se vivía menos tiempo que ahora, si es que la existencia se mide por la cantidad de asuntos resueltos, pero se vivía mejor. El espíritu se enriquecía con esos nobles sentimientos nacidos de la contemplación de las obras maestras y el arte no se hacía a la carrera. Se construía una iglesia en dos siglos; un pintor sólo era sombrío; las nubes se arrastraban pesadas a lo largo de los Alpes y amenazaban con resolverse en lluvia; la severa temperatura de Suiza llenaba el alma de tristeza mientras los vientos del sur merodeaban por los alrededores y lanzaban siniestros silbidos.

Cuando por fin las ciencias exactas progresaron, la relojería siguió su desarrollo, aunque siempre permaneciera detenida por una dificultad insuperable: la medida regular y continua del tiempo.

Ahora bien, fue en medio de ese acontecimiento cuando maestro Zacarías inventó la catalina, que le permitió obtener una regularidad matemática sometiendo el movimiento del péndulo a una fuerza constante. Este invento había trastornado la cabeza del viejo relojero. El orgullo, que subió en su corazón como el mercurio en el termómetro, había alcanzado la temperatura de las locuras trascendentes. Por analogía se había dejado llevar a consecuencias materialistas, y al fabricar sus monstruos pensaba que había sorprendido los secretos de la unión del alma con el cuerpo.

Por eso, aquel día, viendo que Auberto le escuchaba con atención, le dijo en un tono sencillo y convencido:

—¿Sabes lo que es la vida, hijo mío? ¿Has comprendido la acción de esos resortes que producen la existencia? ¿Has mirado dentro de ti mismo? No, y, sin embargo, con los ojos de la ciencia habrías podido ver la relación íntima que existe entre la obra de Dios y la mía, porque yo he copiado la combinación de los mecanismos de mis relojes de su criatura.

—Maestro —replicó con viveza Auberto—, ¿puede usted comparar una máquina de cobre y de acero con ese aliento de Dios llamado alma, que anima los cuerpos como la brisa comunica el movimiento a las flores? ¿Pueden existir ruedas imperceptibles que hagan mover nuestras piernas y nuestros brazos? ¿Qué piezas estarían tan bien ajustadas que pudieran engendrar en nosotros los pensamientos?

—La cuestión no es ésa —respondió con dulzura maestro Zacarías, pero con la obstinación del ciego que camina hacia el abismo—. Para comprenderme, recuerda el destino de la rueda catalina que inventé. Cuando vi la irregularidad de la marcha de un reloj, comprendí que el movimiento encerrado en ella no bastaba y que había que someterlo a la regularidad de otra fuerza independiente. Pensé, por tanto, que la péndola podría prestarme ese servicio si conseguía regularizar sus oscilaciones. Y, ¿no fue una idea sublime la que se me ocurrió al hacerle recobrar su fuerza perdida mediante el movimiento mismo del reloj que él se encargaba de regular?

Auberto hizo una señal de asentimiento.

—Ahora, Auberto —continuó el viejo relojero animándose—, echa una mirada sobre ti mismo. ¿No comprendes, pues, que hay dos fuerzas distintas en nosotros: la del alma y la del cuerpo, es decir un movimiento y un regulador? El alma es el principio de la vida; por tanto es el movimiento. Que se produzca gracias a un peso, a un muelle o a una influencia material, no por ello deja de estar en el

corazón. Pero sin el cuerpo, ese movimiento sería desigual, irregular, imposible. Por eso el cuerpo sirve para regular el alma y, como la péndola, está sometido a oscilaciones regulares. Y esto es tan cierto que nos encontramos mal cuando la bebida, la comida, el sueño, en una palabra: las funciones del cuerpo, no están reguladas de forma conveniente. Lo mismo que en mis monstruos, el alma da al cuerpo la fuerza perdida por sus oscilaciones. Y bien, ¿qué es, pues, lo que produce esa unión íntima del cuerpo y del alma sino una catalina maravillosa por la que los mecanismos de uno vienen a engranarse en los mecanismos de la otra? ¡Y eso fue lo que yo adiviné y apliqué, y para mí no hay más secretos en esta vida, que después de todo no es más que una ingeniosa mecánica!

Maestro Zacarías resultaba sublime de ver en medio de aquella alucinación que lo transportaba hasta los últimos misterios del infinito. Pero su hija Geranda, parada en el umbral de la puerta, lo había oído todo. Se precipitó en los brazos de su padre, que la estrechó de forma convulsa sobre su pecho.

—¿Qué te pasa, hija mía? —le preguntó maestro Zacarías.

—¡Si yo no tuviera un resorte aquí —dijo ella poniendo su mano sobre el corazón —no lo amaría tanto, padre mío!

Maestro Zacarías miró fijamente a su hija y no respondió.

De pronto lanzó un grito, se llevó vivamente la mano al corazón y cayó desfallecido sobre un viejo sillón de cuero.

—¡Padre mío! ¿Qué le ocurre?

—¡Ayuda! —exclamó Auberto—. ¡Escolástica!

Pero Escolástica no acudió al instante. Habían golpeado la aldaba de la puerta de entrada. Marchó a abrir y cuando volvió al taller, antes de que hubiera abierto la boca, el viejo relojero, que acababa de recuperar el sentido, le decía:

—¡Adivino, mi vieja Escolástica, que me traes otro de esos monstruos malditos que se ha parado!

—¡Jesús! Esa es la pura verdad —respondió Escolástica, entregando un reloj a Auberto.

—¡Mi corazón no puede engañarse! —dijo el viejo con un suspiro.

Mientras tanto, Auberto había dado cuerda al reloj con el mayor cuidado, pero no andaba.

Capítulo III Una extraña visita

La pobre Geranda habría visto apagarse su vida junto con la de su padre de no existir Auberto, que la unía a este mundo.

El viejo relojero se iba poco a poco. Sus facultades tendían evidentemente a debilitarse al concentrarse sobre un pensamiento

único. Debido a una funesta asociación de ideas, remitía todo a su monomanía, y la vida terrestre parecía haberse retirado de él para dejar sitio a esa existencia extranatural de las potencias intermedias. Por eso, ciertos rivales malintencionados reavivaron los rumores diabólicos que se habían difundido sobre los trabajos de maestro Zacarías.

La confirmación de los inexplicables desarreglos que experimentaban sus relojes causó un efecto prodigioso entre los maestros relojeros de Ginebra. ¿Qué significaba aquella repentina inercia en los mecanismos, y por qué aquellas extrañas relaciones que parecían tener con la vida de Zacarías? Era uno de esos misterios que nunca se consideran sin un secreto terror. En las diversas clases de la ciudad, desde el aprendiz hasta el señor, que utilizaban los relojes del viejo relojero, no hubo nadie que no pudiera juzgar por sí mismo la singularidad del hecho. Quisieron, aunque en vano, llegar hasta maese Zacarías. Este cayó enfermo de gravedad, cosa que permitió a su hija sustraerle a aquellas visitas incesantes, que degeneraban en reproches y recriminaciones.

Las medicinas y los médicos fueron impotentes ante aquel deterioro orgánico cuya causa se desconocía. A veces parecía que el corazón del viejo dejaba de latir, y luego sus latidos empezaban de nuevo con una irregularidad inquietante.

En aquel tiempo existía la costumbre de someter las obras de los maestros a la apreciación de la gente. Los jefes de los diferentes gremios trataban de distinguirse por la novedad o la perfección de sus obras, y fue entre ellos donde el estado de maestro Zacarías encontró la piedad más visible, pero era una piedad interesada. Sus rivales le compadecían de mejor grado porque ahora le temían menos. Seguían recordando los éxitos del viejo relojero cuando exponía aquellos magníficos relojes de figuras móviles, aquellos relojes de campanario, que causaban la admiración general y alcanzaban precios tan altos en las ciudades de Francia, de Suiza y de Alemania.

Sin embargo, gracias a los constantes cuidados de Geranda y de Auberto, la salud de maestro Zacarías pareció reafirmarse un poco, y en medio de la inquietud que le dejó su convalecencia, logró liberarse de los pensamientos que le absorbían. Desde que pudo caminar, su hija le sacó fuera de casa, donde los clientes descontentos afluían sin cesar. En cuanto a Auberto, se quedaba en el taller dando cuerda una y otra vez inútilmente a aquellos relojes rebeldes, y el pobre muchacho, que no comprendía nada, se apretaba a veces la cabeza entre las manos, con el temor a volverse loco como su maestro.

Geranda dirigía entonces los pasos de su padre hacia los paseos más risueños de la ciudad. Unas veces, sosteniendo el brazo de maestro Zacarías, tiraba hacia Saint-Antoine, desde donde la vista se

extiende sobre la ladera de Cologny y sobre el lago. A veces, cuando la mañana era buena, podían verse los picos gigantes del monte Bruet elevarse en el horizonte. Geranda decía los nombres de aquellos lugares casi olvidados por su padre cuya memoria parecía confundida, y éste experimentaba un placer infantil al saber todas aquellas cosas cuyo recuerdo se había extraviado en su cabeza. Maestro Zacarías se apoyaba en su hija, y aquellas dos cabelleras, blanca y rubia, se unían en el mismo rayo de sol.

Sucedió también que el viejo relojero se dio cuenta al fin de que no estaba solo en este mundo. Al ver a su hija joven y hermosa, y él viejo y quebrantado, pensó que después de su muerte ella se quedaría sola, sin apoyo, y miró alrededor de él y de ella. Muchos jóvenes operarios habían cortejado ya a Geranda; pero ninguno había tenido éxito en el retiro impenetrable en que vivía la familia del relojero. Fue, pues, completamente natural que, durante aquella mejoría de su cerebro, la elección del viejo se detuviese en Auberto Thun. Una vez lanzado este pensamiento, observó que aquellos jóvenes se habían educado en las mismas ideas y las mismas creencias, y las oscilaciones de su corazón le parecieron «isócronas», como dijo cierto día a Escolástica.

La vieja sirvienta, literalmente encantada con la palabra aunque no la comprendiese, juró por su santa patrona que la ciudad entera lo sabría antes de un cuarto de hora. A duras penas consiguió calmarla maese Zacarías, que por fin obtuvo de ella guardar sobre la comunicación un silencio que ella no conservó nunca.

De tal modo que, sin saberlo Geranda y Auberto, toda Ginebra ya hablaba de su próxima unión. Pero también sucedió que, durante estas conversaciones, se oía con frecuencia una risa singular y una voz que decía:

—Geranda no se casará con Auberto.

Si los que hablaban se volvían, se encontraban frente a un viejecito que no conocían.

¿Qué edad tenía aquel ser singular? ¡Nadie habría podido decirlo! Se adivinaba que debía existir desde hacía un gran número de siglos, pero nada más. Su gruesa cabeza aplastada descansaba en unos hombros cuya anchura igualaba la altura de su cuerpo, que no superaba los tres pies. Este personaje hubiera hecho buena figura sobre un soporte de péndulo, porque la esfera se habría colocado de forma natural sobre su cara, y la péndola habría oscilado con holgura en su pecho. De buena gana se habría tomado su nariz por el estilete de un reloj de sol, por lo delgada y aguda que era; sus dientes, separados y de superficie epicicloide, se parecían a los engranajes de una rueda y rechinaban entre sus labios; su voz tenía el sonido metálico de un timbre, y podía oírse latir su corazón como el tic-tac de

un reloj. Aquel hombrecito, cuyos brazos se movían a la manera de las agujas de una esfera, caminaba a sacudidas, sin retroceder nunca. Si se le seguía, resultaba que caminaba una legua por hora y que su camino era casi circular.

Hacía poco tiempo que aquel ser extraño erraba así, o más bien daba vueltas por la ciudad; pero ya habían podido observar que todos los días, en el momento en que el sol pasaba al meridiano, se detenía ante la catedral de San Pedro, y que seguía su camino después de las doce campanadas del mediodía. Salvo ese momento preciso, parecía surgir en todas las conversaciones en que se hablaba del viejo relojero, y todos se preguntaban, con terror, qué relación podía existir entre él y maestro Zacarías. Además, se había notado que no perdía de vista al viejo y a su hija durante los paseos.

Un día, en la Treille, Geranda vio a aquel monstruo que la miraba riendo. Se apretó contra su padre con un movimiento de terror.

—¿Qué te pasa, Geranda? —preguntó maestro Zacarías.

—No sé —respondió la joven.

—Te encuentro cambiada, hija mía —dijo el viejo relojero—. ¿No irás tú a caer enferma ahora? Bueno —añadió con una sonrisa triste—, tendré que cuidarte y te cuidaré bien.

—¡Oh, padre mío, no será nada! Tengo frío, y me imagino que es...

—¿Qué, Geranda?

—La presencia de ese hombre que nos sigue constantemente —respondió ella en voz baja.

Maestro Zacarías se volvió hacia el vejete.

—¡Palabra que va bien! —dijo con aire de satisfacción—. Porque precisamente son las cuatro. ¡No tengas miedo, hija, no es un hombre, es un reloj!

Geranda miró a su padre aterrorizada. ¿Cómo había podido leer maestro Zacarías la hora en el rostro de aquella extraña criatura?

—A propósito —continuó el viejo relojero sin preocuparse más de aquel incidente, no veo a Auberto desde hace varios días.

—Sin embargo sigue con nosotros, padre respondió Geranda, cuyos pensamientos adoptaron un tono más dulce.

—¿Qué hace entonces?

—Trabaja, padre.

—¡Ah! —exclamó el viejo, trabaja en reparar mis relojes, ¿verdad? No lo conseguiré jamás. Porque no es una reparación lo que necesitan, sino una resurrección.

Geranda permaneció en silencio.

—Necesito saber —añadió el viejo —si aún no han traído algunos de esos relojes malditos sobre los que el diablo ha lanzado una epidemia.

Luego, tras estas palabras, maestro Zacarías cayó en un mutismo absoluto hasta el momento en que llegó a la puerta de su hogar y, por primera vez desde su convalecencia, mientras Geranda subía entristecida a su cuarto, él bajó a su taller.

En el momento en que franqueaba la puerta, uno de los numerosos relojes colgados de la pared dio las cinco. Por regla general, las diferentes campanas de aquellos aparatos, admirablemente regulados, se dejaban oír al mismo tiempo, y su concordancia alegraba el corazón del viejo; pero aquel día, todos aquellos timbres sonaron uno tras otro, de tal modo que durante un cuarto de hora su oído fue ensordecido por los sucesivos ruidos. Maestro Zacarías sufría horriblemente; no podía quedarse quieto, iba de uno a otro de aquellos relojes y marcaba su compás, como un jefe de orquesta que ya no fuera dueño de sus músicos.

Cuando el último sonido se apagó, se abrió la puerta del taller y maestro Zacarías se estremeció de pies a cabeza al ver delante de él al vejete, que le miró fijamente y le dijo:

—Maestro, ¿Puedo hablar un momento con usted?

—¿Quién es usted?—preguntó con brusquedad el relojero.

—Un colega. Soy yo quien se encarga de regular el sol.

—¡Ah!, ¿es usted el que regula el sol? —replicó vivamente maestro Zacarías sin pestañear—. Pues bien, no lo felicito. Su sol va mal, y para ponerle de acuerdo con él, nos vemos obligados unas veces a adelantar nuestros relojes y otras a retrasarlos.

—¡Por el pie hendido del diablo! —exclamó el monstruoso personaje—. Tiene razón, maestro. Mi sol no marca siempre las doce del mediodía en el mismo momento que sus relojes; pero un día se sabrá que se debe a la desigualdad del movimiento de traslación de la tierra, y se inventará un mediodía medio que regulará esa irregularidad.

—¿Viviré yo aún en esa época? —preguntó el viejo relojero, cuyos ojos se animaron.

—Sin duda —replicó el vejete riendo. ¿No puede creer acaso que nunca habrá de morir?

—¡Ay!, sin embargo me encuentro muy enfermo.

—A propósito, hablemos de eso. ¡Por Belcebú, eso nos llevará a lo que quiero hablar con usted!

Y al decir esto, aquel ser extraño saltó sin modales sobre el viejo sillón de cuero y cruzó las piernas, a la manera de esos huesos descarnados que los pintores de colgaduras funerarias cruzan sobre las cabezas de muerto. Luego prosiguió en tono irónico:

—Veamos, maestro Zacarías, ¿qué ocurre en esta buena ciudad de Ginebra? Dicen que su salud se altera, que sus relojes necesitan médicos.

—Ah, ¿cree acaso que hay una relación íntima entre su existencia y la mía? —exclamó maestro Zacarías.

—Yo creo que esos relojes tienen defectos, vicios incluso. Si esos bribones no se portan de forma regular, es justo que sufran el castigo de su desarreglo. Mi opinión es que necesitarían sentar la cabeza.

—¿A qué llama defectos? —preguntó maestro Zacarías, ruborizándose por el tono sarcástico con que habían sido pronunciadas estas palabras—. ¿No tienen derecho acaso a estar orgullosos de su origen?

—¡No demasiado, no demasiado! —respondió el vejete—. Llevan un nombre célebre, y en su esfera aparece grabada una firma ilustre, cierto, y tienen el privilegio exclusivo de introducirse entre las más nobles familias; pero desde hace algún tiempo, se estropean, y usted no puede hacer nada, maestro Zacarías; el más inepto de los aprendices de Ginebra se lo reprocharía.

—¡A mí, a mí, a maestro Zacarías! —exclamó el viejo con un terrible gesto de orgullo.

—¡A usted, maestro Zacarías, que no puede dar vida a sus relojes!

—Pero es que estoy con fiebre y también ellos la tienen —respondió el viejo relojero mientras un sudor frío le corría por todos los miembros.

—Bueno, morirán con usted, puesto que usted está tan impedido para dar un poco de elasticidad a sus muelles.

—¡Morir! No, usted lo ha dicho. Yo no puedo morir, yo, el primer relojero del mundo, yo, que en medio de estas piezas y de estos mecanismos diversos he sabido regular el movimiento con una precisión absoluta. ¿No he sometido el tiempo a leyes exactas? ¿No podré disponer de él como soberano? Antes de que un genio sublime viniese a disponer regularmente esas horas extraviadas, ¿en qué vacío inmenso estaba sumido el destino humano? ¿A qué momento seguro podían referirse los actos de la vida? Pero usted, hombre o diablo, quienquiera que sea, ¿no ha pensado nunca en la magnificencia de mi arte, que llama a todas las ciencias en su ayuda? No, no. Yo, maestro Zacarías, no puedo morir, porque si he regulado el tiempo, el tiempo terminará conmigo. ¡Él volvería a ese infinito del que mi genio supo arrancarle, y se perdería irreparablemente en el abismo de la nada! No, no puedo morir, como tampoco puede hacerlo el Creador de este universo sometido a sus leyes. Me he convertido en su igual, y he compartido su poder. Maestro Zacarías ha creado el tiempo si Dios ha creado la eternidad.

El viejo relojero parecía entonces el ángel caído rebelándose contra el Creador. El vejete le acariciaba con la mirada y parecía soplarle todo aquel arrebató impío.

¡Bien dicho, maestro! —replicó—. Belcebú tenía menos derechos

que usted para compararse con Dios. Es necesario que su gloria no perezca. Por eso, su servidor quiere proporcionarle el medio de domar esos relojes rebeldes.

—¿Cuál es? ¿Cuál es? —exclamó maestro Zacarías.

—Lo sabrá al día siguiente de aquel en que me haya concedido la mano de su hija.

—¿De mi Geranda?

—De la misma.

—El corazón de mi hija no es libre —respondió maestro Zacarías a esta petición, que no pareció chocarle ni sorprenderle.

—¡Bah!... No es la menos bella de sus relojes, pero también terminará por pararse...

—Mi hija Geranda..., ¡No!...

—Bueno, vuelva a sus relojes, maestro Zacarías. ¡Móntelos y desmóntelos! ¡Prepare el matrimonio de su hija y de su operario! ¡Temple resortes hechos con su mejor acero! ¡Bendiga a Auberto y a la hermosa Geranda, pero recuerde que sus relojes no andarán jamás y que Geranda no se casará con Auberto!

Y tras esto, el vejete salió, pero tan deprisa que maestro Zacarías no pudo oír dar las seis en su pecho.

Capítulo IV

La iglesia de San Pedro

Mientras tanto, el espíritu y el cuerpo de maestro Zacarías se debilitaban cada vez más. Sólo una sobreexcitación extraordinaria le empujó con mayor violencia que nunca hacia sus trabajos de relojería, de los que su hija no consiguió apartarle.

Su orgullo creció después de aquella crisis a la que su extraño visitante le había impulsado traidoramente, y resolvió dominar, a fuerza de genio, la influencia maldita que pesaba sobre su obra y sobre él. Inspeccionó primero los diferentes relojes de la ciudad, confiados a sus cuidados. Con escrupulosa atención se aseguró de que los mecanismos estaban en buen estado, de que los ejes eran sólidos y de que los contrapesos se hallaban exactamente equilibrados. No dejó de auscultar el campanario y lo hizo con el recogimiento de un médico interrogando el pecho de un enfermo. Nada indicaba, por tanto, que aquellos relojes estuvieran en vísperas de ser atacados por la inercia.

Geranda y Auberto acompañaban con frecuencia al viejo relojero en estas visitas. Hubiera debido sentirse complacido al verlos solícitos para seguirle, y, desde luego, no se habría preocupado tanto de su próximo fin si hubiera pensado que su existencia debía continuarse en la de aquellos seres queridos, si hubiera comprendido que en los hijos siempre queda algo de la vida de un padre.

El viejo relojero, una vez de regreso a su casa, proseguía sus trabajos con asiduidad febril. Aunque persuadido de no vencer, sin embargo le parecía imposible que ocurriese, y montaba y desmontaba sin cesar los relojes que llevaban a su taller.

Por su lado, Auberto se las ingeniaba en vano para descubrir las causas de aquel mal.

—Maestro —decía—, sólo puede ser debido al desgaste de los ejes y de los engranajes.

—¿Te diviertes matándome a fuego lento? —le respondía con violencia maestro Zacarías—. ¿Son esos relojes obra de un niño? ¿Acaso por temor a hacerme daño en los dedos no he pulido en el torno la superficie de estas piezas de cobre? ¿No las he forjado yo mismo para conseguir una dureza mayor? ¿No están templados estos muelles con una perfección rara? ¿Se pueden utilizar aceites más finos para impregnarlos? ¡Estarás de acuerdo conmigo en que es imposible, y habrás de confesar por último que el diablo está metido en esto!

Y luego, de la mañana a la noche, los clientes descontentos afluían en tropel a la casa, y conseguían llegar hasta el viejo relojero, que no sabía a cuál atender.

—Este reloj se atrasa sin que yo consiga regularlo —decía uno.

—¡Este —continuaba otro —tiene una auténtica obstinación, y se ha parado ni más ni menos que el sol de Josué!

—Si es cierto que su salud influye sobre la salud de sus relojes —repetían la mayoría de los descontentos—, maestro Zacarías, ¡cúrese cuanto antes!

El viejo miraba a todas aquellas gentes con ojos huraños y sólo respondía moviendo la cabeza o con tristes palabras:

—¡Esperen a la primavera, amigos míos! ¡Es la estación en que la existencia se reaviva en los cuerpos fatigados! ¡Necesitamos que el sol venga a reanimarnos a todos!

—¡Bonito negocio si nuestros relojes tienen que estar enfermos durante el invierno! —le dijo uno de los más rabiosos—. ¿Sabe, maestro Zacarías, que su nombre está inscrito con todas sus letras en la esfera? ¡Por la Virgen, no hace usted honor a su firma!

Finalmente sucedió que el viejo, avergonzado por estos reproches, retiró algunas piezas de oro de su viejo arcón y empezó a comprar los relojes estropeados. Ante esta noticia, los parroquianos acudieron en tropel, y el dinero de aquel pobre hogar se escapó muy deprisa; pero la probidad del mercader quedó a salvo. Geranda aplaudió de buena gana aquella delicadeza, que la llevaba directamente a la ruina, y pronto Auberto hubo de ofrecer sus economías a maestro Zacarías.

—¿Qué será de mi hija? —decía el viejo relojero, aferrándose a veces, en aquel naufragio, a los sentimientos del amor paterno.

Auberto no se atrevió a responder que se sentía con ánimo para el

futuro y que tenía un gran cariño por Geranda. Aquel día, maestro Zacarías le habría llamado yerno y desmentido las funestas palabras que todavía zumbaban en sus oídos: «Geranda no se casará con Auberto».

No obstante, con este sistema el viejo relojero llegó a quedarse sin un céntimo. Sus viejos jarrones antiguos fueron a parar a manos extrañas; se deshizo de los magníficos paneles de roble finamente esculpido que revestían las paredes de su hogar; algunas ingenuas pinturas de los primeros pintores alemanes no alegraron más los ojos de su hija, y todo, hasta las preciosas herramientas que su genio había inventado, fue vendido para indemnizar a los que reclamaban.

Sólo Escolástica no quería oír hablar de semejante tema; pero sus esfuerzos no podían impedir que los importunos llegasen hasta su amo y que salieran enseguida con algún objeto precioso. Entonces su parloteo resonaba en todas las calles del barrio, donde se la conocía desde hacía mucho. Se dedicaba a desmentir los rumores de brujería y de magia que corrían a cuenta de Zacarías; pero como en el fondo estaba convencida de que eran verdad, rezaba y rezaba para redimir sus piadosas mentiras.

Habían observado que desde hacía mucho el relojero no cumplía con sus deberes religiosos. En otra época acompañaba a Geranda a los oficios y parecía encontrar en la plegaria ese encanto intelectual con que impregna las inteligencias hermosas. Aquel alejamiento voluntario del viejo de las prácticas sagradas, unido a las prácticas secretas de su vida, había legitimado en cierto modo las acusaciones de sortilegio dirigidas contra sus trabajos. Por eso, con el doble motivo de que su padre volviera a Dios y al mundo, Geranda decidió llamar a la religión en su ayuda. Pensó que el catolicismo podría devolver alguna vitalidad a aquella alma moribunda; pero estos dogmas de fe y de humildad tenían que combatir en el alma de Zacarías con un insuperable orgullo, y chocaban contra esa soberbia de la ciencia que remite todo a ella misma, sin remontarse a la fuente infinita de donde derivan los principios primeros.

Fue en estas circunstancias cuando la joven emprendió la conversión de su padre, y su influencia resultó tan eficaz que el viejo relojero prometió asistir el domingo siguiente a la misa mayor en la catedral. Geranda experimentó un momento de éxtasis, como si el cielo se hubiera entreabierto a sus ojos. La vieja Escolástica no pudo contener su alegría y tuvo, por fin, argumentos incontestables contra las malas lenguas que acusaban a su amo de impiedad. Lo comentó con sus vecinas, con sus amigas, con sus enemigas, tanto con quien la conocía como con quien no la conocía;

—Palabra que casi no creemos lo que nos anuncia, señora Escolástica —le respondieron—. Maestro Zacarías siempre ha obrado

de acuerdo con el diablo.

—¿No ha visto —proseguía la buena mujer —los hermosos campanarios que repican donde baten los relojes de mi amo? ¿Cuántas veces ha hecho sonar la hora del rezo y de la misa?

—Desde luego —le respondían—. ¿Pero no ha inventado acaso máquinas que hablan completamente solas y que consiguen hacer el trabajo de un hombre verdadero?

—¿Acaso unos hijos del demonio —contestaba la señora Escolástica furiosa —habrían podido hacer el hermoso reloj de hierro del castillo de Andernatt, que la ciudad de Ginebra no pudo comprar por no ser lo bastante rica? ¡Cada hora aparecía una hermosa leyenda, y un cristiano que hubiera regido su vida por ellas habría ido todo recto al paraíso! ¿Es por eso trabajo del diablo?

Aquella obra maestra, fabricada hacía veinte años antes, había elevado hasta las nubes, en efecto, la gloria de maestro Zacarías; pero incluso en esta ocasión las acusaciones de brujería habían sido generales. Además, la vuelta del viejo a la iglesia de San Pedro debía reducir las malas lenguas al silencio.

Sin acordarse, desde luego, de la promesa hecha a su hija, maestro Zacarías había vuelto al taller. Después de comprobar su impotencia para devolver la vida a sus relojes, intentó fabricar otros nuevos. Abandonó todos aquellos cuerpos inertes y se dedicó a terminar el reloj de cristal que debía ser su obra maestra; pero por más que hizo, por más que utilizó sus herramientas más perfectas, por más que empleó los rubíes y el diamante idóneos para resistir los frotamientos, ¡el reloj le estalló entre las manos la primera vez que quiso darle cuerda!

El viejo no habló a nadie de esto, ni siquiera a su hija; pero desde entonces su vida declinó rápidamente. No eran más que las últimas oscilaciones de un péndulo que van disminuyendo cuando nada puede darle ya su movimiento primitivo. Parecía como si las leyes de la gravedad, actuando directamente sobre el viejo, le arrastraran de forma irresistible hacia la tumba.

Aquel domingo tan ardientemente deseado por Geranda llegó al fin. El tiempo era bueno y la temperatura vivificante. Los habitantes de Ginebra paseaban tranquilos por las calles de la ciudad, con alegres frases sobre la vuelta de la primavera. Geranda, tomando con cuidado el brazo del viejo, se dirigió hacia San Pedro, mientras Escolástica los seguía, llevando sus libros de horas. Les miraban pasar con curiosidad. El viejo se dejaba conducir como un niño, o más bien como un ciego. Casi con un sentimiento de terror, los fieles de San Pedro le vieron franquear el umbral de la iglesia, e incluso se retiraron a medida que se acercaba.

Los cantos de la misa mayor habían empezado a sonar. Geranda

se dirigió hacia su banco habitual y se arrodilló con el recogimiento más profundo. Maestro Zacarías se quedó a su lado, de pie.

Las ceremonias de la misa se desarrollaron con la solemnidad majestuosa de esas épocas de creencia, pero el viejo no creía. No imploró la piedad del cielo con los gritos de dolor del Kyrie; con el *Gloria in excelsis*, no cantó las magnificencias de las alturas celestes; la lectura del Evangelio no le sacó de sus ensoñaciones materialistas, y olvidó asociarse a los homenajes católicos del Credo. Aquel orgulloso viejo permanecía inmóvil, insensible y mudo como una estatua de piedra; e incluso en el momento solemne en que la campanilla anunció el milagro de la transustanciación, no se inclinó y miró de frente a la hostia divinizada que el sacerdote alzaba por encima de los fieles.

Geranda miraba a su padre, y abundantes lágrimas mojaron su libro de misa.

En aquel momento, el reloj de San Pedro dio la media de las once.

Maestro Zacarías se volvió con viveza hacia aquel viejo campanario que todavía hablaba. Le pareció que la esfera interior le miraba fijamente, que las cifras de las horas brillaban como si hubieran sido grabadas con trazos de fuego, y que las agujas soltaban una chispa eléctrica por sus agudas puntas.

Acabó la misa. La costumbre ordenaba que el Ángelus se dijera a las doce en punto; los oficiantes, antes de abandonar el atrio, esperaban a que la hora sonase en el reloj del campanario. Dentro de unos instantes aquella plegaria subiría a los pies de la Virgen.

Pero de pronto se dejó oír un ruido estridente. Maestro Zacarías lanzó un grito...

La aguja grande de la esfera, que acababa de llegar a las doce, se había detenido súbitamente, y las doce no sonaron.

Geranda se precipitó en ayuda de su padre, que había caído boca arriba sin movimiento, y al que llevaron fuera de la iglesia.

—¡Es el golpe mortal! —se dijo Geranda sollozando.

Maestro Zacarías, una vez trasladado a su casa, fue acostado en un estado de aniquilamiento total. La vida sólo existía en la superficie de su cuerpo, como las últimas nubes de humo que vagan en torno a una lámpara recién apagada.

Cuando se recobró, Auberto y Geranda estaban inclinados sobre él. En aquel momento supremo, el futuro adoptó a sus ojos la forma del presente. Vio a su hija sola y sin apoyo.

—Hijo mío —le dijo a Auberto—, te entrego a mi hija.

Y extendió la mano hacia sus dos hijos que de este modo quedaron unidos en aquel lecho de muerte.

Pero al punto, maestro Zacarías se levantó movido por la rabia. Las palabras del vejete volvieron a su cerebro.

¡Yo no puedo morir! —exclamó—. ¡Yo no puedo morir! ¡Yo, maestro Zacarías, no debo morir!... ¡Mis libros!... ¡Mis cuentas!...

Y diciendo esto, saltó fuera de su cama hacia un libro en el que se encontraban inscritos los nombres de sus clientes así como el objeto que les había vendido. Hojeó aquel libro con avidez y su dedo descarnado se detuvo sobre una de sus hojas.

—¡Ahí! —dijo—. ¡Ahí...! ¡El viejo reloj de hierro, vendido al tal Pittonaccio! ¡Es el único que todavía no me han devuelto! ¡Existe! ¡Funciona! ¡Sigue viviendo! ¡Ay, lo quiero y lo encontraré! Lo cuidaré tan bien que la muerte ya no tendrá poder sobre mí.

Y se desvaneció.

Auberto y Geranda se arrodillaron al lado de la cama del viejo y rezaron juntos.

Capítulo V

La hora de la muerte

Pasaron todavía algunos días y maestro Zacarías, aquel hombre casi muerto, se levantó de su cama y volvió a la vida gracias a una excitación sobrenatural. Vivía de orgullo. Pero Geranda no se equivocó: el cuerpo y el alma de su padre estaban perdidos para siempre.

Vieron entonces al viejo ocupado en reunir sus últimos recursos, sin preocuparse de su familia. Derrochaba una energía increíble, andando, registrando y murmurando palabras misteriosas.

Una mañana, Geranda bajó a su taller. Maestro Zacarías no estaba allí.

Le esperó durante todo aquel día. Maestro Zacarías no volvió.

Auberto recorrió la ciudad y tuvo la triste certeza de que el viejo la había dejado.

—¡Busquemos a mi padre! —exclamó Geranda cuando el joven operario le llevó esas dolorosas noticias.

—¿Dónde puede estar? —se preguntó Auberto.

Una inspiración iluminó de pronto su espíritu. Vinieron a su memoria las últimas palabras de maestro Zacarías. ¡El viejo relojero ya no vivía más que pensando en aquel viejo reloj de hierro que no le habían devuelto! Maestro Zacarías debía haberse puesto a buscarlo.

Auberto comunicó su pensamiento a Geranda.

—Veamos el libro de mi padre —le respondió ella.

Los dos bajaron al taller. El libro estaba abierto sobre el banco. Todos los relojes de pared o de bolsillo hechos por el viejo relojero y que le habían devuelto debido a su desarreglo estaban tachados, excepto uno.

«Vendido al señor Pittonaccio un reloj de hierro, con campanario

y personajes móviles, entregado en su castillo de Andernatt».

Era aquel reloj «moral» del que la vieja Escolástica había hablado con tantos elogios.

—¡Mi padre ha ido allí! —exclamó Geranda.

—Corramos —respondió Auberto—. Todavía podemos salvarle...

—No para esta vida —murmuró Geranda—, pero al menos para la otra.

—¡Que sea lo que Dios quiera, Geranda! El castillo de Andernatt está situado en las gargantas de los *Dent-du-Midi*, a unas veinte horas de Ginebra. Vayamos.

Aquella misma tarde, Auberto y Geranda, seguidos por su vieja sirvienta, caminaban a pie por la ruta que bordea el lago de Ginebra. Hicieron cinco leguas por la noche, sin detenerse ni en Bessigne, ni en Ermance, donde se alza el célebre castillo de los Mayor. Vadearon no sin esfuerzo el torrente del Dranse. En todos los lugares preguntaban por maestro Zacarías, y pronto tuvieron la certeza de que caminaban tras sus pasos.

Al día siguiente, a la caída del sol, después de haber pasado Thonon llegaron a Evian, desde donde se ve la costa de Suiza desarrollarse ante la vista en una extensión de doce leguas. Pero los dos prometidos no se fijaron siquiera en aquellos parajes encantadores. Caminaban impulsados por una fuerza sobrenatural. Auberto, apoyado en un bastón de nudos, ofrecía su brazo unas veces a Geranda y otras a la vieja Escolástica, y sacaba de su corazón una suprema energía para sostener a sus compañeras. Los tres hablaban de sus dolores, de sus esperanzas, y seguían de este modo aquel hermoso camino a flor de agua, sobre la llanura estrecha que une las orillas del lago con las altas montañas del Chalais. Pronto alcanzaron Bouveret, el lugar en que el Ródano entra en el lago de Ginebra.

A partir de esta ciudad abandonaron el lago, y su fatiga aumentó en medio de aquellas comarcas montañosas. Vionnaz, Chesset, Collombay, aldeas medio perdidas, quedaron pronto a sus espaldas. Sin embargo, sus rodillas se doblaron, sus pies se desgarraron en aquellas crestas agudas que erizan el suelo como matas de granito. ¡Ningún rastro de maestro Zacarías!

Pero había que encontrarle, y los dos prometidos no pidieron descansar ni en las cabañas aisladas ni en el castillo de Monthey, que con sus dependencias formó la dote de Margarita de Saboya. Por último, hacia el final de aquella jornada, alcanzaron, casi moribundos de fatiga, la ermita de *Notre-Dame du Sex*, que está situada en la base del *Dent-du-Midi*, a seiscientos pies por encima del Ródano.

El ermitaño los recibió a los tres a la caída de la noche. No habrían podido dar un paso más, y allí tuvieron que tomar algún reposo.

El ermitaño no dio noticia alguna de maestro Zacarías. Apenas podían esperar encontrarle vivo en medio de aquellas sombrías soledades. La noche era profunda, el huracán silbaba en la montaña y las avalanchas se precipitaban desde la cima de las rocas vacilantes.

Los dos prometidos, acurrucados ante el hogar del ermitaño, le contaron su dolorosa historia. Sus capas, impregnadas de nieve, se secaban en un rincón. En el exterior el perro del ermitaño lanzaba lúgubres ladridos que se mezclaban a los silbidos del viento.

—El orgullo —dijo el ermitaño a sus huéspedes —perdió a un ángel creado para el bien. Es la piedra de toque donde chocan los destinos del hombre. Al orgullo, ese principio de todo vicio, no se puede oponer ningún razonamiento, porque, por su naturaleza misma, el orgulloso se niega a oírlos... ¡Por eso lo único que cabe hacer es rezar por su padre!

Los cuatro se arrodillaron cuando aumentaron los ladridos del perro, y, al poco, llamaron a la puerta de la ermita.

—¡Abra, en nombre del diablo!

La puerta cedió bajo violentos esfuerzos y apareció un hombre desgredado, de mirada extraviada, apenas vestido.

—¡Padre! —exclamó Geranda.

Era maestro Zacarías.

—¿Dónde estoy? —dijo—. ¡En la eternidad!...

El tiempo se ha terminado... las horas ya no suenan... las agujas se paran.

—¡Padre! —continuó Geranda con una emoción tan desgarradora que el viejo pareció volver al mundo de los vivos.

—¿Tú aquí, Geranda mía? —exclamó—. ¡Y tú también, Auberto! ¡Ah, mis queridos hijos, vengan a casarse a nuestra vieja iglesia!

—Padre mío —dijo Geranda tomándole del brazo—, vuelva a su casa de Ginebra, vuelva con nosotros.

El viejo escapó al abrazo de su hija y se lanzó hacia la puerta, en cuyo umbral la nieve se amontonaba en grandes copos.

—¡No abandone a sus hijos! —exclamó Auberto.

—¿Por qué —respondió con tristeza el viejo relojero—, por qué volver a esos lugares que mi vida ya ha dejado y donde una parte de mí mismo está enterrada para siempre?

—¡Su alma no ha muerto! —dijo el ermitaño con voz grave.

—¡Mi alma!... ¡Oh, no!... ¡Sus mecanismos son buenos!... La siento latir a compás...

—¡Su alma es inmaterial! ¡Su alma es inmortal! —continuó el ermitaño con fuerza.

—¡Sí... como mi gloria! ¡Pero está encerrada en el castillo de Andernatt, y quiero volver a verla!

El ermitaño se santiguó. Escolástica estaba casi desvanecida.

Auberto sostenía a Geranda en sus brazos.

—El castillo de Andernatt está habitado por un condenado —dijo el ermitaño—, un condenado que no saluda a la cruz de mi ermita.

—¡Padre, no vaya allí!

—¡Quiero mi alma! ¡Mi alma es mía!

—¡Detenganlo, detengan a mi padre! —exclamó Geranda.

Pero el viejo había franqueado el umbral y se había lanzado a través de la noche gritando:

—¡Mía, mi alma es mía!

Geranda, Auberto y Escolástica se precipitaron tras sus pasos. Caminaron por senderos impracticables que maestro Zacarías seguía como el huracán, impulsado por una fuerza irresistible. La nieve formaba remolinos a su alrededor y mezclaba sus copos blancos con la espuma de los torrentes desbordados.

Al pasar delante de la capilla levantada en memoria de la masacre de la legión tebana, Geranda, Auberto y Escolástica se santiguaron muy deprisa. Maestro Zacarías no se descubrió.

Por fin apareció la aldea de Evionnaz en medio de aquella región desértica. El corazón más duro se hubiera conmovido al ver este poblado perdido en medio de aquellas horribles soledades. El viejo siguió adelante. Se dirigió hacia la izquierda y se abismó por la más profunda de las gargantas de aquellos *Dent-du-Midi* que muerden el cielo con sus agudos picos.

Muy pronto una ruina, vieja y sombría como las rocas de su base, se irguió ante él.

—¡Ahí está! ¡Ahí!... —exclamó acelerando de nuevo su desenfrenada carrera.

En aquella época, el castillo de Andernatt no era ya más que un montón de ruinas. Una maciza torre, gastada, hecha trizas, lo dominaba y parecía amenazar con su caída los viejos aguilones que se erguían a sus pies. Aquellos vastos amontonamientos de piedras causaban horror a la vista. En medio de los escombros se presentían algunas sombrías salas de techos desmoronados, inmundos receptáculos de víboras.

Una poterna estrecha y baja que se abría sobre un foso lleno de escombros daba acceso al castillo de Andernatt. ¿Qué habitantes habían pasado por allí? No se sabe. Sin duda algún margrave, mitad bandido, mitad señor, moró en aquel edificio. Al margrave le sucedieron los bandidos o los monederos falsos, que fueron ahorcados en el teatro de su crimen. Y la leyenda decía que, en las noches de invierno, Satán iba a dirigir sus zarabandas tradicionales en la pendiente de las profundas gargantas donde se sepultaban las sombras de aquellas ruinas.

Maestro Zacarías no se asustó por aquel aspecto siniestro. Llegó a

la poterna. Nadie le impidió pasar. Un patio grande y tenebroso se ofreció a su mirada. Nadie le impidió atravesarlo. Subió una especie de plano inclinado que llevaba a uno de aquellos largos corredores, cuyos arcos parecían aplastar la luz bajo sus pesados arranques. Nadie se opuso a su paso. Geranda, Auberto y Escolástica seguían tras él.

Maestro Zacarías, como si una mano invisible le guiase, parecía seguro de su ruta y caminaba con paso rápido. Llegó a una vieja puerta carcomida que se derrumbó bajo sus golpes, mientras los murciélagos trazaban alrededor de su cabeza círculos oblicuos.

Una sala inmensa, mejor conservada que las demás, apareció ante él. Altos paneles esculpidos revestían sus muros, en los que las larvas, los vampiros, las tarascas parecían agitarse confusamente. Algunas ventanas alargadas y angostas, semejantes a troneras, se estremecían bajo las descargas de la tempestad.

Cuando maestro Zacarías llegó al centro de aquella sala, lanzó un grito de alegría.

Sobre una repisa de hierro empotrada en la muralla descansaba aquel reloj donde ahora residía su vida entera. Aquella obra maestra sin par representaba una vieja iglesia romana, con sus contrafuertes de hierro forjado y su pesado campanario, en el que se encontraba un campanario completo para la antífona del día, el ángelus, la misa, vísperas, completas y bendición. Encima de la puerta de la iglesia, que se abría a la hora de los oficios, había ahuecado un rosetón, en cuyo centro se movían dos agujas, y cuya archivolta reproducía las doce horas de la esfera esculpidas en relieve. Entre la puerta y el rosetón, como había contado la vieja Escolástica, aparecía una máxima referida al empleo de cada instante en una esfera de cobre. Maestro Zacarías había regulado en otro tiempo aquella sucesión de leyendas con una solicitud completamente cristiana; las horas de rezo, de trabajo, de descanso, de recreo y de reposo se seguían según la disciplina religiosa, y debían procurar de modo infalible la salvación de un observador escrupuloso de sus recomendaciones.

Maestro Zacarías, ebrio de alegría, iba a apoderarse de aquel reloj cuando una risa espantosa estalló a sus espaldas.

Se volvió y, a la luz de una lámpara humeante, reconoció al vejete de Ginebra.

—¡Usted aquí! —exclamó.

Geranda sintió miedo. Y abrazó a su prometido.

—Buenos días, maestro Zacarías —dijo el monstruo.

—¿Quién es usted?

—¡El señor Pittonaccio, para servirle! ¡Ha venido a darme a su hija! Se ha acordado usted de mis palabras: «Geranda no se casará con Auberto».

El joven operario se lanzó contra Pittonaccio, que se esfumó como

una sombra.

—¡Detente, Auberto! —ordenó maestro Zacarías.

—Buenas noches —dijo Pittonaccio, que desapareció.

—¡Padre —exclamó Geranda—, huyamos de estos lugares malditos!... ¡Padre mío!

Maestro Zacarías ya no estaba allí. A través de los pisos desmoronados perseguía el fantasma de Pittonaccio. Escolástica, Auberto y Geranda permanecieron, anonadados, en aquella sala inmensa. La joven había caído sobre un sillón de piedra; la vieja sirvienta se arrodilló a su lado y se puso a rezar. Auberto permaneció de pie, velando por su prometida. En la sombra serpenteaban unas luces pálidas y el silencio sólo era interrumpido por el trabajo de esos pequeños animales que roen las maderas viejas y cuyo ruido marca los compases del «reloj de la muerte».

A los primeros rayos del día, los tres se aventuraron por las escaleras sin fin que circulaban bajo aquel montón de piedra. Durante dos horas, vagaron de ese modo sin encontrar alma viviente y sin oír otra cosa que un eco lejano respondiendo a sus gritos. Unas veces se encontraban hundidos a cien pies bajo tierra, otras dominaban desde la altura aquellas montañas salvajes.

La casualidad los devolvió por último a la vasta sala que los había amparado durante aquella noche de angustias. Ya no estaba vacía. Maestro Zacarías y Pittonaccio hablaban juntos en ella, uno de pie y rígido como un cadáver, el otro acurrucado en una mesa de mármol.

Al ver a Geranda, maestro Zacarías la tomó de la mano y la llevó hacia Pittonaccio diciendo:

—¡Aquí tienes a tu amo y señor, hija mía! ¡Geranda, aquí tienes a tu esposo!

Geranda se estremeció de pies a cabeza.

—¡Nunca! —exclamó Auberto—, porque es mi prometida.

—¡Nunca! —respondió Geranda como un eco lastimero.

Pittonaccio se echó a reír.

—¿Quieres acaso mi muerte? —exclamó el viejo—. Ahí, en ese reloj, el último que todavía anda de todos los que han salido de mis manos, está encerrada mi vida, y este hombre me ha dicho: «Cuando yo tenga a tu hija, ese reloj te pertenecerá». ¡Y ese hombre no quiere darle cuerda! Puede romperlo y precipitarme en la nada. ¡Ay, hija mía!, entonces ya no me amarás.

—Padre mío —murmuró Geranda recuperándose del desvanecimiento.

—¡Si supieras cuánto he sufrido lejos de este principio de mi existencia! —continuó el viejo—. ¡Tal vez no cuiden este reloj! ¡Tal vez dejen que sus resortes se gasten, que sus mecanismos se atasquen! Pero ahora, voy a sostener con mis propias manos esta salud tan

querida, porque no es necesario que yo muera, yo, el gran relojero de Ginebra. ¡Mira, hija mía, cómo avanzan esas agujas con paso seguro! ¡Mira, van a dar las cinco! ¡Escucha y mira la hermosa máxima que se ofrecerá a tus ojos!

Sonaron las cinco en el campanario del reloj con un ruido que resonó dolorosamente en el alma de Geranda, y en letras rojas aparecieron estas palabras:

«Hay que comer los frutos del árbol de la ciencia»

Auberto y Geranda se miraban llenos de estupefacción. ¡Aquellas no eran ya las leyendas ortodoxas del relojero católico! Era preciso que el aliento de Satán hubiera pasado por allá. Pero Zacarías no se preocupaba, y continuó:

—¿Oyes, Geranda mía? ¡Yo vivo, vivo todavía! ¡Escucha mi respiración!, ¿No ves la sangre circular en mis venas?... No, no querrás matar a tu padre, y aceptarás a este hombre por esposo para que yo me vuelva inmortal y alcance por último el poder de Dios.

Ante estas palabras impías, la vieja Escolástica se santiguó y Pittonaccio lanzó un rugido de alegría.

—¡Además, Geranda, serás feliz con él! ¡Mira a este hombre! ¡Es el Tiempo! ¡Su existencia será regulada con una precisión absoluta! ¡Geranda, puesto que yo te he dado la vida, devuelve la vida a tu padre!

—Geranda —murmuró Auberto—, yo soy tu prometido.

—¡Es mi padre! —respondió Geranda desplomándose sobre ella misma.

—¡Tuya es! —dijo maestro Zacarías—. Pittonaccio, has de cumplir tu promesa.

—¡Toma la llave de este reloj! —respondió el horrible personaje.

Maestro Zacarías se apoderó de aquella larga llave que se parecía a una culebra estirada, y corrió hacia el reloj, al que empezó a dar cuerda con una rapidez fantástica. El rechinamiento del muelle hacía daño en los nervios. El viejo relojero daba vueltas y más vueltas una y otra vez sin que su brazo se detuviese, y parecía que aquel movimiento de rotación era independiente de su voluntad. Dio vueltas de este modo, cada vez más deprisa y con contorsiones extrañas, hasta que cayó exhausto.

—¡Ya le he dado cuerda para un siglo! —exclamó.

Auberto salió de la sala como loco. Después de largos rodeos, encontró la salida de aquella morada maldita y se lanzó al campo. Volvió a la ermita de *Notre-Dame du Sex* y habló al santo hombre con palabras tan desesperadas que éste consintió acompañarle al castillo de Andernatt.

Si durante estas horas de angustia Geranda no lloró fue porque las lágrimas se habían agotado en sus ojos.

Maestro Zacarías no había abandonado aquella inmensa sala. Iba a cada minuto a escuchar los latidos regulares del viejo reloj.

Mientras tanto, acababan de sonar las seis, y, para gran espanto de Escolástica, sobre la esfera de plata habían aparecido estas palabras:

«El hombre puede volverse igual a Dios»

El viejo no sólo no se sentía sorprendido por estas máximas impías, sino que las leía con delicia y se complacía en esos pensamientos de orgullo mientras Pittonaccio daba vueltas a su alrededor.

El acta de matrimonio debía firmarse a las doce de la noche. Geranda, casi inanimada, ya no veía ni oía. El silencio sólo era interrumpido por las palabras del viejo y por las risotadas de Pittonaccio.

Sonaron las once. Maestro Zacarías se estremeció, y con voz sonora leyó esta blasfemia:

«El hombre debe ser esclavo de la ciencia, y por ella sacrificar padres y familia»

—Sí —exclamó—, sólo existe la ciencia en este mundo.

Las agujas serpenteaban sobre aquella esfera de hierro con silbidos de víbora, y el movimiento del reloj batía con golpes precipitados.

Maestro Zacarías ya no hablaba. Había caído al suelo, lanzaba estertores, y de su pecho oprimido no salían más que estas palabras entrecortadas:

—¡La vida! ¡La ciencia!

Aquella escena tenía entonces dos nuevos testigos: el ermitaño y Auberto. Maestro Zacarías permanecía tumbado en el suelo. Geranda a su lado, más muerta que viva, rezaba...

De pronto, se oyó el ruido seco que precede al campanario de las horas.

Maestro Zacarías se levantó.

—¡Las doce! —exclamó.

El ermitaño tendió la mano hacia el viejo reloj... y las doce de la noche no sonaron.

Maestro Zacarías lanzó entonces un grito, que debió ser oído en el infierno, cuando aparecieron estas palabras:

«Quien trate de hacerse igual a Dios será condenado por toda la eternidad»

El viejo reloj estalló con un ruido de rayo, y el muelle saltó escapando a través de la sala con mil fantásticas contorsiones. El viejo se levantó, corrió detrás de él tratando en vano de atraparlo, y exclamó:

—¡Mi alma! ¡Mi alma!

El muelle saltaba delante de él, hacia un lado y hacia otro, sin que lograra atraparlo.

Por último, Pittonaccio se apoderó de él y, profiriendo una horrible blasfemia, desapareció bajo tierra.

Maestro Zacarías cayó de espaldas. Estaba muerto.

El cuerpo del relojero fue inhumado en medio de los picos de Andernatt. Luego, Auberto y Geranda volvieron a Ginebra, y durante los largos años que Dios les concedió, se esforzaron por redimir con oraciones el alma del réprobo de la ciencia.

FIN

Martín Paz

Novela histórica. América del Sur.
Costumbres peruanas
Editado por Javier Palau

Género: Cuento

Año de publicación: 1852

Sinopsis:

Martín Paz es hijo del líder de un grupo de insurgencia indígena que prepara una revuelta para tomar el poder. Tras el pretexto de una trágica historia de amor entre un indio y una joven blanca judía, que resulta ser la hija de un noble español, Julio Verne resalta los graves conflictos interraciales protagonizados entre españoles, indios y mestizos en el Perú colonial.

Capítulo I **Espanoles y mestizos**

El Sol acababa de ocultarse al otro lado de los picos nevados de las cordilleras; pero bajo aquel hermoso cielo peruano, a través del transparente velo de las noches, la atmósfera se impregnaba de una frescura luminosa. Era la hora en que el viento bienhechor, que soplaba fuera de las viviendas, permitía vivir a la europea, y los habitantes de Lima, envueltos en sus ligeros abrigo y conversando seriamente de los más fútiles asuntos, recorrían las calles de la población.

Había, pues, gran movimiento en la plaza Mayor, ese foro de la antigua Ciudad de los Reyes. Los artesanos disfrutaban de la frescura de la tarde, descansando de sus trabajos diarios, y los vendedores circulaban entre la muchedumbre, pregonando a grandes voces la excelencia de sus mercancías. Las mujeres, con el rostro cuidadosamente oculto bajo la toca, circulaban alrededor de los grupos de fumadores. Algunas señoras en traje de baile, y con su abundante cabello recogido con flores naturales, se paseaban gravemente en sus carretelas. Los indios pasaban sin levantar los ojos del suelo, no creyéndose dignos de mirar a las personas, pero conteniendo en silencio la envidia que los consumía. Los mestizos, relegados como los indios a las últimas capas sociales, exteriorizaban su malestar más ruidosamente.

En cuanto a los españoles, los orgullosos descendientes de Pizarro,

llevaban la cabeza erguida, como en el tiempo en que sus antepasados fundaron la Ciudad de los Reyes, envolviendo en su desprecio a los indios, a quienes habían vencido, y a los mestizos nacidos de sus relaciones con los indígenas del Nuevo Mundo. Los indios, como todas las razas reducidas a la servidumbre, sólo pensaban en romper sus cadenas, confundiendo en su profunda aversión a los vencedores del antiguo Imperio de los Incas y a los mestizos, especie de clase media orgullosa e insolente.

Los mestizos, que eran españoles por el desprecio con que miraban a los indios, e indios por el odio que profesaban a los españoles, se consumían entre estos dos sentimientos igualmente vivos.

Cerca de la hermosa fuente levantada en medio de la plaza Mayor, había un grupo de jóvenes, todos mestizos, que, envueltos en sus ponchos, como manta de algodón de cuadros, larga y perforada con una abertura que da paso a la cabeza, vestidos con anchos pantalones rayados de mil colores, y cubiertos con sombreros de anchas alas hechos de paja de Guayaquil, hablaban, gritaban y gesticulaban.

—Tienes razón, Andrés —decía un hombrecillo muy obsequioso, llamado Milflores.

Este Milflores era una especie de parásito que padecía Andrés Certa, joven mestizo, hijo de un rico mercader que había caído muerto en uno de los últimos motines promovidos por el conspirador La Fuente. Andrés Certa había heredado un gran caudal, que derrochaba en obsequio de sus amigos, de quienes, a cambio de sus puñados de oro, sólo exigía complacencias.

—¿Para qué sirven esos cambios de poder, esos pronunciamientos eternos que trastornan el Perú?—repuso Andrés en alta voz—. Que sea Gambarra o Santa Cruz el que gobierne, no importa, si aquí no reina la igualdad.

—¡Bien dicho, bien dicho! —exclamó el pequeño Milflores, quien con gobierno igualitario o sin él jamás habría podido ser igual a un hombre de talento.

—¡Cómo! —añadió Andrés Certa—. Yo, hijo de un negociante, ¿no podré tener carroza sino tirada por mulas? ¿No han traído mis buques la riqueza y la prosperidad a este país? ¿Es que la aristocracia del dinero no vale tanto como la de la sangre que ostenta sus vanos títulos en España?

—¡Es una vergüenza! —respondió un joven mestizo—. Vean ustedes, ahí pasa don Fernando en su carruaje tirado por dos caballos. ¡Don Fernando de Aguillo! Apenas tiene con qué mantener a su cochero y se pavonea orgullosamente por la plaza. Bueno; ¡ahí viene otro, el marqués de Vegal!

Una magnífica carroza desembocaba en aquel momento en la plaza Mayor: era la del marqués de Vegal, caballero de Alcántara, de Malta y de Carlos III, que iba sólo al paseo por aburrimiento y no por ostentación. Abismado en profundos pensamientos, ni siquiera oyó las reflexiones que la envidia sugería a los mestizos, cuando sus cuatro caballos se abrieron paso a través de la multitud.

—¡Odio a ese hombre! —dijo Andrés Certa.

—¡No será por mucho tiempo! —respondió uno de los jóvenes.

—No, porque a todos esos nobles va a concluirseles pronto el lujo, y hasta puedo decir a dónde van a parar su vajilla y las joyas de la familia.

—Efectivamente, tú debes saber algo, porque frecuentas la casa del judío Samuel, en cuyos libros de cuentas se inscriben los créditos aristocráticos, como se amontonan en sus cofres los restos de esas grandes riquezas; cuando todos los españoles sean unos mendigos como su César de Bazán, llegará la nuestra.

—La tuya, sobre todo, Andrés, cuando te encarames sobre tus millones —respondió Milflores—. Y ahora estás a punto de duplicar tu capital —A propósito, ¿cuándo te casas con la hija del viejo Samuel, esa hermosa limeña que no tiene de judía más que su nombre de Sara?

—Dentro de un mes —respondió Andrés Certa—, en cuya fecha será mi caudal el mayor de todo el Perú.

—Pero —preguntó uno de los jóvenes mestizos—, ¿por qué no has elegido por esposa a una española de alto rango?

—Porque desprecio tanto como aborrezco esa clase de gente.

Andrés Certa no quería confesar que había sido desdeñado por varias familias nobles en las que había tratado de introducirse.

En aquel momento recibió un fuerte empujón de un hombre de elevada estatura y algo canoso, cuya corpulencia hacía suponer que tenía gran fuerza muscular.

Aquel hombre, que era un indio de las montañas, vestía chaqueta parda, debajo de la cual se veía una camisa de gruesa tela y cuello alto que no ocultaba por completo su pecho velludo; su calzón corto, rayado de listas verdes, se unía por medio de ligas rojas a unas medias de color de tierra; calzaba sandalias de piel de vaca e iba tocado con sombrero puntiagudo, bajo el cual brillaban grandes pendientes.

Después de haber tropezado con Andrés Certa, lo miró fijamente.

—¡Miserable indio! —exclamó el mestizo, alzando el brazo en actitud amenazadora.

Sus compañeros lo detuvieron.

—¡Andrés, Andrés, ten cuidado! —exclamó Milflores.

—¡Atreverse a empujarme un vil esclavo!

—Es el Zambo, un loco.

El Zambo continuó mirando al mestizo, a quien había empujado

intencionadamente; pero éste, que no podía contener su cólera, sacó un puñal que llevaba en el cinturón, e iba a precipitarse sobre su agresor, cuando resonó en medio del tumulto un grito gutural y el Zambo desapareció.

—Brutal y cobarde —murmuró Andrés Certa.

—No te precipites —aconsejó Milflores —y salgamos de la plaza. Las limeñas se muestran aquí muy orgullosas.

Luego, el grupo de jóvenes se dirigió al centro de la plaza.

El sol había desaparecido ya en el horizonte, y las limeñas, con el rostro oculto bajo el manto, continuaban discurriendo por la plaza Mayor, que estaba todavía muy animada.

Los guardias a caballo, apostados delante del pórtico central del palacio del virrey, situado al norte de la plaza, hacían grandes esfuerzos para mantenerse en su puesto en medio de aquella multitud bulliciosa. Parecía que los industriales más diversos se habían dado cita en aquella plaza, convertida en inmenso bazar de objetos de toda especie. El piso bajo del palacio del virrey y el pórtico de la catedral, ocupados por un sinnúmero de tiendas, hacían de aquel conjunto un mercado inmenso, abierto a todos los productos tropicales.

En medio del ruido de la muchedumbre resonó el toque de oraciones del campanario de la catedral, e inmediatamente cesó el bullicio, sucediendo a los grandes clamores el murmullo de la oración. Las mujeres cesaron de pasear y se pusieron a desgranar el rosario.

Y, mientras todos los transeúntes acortaban el paso o se detenían, inclinando la cabeza para orar, una anciana, que acompañaba a una joven, pugnaba por abrirse paso entre la multitud, provocando grandes protestas.

La joven, al oír las increpaciones que se les dirigían por perturbar el rezo de las personas piadosas, quiso detenerse; pero la dueña la obligó a seguir.

—¡Hija del demonio! —murmuraron cerca de ella.

—¿Quién es esa condenada bailarina?

—Es una pelandusca.

La joven se detuvo confusa.

Un arriero acababa de ponerle de pronto la mano en el hombro para obligarla a arrodillarse; pero en aquel momento, un brazo vigoroso lo echó a rodar por tierra. A esta escena, rápida como un relámpago, siguió un momento de confusión.

—Huya usted, señorita —le aconsejó una voz suave y respetuosa a la joven.

Ésta, pálida de terror, se volvió y vio un joven indio, de elevada estatura, que, con los brazos cruzados, esperaba a pie firme a su adversario.

—Por mi alma, estamos perdidas —exclamó la dueña, arrastrando

consigo a la joven.

El arriero, maltrecho a consecuencia de la caída, se levantó; pero no creyendo prudente pedir cuentas a un adversario tan vigoroso y resuelto como parecía ser el joven indio, se dirigió a donde estaban sus mulas, murmurando inútiles amenazas.

Capítulo II

Lima y las limeñas

La ciudad de Lima está situada en un rincón del valle del Rímac, y a nueve leguas de su embocadura. Las primeras ondulaciones del terreno, que forman parte de la gran cordillera de los Andes, comienzan al Norte y al Este. El valle está formado por las montañas de San Cristóbal y de los Amancaes. Estas montañas se levantan detrás de Lima y terminan en sus arrabales. La ciudad, que se encuentra en un lado del río, se comunica con el arrabal de San Lorenzo, que está en la orilla opuesta, por un puente de cinco arcos, cuyos pilares anteriores oponen a la corriente su arista triangular.

Los posteriores ofrecen bancos a los paseantes en los que se sientan los desocupados en las tardes de verano, para contemplar desde allí una hermosa cascada.

La ciudad tiene dos millas de longitud de Este a Oeste, y milla y cuarto de anchura, desde el puente hasta las murallas. Éstas, de doce pies de altura y diez de espesor en su base, están construidas con ladrillos secados al sol, formados de tierra arcillosa, mezclada con paja machacada, capaces de resistir los temblores de tierra, bastante frecuentes en aquel país. El recinto tiene siete puertas y tres postigos y termina en el extremo sudeste por la pequeña ciudadela de Santa Catalina.

Tal es la antigua Ciudad de los Reyes, fundada por Pizarro el día de la Epifanía. Desde entonces ha sido y es todavía teatro de las revoluciones siempre renacientes. Lima era en otro tiempo el principal depósito del comercio de América en el océano Pacífico, gracias a su puerto el Callao que fue constituido en 1779 de un modo singular.

El clima, más templado y suave que el de Cartagena o Bahía, situadas en la costa opuesta de América, hace de Lima una de las ciudades más agradables del Nuevo Mundo. El viento tiene allí dos direcciones invernales: o sopla del Sudoeste y se refresca al atravesar el océano Pacífico, o sopla del Sudeste, refrescando el ambiente con la frescura que ha recogido en los helados picachos de las cordilleras.

En las latitudes tropicales son puras y hermosas las noches, durante las cuales desciende el benéfico rocío que fecunda el suelo, expuesto a los rayos de un cielo sin nubes. Así, cuando el sol desaparece tras el horizonte, los habitantes de Lima se congregan en

las casas, refrescadas por la oscuridad, quedando enseguida desiertas las calles, y apenas si algún café o taberna es visitado por los bebedores de aguardiente o de cerveza.

La noche en que comienza la acción de este relato, la joven, seguida por la dueña, llegó sin dificultad ninguna al puente del Rímac, prestando atención al menor ruido cuya naturaleza no le permitía distinguir su emoción, pero sólo oyó las campanillas de una recua de mulas o el silbido de un indio.

Aquella joven, llamada Sara, volvía a casa de su padre, el judío Samuel. Vestía falda de color oscuro con pliegues medio elásticos y muy estrechos por abajo, lo que la obligaba a dar pasos muy menudos con esa gracia delicada, particular de las limeñas.

Aquella saya, guarnecida de encaje y de flores, iba en parte cubierta por un manto de seda que subía hasta la cabeza, cubriéndola con un capuchón. Bajo el gracioso vestido aparecían medias finísimas y zapatitos de raso; rodeaban los brazos de la joven brazaletes de gran valor, y toda su persona tenía ese poderoso atractivo a que en España se da el nombre de donaire.

Milflores había estado acertado al decir que la novia de Andrés Certa no debía tener de judía más que el nombre, porque era el tipo exacto de las admirables señoras cuya hermosura es superior a toda alabanza.

La dueña, vieja judía en cuyo rostro se reflejaban la avaricia y la codicia, era una fiel sirvienta de Samuel, que apreciaba sus servicios en su justo valor y los pagaba con equidad.

Al llegar las dos mujeres al arrabal de San Lorenzo, un hombre con hábito de fraile, que llevaba la cabeza cubierta con la cogulla, pasó al lado de ellas, mirándolas con atención. Aquel hombre, de gran estatura, tenía uno de esos semblantes apacibles que respiran calma y bondad. Era el padre Joaquín de Camarones, y al pasar dirigió una sonrisa de inteligencia a Sara, que miró a su sirvienta, después de hacer al fraile una cariñosa señal con la mano.

—Muy bien, señorita —dijo la anciana con voz áspera—, ¿cómo, después de haber sido insultada por los hijos de Cristo, se atreve usted a saludar a un clérigo? ¿Es que hemos de verla a usted algún día, con el rosario en la mano, practicar las ceremonias de la Iglesia Católica?

Las ceremonias de la Iglesia eran la ocupación principal de las limeñas, las cuales las seguían con ferviente devoción.

—Hace suposiciones extrañas —respondió la joven, ruborizándose.

—Extrañas como la conducta de usted. ¿Qué diría mi amo Samuel si se enterara de lo que ha ocurrido esta noche?

—¿Soy, acaso, culpable de que un arriero brutal me haya insultado?

—Yo me entiendo, señorita —dijo la vieja, moviendo la cabeza—, y no hablo del arriero.

—Entonces, ¿aquel joven hizo mal al defenderme contra las injurias del populacho?

—¿Es la primera vez que encontramos a ese indio en nuestro camino? —preguntó la dueña.

Afortunadamente, la joven tenía en aquel momento el rostro cubierto con la mano, porque, de otro modo, la oscuridad no habría sido suficiente para ocultar la turbación de su semblante a la mirada investigadora de la vieja sirvienta.

—Dejemos al indio donde está —repuso ésta—. Mi obligación es vigilar la conducta de usted, y de lo que me quejo es de que, por no molestar a los cristianos, quiso usted detenerse hasta que ellos hubieran hecho su oración y hasta ha experimentado usted deseos de arrodillarse como ellos. ¡Ah, señorita! Su padre de usted me despediría tan pronto como supiera que he permitido semejante apostasía.

Pero la joven no la escuchaba. La observación de la vieja respecto al joven indio, había traído a su memoria pensamientos más agradables. Creía que la intervención del joven había sido providencial y se había vuelto muchas veces para ver si la seguía. Sara tenía en el corazón cierta audacia que le sentaba perfectamente. Orgullosa como española, si se habían fijado sus ojos en aquel hombre, era porque aquel hombre era altivo y no había solicitado una mirada como premio de su protección.

Al suponer que el indio la había seguido con la vista, Sara no se había equivocado. Martín Paz, después de haberla socorrido, quiso asegurar la retirada y, cuando el grupo de gente se dispersó, se puso en seguimientos sin que ella lo advirtiese.

Este Martín Paz, era un hermoso joven, que llevaba con nobleza el traje nacional del indio de las montañas; de su sombrero de paja, de anchas alas, se escapaba una hermosa cabellera negra, que contrastaba con el tono cobrizo de su rostro. Sus ojos brillaban con dulzura infinita, y su boca y su nariz eran correctas, cosa rara en los hombres de su raza. Era uno de los más valerosos descendientes de Manco Cápac, y por sus venas debía correr sangre ardorosa, que le impulsaba a la realización de grandes hazañas.

Vestía, con aire marcial, poncho de colores brillantes y en la cintura llevaba uno de esos puñales aztecas, terribles en una mano ejercitada, porque parece que forman una sola pieza con el brazo que los maneja. En el norte de América, a las orillas del lago Ontario, aquel indio habría sido jefe de una de las tribus errantes que tan heroicamente lucharon con los ingleses.

Martín Paz sabía que Sara era hija de Samuel el judío y novia del opulento mestizo Andrés Certa; pero sabía también que, por su

nacimiento, posición y riquezas, no podían casarse, aunque olvidaba todos estos imposibles para seguir los impulsos de su corazón hacia ella.

Abismado en sus reflexiones, apresuraba la marcha, cuando se acercaron a él dos indios que lo detuvieron.

—Martín Paz —le dijo uno de ellos—, ¿no vas a volver esta noche a las montañas donde están nuestros hermanos?

—Cierto —respondió fríamente el indio.

—La goleta Anunciación se ha dejado ver a la altura del Callao, ha dado algunas bordadas, y después, protegida por la punta, ha desaparecido. Seguramente se habrá acercado a tierra, hacia la embocadura del Rímac, y será conveniente que nuestras canoas vayan a aligerarla de sus mercancías. Es preciso que estés allí.

—Martín Paz hará lo que deba hacer.

—Te hablamos en nombre del Zambo.

—Y yo respondo en el mío.

—¿No temes que le parezca inexplicable tu presencia en el arrabal de San Lázaro a estas horas?

—Estoy donde me place.

—¿Delante de la casa del judío?

—Los que no crean buena mi conducta, me hallarán esta noche en la montaña.

Los ojos de aquellos tres hombres lanzaron chispas.

Los indios enmudecieron y volvieron a la orilla del Rímac, perdiéndose el ruido de sus pasos en la oscuridad.

Martín Paz se había acercado apresuradamente a la casa del judío, casa que, como todas las de Lima, tenía un solo piso, construido de ladrillos y techado con cañas unidas entre sí y cubiertas de yeso. Todo el edificio, dispuesto para resistir los temblores de tierra, imitaba por medio de una hábil pintura los ladrillos de las primeras hiladas; y el techo, de figura cuadrada, estaba cubierto de flores, formando una azotea llena de perfumes.

Se llegaba al patio penetrando por una gran puerta cochera, situada entre dos pabellones, que, como era costumbre, no tenían ninguna ventana que se abriese a la calle.

Daban las once en la iglesia parroquial, cuando Martín Paz se detuvo frente a la casa de Sara, en cuyas inmediaciones reinaba un profundo silencio.

¿Por qué permanecía inmóvil el indio delante de aquellas paredes? Era que una sombra blanca había aparecido en la azotea, entre las flores, a las que la oscuridad de la noche daba una forma vaga sin quitarles su perfume.

Martín Paz levantó las dos manos involuntariamente y las cruzó sobre su pecho.

La sombra blanca desapareció como asustada.

Martín Paz se volvió y se encontró frente a Andrés Certa.

—¿Desde cuándo pasan la noche los indios en contemplación? — preguntó iracundo Andrés Certa.

—Desde que los indios pisan el suelo de sus antepasados — respondió Martín Paz.

Andrés Certa avanzó hacia su rival, que permanecía inmóvil.

—¡Miserable! ¿Me dejarás libre el sitio?

—No —contestó Martín Paz.

Y, dicho esto, ambos adversarios sacaron a relucir los puñales.

Los contendientes eran de igual estatura y parecían de igual fuerza.

Andrés Certa levantó rápidamente su brazo, dejándolo caer más rápidamente aún. Su puñal había encontrado el puñal azteca del indio y rodó enseguida a tierra, herido en el hombro.

—¡Socorro, socorro! —gritó.

Se abrió la puerta de la casa del judío y acudieron varios mestizos de una casa inmediata, algunos de los cuales persiguieron al indio, que huía rápidamente, mientras los otros levantaron al herido.

—¿Quién es este hombre? —preguntó uno de ellos—. Si es marino, llevémoslo al hospital del Espíritu Santo; y si es indio, al hospital de Santa Ana.

En aquel momento se acercó un anciano al herido, y apenas lo hubo mirado, exclamó:

—¡Lleven a este joven a mi casa! ¡Vaya una desgracia extraña!

Aquel anciano no era otro que el judío Samuel, quien acababa de reconocer en el herido al novio de su hija.

Mientras tanto, Martín Paz corría con toda la rapidez que sus robustas piernas le permitían, confiando en poder librarse de sus perseguidores merced a su ligereza y a la oscuridad de la noche. Le iba en ello la vida.

Si hubiera podido llegar al campo, se habría encontrado seguro; pero las puertas de la ciudad, que se cerraban a las once, no volvían a abrirse hasta las cuatro de la mañana siguiente.

Al llegar al puente de piedra, los mestizos y algunos soldados que iban en su persecución estaban ya a punto de alcanzarlo, cuando una patrulla desembocó por el extremo opuesto. Martín Paz, no pudiendo adelantar ni retroceder, subió al parapeto y se lanzó a la corriente del río, que se deslizaba sobre un lecho de piedra.

Los perseguidores abandonaron el puente y corrieron hacia las orillas del río para apoderarse del fugitivo en el momento en que saliera a tierra; pero fue inútil; Martín Paz no volvió a aparecer.

Cuando Andrés Certa, que fue conducido a la casa de Samuel y acostado en una cama preparada a toda prisa, recobró los sentidos, estrechó la mano del viejo judío.

El médico, avisado por un criado, no tardó en presentarse.

La herida era leve; el hombro del mestizo había sido atravesado de tal modo por el puñal de su adversario que el acero sólo había penetrado entre la piel y la carne. Andrés Certa no debía tardar muchos días en poder abandonar el lecho.

Cuando Samuel y Andrés Certa se encontraron solos, dijo éste:

—¿Quiere usted hacerme el favor de cerrar la puerta que conduce a la azotea, maese Samuel?

—¿Pues qué teme? —preguntó el judío.

—Temo que Sara vuelva a mostrarse a la contemplación de los indios. No es un ladrón el que me ha atacado, sino un rival de quien me he librado milagrosamente.

—¡Ah! ¡Por las santas tablas de la ley —exclamó el judío —usted se engaña! Sara será una esposa perfecta, que mantendrá incólume su honor.

—Maese Samuel —repuso el herido, incorporándose sobre el lecho—, usted no recuerda que le pago la mano de Sara en cien mil duros.

—Andrés Certa —exclamó el judío con cierta sonrisita de avaro—, lo recuerdo tanto que estoy dispuesto a cambiar este recibo por dinero contante y sonante —y, al decir esto, Samuel sacó de su cartera un papel que Andrés Certa rechazó con la mano.

—No existe trato entre nosotros mientras Sara no sea mi esposa, y no lo será jamás si he de verme obligado a disputársela a semejante rival. Usted sabe, maese Samuel, cuál es mi propósito. Me caso con Sara para igualarme a toda esa nobleza, que no tiene para mí sino miradas de desprecio.

—Y se igualará usted, Andrés Certa, porque, una vez casado, verá a los más orgullosos españoles acudir apresuradamente a sus salones.

—¿Dónde ha ido Sara esta noche?

—Al templo israelita, con la vieja Ammon.

—¿Porqué obliga usted a Sara a seguir sus ritos religiosos?

—¡Soy judío! —Replicó Samuel —y Sara no sería mi hija si no cumpliese los deberes de mi religión.

Era un hombre vil aquel judío Samuel. Traficando con todo y en todas partes, descendía en línea recta de aquel Judas que entregó a su maestro por treinta denarios. Su instalación en Lima databa de diez años. Haciendo cálculos había elegido su morada al extremo del arrabal de San Lázaro y se había puesto al acecho de vergonzosas

especulaciones.

Cuando Samuel fue a establecerse a Lima, Sara sólo tenía ocho años de edad. Niña graciosa y bella, agradaba a todos y parecía ser el ídolo del judío. Algunos años después, su hermosura atraía todas las miradas, y el mestizo Andrés Certa se enamoró de ella. Lo que parecía inexplicable era que hubiese ofrecido cien mil duros por la mano de Sara, pero aquel contrato era secreto.

Por lo demás, Samuel traficaba no sólo con los productos indígenas, sino con los sentimientos, y banquero, prestamista, mercader y armador, tenía el talento de hacer negocios con todo el mundo. La goleta Anunciación, que aquella noche debía atracar junto a la embocadura del Rímac, pertenecía al judío Samuel.

Éste, a pesar del mucho tiempo que dedicaba a los negocios, no dejaba de cumplir, por obstinación tradicional, todos los ritos de su religión con superstición religiosa, y su hija había sido cuidadosamente instruida en las prácticas israelitas.

Así, cuando hablando con el mestizo, éste le manifestó su disgusto respecto a este punto, el anciano permaneció mudo y pensativo. Andrés Certa fue quien rompió el silencio, diciendo:

—Olvida que el motivo que me mueve a casarme con Sara, la obligará a convertirse al catolicismo.

—Tiene razón —respondió Samuel, entristecido—; pero juro por la Biblia que Sara será judía mientras sea mi hija.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación dando paso al mayordomo.

—¿Han capturado al asesino? —preguntó Samuel.

—Todo induce a creer que ha muerto —respondió el interpelado.

—¡Muerto! —exclamó Andrés Certa, con manifiesta alegría.

—Viéndose entre nosotros, que le íbamos a los alcances, y una partida de soldados que venía de la ciudad, se ha arrojado al Rímac por el parapeto del puente.

—Pero ¿quién te asegura que no ha podido salir a la orilla? —preguntó Samuel.

—La mucha nieve derretida que desciende de las montañas ha aumentado la corriente del río, hasta convertirlo en un torrente en aquel paraje —respondió el mayordomo—. Además, nos hemos apostado en las dos orillas, y el fugitivo no ha vuelto a aparecer, y he puesto centinelas en las orillas del Rímac, con orden de que pasen toda la noche vigilando.

—Bien —dijo el anciano—: se ha hecho justicia a sí mismo. ¿Lo han conocido en su fuga?

—Perfectamente, era Martín Paz, el indio de las montañas.

—¿Acaso ese hombre seguía a Sara desde hace algún tiempo? —preguntó el judío.

—Lo ignoro —respondió la dueña—; pero cuando los gritos de los criados me han despertado, he corrido a la habitación de la señorita, y la he encontrado casi sin sentido.

—Continúa —dijo Samuel.

—A mis reiteradas preguntas respecto a la causa de su malestar, no ha querido responder, se ha acostado sin aceptar mis servicios y me ha mandado retirar.

—Ese indio, ¿la seguía con frecuencia?

—No puedo asegurarlo, señor. Sin embargo, lo he encontrado muchas veces en las calles del arrabal de San Lázaro, y esta noche ha socorrido a la señorita en la plaza Mayor.

—¿Que la ha socorrido? ¿Cómo?

La vieja refirió lo ocurrido.

—¡Ah! ¡Mi hija quería arrodillarse entre los cristianos, y yo ignoraba todo eso! ¿Tú quieres que te despida?

—Señor, perdóneme usted.

—Márchate —repuso con acritud el anciano.

La dueña salió de la estancia.

—Ya ve usted que es necesario casarnos al momento —dijo Andrés Certa; pero necesito descansar, y le ruego que ahora me deje solo.

Al oír esto, el anciano se retiró lentamente; pero antes de volver a su cuarto, quiso cerciorarse del estado de su hija, y entró sin hacer ruido en la habitación de Sara, que dormía con sueño agitado entre las cortinas de seda desplegadas a su alrededor.

Una lámpara de alabastro, suspendida del techo pintado de arabescos, esparcía una suave luz en el aposento, y la ventana, entreabierta, dejaba pasar al través de las persianas corridas la fresca del aire, impregnado de los perfumes penetrantes de los álces y de las magnolias.

Los mil objetos de arte y de exquisito gusto que había esparcidos sobre los muebles, preciosamente esculpidos, de la habitación, revelaban a los vagos resplandores de la noche el gusto criollo. Parecía que el alma de la joven jugaba con aquellas maravillas.

El anciano se acercó al lecho de Sara y se inclinó sobre ella para contemplar su sueño. La joven judía parecía atormentada por un sentimiento doloroso, que le hizo exhalar un suspiro, después de lo cual murmuraron sus labios el nombre de Martín Paz.

Samuel volvió a su aposento.

Cuando, transcurridas algunas horas, la aurora abrió al sol las puertas del oriente, Sara se levantó a toda prisa, y Liberto, indio negro, su servidor especial, acudió a recibir sus órdenes, e inmediatamente ensilló una mula para su ama y un caballo para él.

Sara acostumbraba pasear por las montañas, seguida de un

criado, que le era muy adicto.

Se vistió una saya de color pardo y un manto de cachemira de gruesas bellotas; se puso en la cabeza un sombrero de paja de alas anchas, dejando flotar sobre la espalda sus grandes trenzas negras, y, para mejor disimular su turbación, se colocó un cigarrillo de tabaco perfumado entre los labios.

Jinete ya sobre la mula, Sara salió de la ciudad y echó a correr por el campo con dirección al Callao. El puerto estaba muy animado; los guardacostas habían estado batallando toda la noche con la goleta *Anunciación*, cuyas maniobras indecisas revelaban el propósito de cometer algún fraude.

La goleta *Anunciación* parecía que había esperado algunas embarcaciones sospechosas hacia la embocadura del Rímac; pero antes de que éstas llegasen a ella, había huido, burlando la persecución de las chalupas del puerto.

Circulaban diversos rumores respecto al destino de aquella goleta, que, según unos, iba cargada de tropas de Colombia, encargadas de apoderarse de los principales buques del Callao, para vengar la afrenta inferida a los soldados de Bolívar, expulsados vergonzosamente del Perú.

Según otros, la goleta se ocupaba únicamente en el contrabando de lanas de Europa.

Sara, sin prestar atención a estas noticias, más o menos ciertas, porque su paseo al puerto no había sido más que un pretexto, regresó a Lima, llegó cerca de las orillas del Rímac y subió costearlo el río hasta el puente, donde había numerosos grupos de soldados y mestizos, apostados en diversos puntos.

Liberto había referido a la joven los sucesos ocurridos durante la noche anterior, y por orden suya interrogó a varios soldados que estaban inclinados sobre el parapeto, por quienes supo no solamente que Martín Paz se había ahogado, sino que no se había podido encontrar su cadáver.

Sara, próxima a desmayarse, se vio precisada a hacer un poderoso esfuerzo de voluntad para no abandonarse a su dolor.

Entre las personas que estaban a la orilla del río, vio a un indio de fisonomía feroz, que parecía dominado por la desesperación. Este indio era el Zambo.

Sara, al pasar cerca del viejo montañés, oyó estas palabras:

—¡Desgracia! ¡Desgracia! ¡Han matado al hijo de Zambo, han matado a mi hijo!

La joven levantó la cabeza, indicó por señas a Liberto que la siguiera, y, sin cuidarse de si la veía o no, se dirigió a la iglesia de Santa Ana, dejó su cabalgadura al indio, entró en el templo cristiano, preguntó por el padre Joaquín, y, arrodillándose sobre las losas de

piedra, encomendó a Dios el alma de Martín Paz.

Capítulo IV

El noble español

Cualquier otro que no hubiera sido Martín Paz, habría perecido en las aguas del Rímac; pero él, que estaba dotado de una insuperable fuerza de voluntad y de una extraordinaria sangre fría, cualidades propias de todos los indios libres del Nuevo Mundo, logró salvarse de la muerte, aunque no sin gran esfuerzo.

Martín Paz sabía que los soldados agotarían todos sus recursos para prenderle debajo del puente, donde la corriente era casi inevitable; pero cortándola vigorosamente por esfuerzos repetidos, llegó a dominarla y, hallando menos resistencia en las capas inferiores del agua, logró llegar a la orilla y ocultarse detrás de una espesura de manglares.

Pero una vez fuera del agua, ¿qué resolución podría tomar que no lo comprometiera? Si los soldados que lo perseguían cambiaban de opinión y subían por la orilla arriba, Martín Paz sería infaliblemente capturado; pero como él no era hombre que tardara mucho en adoptar una resolución, decidió enseguida entrar en la ciudad y ocultarse en ella.

Para evitar que lo viesan los paseantes que habían demorado el regreso a sus casas, Martín Paz siguió una de las calles más anchas; pero al entrar en ella, le pareció que lo espiaban, y no pudiendo detenerse a reflexionar, miró en torno suyo, buscando un refugio. Sus ojos se fijaron en una casa todavía brillantemente iluminada, y cuya puerta cochera estaba abierta para dar paso a los coches que salían del patio y llevaban a sus diferentes domicilios a las eminencias de la aristocracia española.

Martín Paz se introdujo sin ser visto en aquella casa, y apenas hubo entrado se cerraron sus puertas. Subió apresuradamente una rica escalera de madera de cedro, adornada con tapices de mucho precio, y llegó a los salones, que estaban todavía iluminados pero enteramente vacíos; los atravesó con la celeridad de un relámpago y se ocultó, en fin, en un oscuro cuarto.

Poco después, se extinguió la luz que brillaba en aquellos lujosos aposentos y la casa quedó en silencio.

Martín Paz se ocupó entonces en reconocer el sitio en que se encontraba, y vio que las ventanas de aquella habitación daban a un jardín interior.

Ya se disponía a huir por allí, creyéndolo factible, cuando oyó que le decían:

—Señor ladrón, ¿por qué no roba usted los diamantes que están

sobre esa mesa?

Al oír esto, se volvió Martín Paz rápidamente y vio a un hombre de altiva fisonomía que le mostraba con el dedo un estuche lleno de diamantes.

Martín Paz, insultado de aquel modo, se acercó al español, cuya serenidad parecía inalterable, sacó su puñal y, volviendo la punta contra su pecho, dijo sordamente:

—Señor, si repite usted semejante insulto, me daré muerte a sus pies.

El español, admirado, contempló con atención al indio, y sintió hacia él una especie de simpatía, en virtud de lo cual se dirigió a la ventana, la cerró suavemente y, volviéndose hacia el indio, cuyo puñal había caído en tierra, le preguntó:

—¿Quién es usted?

—El indio Martín Paz. Me persiguen los soldados porque me he defendido contra un mestizo que me atacaba y lo he derribado a tierra de una puñalada. Mi adversario es el novio de una joven a quien amo; y ahora, que sabe ya quién soy, puede usted entregarme a mis enemigos, si lo cree conveniente.

—Muchacho —replicó simplemente el español—, mañana salgo para los baños de Chorrillos. Puedes acompañarme si quieres, y estarás por el momento al abrigo de toda persecución. Si lo haces, no tendrás nunca que quejarte de la hospitalidad del marqués de Vegal.

Martín Paz se limitó a inclinarse con respeto.

—Puedes acostarte en esa cama y descansar esta noche —añadió el marqués—, sin que nadie sospeche que te encuentras aquí.

El español salió de la estancia dejando al indio conmovido con su generosa confianza. Después, Martín Paz, abandonándose a la protección del marqués, se durmió tranquilamente.

Al día siguiente, al salir el sol, el marqués dio las órdenes necesarias para la partida, y envió recado al judío Samuel de que fuese a verlo; pero antes fue a oír la primera misa de la mañana.

Ésta era una piadosa práctica que no dejaban de observar todos los miembros de la aristocracia peruana, porque Lima, desde su fundación, había sido siempre muy católica, y además de sus muchas iglesias, contaba todavía con veintidós conventos de frailes, diecisiete de monjas y cuatro casas de retiro para las mujeres que no pronunciaban votos religiosos. Como cada uno de estos establecimientos tenía una iglesia particular, existían en Lima más de cien edificios dedicados al culto, donde ochocientos clérigos seculares o regulares, trescientas religiosas y hermanos legos, celebraban las ceremonias del culto católico.

Al entrar en Santa Ana el marqués de Vegal, vio a una joven arrodillada, que oraba fervorosamente y lloraba con desconsuelo.

Parecía presa de dolor tal, que el marqués no pudo contemplarla sin cierta emoción, y ya se disponía a dirigirle algunas palabras de conmiseración, cuando llegó el padre Joaquín, y le dijo en voz baja:

—Señor marqués, por favor, no se le acerque usted.

Luego, el fraile hizo una señal a Sara y ésta lo siguió a una capilla oscura y desierta.

El marqués se dirigió al altar y oyó la misa, después de lo cual regresó a su casa, pensando involuntariamente en aquella joven, cuya imagen había quedado profundamente grabada en su imaginación.

En el salón de su casa encontró al judío Samuel, que estaba esperándole, y parecía haber olvidado los sucesos de la noche anterior. Su semblante estaba iluminado por la esperanza del lucro.

—¿Qué manda su señoría? —preguntó al español.

—Necesito treinta mil duros antes de una hora.

—¡Treinta mil duros! ¿Y quién los tiene? Por el santo rey David, señor marqués, va a costarme más trabajo encontrarlos que lo que su señoría se imagina.

—Aquí tengo joyas de gran valor —repuso el marqués, sin hacer caso de las palabras del judío—, y además puedo vender a usted por poco precio un terreno muy extenso que tengo cerca del Cuzco.

—¡Ah, señor! —Exclamó Samuel—, las tierras nos arruinan, porque nos faltan brazos para cultivarlas. Los indios se retiran a las montañas y las cosechas no producen lo que cuesta la recolección.

—¿En cuánto valora usted esos diamantes? —preguntó el marqués.

Samuel sacó del bolsillo una balanza pequeña de precisión, y se puso a pesar las piedras con minuciosa detención, pero sin dejar de hablar, despreciando, como de costumbre, la prenda que se le ofrecía.

—¡Los diamantes...! ¡Mala hipoteca...! No producen nada. Es lo mismo que enterrar el dinero —Observará, su señoría, que el agua de este diamante no es de una limpieza perfecta... Ya sabe su señoría que estos adornos tan costosos no son fáciles de vender, por lo que me vería obligado a enviarlos a las provincias de la Gran Bretaña. Los norteamericanos me los comprarán seguramente; pero será para cederlos a los hijos de Albión. Quieren, por consiguiente, y es justo, ganar una comisión honrosa, que cae sobre mis costillas... Supongo que diez mil duros contentará a su señoría. Es poco, sin duda, pero...

—Ya he dicho —repuso el español despectivamente —que necesito mucho más de diez mil duros.

—Señor, no puedo dar un centavo más.

—Llévese las joyas y envíeme inmediatamente el dinero. Para completar los treinta mil duros que necesito, le daré esta casa en hipoteca. ¿No le parece bastante sólida?

—¡Ah, señor, en esta ciudad, donde son tan frecuentes los

terremotos, no se sabe quién vive ni quién muere, ni quién cae, ni quién se mantiene en pie!

Y mientras decía esto, Samuel se empinaba sobre la punta de los pies, dejándose luego caer sobre los talones varias veces, para apreciar la solidez del piso.

—En fin, como tengo verdaderos deseos de servir a su señoría —dijo—, pasaré por lo que quiera, aunque en este momento no me conviene desprenderme de metálico, porque voy a casar a mi hija con el caballero Andrés Certa... ¿Lo conoce su señoría?

—No lo conozco, y le ordeno a usted de nuevo que me envíe enseguida la cantidad que le he pedido. Llévase esas joyas.

—¿Quiere su señoría un recibo? —preguntó el judío.

El marqués, sin responderle, pasó a la habitación inmediata.

—¡Orgulloso español! —murmuró Samuel, entre dientes—. Quiero confundir tu insolencia del mismo modo que voy a disipar tus riquezas. ¡Por Salomón, soy hombre hábil, porque mis intereses corren parejas con mis sentimientos!

El marqués, al separarse del judío, encontró a Martín Paz profundamente abatido.

—¿Qué tienes? —le preguntó cariñosamente.

—Señor, la joven a quien amo es la hija de ese judío.

—¡Una judía! —exclamó el marqués, con sentimiento de repulsión que le fue imposible dominar.

Pero, al advertir la tristeza del indio, añadió:

—Marchemos, amigo mío, ya hablaremos de esas cosas con detenimiento.

Una hora más tarde, Martín Paz, disfrazado, salía de la ciudad en compañía del marqués, que no llevaba consigo a ninguno de sus criados.

Los baños de mar de Chorrillos se encuentran a dos leguas de Lima. Es una parroquia india que posee una bonita iglesia, y durante la estación del calor es el punto de reunión de la sociedad elegante limeña. Los juegos públicos, prohibidos en Lima, están abiertos en Chorrillos durante el verano, y a ellos concurren las señoras de dudosa moralidad, que, actuando de diablillos, hacen perder a más de un rico caballero su caudal en pocas noches.

Como Chorrillos estaba a la sazón poco frecuentado aún, el marqués y Martín Paz, retirados en una casita edificada a orillas del mar, pudieron vivir en paz, contemplando las vastas llanuras del Pacífico.

El marqués, miembro de una de las más antiguas familias del Perú, era el último descendiente de la soberbia línea de antepasados, de la que con razón se mostraba orgulloso; pero en su rostro advertíanse las huellas de una profunda tristeza. Después de haber

intervenido durante algún tiempo en los asuntos políticos, había experimentado una repugnancia infinita hacia las revoluciones incesantes, hechas en beneficio de ambiciones personales, y se había retirado de la política y apartado de la sociedad, viviendo casi en retiro, sólo interrumpido a raros intervalos por deberes de estricta cortesía.

Su inmenso caudal se iba disipando poco a poco. El abandono en que quedaban sus tierras por la falta de brazos, le obligaba a hacer empréstitos onerosos; pero la perspectiva de una ruina próxima no le espantaba. La indolencia natural de la raza española, unida al aburrimiento de su existencia inútil, le había hecho insensible a las amenazas del porvenir. Esposo en otro tiempo de una mujer adorable, y padre de una niña encantadora, se había encontrado de pronto solo, a consecuencia de una horrible catástrofe que le arrebató aquellos dos objetos de su amor —Desde entonces, ningún afecto le unía al mundo, y dejaba deslizarse su vida al impulso de los acontecimientos.

Creía que su corazón había muerto por completo, cuando lo sintió palpar de nuevo al contacto de Martín Paz. Aquella naturaleza ardiente despertó el fuego encubierto bajo la ceniza; la orgullosa presencia de ánimo del indio repercutía en el noble caballero, que, cansado de los españoles de su clase, en quienes no tenía ya confianza, y disgustado de los mestizos egoístas, que querían equipararse con él, se complacía en aproximarse a aquella raza primitiva, que tan valientemente había disputado el suelo americano a los soldados del conquistador Pizarro.

El indio pasaba por muerto en Lima, según las noticias que el marqués había adquirido; pero éste, considerando el amor de Martín Paz hacia una judía como cosa peor que la muerte misma, resolvió salvarlo de nuevo, dejando casar a la hija de Samuel con Andrés Certa.

Así, mientras que Martín Paz estaba profundamente apenado y la tristeza le invadía el corazón, el marqués evitaba toda alusión a lo pasado, y hablaba al joven indio de cosas sin importancia.

Un día, sin embargo, agitado por sus tristes pensamientos, le preguntó:

—¿Por qué, amigo mío, una pasión vulgar te ha de hacer renegar de la nobleza de tus abuelos? ¿No descendes del valiente Manco Cápac, a quien su patriotismo elevó a la categoría de héroe? ¿Qué papel representaría un hombre que se dejara abatir por una pasión indigna? ¿Acaso han desistido los indios de reconquistar algún día su independencia?

—Para eso trabajamos, señor —contestó Martín Paz—, y no está lejos el día en que mis hermanos se levantarán en masa.

—Ya te entiendo. Aludes a esa guerra sorda que tus hermanos están preparando en las montañas. A una señal bajarán a la ciudad

con las armas en la mano; pero serán vencidos, como lo han sido siempre. Ya ves cómo sus intereses desaparecen en medio de las revoluciones perpetuas de las que es teatro el Perú; revoluciones que perderán al mismo tiempo a los indios y a los españoles, en beneficio de los mestizos.

—Nosotros salvaremos al país —repuso Martín Paz.

—Sí, lo salvarán, si comprenden su misión —dijo el marqués. Oyeme, pues que te amo como a un hijo. Lo digo con dolor, pero a nosotros, los españoles, hijos degenerados de una raza poderosa, nos falta la energía necesaria para levantar un Estado, y, por consiguiente, a ustedes les toca triunfar de este desdichado americanismo que tiende a rechazar a los colonos extranjeros. Sí, sábelo; sólo una inmigración europea puede salvar el antiguo Imperio peruano, y, en vez de esa guerra intestina que preparan, y que tiende a excluir todas las castas, a excepción de una sola, deben tender francamente la mano a los hombres trabajadores del Viejo Mundo.

—Los indios, señor, considerarán siempre como enemigos a los extranjeros, cualesquiera que sean, y jamás han de permitir que respiren impunemente el aire de sus montañas. El dominio que ejerzo sobre ellos quedaría sin efecto el día en que no jurase la muerte de sus opresores. Además, ¿qué soy ahora? —añadió Martín Paz con gran tristeza. Un fugitivo que no viviría tres horas si me encontraran en Lima.

—Amigo, es preciso que me prometas que no has de volver a salir.

—¡Ah! No puedo prometérselo a usted, señor marqués, porque si lo prometiese mentiría.

El marqués enmudeció; la pasión del joven indio se acrecentaba de día en día, y el noble caballero temblaba ante la idea de verlo correr a una muerte cierta, si volvía a presentarse en Lima, por lo que deseaba que se celebrara cuanto antes el matrimonio de la judía, matrimonio que, si le hubiera sido posible, habría él apresurado, según sus deseos.

Para cerciorarse del estado de las cosas, salió de Chorrillos una mañana y fue a la ciudad, donde supo que Andrés Certa, restablecido de su herida, salía ya a la calle, y que su próximo matrimonio era el objeto de todas las conversaciones.

El marqués quiso conocer a la joven amada por Martín Paz, y con este objeto se dirigió a la plaza Mayor, donde a ciertas horas había siempre una gran multitud, y donde encontró al padre Joaquín, su antiguo amigo. El venerable fraile se quedó profundamente sorprendido cuando el marqués le dijo que Martín Paz no había muerto, apresurándose a prometer que velaría por la vida del joven indio, y que le daría todas las noticias que le interesaran.

De improviso, las miradas del caballero se dirigieron a una joven arrebujaada en un manto negro que iba sentada en una carretela.

—¿Quién es esa hermosa muchacha? —preguntó al padre Joaquín.

—La hija del judío Samuel, prometida de Andrés Certa.

—¡Ella! ¡La hija de un judío!

El marqués se quedó profundamente admirado y, estrechando la mano del padre Joaquín, volvió a tomar el camino de Chorrillos.

Su sorpresa era natural, porque había reconocido en la pretendida judía a la joven a quien había visto orar fervorosamente en la iglesia de Santa Ana.

Capítulo V

Preparativos de insurrección

Cuando las tropas de Colombia, que Bolívar puso a las órdenes del general Santa Cruz, fueron arrojadas del Bajo Perú, cesaron las sediciones militares en este país, que empezó a disfrutar de calma y tranquilidad; las ambiciones particulares no volvieron a turbar el reposo público, y el presidente Gambarra se había afianzado en su palacio de la plaza Mayor. Sin embargo, el peligro verdadero, inminente, no procedía de las sediciones, que se extinguían tan pronto como estallaban y que parecían complacer a los americanos por sus ostentaciones militares.

El peligro no lo veían los españoles, demasiado altos para poder verlo, ni tampoco los mestizos, que jamás descendían a mirar lo que se hallaba por debajo de ellos.

Esto no obstante, se agitaban de un modo extraordinario los indios de la ciudad, mezclándose con frecuencia con los habitantes de las montañas, como si hubieran sacudido su apatía natural. En vez de envolverse en su poncho con los pies hacia el sol, se extendían por el campo, se detenían uno a otro, se entendían por señales particulares y frecuentaban las posadas más desiertas, en las que podían hablar sin peligro de ser escuchados.

Aquel movimiento era más visible en una de las plazas apartadas de la ciudad, en donde había una casa que sólo tenía una habitación baja, y cuya apariencia miserable llamaba la atención de las gentes.

Era una taberna de ínfima categoría, propiedad de una vieja india, que servía a sus parroquianos, cerveza de maíz y una bebida hecha con caña de azúcar.

Los indios no se reunían en esta plaza sino cuando en el techo de la citada taberna se ponía un palo largo, que servía de señal. Entonces, los indígenas de todas profesiones, conductores de carros, arrieros y cocheros entraban uno a uno y desaparecían inmediatamente en la

gran sala. La tabernera dejaba entonces a su criada el cuidado de la taberna, y corría a servir personalmente a sus parroquianos.

Pocos días después de la desaparición de Martín Paz, se celebró una asamblea numerosa en la sala de la taberna, donde apenas podían distinguirse los rostros de los concurrentes, a causa de la oscuridad que en ella reinaba y que el humo del tabaco hacía aumentar. En torno de una larga mesa, había unos cincuenta individuos, mascando los unos una especie de hoja de té mezclada con tierra odorífera, y bebiendo los otros en grandes jarros el licor de maíz fermentado; pero estas ocupaciones no les distraían de la principal, que era escuchar atentamente el discurso que les estaba pronunciando un indio.

El orador era el Zambo, cuyas miradas tenían una extraña fijeza.

Después de examinar uno por uno a todos sus oyentes, el Zambo tomó la palabra y dijo:

—Los hijos del Sol pueden hablar de sus asuntos, porque no hay aquí oídos pérfidos que puedan escucharnos. En la plaza, algunos de nuestros amigos, disfrazados de cantores, distraen a los transeúntes para que nos dejen disfrutar de entera libertad en esta casa.

Y así era, efectivamente, porque fuera de la taberna resonaban los acordes de una guitarra.

Los indios, satisfechos de encontrarse seguros, prestaron gran atención a las palabras del Zambo, en quien ponían toda su confianza.

—¿Qué noticias puede darnos el Zambo, de Martín Paz? —preguntó uno.

—Ninguna. Únicamente el Gran Espíritu puede saber si ha muerto o no; pero estoy esperando a algunos hermanos que han bajado por el río hasta su embocadura, y quizás hayan encontrado el cuerpo de Martín Paz.

—Era un buen jefe —dijo Manangani, indio feroz y muy temido—. Pero ¿por qué no se encontraba en su puesto el día en que la goleta nos traía las armas?

El Zambo, sin responder, inclinó la cabeza.

—¿No saben mis hermanos —continuó diciendo Manangani— que la Anunciación ha sido atacada por los guardacostas y que la captura de ese buque habría frustrado todos nuestros proyectos?

Un murmullo de asentimiento acogió las palabras del indio.

—Harán bien —dijo entonces el Zambo— los que esperan para juzgar. ¡Quién sabe si mi hijo Martín Paz se presentará entre nosotros dentro de pocos días...! Oigan ahora lo que tengo que decirles: las armas que nos han enviado de Sechura han llegado a nuestro poder, están escondidas en las montañas de la cordillera y dispuestas para desempeñar su oficio cuando ustedes estén preparados para cumplir su deber.

—¿Acaso hay algo que nos detenga? —preguntó un joven indio—.

Hemos afilado nuestros puñales y esperamos.

—Esperen, pues, que llegue la hora —respondió el Zambo—. ¿Saben mis hermanos cuál es el enemigo a quien primero deben herir?

—Los mestizos, que nos tratan como esclavos —repuso uno de los asistentes—. Esos insolentes que nos azotan con la mano y con el látigo, como a mulas falsas.

—De ningún modo —repuso otro—. Nuestros mayores enemigos son los que monopolizan todas las riquezas del suelo.

—Están equivocados. Nuestros primeros golpes deben herir a otros —dijo el Zambo, animándose—. Esos hombres no son los que se atrevieron, hace trescientos años, a poner el pie en la tierra de sus antepasados. Esos ricos no son los que han hecho sucumbir a los hijos de Manco Cápac. Los orgullosos españoles son los verdaderos vencedores y los que los han reducido a la esclavitud. Si no tienen ya riquezas, tienen autoridad y, a pesar de la emancipación peruana, conculcan nuestros derechos naturales. Olvidemos, pues, lo que somos, para recordar lo que nuestros padres fueron.

—Sí, sí —prorrumpió la asamblea, con murmullo de aprobación.

Al asentimiento general de los concurrentes sucedieron algunos momentos de silencio que interrumpió el Zambo para preguntar a diversos conjurados si sus amigos de Cuzco y de toda Bolivia estaban dispuestos a levantarse, como un solo hombre.

Después, prosiguiendo su discurso, dijo:

—Valiente Manangani, si todos nuestros hermanos de la montaña tienen en el corazón el mismo odio y valor que tú, ¿no caerán sobre Lima como una tromba desde lo alto de las cordilleras?

—El Zambo no se quejará de su audacia el día señalado —respondió Manangani—. Si el Zambo sale de la ciudad no necesitará ir muy lejos para ver surgir en torno suyo indios que arden en deseos de venganza. En las gargantas de San Cristóbal y de los Amancaes, más de uno, envueltos en su poncho y con el puñal en la cintura, están esperando que se confíe a sus manos una carabina, porque tampoco han olvidado ellos que tienen que vengar en los españoles la derrota de Manco Cápac.

—Perfectamente, Manangani —repuso el Zambo—. El dios de la venganza habla por tu boca. Mis hermanos no tardarán en saber quién es el elegido de sus jefes, y como el presidente Gambarra sólo trata de consolidarse en el poder, Bolívar está lejos y Santa Cruz ha sido derrotada, podemos obrar sobre seguro. Dentro de pocos días se entregarán nuestros opresores al placer, con motivo de la fiesta de los Amancaes, y, por consiguiente, deben disponerse todos nuestros hermanos a marchar, haciendo antes que la noticia llegue hasta las aldeas más remotas de nuestra raza.

En aquel momento entraron tres indios en el salón, e

inmediatamente se acercó el Zambo a ellos.

—¿Qué noticias traen? —les preguntó.

—El cuerpo de Martín Paz no ha sido hallado —respondió uno de aquellos indios—. Hemos sondeado el río en todos los sentidos; nuestros más hábiles nadadores lo han explorado detenidamente y creemos que el hijo del Zambo no ha muerto en las aguas del Rímac.

—¡Lo habrán asesinado! ¿Qué habrá sido de él? ¡Oh, desdichados los que hayan dado muerte a mi hijo...! Sepárense mis hermanos en silencio, y vuelva cada cual a su puesto, mire, vigile y espere.

Los indios salieron y se dispersaron. El Zambo se quedó con Manangani, que le preguntó:

—¿Sabe el Zambo por qué había ido aquella noche su hijo al barrio de San Lázaro? ¿Está el Zambo seguro de su hijo?

Los ojos del indio despidieron tales relámpagos de cólera que Manangani retrocedió asustado.

Pero el Zambo se contuvo, y dijo:

—Si Martín Paz traicionara a sus hermanos, yo mataría a todos aquellos a quienes ha dado su amistad y a todas aquellas a quienes hubiese dado su amor; después lo mataría a él y, por último, me mataría yo, para no dejar en este suelo un solo miembro de una raza deshonrada.

En aquel momento abrió la tabernera la puerta de la sala, se acercó al Zambo y le entregó un billete.

—¿Quién te ha encargado esto? —preguntó.

—No lo sé —respondió la tabernera—. Este papel ha debido quedársele olvidado a algún bebedor, porque lo he encontrado sobre una mesa.

—¿No han venido aquí más que indios?

—Nadie más que indios.

La tabernera salió, y el Zambo desdobló el billete, que leyó en alta voz:

«Una joven ha orado por Martín Paz, porque no olvida al indio que ha expuesto su vida por ella. Si el Zambo tiene noticias de su hijo o esperanza de encontrarlo, átese al brazo un pañuelo encarnado como señal. Hay ojos que lo ven pasar todos los días».

El Zambo estrujó el billete entre sus manos.

—El desgraciado se ha dejado seducir por una mujer.

—¿Y quién es esa mujer? —preguntó Manangani.

—No es india —respondió el Zambo, mirando el billete—. Es, sin duda, una mujer elegante—¡Ah, Martín Paz, estás desconocido!

—¿Harás lo que esa mujer te pide?

—No —respondió rápidamente el indio—. Debe perder toda esperanza de volver a ver a mi hijo, para que muera de dolor.

Y, dicho esto, el Zambo rompió el billete con rabia.

—Sin duda alguna ha sido un indio quien ha traído este billete — observó Manangani.

—¡Oh, no puede ser de los nuestros! Se habrá sabido que yo venía con frecuencia a esta taberna, pero no volveré a poner los pies en ella. Regrese mi hermano a las montañas, mientras yo vigilo en la ciudad. Veremos para quiénes resultará alegre la fiesta de los Amancaes, si para los opresores o para los oprimidos.

Los dos indios se separaron.

El plan no podía estar mejor combinado ni la hora de la ejecución mejor elegida. El Perú, casi despoblado entonces, sólo contaba con un reducido número de españoles y de mestizos. La invasión de los indios, que acudirían desde los bosques del Brasil y desde las montañas de Chile, como de las llanuras del Río de la Plata, debía cubrir con un ejército formidable el teatro de la rebelión. Después que quedaran destruidas las grandes ciudades, Lima, Cuzco y Puno, no era de temer que las tropas de Colombia, recientemente vencidas por el Gobierno peruano, acudieran en socorro de sus enemigos, por grave que fuese el peligro en que éstos se encontraran.

Aquel trastorno social debía, por consiguiente, efectuarse sin resistencia, si los indios guardaban fielmente el secreto, y así debía ocurrir, porque entre ellos no había traidores.

Sin embargo, ignoraban que un hombre había obtenido una audiencia particular del presidente Gambarra; ignoraban que aquel hombre le había notificado que la goleta *Anunciación* había desembarcado en la embocadura del Rímac armas de toda especie en piraguas indias, y que aquel hombre iba a reclamar una fuerte indemnización por el servicio que había prestado al Gobierno peruano, denunciando aquellos hechos.

Indudablemente, aquel hombre jugaba con cartas dobles, porque después de haber alquilado su buque a los agentes del Zambo a un precio muy elevado, había vendido al presidente el secreto de los conjurados.

El hombre que tal infamia había cometido no era otro que el judío Samuel, a quien suponemos que el lector habrá reconocido en este rasgo.

Capítulo VI

El juego y las confidencias

Andrés Certa, completamente restablecido y creyendo que Martín Paz había dejado de existir, apresuraba su matrimonio, deseando que llegara el día de pasear por las calles de Lima a la joven judía.

Sara no dejaba de tratarlo con altiva indiferencia, pero él no hacía caso, porque consideraba a la joven como un objeto de valor que

había comprado por cien mil duros.

Sin embargo, Andrés Certa desconfiaba del judío, y no le faltaba motivo para ello, porque si el contrato era poco honrado, los contratantes lo eran menos.

El mestizo, pues, quiso tener con Samuel una entrevista secreta, a cuyo fin lo llevó un día a Chorrillos, deseando también probar su suerte en el juego antes de la boda.

Los juegos habían empezado pocos días después de la llegada del marqués de Vegal, y desde entonces se veía constantemente concurrido el camino de Lima. Algunos, que iban a Chorrillos a pie, volvían en carruaje, mientras otros dejaban allí los últimos restos de su fortuna.

El marqués y Martín Paz no tomaban parte en aquellos placeres; el joven indio estaba profundamente preocupado por causas más nobles.

Después de pasear con el marqués, volvía todas las noches a su aposento y se ponía de codos en la ventana, donde pasaba largas horas meditando.

El marqués no olvidaba a la hija de Samuel, a quien había visto orar en el templo católico; pero no se había atrevido a revelar aquel secreto a Martín Paz, aunque le iba instruyendo poco a poco en las verdades cristianas. Temía reanimar en su corazón sentimientos que deseaba extinguir, porque el indio proscrito debía renunciar a toda esperanza de contraer matrimonio con la hija del judío. Mientras tanto, la Policía había concluido por abandonar la persecución de Martín Paz, y, transcurrido algún tiempo, merced a la influencia de su protección, el indio quizá lograra ocupar un puesto en la sociedad peruana.

Pero sucedió que, Martín Paz, desesperado, resolvió averiguar qué había sido de la joven, y, con este propósito, se introdujo, vestido con un traje español, en una sala de juego para escuchar las conversaciones de los concurrentes. Andrés Certa, que era hombre muy conocido, y su matrimonio, que seguramente estaría ya próximo, debían ser objeto de alguna conversación.

Así, pues, una noche, en vez de encaminarse, como de ordinario, a la orilla del mar, se dirigió a las altas rocas donde están situadas las principales casas de Chorrillos, y entró en una de ellas, dotada de una ancha escalera de piedra.

Aquella era una casa de juego, donde aquel día habían perdido grandes cantidades algunos limeños, y donde otros, fatigados de la tarea de la noche precedente, descansaban en el suelo, envueltos en sus ponchos.

A la sazón, no faltaban jugadores delante del tapete verde, dividido en cuatro cuadros por dos líneas, que se cortaban en el centro

en ángulo recto. En cada uno de estos cuadros se hallaban las primeras letras de las palabras «azar» y «suerte»: A. S. Los jugadores apuntaban a una u otra de aquellas letras, y el banquero tenía las puestas, mientras arrojaba sobre la mesa dos dados, cuyos puntos combinados hacían ganar a la A o a la S.

La partida estaba muy animada, y un mestizo apuntaba al azar con ardor febril.

—¡Dos mil duros! —exclamó.

El banquero agitó los dados y el jugador estalló en imprecaciones.

—¡Cuatro mil duros! —dijo de nuevo, y volvió a perder.

Martín Paz, protegido por la sombra del salón, pudo ver el rostro del jugador.

Era Andrés Certa.

Al lado de éste se encontraba el judío Samuel.

—Bastante ha jugado usted, señor —le dijo Samuel—, y ya ha podido convencerse de que hoy no tiene suerte.

—¿A usted qué le importa? —respondió con acritud el mestizo.

Samuel se inclinó a su oído para decirle:

—Si a mí no me importa, a usted le interesa abandonar esas costumbres en los días que preceden a su matrimonio.

—¡Ocho mil duros! —gritó Andrés Certa, apuntando a la S.

Salió la A y el mestizo lanzó una blasfemia.

—¡Juego! —volvió a decir el banquero.

Andrés Certa sacó un puñado de billetes de su bolsillo para aventurar una suma considerable al juego, llegando a ponerla en uno de los cuadros. El banquero agitaba ya los dados, cuando una seña de Samuel lo detuvo. El judío volvió a inclinarse al oído del mestizo, y le dijo:

—Si no le queda a usted la cantidad necesaria para llevar a efecto nuestro contrato, esta noche quedará roto.

Andrés Certa se encogió de hombros, hizo un gesto de rabia y, recobrando su dinero, salió rápidamente de la estancia.

—Continúe usted ahora —dijo Samuel al banquero—; ya arruinará a este señor después de que se haya casado.

El banquero se inclinó con sumisión ante Samuel, que era fundador y propietario de los juegos de Chorrillos. Dondequiera que había algo que ganar, se encontraba aquel hombre.

Samuel siguió al mestizo, y cuando hubieron llegado a la escalinata, le dijo:

—Tengo cosas muy graves que decirle. ¿Dónde podemos hablar sin que nos oigan?

—Donde usted quiera —respondió bruscamente Andrés Certa.

—Tenga calma y no pierda el porvenir por un momento de mal humor. No me inspiran confianza los aposentos mejor cerrados, ni las

llanuras más desiertas, porque lo que tengo que decir a usted es un secreto que vale la pena que se guarde.

Mientras hablaban, los dos hombres habían llegado a la playa, frente a las casetas destinadas a los bañistas; pero ignoraban que tras ellos iba Martín Paz, deslizándose en la oscuridad como una serpiente.

—Tomemos una canoa y salgamos al mar —dijo Andrés Certa.

Andrés Certa desató de la orilla una pequeña embarcación, después de dar algunas monedas al guarda; Samuel y el mestizo se embarcaron, y el último empujó la barca mar adentro.

Martín Paz, al verla alejarse, se ocultó en el hueco de unas peñas, se desnudó apresuradamente, se arrojó al agua y nadó hacia la canoa, llevando consigo su cinturón y su puñal.

El sol acababa de sepultar sus últimos rayos en las olas del Pacífico, y el cielo y el mar estaban envueltos en las tinieblas.

Martín Paz no había pensado siquiera en el peligro que corría, a causa de los tiburones que surcaban aquellos funestos parajes.

Se detuvo, no lejos de la embarcación en que iban el mestizo y el judío y al alcance de su voz.

—Pero ¿qué prueba de la identidad de la joven puedo yo dar a su padre? —preguntaba en aquel momento Andrés Certa al judío.

—Puede usted recordarle las circunstancias en que perdió a la niña.

—¿Y cuáles son?

—Voy a decírselo.

Martín Paz, sosteniéndose sobre las olas, escuchaba, pero sin comprender por completo lo que hablaban.

—El padre de Sara, que es el gran señor que usted conoce —dijo el judío—, vivía en la Concepción, comarca de Chile; pero entonces su caudal corría parejas con su nobleza. Obligado a venir a Lima para asuntos de interés, salió solo de la Concepción, dejando allí a su mujer y a su hija; esta última de quince meses de edad. Como el clima del Perú le convino, envió a la marquesa orden de que viniera a reunirse con él. La marquesa se embarcó en el *San José*, de Valparaíso, con algunos criados de su confianza, y en el mismo buque venía yo al Perú.

El *San José* debía hacer escala en Lima; pero a la altura de la isla de Juan Fernández, se desató un huracán terrible que lo desarboló y lo arrojó sobre la costa. Los hombres de la tripulación y los pasajeros se refugiaron en la chalupa; pero al ver el mar tan enfurecido, la marquesa se negó a embarcarse en ella; estrechó a su hija entre sus brazos y se quedó en el buque; yo me quedé con ella. La chalupa se alejó, y a cien brazas del *San José* se sepultó en el mar con toda la gente que llevaba y nos quedamos solos. La tempestad rugía cada vez con mayor violencia; pero como mi caudal no iba a bordo, no perdí la

esperanza de salvarme. El *San José*, que tenía cinco pies de agua en la cala, fue arrastrado por la corriente y se estrelló contra las rocas de la costa. La marquesa fue arrojada al mar con la niña: pero, afortunadamente, pude apoderarme de ésta, y, mientras la madre perecía a mi vista, yo, sano y salvo, con la niña, pude ganar la orilla.

—Todos esos detalles ¿son exactos?

—Completamente exactos, y el padre no lo desmentirá. Yo realicé aquel día un buen negocio, porque me va a valer los cien mil duros que usted ha de entregarme.

«¿Qué quiere decir esto?», se preguntaba asombrado Martín Paz.

—Aquí tiene mi cartera con los cien mil duros —respondió Andrés Certa.

—Gracias, señor —dijo Samuel, apoderándose del tesoro—. Tome usted este recibo, en el que me comprometo a restituirle doble cantidad de la que me ha entregado si en virtud de su matrimonio no llega usted a formar parte de una de las primeras familias de España.

El indio, obligado a sumergirse para evitar el choque de la embarcación, no había oído esta última frase; pero al ocultarse bajo las aguas, sus ojos pudieron ver una masa informe, que se deslizaba rápidamente hacia donde él estaba.

Era una tintorera, tiburón de la especie más cruel.

Martín Paz vio que el animal se aproximaba y se sumergió profundamente, mas pronto se vio obligado a volver a la superficie del agua para respirar. El tiburón dio entonces un coletazo a Martín Paz, que sintió que las escamas viscosas del monstruo le rozaban el pecho. El tiburón se volvió sobre la espalda, entreabriendo su mandíbula, armada de una triple fila de dientes, para morder su presa; pero Martín Paz, al ver brillar el vientre blanco del animal, lo hirió con su puñal.

La sangre del monstruo marino tiñó de rojo las aguas, y Martín Paz, al advertirlo, volvió a sumergirse.

Cuando, algunos instantes después, salió de nuevo a la superficie, a diez brazas de allí, la embarcación del mestizo había desaparecido. El indio se dirigió entonces a la costa, a la que no tardó en llegar, pero después de haber olvidado que acababa de librarse de una muerte terrible.

Al amanecer del día siguiente abandonó Martín Paz la quinta de Chorrillos sin despedirse de su protector, y el marqués, lleno de inquietud, volvió a toda prisa a Lima para buscarlo.

Capítulo VII

La boda interrumpe

El matrimonio de Andrés Certa con la hija del judío Samuel era

un verdadero acontecimiento, y las señoras no se daban punto de reposo, confeccionando los lujosos trajes que se proponían lucir en la fastuosa ceremonia.

En casa del judío Samuel, que deseaba celebrar con gran pompa el matrimonio de Sara, se hacían también grandes preparativos.

Los frescos que adornaban su morada, según la costumbre española, habían sido restaurados suntuosamente; los tapices más ricos caían en anchos pliegues sobre los huecos de las ventanas y las paredes de la habitación; los muebles, esculpidos de maderas preciosas u odoríferas, se amontonaban en los grandes salones impregnados de deliciosa frescura; los arbustos exóticos, los productos de las tierras calientes se elevaban serpenteando a lo largo de las balaustradas y de las azoteas.

La joven había perdido la esperanza de volver a ver a Martín Paz, puesto que el Zambo no la tenía, como lo demostraba el hecho de no llevar en el brazo la señal de la esperanza. Liberto había espiado los pasos del viejo indio, pero no había logrado descubrir nada.

¡Ah! Si la pobre Sara hubiera podido realizar sus deseos, se habría refugiado en un convento para acabar en él su vida. Impulsada por atracción misteriosa e irresistible hacia los dogmas del catolicismo y convertida secretamente por el padre Joaquín a la única religión verdadera, había ingresado en el seno de nuestra santa madre la Iglesia, que tanto simpatizaba con las creencias de su alma.

El padre Joaquín, a fin de evitar todo escándalo, y sabiendo leer mejor en su breviario que en el corazón humano, había dejado a Sara en la creencia de que Martín Paz había muerto, porque lo más importante para él era la conversión de la joven, que creía asegurada con el matrimonio con Andrés Certa, ignorando, naturalmente, las condiciones en que se había concertado.

El día, pues, de la boda, tan alegre para unos y tan triste para otros, había llegado. Andrés Certa había invitado a la ceremonia a toda la ciudad; pero sus invitaciones no fueron atendidas por las familias nobles, que se excusaron, pretextando motivos más o menos plausibles.

Llegada la hora en que debía efectuarse el contrato, la joven no compareció.

El judío Samuel estaba profundamente disgustado, y Andrés Certa fruncía el ceño, mostrando su impaciencia. Una especie de confusión se reflejaba en los rostros de los invitados, mientras millares de bujías, cuya imagen multiplicaban los espejos, inundaban los salones de resplandeciente luz.

En la calle, un hombre se paseaba presa de una ansiedad mortal. Era el marqués de Vegal.

Capítulo VIII

La fuga

Mientras tanto, Sara, profundamente angustiada, permanecía sola en su habitación, de donde no se atrevía a salir. Sofocada por la emoción, se apoyó en el balcón que daba a los jardines interiores, y allí estaba abismada en sus pensamientos cuando vio, de pronto, a un hombre que procuraba ocultarse en las calles de magnolias. Aquel hombre era Liberto, su servidor, que parecía espiar a algún enemigo invisible, ya ocultándose detrás de una estatua, ya echándose a tierra.

De repente, Sara palideció. Liberto luchaba con un hombre de alta estatura, que lo había derribado a tierra, y algunos suspiros ahogados, que se escapaban de la boca del negro, revelaban que una mano robusta le apretaba el cuello.

La joven iba a gritar en demanda de socorro, cuando vio levantarse a los dos hombres: el negro miraba a su adversario y le decía:

—¡Usted, usted! ¿Es usted?

Y siguió a aquel hombre que, antes que Sara pudiera lanzar un solo grito, se presentó ante ella como un fantasma del otro mundo. Así como el negro, derribado bajo las rodillas del indio, no había podido hablar sino lo que hemos anotado arriba, la joven, bajo la mirada de Martín Paz, no pudo a su vez decir sino las mismas palabras:

—¡Usted, usted! ¿Es usted?

Martín Paz, con los ojos clavados en ella, dijo:

—¿Oye la novia los ruidos de la fiesta? Los invitados se congregan en los salones para ver irradiar la felicidad en su rostro. ¿Es por ventura una víctima destinada al sacrificio la que va a presentarse a sus ojos? ¿Puede la novia mostrarse a su prometido con ese rostro pálido y fatigado por el dolor?

Sara apenas oía lo que Martín Paz estaba diciéndole.

El joven indio prosiguió:

—Puesto que la joven llora, mire más allá de la casa de su padre, más allá de la ciudad donde padece.

Sara levantó la cabeza, y Martín Paz, adoptando una actitud altiva, con el brazo extendido hacia las cordilleras, le mostraba el camino de la libertad.

Sara se sintió arrastrada por un poder irresistible; las voces de algunas personas que se acercaban a su habitación llegaron hasta ella; su padre iba a entrar sin duda, y tal vez su novio lo acompañaba. Martín Paz apagó de repente la lámpara suspendida sobre su cabeza, y se oyó un silbido, semejante al que se había oído ya en la Plaza Mayor.

De pronto, se abrió la puerta de la estancia y entraron en ésta

Samuel y Andrés Certa. La oscuridad era profunda; acudieron algunos servidores con luces y encontraron el aposento vacío.

—¡Maldición! —exclamó el mestizo.

—¿Dónde está? —preguntó Samuel.

—Usted me responde de ella —dijo brutalmente Andrés Certa.

Al oír esto, el judío se sintió inundado de un sudor frío que le penetraba hasta los huesos.

—¡Venga conmigo! —gritó.

Y seguido por sus criados se lanzó corriendo fuera de la casa.

Mientras tanto, Martín Paz huía por las calles de la ciudad con cuanta rapidez era posible. A doscientos pasos de la casa del judío encontró a varios indios, a quienes el silbido lanzado por él había reunido allí.

—¡A nuestras montañas! —exclamó.

—¡A casa del marqués de Vegal! —dijo una voz detrás de él.

Se volvió Martín Paz, al oír esto, y vio al español detrás de él.

—¿No quieres confiarme esa joven? —preguntó el marqués.

El indio inclinó la cabeza y dijo sorprendido:

—¡A casa del marqués de Vegal!

Martín Paz, cediendo al ascendiente del marqués, le había confiado la joven, seguro de que en casa del español no corría el menor riesgo; pero, comprendiendo lo que el honor exigía, no quiso pernoctar bajo el techo del marqués.

Salió, pues, presa de violenta excitación, que le hacía hervir la sangre en las venas.

Pero no había andado aún cien pasos, cuando cinco o seis hombres se arrojaron sobre él y, a pesar de su tenaz resistencia, lograron atarlo. Martín Paz lanzó un rugido de desesperación; creía haber caído en poder de sus enemigos.

Pocos instantes después, le quitaron la venda con que le habían cubierto los ojos, y se encontró en la sala baja de la taberna en que sus hermanos habían organizado la rebelión.

El Zambo, que había presenciado el rapto de la joven, se encontraba allí, rodeado por Manangani y los demás indios sediciosos. Los ojos de Martín Paz despidieron relámpagos de cólera.

—Mi hijo no se apiada de mis lágrimas —dijo el Zambo—, puesto que durante tanto tiempo me deja en la incertidumbre de si está vivo o muerto.

—¿Es acaso la víspera de una insurrección cuando Martín Paz, nuestro jefe, debe encontrarse en el campo de nuestros enemigos? —preguntó Manangani.

Martín Paz no respondió a su padre ni al indio.

—Es decir, ¿qué nuestros más graves intereses han sido sacrificados en holocausto de una mujer?

Y, mientras decía esto, Manangani se acercó a Martín Paz con el puñal en la mano; pero Martín Paz no lo miró siquiera.

—Hablemos primero —dijo el Zambo—; después de las palabras vendrán los hechos. Si mi hijo ha faltado a sus hermanos, sabré castigar su traición; pero que tenga cuidado, porque la hija del judío Samuel no está tan oculta que se nos pueda escapar. Mi hijo reflexionará: está condenado a muerte, y no hay en la ciudad una piedra donde pueda reclinar su cabeza. Si, por lo contrario, liberta a su país, para él serán el honor y la libertad.

Martín Paz guardó silencio, pero en su corazón se libraba un terrible combate, porque el Zambo había hecho vibrar las cuerdas de su altiva naturaleza.

Los insurgentes tenían necesidad de Martín Paz para llevar a la práctica sus proyectos de rebelión, porque él ejercía la autoridad suprema entre los indios de la ciudad, los manejaba a su capricho, y una sola señal suya podía llevarlos a la muerte.

Se le quitaron las ligaduras por orden del Zambo y Martín Paz se levantó.

—Hijo mío —le dijo el indio, que lo observaba con atención—, mañana, durante la fiesta de los Amancaes, nuestros hermanos caerán como una tromba sobre los limeños desarmados. Éste es el camino de las cordilleras, y este otro el de la ciudad; eres libre, y puedes ir adonde te plazca.

—¡A las montañas...! —exclamó Martín Paz—. ¡A las montañas, y ay de nuestros enemigos!

Y cuando, aquel amanecer, apareció el sol por el Oriente, iluminó con sus primeros rayos el conciliábulo que los jefes indios celebraban en el seno de la cordillera.

Capítulo IX

El combate

Y como todo llega al fin en la vida cuando debe llegar, también llegó el 24 de junio, día de la gran fiesta de los Amancaes, en el que todos los habitantes de Lima, a pie, a caballo o en carruaje, se dirigieron a la célebre meseta, situada a media legua de distancia de la ciudad. Mestizos e indios se mezclaban en la fiesta común y marchaban alegremente por grupos de parientes o de amigos. Cada uno de estos grupos llevaba sus provisiones e iba precedido por un tocador de guitarra que cantaba los aires más populares.

Avanzaban a través de los campos de maíz, cruzando los bosques de bananeros o por entre las calles de sauces en busca de los bosques de limoneros y naranjos, cuyos perfumes se confundían con los aromas suaves de la montaña. A lo largo del camino, había puestos

ambulantes que ofrecían a los paseantes aguardiente y cerveza, siendo tan numerosas las libaciones de estos líquidos, que indios y mestizos reían a carcajadas, medio ebrios. Los que iban a caballo hacían caracolear sus monturas en medio de la multitud, compitiendo unos con otros en celeridad, habilidad y destreza.

Reinaban en la fiesta, que toma el nombre de las florecillas de la montaña, un ardor y una libertad inconcebibles, a pesar de lo cual jamás se promovía una disputa que turbara la alegría pública. Algunos lanceros a caballo, con corazas resplandecientes, mantenían el orden.

Cuando la multitud llegó a la meseta de los Amancaes, se oyó un inmenso clamor de admiración, que fue repetido por los ecos de la montaña.

A los pies de los espectadores se extendía la antigua Ciudad de los Reyes, cuyas torres y campanarios llenos de sonoras campanas, se elevaban osadamente hacia el cielo. San Pedro, San Agustín y la catedral atraían las miradas hacia sus torres, que brillaban heridas por los rayos del sol. Santo Domingo, la rica iglesia cuya Virgen no lleva jamás dos días seguidos el mismo manto, levantaba más que sus vecinas la flecha elegante de su campanario.

A la derecha, el océano Pacífico hacía ondular sus extensas llanuras azules al soplo de la brisa, y la vista, volviendo del Callao a Lima, se deleitaba en la contemplación de todos aquellos monumentos funerarios que contenían los restos de la gran dinastía de los Incas. En la lejanía, el cabo Morro-Solar encerraba como en un cuadro los esplendores de aquel espectáculo.

Pero mientras los limeños contemplaban admirados tan espléndidos panoramas, se preparaba un drama sangriento en las heladas cumbres de la cordillera.

Efectivamente, al paso que los habitantes de la ciudad la iban abandonando, penetraban gran número de indios, que vagaban por sus calles. Los hombres, que, por lo general, tomaban parte activa en la fiesta de los Amancaes, se paseaban entonces silenciosamente y con aire singularmente pensativo. De vez en cuando, algún jefe les daba apresuradamente una orden secreta y reanudaban su marcha; pero todos se iban reuniendo poco a poco en los barrios más ricos de la ciudad.

Cuando el sol comenzó a desaparecer en el horizonte, la aristocracia limeña emprendió el camino de los Amancaes, luciendo sus trajes más costosos y sus más valiosas alhajas. Una interminable fila de coches desfiló entre los árboles, confundida con las gentes que marchaban a caballo o a pie.

En el reloj de la catedral dieron las cinco.

Un griterío inmenso resonó en la ciudad. De todas las plazas, de todas las calles, de todas las casas, salieron indios con las armas en la

mano. Los barrios más hermosos fueron inundados de insurrectos, algunos de los cuales agitaban por encima de sus cabezas teas encendidas.

—¡Mueran los españoles! ¡Mueran nuestros opresores! —se oía gritar con voces estentóreas.

Casi al mismo tiempo, se cubrieron las cimas de los cerros también de indios, que se dispusieron a unirse a sus hermanos de la ciudad.

Lima ofrecía en aquel momento un aspecto extraño. Los insurrectos se habían esparcido por todos los barrios y a la cabeza de una de sus columnas iba Martín Paz, agitando la bandera negra, en dirección a la Plaza Mayor, mientras los demás indios atacaban las casas previamente designadas para ser demolidas. Cerca de él, Manangani lanzaba feroces aullidos.

En la plaza, los soldados del Gobierno, prevenidos contra la rebelión, se habían formado en orden de batalla delante del palacio del presidente, y los insurgentes, al entrar en la plaza, fueron recibidos por una nutrida granizada de balas.

Sorprendidos al principio por aquella descarga, que estaban muy lejos de esperar, y que arrebató a muchos la vida, se lanzaron contra la tropa con ímpetu insuperable, produciéndose una horrible confusión en que los contendientes llegaron a pelear cuerpo a cuerpo. Martín Paz y Manangani hicieron prodigios de valor; pero sólo por milagro se libraron de la muerte.

Necesitaban tomar el palacio y fortificarse en él a todo trance.

—¡Adelante! —gritó Martín Paz.

Y a su voz se precipitaron los indios al asalto.

Aunque de todas partes eran rechazados, lograron los indios a su vez hacer retroceder a la tropa que rodeaba el palacio, y ya Manangani se lanzaba a los primeros escalones del pórtico, cuando se detuvo repentinamente.

Las filas de los soldados se habían abierto y por el espacio que habían dejado libre asomaban sus bocas dos piezas de artillería, colocadas allí para ametrallar a los sitiadores.

No había tiempo que perder. Era absolutamente preciso saltar sobre la batería y apoderarse de ella, antes que disparase.

—¡Vamos los dos! —exclamó Manangani, dirigiéndose a Martín Paz.

Pero éste acababa de alejarse y no escuchaba ya nada, porque un negro le había dicho al oído estas palabras:

«Están saqueando la casa del marqués de Vegal, y quizás asesinándolo.

Al oír esto, Martín Paz retrocedió; y Manangani quiso arrastrarlo consigo hacia delante; pero, en aquel momento, los cañones

dispararon y la metralla diezmó las filas de los indios.

—¡Síganme! —gritó Martín Paz.

Varios compañeros, que le eran muy adictos, se unieron a él, y con la ayuda de éstos consiguió el indio abrirse paso entre los soldados.

Aquella fuga tuvo todas las apariencias y resultado de una traición, porque, creyéndose los indios abandonados por su jefe, fue imposible reunirlos de nuevo, a pesar de los esfuerzos que realizó Manangani para llevarlos al combate.

Envueltos en una nube espesa de tropas que los fusilaban sin piedad, se produjo una espantosa confusión y su derrota completa. Las llamas, que se elevaban al cielo en ciertos barrios, atrajeron a algunos fugitivos sedientos de pillaje; pero los soldados los persiguieron espada en mano, dando muerte a gran número de ellos.

Entretanto, Martín Paz llegó a casa del marqués, donde se sostenía una lucha encarnizada, dirigida por el mismo Zambo. El indio tenía sumo interés en entrar allí, porque, combatiendo al español, deseaba al mismo tiempo apoderarse de Sara, prenda de la fidelidad de su hijo.

Derribadas la puerta y las paredes del patio, se presentó el marqués con la espada en la mano, rodeado por sus servidores para rechazar a la turba que invadía su palacio. La altivez de aquel hombre y su valor tenían algo de sublimes. No sólo no trataba de evitar el peligro, sino que parecía buscarlo con tal de sembrar la muerte en su derredor.

Pero, ¿qué podía hacer contra aquella multitud de indios que, lejos de disminuir, aumentaba por momentos con la llegada de los vencidos de la Plaza Mayor?

Viendo el marqués disminuir sus fuerzas y sus defensores, estaba ya decidido a dejarse matar sin oponer resistencia, en vista de la inutilidad de sus esfuerzos, cuando Martín Paz, con la rapidez del rayo, acometió a los agresores, obligándolos a volverse contra él y, consiguiendo llegar hasta el marqués, en medio de las balas, para servirle de escudo con su cuerpo.

—¡Bien, hijo mío, bien! —dijo el marqués a Martín Paz, estrechándole la mano.

Pero el joven indio estaba triste y no desarrugaba el ceño.

—¡Bien, Martín Paz! —repitió otra voz que le llegó al alma.

Conoció a Sara, y su brazo trazó un ancho círculo de sangre en torno suyo. La tropa del Zambo empezaba a ceder. Aquel nuevo Bruto había dirigido por segunda vez los golpes contra su hijo sin poder alcanzarlo, en tanto que Martín Paz, cuando en el ardor de la lucha veía que el enemigo sobre quien iba a descargar el hacha era su padre, desviaba el arma para no herirlo.

De repente, Manangani, cubierto de sangre, se puso al lado del Zambo, diciéndole:

—Has jurado vengar la traición de un infame en sus parientes, en sus amigos y en él mismo, y ha llegado el momento de que cumplas tu palabra, porque los soldados se acercan y el mestizo Andrés Certa viene con ellos.

—Ven, pues, Manangani —dijo el Zambo, riéndose ferozmente—; ven.

Y saliendo ambos de la casa del marqués, corrieron hacia la tropa que llegaba al paso de carga. Las tropas les apuntaron; pero el Zambo, sin intimidarse, se fue derecho al mestizo.

—Si es usted Andrés Certa —le dijo—, sepa que su novia se encuentra en casa del marqués, y Martín Paz va a llevársela a las montañas.

Y, dicho esto, los indios desaparecieron.

El Zambo había puesto frente a frente a los dos enemigos mortales, y los soldados, engañados por la presencia de Martín Paz, se precipitaron contra la casa del marqués.

Andrés Certa, loco de furor y de celos, se arrojó contra Martín Paz, tan pronto como lo vio.

—Ahora nos las entenderemos nosotros dos —gritó el joven indio, y abandonando la escalera de piedra, que tan valientemente había defendido, corrió hacia donde se encontraba el mestizo.

Allí se encontraron pecho contra pecho, tocándose las caras y confundiéndose las miradas en un relámpago de odio. Ni amigos ni enemigos podían acercarse a ellos, que, estrechamente abrazados, ni respiraban siquiera.

Andrés Certa se irguió contra Martín Paz, a quien se le había caído el puñal; pero, al levantar el brazo el mestizo, logró el indio asirlo antes de que le hiriese. Andrés Certa intentó inútilmente desprenderse de su enemigo, quien, volviendo su puñal contra aquél, se lo clavó hasta el puño en el corazón.

Después, se arrojó en brazos del marqués de Vegal.

—¡A las montañas, hijo mío! —exclamó el marqués—. Huye a las montañas, te lo ordeno.

En aquel momento, se presentó el judío Samuel y se precipitó sobre el cadáver de Andrés Certa, arrancándole la cartera que llevaba en el bolsillo; pero Martín Paz, que lo había visto, se apresuró a apoderarse de ella, la abrió, la hojeó, exhaló un grito de alegría y, avanzando hacia el marqués, le puso en la mano un papel que decía lo siguiente:

«He recibido del señor Andrés Certa cien mil duros, cantidad que me comprometo a devolverle si Sara, a quien salvé del naufragio del San José, no es hija y única heredera del marqués de Vegal

«Samuel».

—¡Mi hija! —exclamó el español, y se precipitó en el aposento de Sara; pero ésta no estaba allí. El padre Joaquín, que, bañado en su propia sangre, se encontraba en aquella estancia, no pudo articular más que estas palabras:

—El Zambo..., robada..., río de Madera.

Capítulo X

El rapto y sus consecuencias

—¡En marcha! —dijo Martín Paz

Y el marqués siguió en silencio al indio. Le habían robado a su hija y necesitaba encontrarla.

Se pusieron ambos calzones con correas en las rodillas, se cubrieron con grandes sombreros de paja, montó cada uno en una mula, después de haber puesto en las pistoleras buenas pistolas, y emprendieron la marcha, llevando, además, al costado una carabina. Martín Paz llevaba también un lazo, cuyo extremo iba sujeto al arzón de la silla.

Martín Paz conocía las llanuras y las montañas que iban a atravesar y sabía a qué país perdido llevaba el Zambo a su novia. ¡Su novia...! ¿Se atrevería a dar este nombre a la hija del marqués?

El español y el indio, sin más que una sola idea y con un solo propósito, penetraron en las gargantas de la cordillera, donde crecían los cocoteros y los pinos. Los cedros, los algodonereros, los álces quedaban tras ellos en las llanuras cubiertas de maíz. Algunos cactus espinosos picaban a veces a sus cabalgaduras, haciéndolas vacilar sobre la pendiente de los precipicios.

A la sazón era empresa difícilísima atravesar las montañas, porque las nieves se derretían a los rayos del sol de junio. El agua formaba cataratas espumeantes y estruendosas que se desprendían de las cumbres de los montes y rodaban hasta insondables abismos.

Esto no obstante, el marqués y Martín Paz corrían día y noche sin descanso un solo instante, hasta que llegaron a la cumbre de los Andes, a catorce mil pies sobre el nivel del mar. Allí no había ya árboles ni vegetación, y con frecuencia se veían envueltos en las terribles tempestades de la cordillera que levantaban torbellinos de nieve sobre los picos más elevados. El marqués se detenía a veces a su pesar, pero Martín Paz lo sostenía y lo abrigaba contra las inmensas ventiscas de nieve.

En aquel punto, el más elevado de los Andes, sometidos a un estado enfermizo, que hace temblar al hombre más intrépido, necesitaron hacer grandísimos esfuerzos de voluntad para resistir a la fatiga.

En la vertiente oriental de la cordillera encontraron, al fin, las huellas de los indios, y bajaron de las montañas.

Al llegar a las inmensas selvas vírgenes que tanto abundan en las llanuras situadas entre el Perú y el Brasil, Martín Paz tuvo necesidad de hacer uso de su extraordinaria sagacidad india para caminar a través de aquellos bosques inextricables.

Un fuego medio apagado, señales de pasos, la rotura de algunas ramas, la naturaleza de los vestigios, todo era para él objeto de un detenido examen.

El marqués temía que a su desgraciada hija la hubieran obligado a caminar a pie por las piedras y las arenas; pero el indio le mostró algunos guijarros incrustados en tierra que revelaban la presión de la pata de un animal; por encima de sus cabezas vieron ramas que habían sido desviadas en la misma dirección, y que no podían ser alcanzadas sino por una persona a caballo. El marqués cobraba esperanzas, y Martín Paz iba tan confiado y era tan hábil, que no había para él ni obstáculos insuperables ni peligros invencibles.

Una noche, Martín Paz y el marqués se vieron obligados a detenerse a causa del cansancio.

Habían llegado a las orillas de un río: eran las primeras corrientes del Madera, que el indio reconoció al punto. Inmensos manglares se inclinaban por encima de las aguas, uniéndose a los árboles de la otra orilla por medio de bejucos entrelazados de modo caprichoso.

¿Habían subido los raptores por la orilla? ¿Habían bajado la corriente del río o la habían atravesado en línea recta? Éstas eran las preguntas que se hacía Martín Paz. Siguiendo con pena infinita algunas huellas que había encontrado, llegó, costearo la orilla, hasta una explanada, algo menos oscura que el resto del bosque, donde encontraron huellas que revelaban que una partida de hombres había atravesado el río en aquel paraje.

Cuando Martín Paz trataba de orientarse, vio que se movía detrás de un matorral una especie de masa negra; preparó su lazo y se dispuso al ataque; pero, adelantándose algunos pasos, encontró una mula tendida en tierra y presa de las convulsiones de la agonía. El pobre animal, expirante, debía haber sido herido lejos del sitio adonde había llegado, como lo revelaba el largo rastro de sangre que encontró Martín Paz. Este hallazgo le hizo suponer que los indios, no pudiendo obligarla a atravesar el río, habían tratado de matarla a puñaladas. Desde aquel momento, ya no vaciló acerca de la dirección de sus enemigos y volvió al lado del marqués, a quien dijo:

—Mañana llegaremos.

—Marchemos enseguida —respondió el español.

—Pero tenemos que atravesar ese río.

—Lo atravesaremos a nado.

Ambos se desnudaron; Martín Paz reunió en un lío los vestidos, se puso éste sobre su cabeza, y los dos entraron silenciosamente en el agua para no despertar la atención de los peligrosos caimanes, que en gran número frecuentan los ríos del Brasil y del Perú.

Al llegar a la otra orilla, se apresuró Martín Paz a buscar las huellas de los indios; pero, por más que examinó las hojas y las piedras, no descubrió nada. Como la rapidísima corriente del río los había llevado bastante abajo, subieron por la orilla, donde encontraron señales evidentes del paso de los indios.

El Zambo había atravesado por allí el Madera con su tropa, que se había acrecentado al paso. Efectivamente, los indios de las llanuras y de las montañas, que esperaban impacientemente el triunfo de la rebelión, al conocer la traición de que habían sido objeto, lanzaron rugidos de cólera y siguieron a la tropa del viejo indio para sacrificar la víctima de que se habían apoderado.

La joven, casi sin conciencia de lo que pasaba en torno suyo, andaba porque las manos de los indios la empujaban hacia delante; pero, si la hubieran abandonado en aquellas soledades, no habría avanzado un paso para librarse de la muerte. A veces recordaba al joven indio, y entonces caía como una masa inerte sobre el cuello de su mula. Cuando al otro lado del río se vio precisada a seguir a pie a sus raptores, dos indios la obligaron a andar rápidamente dejando tras de sí una huella de sangre.

Al Zambo le importaba poco que aquella sangre revelase la dirección que había tomado, porque estaba ya cerca del objeto de su excursión y pronto las cataratas del río resonaron con fuerza cerca de ellos.

Los indios llegaron a una especie de pueblecillo, compuesto de un centenar de cabañas de pinos entrelazados y de tierra.

Al verlos acercarse, salió del pueblo una multitud de mujeres y de niños, dando grandes gritos de alegría; pero la alegría se trocó en cólera cuando se enteraron de la defección de Martín Paz.

Sara, inmóvil ante sus enemigos, miraba, casi sin verlos, todos aquellos rostros horribles que gesticulaban en torno suyo, profiriendo en sus oídos las más terribles amenazas.

—¿Dónde está mi esposo? —Decía una—. Tú eres quien lo ha matado.

—¿Qué has hecho de mi hermano, que no volverá ya a su cabaña?

—¡Qué muera! ¡Cada uno de nosotros debe tener un pedazo de su carne! ¡Que muera!

Y aquellas mujeres, blandiendo puñales, agitando teas encendidas y levantando piedras enormes, acercábanse terriblemente amenazadoras a la joven.

—¡Atrás! —gritó el Zambo—. Que esperen toda la decisión de los jefes.

Las mujeres retrocedieron al oír las palabras del viejo indio, lanzando terribles miradas a la joven.

Sara, cubierta de sangre, se encontraba tendida sobre los guijarros de la orilla.

Más abajo de la aldea, se estrechaba el Madera, en un lecho profundo, precipitando sus masas de agua con rapidez fulminante desde una altura de más de cien pies. Los jefes condenaron a Sara a ser arrojada a aquellas cataratas, sentencia que debía ejecutarse al salir el sol, a cuya hora la víctima sería atada a una canoa de corteza y abandonada a la corriente del Madera.

Así lo decidió el consejo, y si retardó hasta la mañana siguiente el suplicio de la víctima, fue con el propósito de ocasionarle mayor sufrimiento, haciéndole pasar una noche de angustias y terrores.

Cuando se conoció la sentencia, fue acogida con aullidos de júbilo por todos los indios, de quienes se apoderó un delirante regocijo.

Fue una noche de orgía. El aguardiente fermentó en aquellas cabezas exaltadas, y una multitud de indios danzando y gritando rodearon a la joven, mientras otros corrían al través de los campos incultos, blandiendo teas de pino inflamadas.

Cuando el sol, disipando las sombras de la noche, mostró su disco de oro por Oriente, la mayoría de los indios se encontraban completamente borrachos.

La joven fue desatada del poste en que había pasado la noche y cien brazos quisieron a la vez arrastrarla al suplicio.

Cuando el nombre de Martín Paz se escapaba de sus labios, le respondían inmediatamente gritos de odio y de venganza. Fue preciso subir por entre una inmensa aglomeración de rocas, los senderos abruptos que conducían al nivel superior del río, adonde llegó la víctima toda ensangrentada. Una canoa de corteza de árbol la esperaba a cien pasos de la catarata, y en ella fue puesta y atada con ligaduras que le penetraban en las carnes.

—¡Venganza! —exclamó la tribu entera a una voz.

La canoa fue arrojada a las aguas, y arrastrada rápidamente por la corriente, giró sobre sí misma...

Dos hombres aparecieron en aquel momento en la orilla opuesta. Eran Martín Paz y el marqués.

—¡Mi hija, mi hija! —exclamó el marqués, cayendo de rodillas sobre la playa.

La canoa estaba ya a punto de precipitarse en la catarata, hacia donde corría con extraordinaria rapidez.

Martín Paz, de pie sobre una roca, lanzó su lazo, que giró en torno de su cabeza en el instante preciso en que la embarcación iba a

ser precipitada; se desenrolló la larga correa de cuero y su nudo corredizo apresó la canoa.

—¡Muera! —rugió la horda salvaje de los indios.

Martín Paz se levantó, y la canoa, suspendida sobre el abismo, no tardó en llegar hasta él.

Silbó una flecha en los aires y Martín Paz cayó sobre la barca de la víctima, yendo a sumergirse con Sara en el torbellino de la catarata.

Casi en el mismo instante cayó el marqués con el corazón atravesado por otra flecha.

El indio Martín Paz, y Sara, hija del marqués de Vegal, se habían desposado en el seno de las espumosas aguas de la catarata, para entrar en la vida eterna.

En su suprema reunión, la joven cristiana había impreso, con un ademán, en la frente del indio regenerado, el sello del bautismo, y ambos debieron hallar gracia ante el Altísimo, a cuya infinita misericordia confiaron sus almas momentos antes de abandonar la vida.

FIN

Un drama en los aires

Un viaje en globo
Editado por Ariel Pérez

Género: Cuento

Año de publicación: 1851

Sinopsis:

En Alemania, un hombre planea llevar junto con él, a algunas personas a pasear en su globo. Los invitados no llegan a tiempo para el viaje. El globo comienza el ascenso, y es entonces cuando otro hombre aparece rápidamente y salta hasta caer dentro de la barquilla. El único propósito del inesperado pasajero es viajar en el aerostato, hasta que éste se eleve a su altura máxima. Este es uno de los primeros relatos escritos por Julio Verne, titulándose originalmente «Un viaje en globo».

En el mes de septiembre de 185., llegué a Francfort. Mi paso por las principales ciudades de Alemania se había distinguido esplendorosamente por varias ascensiones aerostáticas; pero hasta aquel día, ningún habitante de la confederación me había acompañado en mi barquilla, y las hermosas experiencias hechas en París por los señores Green, Eugene Godard y Poitevin no habían logrado decidir todavía a los serios alemanes a ensayar las rutas aéreas.

Sin embargo, apenas se hubo difundido en Francfort la noticia de mi próxima ascensión, tres notables solicitaron el favor de partir conmigo. Dos días después debíamos elevarnos desde la plaza de la Comedia. Me ocupé, por tanto, de preparar inmediatamente mi globo. Era de seda preparada con gutapercha, sustancia inatacable por los ácidos y por los gases, pues es de una impermeabilidad absoluta; su volumen —tres mil metros cúbicos —le permitía elevarse a las mayores alturas.

El día señalado para la ascensión era el de la gran feria de septiembre, que tanta gente lleva a Francfort. El gas de alumbrado, de calidad perfecta y de gran fuerza ascensional, me había sido proporcionado en condiciones excelentes, y hacia las once de la mañana el globo estaba lleno hasta sus tres cuartas partes. Esto era una precaución indispensable porque, a medida que uno se eleva, las

capas atmosféricas disminuyen de densidad, y el fluido, encerrado bajo las cintas del aerostato, al adquirir mayor elasticidad podría hacer estallar sus paredes. Mis cálculos me habían proporcionado exactamente la cantidad de gas necesario para cargar con mis compañeros y conmigo.

Debíamos partir a las doce. Constituía un paisaje magnífico el espectáculo de aquella multitud impaciente que se apiñaba alrededor del recinto reservado, inundaba la plaza entera, se desbordaba por las calles circundantes y tapizaba las casas de la plaza desde la primera planta hasta los aguilones de pizarra. Los fuertes vientos de los días pasados habían amainado. Ningún soplo animaba la atmósfera. Con un tiempo semejante se podía descender en el lugar mismo del que se había partido.

Llevaba trescientas libras de lastre, repartidas en sacos; la barquilla, completamente redonda, de cuatro pies de diámetro por tres de profundidad, estaba cómodamente instalada: la red de cáñamo que la sostenía se extendía de forma simétrica sobre el hemisferio superior del aerostato; la brújula se hallaba en su sitio, el barómetro colgaba en el círculo que reunía los cordajes de sostén y el ancla aparecía cuidadosamente engalanada. Podíamos partir.

Entre las personas que se apiñaban alrededor del recinto, observé a un joven de rostro pálido y rasgos agitados. Su vista me sorprendió. Era un espectador asiduo de mis ascensiones, al que ya había encontrado en varias ciudades de Alemania. Con aire inquieto, contemplaba ávidamente la curiosa máquina que permanecía inmóvil a varios pies del suelo, y estaba callado entre todos sus vecinos.

Sonaron las doce. Era el momento. Mis compañeros de viaje no aparecían.

Envié mensajeros al domicilio de cada uno de ellos, y supe que uno había partido hacia Hamburgo, el otro hacia Viena y el tercero para Londres. Les había faltado el ánimo en el momento de emprender una de esas excursiones que gracias a la habilidad de los aeronautas actuales están desprovistas de cualquier peligro. Como en cierto modo ellos formaban parte del programa de la fiesta, les había dominado el temor de que les obligasen a cumplirlo con exactitud y decidieron huir lejos del teatro en el instante en que el telón se levantaba. Su valor se encontraba evidentemente en razón inversa del cuadrado de su velocidad... para largarse.

Medio decepcionada, la multitud dio señales de muy mal humor. No vacilé en partir solo. A fin de restablecer el equilibrio entre la gravedad específica del globo y el peso que hubiera debido llevar, reemplacé a mis compañeros por nuevos sacos de arena y subí a la barquilla. Los doce hombres que retenían el aerostato por doce cuerdas fijadas al círculo ecuatorial las dejaron deslizarse un poco

entre sus dedos, y el globo se elevó varios pies más de tierra. No había ni un soplo de viento, y la atmósfera, de una pesadez de plomo, parecía infranqueable.

—¿Está todo preparado? —grité.

Los hombres se dispusieron. Una última ojeada me indicó que podía partir.

—¡Atención!

Entre la multitud se produjo cierto movimiento y me pareció que invadían el recinto reservado.

—¡Suelten todo!

El globo se elevó lentamente, pero sentí una conmoción que me derribó en el fondo de la barquilla. Cuando me levanté, me encontré cara a cara con un viajero imprevisto: el joven pálido.

—Caballero, le saludo —me dijo con la mayor flemma.

—¿Con qué derecho?...

—¿Estoy aquí?... Con el derecho que me da la imposibilidad en que está para despedirme.

Yo permanecía estupefacto. Aquel aplomo me desarmaba, y no tenía nada que responder.

—¿Mi peso perjudica su equilibrio, señor? —preguntó él—. ¿Me permite usted?...

Y sin aguardar mi consentimiento, deslastró el globo de dos sacos que arrojó al espacio.

—Señor —dije yo entonces tomando el único partido posible—, ya que ha venido..., puede quedarse... de acuerdo, pero sólo a mí me corresponde la dirección del aerostato...

—Señor —respondió él—, su urbanidad es completamente francesa. ¡Pertenece usted al mismo país que yo! Le estrecho moralmente la mano que me niega. ¡Tome sus medidas y actúe como bien le parezca! Yo esperaré a que usted haya terminado...

—¿Para qué?

—Para hablar con usted.

El barómetro había bajado hasta veintiséis pulgadas. Estábamos a unos seiscientos metros de altura por encima de la ciudad; pero nada indicaba el desplazamiento horizontal del globo, porque es la masa de aire en la que está encerrado la que camina con él. Una especie de calor turbio bañaba los objetos que se veían a nuestros pies y prestaba a sus contornos una indefinición lamentable.

Examiné de nuevo a mi compañero.

Era un hombre de una treintena de años, vestido con sencillez. La ruda arista de sus rasgos dejaba al descubierto una energía indomable, y parecía musculoso. Completamente entregado al asombro que le procuraba aquella ascensión silenciosa, permanecía inmóvil, tratando de distinguir objetos que se confundían en un vago conjunto.

—¡Maldita bruma! —exclamó al cabo de unos instantes.

Yo no respondí.

—Me guarda rencor, ¿verdad? —prosiguió—. ¡Bah! No podía pagarme el viaje, tenía que subir por sorpresa.

—¡Nadie le pide que se baje, señor!

—¿No sabes acaso que algo parecido les ocurrió a los condes de Laurencin y de Dampierre cuando se elevaron en Lyon el 15 de enero de 1784? ¡Un joven comerciante, llamado Fonatine, escaló la barquilla con riesgo de hacer zozobrar la máquina!... ¡Realizó el viaje y no murió nadie!

—Una vez en tierra ya tendremos una explicación —respondí yo picado por el tono ligero con que me hablaba.

—¡Bah! No pensemos en la vuelta.

—¿Cree, pues, que tardaré en descender?

—¡Descender! —dijo sorprendido—. ¡Descender! Empecemos primero por subir.

Y antes de que yo pudiese impedirlo, dos sacos de arena habían sido arrojados por la borda de la barquilla, sin ser vaciados siquiera.

—¡Señor! —exclamé yo encolerizado.

—Conozco su habilidad —respondió tranquilamente el desconocido —y sus hermosas ascensiones han sido sonadas. Pero si la experiencia es hermana de la práctica, también es algo prima de la teoría, y yo he hecho largos estudios sobre el arte aerostático. ¡Y se me han subido a la cabeza!—añadió él tristemente cayendo en muda contemplación.

Tras haberse elevado de nuevo, el globo permanecía en situación estacionaria.

El desconocido consultó el barómetro y dijo:

—¡Ya hemos llegado a los ochocientos metros! Los hombres parecen insectos. ¡Mire! Creo que desde esta altura es de donde hay que considerarlos siempre para juzgar correctamente sus proporciones. La plaza de la Comedia se ha transformado en un inmenso hormiguero. Mire la multitud que se amontona en los muelles y el Zeil que disminuye. Ya estamos encima de la iglesia del Dom. El Maine no es ya más que una línea blancuzca que corta la ciudad, y ese puente, el Maine Brucke, parece un hilo puesto entre las dos orillas del río.

La atmósfera había refrescado algo.

—No hay nada que yo no haga por usted, huésped mío —me dijo mi compañero—. Si tiene frío, me quitaré mis ropas y se las prestaré.

—Gracias —respondí yo con sequedad.

—¡Bah! La necesidad hace ley. Déme la mano, soy su compatriota, lo instruiré en mi compañía, y mi conversación le compensará del perjuicio que le he causado.

Sin responder me senté en el extremo opuesto de la barquilla. El

joven había sacado de su hopalanda un voluminoso cuaderno. Era un trabajo sobre la aerostación.

—Poseo —me dijo —la colección más curiosa de grabados y caricaturas que se han hecho a propósito de nuestras manías aéreas. ¡Han admirado y ultrajado a la vez este precioso descubrimiento! Por suerte ya no estamos en la época en que los Montgolfier trataban de hacer nubes falsas con vapor de agua, y fabricar un gas que tuviera propiedades eléctricas que producían mediante la combustión de paja mojada y de lana picada.

—¿Quiere disminuir el mérito de los inventores acaso? —respondí yo, porque había tomado una decisión sobre aquella aventura—. ¿No ha sido hermoso haber demostrado con experiencias la posibilidad de elevarse en el aire?

—¡Eh!, señor, ¿quién niega la gloria de los primeros navegantes aéreos? ¡Se necesitaba un valor inmenso para elevarse con estas envolturas tan frágiles, que sólo contenían aire caliente! Pero quiero hacerle la siguiente pregunta: ¿la ciencia aerostática ha dado algún gran paso desde las ascensiones de Blanchard, es decir, desde hace casi un siglo? Mire señor.

El desconocido sacó un grabado de su cuaderno.

—Aquí tiene —me dijo —el primer viaje aéreo emprendido por Pilatre de Rozier y el marqués de Arlandes, cuatro meses después del descubrimiento de los globos. Luis XVI negaba su consentimiento a este viaje y dos condenados a muerte debían intentar, los primeros, las rutas aéreas. Pilatre de Rozier se indigna ante esta injusticia, y a fuerza de intrigas, obtiene el permiso. Aún no se había inventado esta barquilla que hace fáciles las maniobras, y una galería circular ocupaba la parte inferior y estrechada de la montgolfiera. Los dos aeronautas tuvieron pues que permanecer sin moverse en cada extremo de aquella galería, porque la paja mojada que la llenaba les impedía todo movimiento. Un hornillo con fuego colgaba debajo del orificio del globo; cuando los viajeros querían elevarse, arrojaban paja sobre aquel brasero, con riesgo de incendiar la máquina, y el aire más caliente daba al globo nueva fuerza ascensional. Los dos audaces navegantes partieron, el 21 de noviembre de 1783, de los jardines de la Muette, que el delfín había puesto a su disposición. El aerostato se elevó majestuosamente, bordeó la isla de los Cisnes, pasó el Sena por la barrera de la Conférence y, dirigiéndose entre el domo de los Inválidos y la Escuela Militar, se acercó a San Sulpicio. Entonces los aeronautas forzaron el fuego, franquearon el bulevar y descendieron al otro lado de la barrera de Enfer. Al tocar el suelo, el globo se desinfló y sepultó algunos instantes bajo sus pliegues a Pilatre de Rozier.

—¡Molesto presagio! —dije yo interesado por estos detalles que me tocaban muy de cerca.

—Presagio de la catástrofe que más tarde debía costar la vida al infortunado —respondió el desconocido con tristeza—. ¿No ha sufrido usted nada semejante?

—Nunca.

—Bah, las desgracias ocurren a veces sin presagios —añadió mi compañero.

Y se quedó en silencio.

Mientras tanto avanzábamos hacia el sur, y Francfort ya había huido bajo nuestros pies.

—Tal vez tengamos tormenta —dijo el joven.

—Antes descenderemos —respondí.

—¡Eso sí que no! Es mejor subir. Escaparemos de ella con mayor seguridad.

Y dos nuevos sacos de arena fueron al espacio.

El globo se elevó con rapidez y se detuvo a mil doscientos metros. Se dejó sentir un frío bastante vivo, y sin embargo los rayos de sol que caían sobre la envoltura dilataban el gas interior y le daban mayor fuerza ascensional.

—No tema nada —me dijo el desconocido—. Tenemos tres mil quinientas toesas de aire respirable. Además, no se preocupe de lo que yo haga.

Quise levantarme, pero una mano vigorosa me clavó en mi banqueta.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—¿Cómo me llamo? ¿Qué le importa?

—Le exijo su nombre.

—Me llamo Eróstrato o Empédocles, como más le guste.

Esta respuesta no era nada tranquilizadora.

Por otra parte, el desconocido hablaba con una sangre fría tan singular que no sin inquietud me pregunté con quién tenía que habérmelas.

—Señor —continuó él—, desde el físico Charles no se ha imaginado nada nuevo. Cuatro meses después del descubrimiento de los aeróstatos, ese hábil hombre había inventado la válvula, que deja escapar el gas cuando el globo está demasiado lleno, o cuando se quiere descender; la barquilla, que facilita las maniobras de la máquina; la red, que contiene la envoltura del globo y reparte la carga sobre toda su superficie; el lastre, que permite subir y escoger el lugar de aterrizaje; el revestimiento de caucho, que vuelve impermeable el tejido; el barómetro, que indica la altura alcanzada. Por último, Charles empleaba el hidrógeno que, catorce veces menos pesado que el aire, permite alcanzar las capas atmosféricas más altas y no expone a los peligros de una combustión aérea. El primero de diciembre de 1783, trescientos mil espectadores se apiñaban alrededor de las

Tullerías. Charles se elevó, y los soldados le presentaron armas. Hizo nueve leguas en el aire, guiando su globo con una habilidad que no han superado los aeronautas actuales. El rey le otorgó una pensión de dos mil libras, porque entonces se alentaban las nuevas invenciones.

En ese momento el desconocido me pareció presa de cierta agitación.

—Yo, señor —continuó—, he estudiado y me he convencido de que los primeros aeronautas dirigían sus globos. Para no hablar de Blanchard, cuyas afirmaciones pueden ser dudosas, Guyton de Morveau, con la ayuda de remos y de gobernalle, imprimió a su máquina movimientos sensibles y de una dirección que podía notarse. Recientemente en París, un relojero, el señor Julien, hizo en el Hipódromo experiencias convincentes, porque, gracias a un mecanismo particular, su aparato aéreo, de forma oblonga, se dirigió de forma clara contra el viento. El señor Petin ha ideado unir cuatro globos de hidrógeno, y por medio de velas dispuestas horizontalmente y replegadas en parte espera obtener una ruptura de equilibrio que, inclinando el aparato, ha de imprimirle una dirección oblicua. Se habla también de motores destinados a superar la resistencia de las corrientes, por ejemplo, la hélice; pero la hélice, moviéndose en un medio móvil, no dará ningún resultado. ¡Yo, señor, he descubierto el único medio de dirigir los globos, y ninguna academia ha venido en mi ayuda, ninguna ciudad ha cubierto mis listas de suscripción, ningún gobierno ha querido escucharme! ¡Es infame! El desconocido se debatía gesticulando, y la barquilla experimentaba violentas oscilaciones. Me costó mucho contenerle.

Mientras tanto, el globo había encontrado una corriente más rápida, y avanzábamos hacia el sur, a mil quinientos metros de altura.

—Ahí está Darmstadt —dijo mi compañero, asomándose por fuera de la barquilla—. ¿Divisa usted su castillo? Con poca nitidez, ¿no es cierto? ¿Qué quiere? Este calor de tormenta hace oscilar la forma de los objetos y se necesita una vista experta para reconocer las localidades.

—¿Está seguro de que es Darmstadt? —pregunté yo.

—Sin duda, y estamos a seis leguas de Francfort.

—¡Entonces hay que bajar!

—¡Descender! No pretenderá descender sobre los campanarios —dijo el desconocido burlándose.

—No, sino en los alrededores de la ciudad.

—Bueno, evitemos los campanarios.

Al hablar de este modo, mi compañero se apoderó de unos sacos de lastre. Me precipité sobre él; pero con una mano me derribó, y el globo deslastrado alcanzó los dos mil metros.

—Quédese tranquilo —dijo él —y no olvide que Brioschi, Biot,

Gay-Lussac, Bixio y Barral fueron a las mayores alturas para hacer sus experimentos científicos.

—Señor, hay que descender —continué yo tratando de dominarle mediante la dulzura—. La tormenta se está formando a nuestro alrededor. No sería prudente...

—¡Bah! ¡Subiremos encima de ella y ya no tendremos que temerla! —exclamó mi compañero—. ¿Qué hay más hermoso que dominar esas nubes que aplastan la tierra? ¿No es un reto navegar de esta forma sobre las olas aéreas? Los mayores personajes han viajado como nosotros. La marquesa y la condesa de Montalembert, la condesa de Podenas, la señorita de La Garde, el marqués de Montalambert, partieron del barrio de Saint-Antoine hacia esas orillas desconocidas, y el duque de Chartres desplegó mucha habilidad y presencia de ánimo en su ascensión del 15 de julio de 1784. En Lyón, los condes de Laurencin y de Dampierre; en Nantes, el señor de Luynes; en Burdeos, d'Arbelet des Granges; en Italia, el caballero Andreani y en nuestros días el duque de Bunswick, han dejado en los aires los rastros de su gloria. Para igualar a esos grandes personajes hay que subir más alto que ellos en las profundidades celestes. ¡Acercarse al infinito es comprenderlo!

La rarefacción del aire dilataba considerablemente el hidrógeno del globo, y yo veía su parte inferior, dejada vacía a propósito, inflarse y hacer indispensable la apertura de la válvula; pero mi compañero no parecía decidido a dejarme maniobrar a mi gusto. Decidí, pues, tirar en secreto de la cuerda de la válvula mientras él hablaba animado, porque yo temía adivinar con quién tenía que habérmelas.

¡Hubiera sido demasiado horrible! Era aproximadamente la una menos cuarto. Habíamos dejado Francfort hacía cuarenta minutos y por el lado sur llegaban espesas nubes dispuestas a chocar contra nosotros.

—¿Ha perdido usted toda esperanza de ver coronadas por el éxito sus combinaciones? —pregunté yo con un interés... muy interesado.

—¡Toda esperanza! —respondió sordamente el desconocido—. ¡Herido por las negativas y las caricaturas, las patadas en el trasero han acabado conmigo! ¡Es el eterno suplicio reservado a los innovadores! Vea estas caricaturas de todas las épocas que llenan mi carpeta. Mientras mi compañero hojeaba sus papeles, yo había agarrado la cuerda de la válvula sin que él se hubiera dado cuenta. Podía temer, sin embargo, que percibiera ese silbido semejante a una caída de agua que produce el gas al escaparse.

—¡Cuántas burlas contra el abate Miolan! —dijo—. Debía elevarse con Janninet y Bredin. Durante la operación, se declaró fuego en su montgolfiera, y un populacho ignorante la despedazó. Luego la caricatura de los animales curiosos los llamó Miaulant, Jean Miné y

Gredin.

Tiré de la cuerda de la válvula y el barómetro empezó a subir. ¡Justo a tiempo! Algunos truenos lejanos gruñían por el sur.

—Vea este otro grabado —continuó el desconocido sin sospechar mis maniobras—. Es un inmenso globo elevando un navío, fortalezas, casas, etc. Los caricaturistas no pensaban que un día sus estupideces se convertirían en verdades. Este gran navío está completo; a la izquierda su gobernalle, con el alojamiento para los pilotos; en la proa, casas de recreo, órgano gigantesco y cañón para llamar la atención de los habitantes de la tierra o de la luna; encima de la popa, el observatorio y el globo-chalupa; en el círculo ecuatorial, el alojamiento del ejército; a la izquierda, el fanal, luego las galerías superiores para los paseos, las velas, los alerones; debajo, los cafés y el almacén general de víveres. Admire este bello anuncio: *«Inventado para la felicidad del género humano, este globo partirá sin cesar a las Escalas del levante, y a su regreso anunciará sus viajes tanto a los dos polos como a los extremos de Occidente. No hay que preocuparse por nada, todo está previsto, todo irá bien. Habrá una tarifa exacta para cada lugar de paso, pero los precios serán los mismos para las comarcas más alejadas de nuestro hemisferio; a saber, mil luises para cualquiera de esos viajes. Y puede decirse que esta suma es muy módica si tenemos en cuenta la celeridad, la comodidad y los encantos que se gozarán en el citado aerostato, encantos que no se encuentran en este suelo, dado que en ese globo cada cual encontrará las cosas que imagine. Esto es tan cierto que, en el mismo lugar, unos estarán bailando, otros descansando; los unos se darán opíparas comidas, otros ayunarán; quien quiera hablar con personas de ingenio encontrará con quien charlar; quien sea bruto no dejará de encontrar otros iguales. ¡De este modo, el placer será el alma de la sociedad aérea!...»* «Todos estos inventos producen risa... Pero dentro de poco, si mis días no estuvieran contados, se vería que estos proyectos en el aire son realidades.

Estábamos descendiendo a ojos de vista. El seguía sin darse cuenta.

Vea también esta especie de juego de globos —continuó extendiendo ante mí algunos de aquellos grabados de los que tenía una importante colección—. Este juego contiene toda la historia del arte aerostático. Es para uso de espíritus elevados, y se juega con dados y fichas sobre cuyo valor se ponen previamente de acuerdo, y que se pagan o se reciben según la casilla a la que se llega.

—Pero parece haber estudiado en profundidad la ciencia de la aerostación —dije yo.

—Sí, señor, sí, desde Faetón, desde Ícaro, desde Arquitas, he investigado todo, he consultado todo, lo he aprendido todo. Gracias a mí el arte aerostático rendiría inmensos servicios al mundo si Dios me

diese vida. Pero no podrá ser.

—¿Por qué?

—Porque me llamo Empédocles o Eróstrato.

Mientras tanto, por fortuna, el globo se acercaba a tierra, pero cuando se cae, el peligro es tan grave a cien pies como a cinco mil.

—¿Se acuerda de la batalla de Fleurus? —continuó mi compañero, cuyo rostro se animaba cada vez más—. Fue en esa batalla donde Coutelle, por orden del gobernador, organizó una compañía de aerostatistas. En el sitio de Maubeuge, el general Jourdan sacó tales servicios de este nuevo modo de observación que dos veces al día, y con el general mismo, Coutelle se elevaba en el aire. La correspondencia entre el aeronauta y los aerostatistas que retenían el globo se realizaba por medio de pequeñas banderas blancas, rojas y amarillas. Con frecuencia se hicieron disparos de carabina y de cañón sobre el aparato en el instante en que se elevaba, pero sin resultado. Cuando Jourdan se preparó para invadir Charleroi, Coutelle se dirigió a las cercanías de esta última plaza, se elevó desde la llanura de Jumet, y permaneció siete u ocho horas en observación con el general Morlot, lo que contribuyó sin duda a darnos la victoria de Fleurus. Y en efecto, el general Jourdan proclamó en voz alta la ayuda que había sacado de las observaciones aeronáuticas. Pues bien, a pesar de los servicios rendidos en esa ocasión y durante la campaña de Bélgica, el año que había visto comenzar la carrera militar de los globos la vio terminar también. Y la escuela de Meudon, fundada por el gobierno, fue cerrada por Bonaparte a su regreso de Egipto. Y sin embargo, ¿qué esperar del niño que acaba de nacer?, había dicho Franklin. El niño había nacido viable, no había que ahogarlo.

El desconocido inclinó su frente sobre las manos, se puso a reflexionar unos instantes. Luego, sin levantar la cabeza me dijo:

—A pesar de mi prohibición, señor, ha abierto la válvula.

Yo solté la cuerda.

—Por suerte —continuó él—, todavía tenemos trescientas libras de lastre.

—¿Cuáles son sus proyectos? —pregunté yo entonces.

—¿No ha cruzado nunca los mares? —me preguntó a su vez.

Yo me sentí palidecer.

—Es desagradable —añadió— que nos veamos impulsados hacia el mar Adriático. No es más que un riachuelo. Pero más arriba quizá encontremos otras corrientes.

Y sin mirarme deslastró el globo de varios sacos de arena. Luego, con voz amenazadora, dijo:

—Le he permitido abrir la válvula porque la dilatación del gas amenazaba con hacer reventar el globo. Pero no se le ocurra volver a repetirlo.

Y continuó en estos términos:

—¿Conoce la travesía de Dover a Calais hecha por Blanchard y Jefferies? ¡Fue magnífica! El 7 de enero de 1785, con viento del noroeste, su globo fue hinchado con gas en la costa de Dover. Un error de equilibrio, apenas se hubieron elevado, les obligó a echar su lastre para no caer, y no conservaron más que treinta libras. Era demasiado poco porque el viento no refrescaba y avanzaban con mucha lentitud hacia las costas de Francia. Además, la permeabilidad del tejido hacía que el aerostato se fuera desinflando poco a poco, y al cabo de hora y media los viajeros se dieron cuenta de que descendían.

—¿Qué hacer? —preguntó Jefferies.

—Sólo hemos cubierto tres cuartas partes del camino —respondió Blanchard—, y estamos a poca altura. Subiendo quizá encontremos vientos más favorables.

—Tiremos el resto de la arena.

El globo recuperó alguna fuerza ascensional, pero no tardó en descender de nuevo. Hacia la mitad del viaje, los aeronautas se desembarazaban de libros y herramientas. Un cuarto de hora después, Blanchard le dijo a Jefferies:

—¿El barómetro?

—¡Está subiendo! ¡Estamos perdidos, y sin embargo ahí tiene usted las costas de Francia!

Se dejó oír un gran ruido.

—¿Se ha desgarrado el globo? —preguntó Jefferies.

—¡No! ¡La pérdida del gas ha desinflado la parte inferior del globo! ¡Pero seguimos descendiendo! ¡Estamos perdidos! Abajo con todas las cosas inútiles.

Las provisiones de boca, los remos y el gobernalle fueron arrojados al mar. Los aeronautas sólo se encontraban ya a cien metros de altura.

—Estamos subiendo —dijo el doctor.

—¡No, es el impulso causado por la disminución del peso! Y no hay ningún navío a la vista, ni una barca en el horizonte. ¡Arrojemos al mar nuestras ropas!

Los infortunados se despojaron de sus ropas, pero el globo seguía descendiendo.

—Blanchard —dijo Jefferies—, usted debía hacer solo este viaje; ha consentido en llevarme con usted; yo me sacrificaré. Voy a tirarme al agua y el globo ascenderá.

—¡No, no! ¡Es horrible!

El globo se desinflaba cada vez más, y su concavidad, haciendo de paracaídas, empujaba el gas contra las paredes y aumentaba su escape.

—¡Adiós, amigo mío! —dijo el doctor—. ¡Que Dios le conserve la

vida!

Iba a lanzarse cuando Blanchard le retuvo.

—¡Todavía nos queda un recurso! —dijo—. ¡Podemos cortar las cuerdas que retienen la barquilla y agarrarnos a la red! Tal vez el globo se eleve. ¡Preparémonos! ¡Pero... el barómetro sigue bajando! Estamos elevándonos... ¡El viento refresca! Estamos salvados.

Los viajeros divisaban ya Calais. Su alegría llegó al delirio. Algunos instantes más tarde, caían en el bosque de Guines.

—No dudo —añadió el desconocido —que en semejante circunstancia usted seguiría el ejemplo del doctor Jefferies.

Las nubes se desplegaban bajo nuestros ojos en masas resplandecientes. El globo lanzaba grandes sombras sobre aquel amontonamiento de nubes y se envolvía como una aureola. El trueno rugía debajo de la barquilla. Todo aquello era horroroso.

—¡Descendamos! —exclamé.

—¡Descender cuando el sol que nos espera está ahí! ¡Abajo con los sacos!

¡Y el globo fue deslastrado de más de cincuenta libras!

Permanecíamos a tres mil quinientos metros. El desconocido hablaba sin cesar. Yo me hallaba en una postración completa mientras él parecía vivir en su elemento.

—¡Con buen viento iríamos lejos! —exclamó—. En las Antillas hay corrientes de aire que hacen cien leguas a la hora. Durante la coronación de Napoleón, Garnerin lanzó un globo iluminado con cristales de color a las once de la noche. El viento soplabo del noroeste. Al día siguiente, al alba, los habitantes de Roma saludaban su paso por encima del domo de San Pedro. ¡Nosotros iríamos más lejos... y más alto!

Yo apenas oía. ¡Todo zumbaba a mi alrededor! Entre las nubes se hizo una fisura.

—¡Ve esa ciudad! —dijo el desconocido—. ¡Es Spire!

Me asomé fuera de la barquilla y divisé un pequeño conjunto negruzco. Era Spire. El Rhin, tan ancho, parecía una cinta desenrollada. Encima de nuestra cabeza el cielo era de un azul profundo. Los pájaros nos habían abandonado hacía tiempo porque en aquel aire rarificado su vuelo habría sido imposible. Estábamos solos en el espacio, y yo en presencia de aquel desconocido.

—Es inútil que sepa dónde le llevo —me dijo entonces, y lanzó la brújula a las nubes—. ¡Ah, qué cosa tan hermosa es una caída! ¿Sabe que son muy pocas las víctimas de la aerostación desde Pilatre de Rozier hasta el teniente Gale, y que todas las desgracias se han debido siempre a imprudencias? Pilatre de Rozier partió con Romain, de Boulogne, el 13 de junio de 1785. De su globo a gas había colgado una montgolfiera de aire caliente, sin duda para no tener necesidad de

perder gas o arrojar lastre. Aquello era poner un hornillo debajo de un barril de pólvora. Los imprudentes llegaron a cuatrocientos metros y fueron arrastrados por vientos opuestos que los lanzaron a alta mar. Para descender, Pilatre quiso abrir la válvula del aerostato, pero la cuerda de la válvula se encontraba metida en el globo y lo desgarró de tal forma que el globo se vació en un instante. Cayó sobre la montgolfiera, la hizo girar y arrastró a los infortunados, que se estrellaron en pocos segundos. ¿Es espantoso, verdad?

Yo no pude responder más que estas palabras:

—¡Por piedad, descendamos!

Las nubes nos oprimían por todas partes y espantosas detonaciones que repercutían en la cavidad del aerostato se cruzaban a nuestro alrededor.

—¡Me está hartando! —exclamó el desconocido—. Ahora no sabrá si subimos o bajamos. Y el barómetro fue a reunirse con la brújula, a lo que unió también sacos de tierra. Debíamos estar a cinco mil metros de altura. Algunos hielos se pegaban ya a las paredes de la barquilla y una especie de nieve fina me penetraba hasta los huesos. Sin embargo, una espantosa tormenta estallaba a nuestros pies, porque estábamos por encima.

—No tenga miedo —me dijo el desconocido—. Sólo los imprudentes se convierten en víctimas. Olivari, que pereció en Orleáns, se elevaba en una montgolfiera de papel: su barquilla, suspendida debajo del hornillo y lastrada con materias combustibles, se convirtió en pasto de las llamas; Olivari cayó y se mató. Mosment se elevaba en Lille sobre un tablado ligero: una oscilación le hizo perder el equilibrio; Mosment cayó y se mató. Bittorf, en Mannheim, vio incendiarse en el aire su globo de papel; Bittorf cayó y se mató. Harris se elevó en un globo mal construido, cuya válvula demasiado grande no pudo cerrarse; Harris cayó y se mató. Sadler, privado de lastre por su larga permanencia en el aire, fue arrastrado sobre la ciudad de Boston y chocó contra las chimeneas; Sadler cayó y se mató. Coking descendió con un paracaídas convexo que él pretendía haber perfeccionado; Coking cayó y se mató. Pues bien, yo amo a esas víctimas de su imprudencia y moriré como ellas. ¡Más arriba, más arriba!

¡Todos los fantasmas de esa necrología pasaban ante mis ojos! La rarefacción del aire y los rayos de sol aumentaban la dilatación del gas, y el globo continuaba subiendo. Intenté maquinalmente abrir la válvula, pero el desconocido cortó la cuerda algunos pies por encima de mi cabeza... ¡Estaba perdido!

—¿Vio usted caer a la señora Blanchard? —me dijo—. Yo sí la vi. Sí, yo la vi. Estaba en el Tívoli el 6 de julio de 1819. La señora Blanchard se elevaba en un globo de pequeño tamaño para ahorrarse

los gastos del relleno, y se veía obligada a inflarlo por completo. Pero el gas se escapaba por el apéndice inferior, dejando en su ruta una auténtica estela de hidrógeno. Colgada de la parte superior de su barquilla por un alambre, llevaba una especie de aureola de artificio que tenía que encender. Había repetido muchas veces la experiencia. Aquel día, llevaba además un pequeño paracaídas lastrado por un artificio terminado en una bola de lluvia de plata. Debía lanzar aquel aparato después de encenderlo con una lanza de fuego preparada a ese efecto. Partió. La noche estaba sombría. En el momento de encender su artificio, cometió la imprudencia de pasar la lanza de fuego por debajo de la columna de hidrógeno que salía fuera del globo. Yo tenía los ojos fijos en ella. De pronto una luminosidad inesperada alumbró las tinieblas. Creí en una sorpresa de la hábil aeronauta. La luminosidad creció, desapareció de pronto y volvió a reaparecer en la cima del aerostato en forma de un inmenso chorro de gas inflamado. Aquella siniestra claridad se proyectaba en el bulevar y en todo el barrio de Montmartre. Entonces vi a la desventurada levantarse, tratar por dos veces de comprimir el apéndice del globo para apagar el fuego, luego sentarse en la barquilla y tratar de dirigir su descenso, porque no caía. La combustión del gas duró varios minutos. El globo se empequeñecía cada vez más; continuaba bajando, pero no era una caída. El viento soplaba del noroeste y la lanzó sobre París. Entonces, en las cercanías de la casa número 16 de la calle de Provence había unos jardines inmensos. La aeronauta podía caer en ellos sin peligro. Pero, ¡qué fatalidad! El globo y la barquilla se precipitaron sobre el techo de la casa. El golpe fue ligero: ¡«Socorro!», grita la infortunada. Yo llegaba a la calle en ese momento. La barquilla resbaló por el tejado y encontró una escarpia de hierro. Con esta sacudida, la señora Blanchard fue lanzada fuera de la barquilla y se estrelló contra la acera. La señora Blanchard se mató.

¡Estas historias me helaban de horror! El desconocido estaba de pie, con la cabeza destocada, el pelo erizado, los ojos despavoridos.

¡No había equivocación posible! ¡Por fin veía yo la terrible verdad! ¡Tenía frente a mí a un loco!

Lanzó el resto del lastre y debimos ser arrastrados por lo menos a nueve mil metros de altura. Me salía sangre por la nariz y por la boca.

—¿Hay algo más hermoso que los mártires de la ciencia? —exclamaba entonces el insensato—. Los canoniza la posteridad.

Pero yo ya no oía. El loco miró a su alrededor y se arrodilló para susurrar a mi oído:

—¿Y la catástrofe de Zambecarri, se ha olvidado de ella? Escuche. El 7 de octubre de 1804 el tiempo pareció mejorar un poco. El viento y la lluvia de los días anteriores aún no había cesado, pero la ascensión anunciada por Zambecarri no podía posponerse. Sus

enemigos le criticaban ya. Tenía que partir para salvar de la burla pública tanto a la ciencia como a él. Estaba en Bolonia. Nadie le ayudó a llenar su globo.

Fue a medianoche cuando se elevó, acompañado por Andreoli y por Grossetti. El globo subió lentamente, porque lo había agujereado la lluvia y el gas se escapaba. Los tres intrépidos viajeros sólo podían observar el estado del barómetro con la ayuda de una linterna sorda. Zambecarri no había comido hacía veinticuatro horas. Grossetti también estaba en ayunas.

—Amigos míos —dijo Zambecarri—, el frío me mata. Estoy agotado. ¡Voy a morir!

Cayó inanimado en el suelo de la barquilla. Ocurrió lo mismo con Grossetti. Sólo Andreoli permanecía despierto. Después de largos esfuerzos consiguió sacar a Zambecarri de su desvanecimiento.

—¿Qué hay de nuevo? ¿Dónde estamos? ¿De dónde viene el viento? ¿Qué hora es?

—Son las dos.

—¿Dónde está la brújula?

—Se ha caído.

—¡Dios mío! ¡La bujía de la linterna se apaga!

—No puede seguir ardiendo en este aire rarificado —dijo Zambecarri.

La luna no se había levantando y la atmósfera estaba sumida en horribles tinieblas.

—¡Tengo frío, tengo frío! Andreoli, ¿qué hacer?

Los infortunados bajaron lentamente a través de una capa de nubes blancuzcas.

—¡Chist! —dijo Andreoli—. ¿Oyes?

—¿Qué? —respondió Zambecarri.

—¡Un ruido singular!

—¡Te equivocas!

—¡No!

Ve a esos viajeros en medio de la noche escuchando ese ruido incomprensible. ¿Van a chocar contra una torre? ¿Van a precipitarse contra los tejados?

—¿Oyes? Parece el ruido del mar.

—¡Imposible!

—¡Es el rugido de las olas!

—¡Es verdad!

—¡Luz, luz!

Después de cinco tentativas infructuosas, Andreoli lo consiguió. Eran las tres. El ruido de las olas se dejó oír con violencia. ¡Casi tocaban la superficie del mar!

—Estamos perdidos —gritó Zambecarri, y se apoderó de un

grueso saco de lastre.

—¡Ayuda! —gritó Andreoli.

La barquilla estaba tocando el agua y las olas les cubrían el pecho.

—¡Tiremos al mar las herramientas, las ropas, el dinero!

Los aeronautas se despojaron de toda su ropa. El globo deslastrado se elevó con rapidez vertiginosa. Zambecarri se sintió dominado por un vómito espantoso. Grossetti sangró en abundancia. Los desventurados no podían hablar porque sus respiraciones se tornaban cada vez más dificultosas. El frío se apoderó de ellos y al cabo de un momento los tres estaban cubiertos por una capa de hielo. La luna les pareció de un color rojo como la sangre.

Después de haber recorrido aquellas altas regiones durante media hora, la máquina volvió a caer al mar. Eran las cuatro de la mañana. Los náufragos tenían la mitad del cuerpo en el agua, y el globo, sirviendo de vela, los arrastró durante varias horas.

Cuando amaneció se encontraron frente a Pesaro, a cuatro millas de la costa. Iban a atracar en ella cuando un golpe viento los lanzó a alta mar.

¡Estaban perdidos! Los barcos, asustados, huían cuando ellos se acercaban... Por fortuna, un navegante más instruido los abordó, los izó a cubierta y los desembarcó en Ferrada.

Viaje espantoso, ¿no le parece? Pero Zambecarri era un hombre enérgico y valiente. Apenas se repuso de sus sufrimientos, volvió a iniciar las ascensiones. Durante una de ellas chocó contra un árbol, su lámpara de alcohol se derramó sobre sus ropas; ¡se vio cubierto de fuego y su máquina empezaba a abrasarse cuando él pudo volver a descender medio quemado!

Por último, el 21 de septiembre de 1812, hizo otra ascensión en Bolonia. Su globo quedó enganchado en un árbol y su lámpara volvió a incendiarlo. Zambecarri cayó y se mató.

—Y ante estos hechos, ¿todavía vacilamos? ¡No! ¡Cuanto más alto vayamos, más gloriosa será la muerte!

Completamente deslastrado el globo de todos los objetos que contenía, fuimos arrastrados a alturas que no pude apreciar. El aerostato vibraba en la atmósfera. El menor ruido hacía estallar las bóvedas celestes. Nuestro globo, el único objeto que sorprendía mi vista en la inmensidad, parecía estar a punto de aniquilarse. Por encima de nosotros las alturas del cielo estrellado se perdían en las tinieblas profundas.

¡Vi al individuo que se ponía en pie delante de mí!

—Ha llegado la hora —dijo—. Hay que morir. Los hombres nos rechazan. Nos desprecian. Aplastémoslos.

—Gracias —le dije.

—¡Cortemos estas cuerdas! ¡Abandonemos esta barquilla en el espacio! ¡La fuerza de atracción cambiará de dirección, y nosotros llegaremos hasta el sol!

La desesperación me galvanizó. Me precipité sobre el loco. Comenzamos a combatir cuerpo a cuerpo, en una lucha espantosa. Pero fui derribado, y mientras mantenía la rodilla sobre mi pecho, el loco iba cortando las cuerdas de la barquilla.

—¡Una! —dijo.

—¡Dios mío!

—¡Dos!... ¡Tres!...

Yo hice un esfuerzo sobrehumano, me levanté y empujé violentamente al insensato.

—¡Cuatro! —dijo.

La barquilla cayó, pero instintivamente me aferré a los cordajes y trepé por las mallas de la red.

El loco había desaparecido en el espacio.

El globo fue elevado a una altura inconmensurable. Se dejó oír un crujido espantoso... El gas, demasiado dilatado, había reventado la envoltura. Yo cerré los ojos.

Algunos instantes después, me sentí reanimado por un calor húmedo. Me hallaba en medio de nubes que ardían. El globo daba vueltas produciéndome un vértigo espantoso. Impulsado por el viento, hacía cien leguas a la hora en una carrera horizontal, y a su alrededor los relámpagos iban y venían.

Sin embargo, mi caída no era muy rápida. Cuando volví a abrir los ojos, divisé tierra. Me encontraba a dos millas del mar, y el huracán me empujaba hacia él con fuerza cuando una brusca sacudida me hizo soltarme. Mis manos se abrieron, una cuerda se deslizó rápidamente entre mis dedos y me encontré en tierra.

Era la cuerda del ancla que, barriendo la superficie del suelo, se había enganchado en una grieta, y mi globo, deslastrado por última vez, iba a perderse más allá de los mares.

Cuando recuperé el conocimiento estaba tumbado en casa de un campesino, en Harderwick, pequeña aldea de la Gueldre, a quince leguas de Amsterdam, a orillas del Zuyderzee.

Un milagro me había salvado la vida, pero mi viaje no fue más que una serie de imprudencias efectuadas por un loco al que yo no conseguí detener.

Que este terrible relato, al instruir a los que me leen, no desaliente a los exploradores de las rutas del aire.

FIN

Diez horas de caza

Editado por Cristian Tello

Género: Cuento

Año de publicación: 1881

Sinopsis:

Durante una partida de caza en 1859, Verne estuvo a punto de matarse, al disparársele accidentalmente su escopeta. Esta aventura, produce en él una aversión por la caza que la mantendrá durante toda su vida. Años después, en 1881, basado en dicha experiencia, Verne escribe este divertido y desenfadado relato contra la caza y los cazadores.

Capítulo I

Muchas personas sienten verdadera antipatía por los cazadores, y no les falta totalmente la razón.

Quizás provenga esta antipatía de ver que los citados aficionados a la caza no sienten el menor escrúpulo en matar con sus propias manos a los animales que luego han de comer.

Quizás provenga, y creo que esta razón es de más peso que la anterior, de la gran afición que tienen casi todos los cazadores a referir sus aventuras, vengan o no a cuento.

Hace más de veinte años, fui culpable del primer delito. Cacé, si, cacé, y en castigo voy a ser culpable también de la segunda razón contando mis aventuras de caza.

¡Ojalá que este relato verídico y sincero quite para siempre a mis semejantes la afición a correr por los campos, de la ceca a la meca, seguido por un perro, el saco sobre la espalda, la cartuchera en la cintura y el fusil al brazo! Sin embargo, no lo espero.

Capítulo II

Un filósofo guasón dijo, no recuerdo en dónde ni cuándo, «que no se debe tener nunca ni casa de campo, ni coche, ni caballos, ni posesiones donde haya caza, puesto que siempre hay amigos que se encargan de tenerlos por los demás».

En virtud de este axioma, yo hice mi estreno en la carrera de las armas en unos terrenos reservados del departamento del Somme, sin ser yo el propietario.

Era a fines de agosto de 1859, sino lo recuerdo mal. Un bando de la alcaldía fijaba para el otro día la apertura de la caza.

En la ciudad de Amiens, cualquier tendero o artesano posee su escopeta, con la cual va a recorrer los campos en busca de caza; se comprende pues, la impaciencia con que la citada apertura era esperada desde hacía ya seis semanas.

Tanto los cazadores de oficio, como los de segundo y tercer orden, los hábiles que matan sin apuntar como los tontos que apuntan y no matan nunca, todos se preparaban en vista de la apertura, se equipaban, no pensando, hablando, ni soñando más que con liebres, conejos y perdices. Mujer, hijos, familia, amigos, todo se olvidaba. Política, artes, literatura, agricultura, comercio, todo desaparecía ante la perspectiva de ese gran día. Entre mis amigos en Amiens, había uno, verdadero cazador, pero persona amable, aunque era empleado. Algunas veces padecía de reuma al tratarse de ir a la oficina; pero él estaba siempre más listo que un galgo cuando ocho días de vacaciones le permitían asistir a la apertura de la caza.

Mi amigo se llamaba Bretignot.

Algunos días antes de la fecha memorable, Bretignot estuvo en mi casa.

—¿No ha cazado usted nunca? —me dijo con ese tono de superioridad que tiene dos partes de amabilidad contra ocho de desdén.

—Nunca, Bretignot —le respondí—, ni pienso hacerlo.

—Bueno, entonces, venga a la apertura conmigo —añadió Bretignot—. Tenemos en Hérisart doscientas hectáreas reservadas donde la caza abunda. Tengo derecho a llevar un convidado, por lo cual lo invito, y le llevo.

—Es que... —dije yo balbuceando.

—¿No tiene usted escopeta?

—No; ni la he tenido nunca.

—Eso no importa. Yo le prestaré una. Es de pistón, es verdad; pero eso no impide que se pueda matar con ella una liebre a ochenta pasos.

—Si tiene uno la suerte de darle —repliqué yo.

—Naturalmente. Lo que no tendrá usted es perro.

—Inútil; teniéndolo en la escopeta, sería demasiado dos perros.

Mi amigo me miró un tanto molesto. No le gusta que se burle uno de las cosas de caza. Es sagrado, según él.

—En fin, ¿viene o no?

—Si usted se empeña... —respondí yo sin el menor entusiasmo.

—¡Ya lo creo! Es preciso cazar cuando menos una vez en la vida. Salimos el sábado por la tarde; cuento con usted.

He aquí cómo me vi comprometido en esta aventura, cuyo funesto

recuerdo me persigue siempre.

Debo confesar, sin embargo, que los preparativos no me inquietaron ni poco ni mucho, ni me quitaron el sueño. Sin embargo, la curiosidad me animaba un poco. ¿Era interesante una cacería? En todo caso, mi idea era, más que cazar, observar a los cazadores. Si me decidí a llevar una escopeta fue por no hacer un papel ridículo en medio de aquellos cazadores, de los cuales Bretignot contaba tantas proezas.

Bretignot me prestaba una escopeta, eso es verdad, pero me faltaba un morral. Me puse pues, en busca de uno usado, pero no encontré ninguno; estaban en alza. Me decidí entonces a comprar uno nuevo, a condición, sin embargo, que me lo volverían a tomar, con cincuenta por ciento de pérdida, si lo regresaba sin estrenar.

El comerciante me miró y se sonrió. Aquella sonrisa me pareció de mal agüero.

Sin embargo, pensé yo, ¿por qué no lo he de estrenar?

¡Oh, vanidad humana!

Capítulo III

El día fijado, la víspera de la apertura, a las seis de la tarde, estaba en el sitio de la cita dado por Bretignot, en la plaza de Perigord, donde subimos en la diligencia. Éramos ocho, sin contar los perros.

Bretignot y sus compañeros de caza (no osaba yo contarme entre ellos) estaban apuestos y hasta hermosos con sus trajes tradicionales. Tipos excelentes, dignos de observación; unos serios, pensando en el día de mañana; otros alegres, habladores. Había allí reunidos seis de los mejores tiradores de la capital. Apenas si yo los conocía de vista; pero mi amigo Bretignot se apresuró a presentármelos con todo el ceremonial de costumbre.

Primero me presentó a Maximon, era alto, delgado, el hombre más amable y sencillo en la vida ordinaria, pero feroz cuando tenía la escopeta en la mano; era uno de esos cazadores de los cuales se dice que serían capaces de matar a uno de sus compañeros, con tal de no volver sin haberse estrenado. Hablaba muy poco, y por lo tanto, pensaba mucho.

Al lado del personaje descrito se encontraba Duvauchelle. ¡Qué contraste! Este era gordo, pequeño, de cincuenta y cinco a sesenta años; sordo, capaz de no oír el estampido de su escopeta, pero aficionado a reclamar siempre en los tiros dudosos. Una vez le hicieron tirar sobre una liebre muerta con la escopeta descargada.

También tuve que aceptar un fuerte apretón de manos de Matifat, aficionado a cuentos de caza. No sabía hablar de otra cosa. ¡Qué

inteligencia! El canto de la perdiz, el ladrido del perro, el tiro de escopeta. ¡Pam, pim, pum! Tres disparos con una escopeta de dos cañones.

¡Qué gestos! Imitaba con la mano los movimientos de la caza, las piernas que se doblan, la espalda que se inclina para asegurar mejor el tiro, el brazo izquierdo extendido, mientras que el derecho se trae al pecho para montar la culata de la escopeta. ¡Cuántos animales mataba así! No se escapaba ni uno. Por poco no me mata a mí en una de sus gesticulaciones.

Lo que tenía que ver y oír era la conversación entre Matifat y su amigo Pontcloué.

—Sería imposible poder fijar el número de liebres que maté el año pasado —decía Matifat, mientras nuestro coche corría hacia Hérissart. Sería completamente imposible.

Yo pensé que lo mismo me sucedía a mí.

—Y yo —respondía Pontcloué—¿Te acuerdas la última vez que fuimos a cazar a Argaeuves?

¡Vaya unas perdices!

—Todavía me parece estar viendo la primera que tuvo la suerte de atravesar por entre los perdigones que salieron de mi escopeta.

—Y yo la segunda, cuyas plumas hice volar tan bien, que no debió de quedarle más que el pellejo completamente pelado.

—¿Y la otra que tuve el aplomo de tirar a más de cien pasos?

—¡Qué caza, amigos míos, qué caza!

Contando yo, mientras hablaban, pude apercibir que ninguna de las personas que, según ellos, habían matado, tuvo por conveniente figurar en el morral de tan listos cazadores. Pero no me atrevía a decir nada porque soy tímido por naturaleza con las personas que saben más que yo. Sin embargo, no trataban más que errar los tiros; creo que habría hecho otro tanto.

En cuanto a los nombres de los otros cazadores, los he olvidado.

Capítulo IV

¡Al fin llegó el siguiente día! ¡Qué gran noche pasamos en la posada de Hérissart! Un solo cuarto para ocho personas, una nube de parásitos fraternalmente distribuidos entre nosotros y los perros, que se rascaban con una rabia capaz de hundir el piso.

—No señor —me respondió—, se las comerían los chinches.

En vista de esto, me decidí a dormir vestido sentado en una silla medio desvencijada. No podía tenerme de dolores cuando me levanté.

Naturalmente yo fui el primero en levantarme. Bretignot, Matifat, Pontcloué, Duvauchelle y sus compañeros roncaban todavía. Deseaba a veces estar en el campo, como los cazadores sin experiencia que

quieren salir antes del amanecer y de haber comido. Pero los profesores, a los que con el debido respeto fui despertando uno por uno, calmaron mis impacencias de neófito. Sabían los muy tunantes que las perdices al amanecer tienen las alas aún húmedas y se las encuentra con dificultad.

Tuvimos pues que esperar a que el sol se bebiera todas las lágrimas del rocío.

Al fin, después de almorzar, dejamos la posada y nos dirigimos a la llanura donde estaban los terrenos reservados.

En el momento de llegar a ella, Bretignot se acercó y me dijo:

—Tenga bien la escopeta, en sentido oblicuo, el cañón hacia el suelo, y tenga cuidado de no matarnos a alguno.

—Haré lo posible —respondí—, sin embargo no me comprometo. Bretignot hizo un gesto desdenoso, y la caza empezó.

Hérisart es un lugar bastante feo, bastante árido, pero a pesar de eso, según Matifat, allí había muchas liebres. Con esta agradable perspectiva todas aquellas gentes estaban de buen humor.

Seguimos andando. El tiempo era magnífico. Algunos rayos de sol empezaban a atravesar las nubes matutinas que cubrían el horizonte. Por todas partes se escuchaban gritos, gorjeos, silbidos. De cuando en cuando una nube de pájaros se levantaba.

Más de una vez preparé la escopeta.

—No tire usted, no tire usted —me dijo mi amigo Bretignot, que no dejaba de observarme ni un solo momento.

—¿Porqué no tirar? ¿No son codornices?

—No, son alondras.

Excuso decir que Maximon, Duvauchelle, Pontcloué, Matifat y los otros tipos empezaron a mirarme con malos ojos. Poco a poco se fueron separando de mí, con sus perros, los que con el hocico bajo olfateando... y con los rabos levantados... parecían signos de interrogación que yo hubiera podido responder.

Se me ocurrió que todos aquellos caballeros no deseaban continuar en los límites de la zona de un novato, cuya escopeta les inquietaba un poco.

—¡Caramba! Tenga usted bien la escopeta —me dijo Bretignot al momento que se separaba de mí.

—No la tengo peor que otro cualquiera —respondí yo, un poco incomodado por aquel lujo de recomendaciones.

Bretignot se encogió de hombros y se fue hacia la izquierda; como no deseaba quedarme atrás, apreté el paso.

Capítulo V

Al poco tiempo me reuní con mis compañeros; pero, con objeto de

no alarmarlos, llevaba la escopeta al hombro, con la culata para arriba.

Eran dignos de ser vistos todos aquellos cazadores de oficio con trajes de caza. Chaqueta blanca, pantalón de terciopelo, zapatos con grandes suelas y clavos, y polainas que cubrían las medias de lana, preferibles a las de hilo o algodón, que causan enseguida heridas, cosa que pude observar por experiencia al poco rato. Mas yo, como simple aficionado, no estaba tan bien, lo cual es lógico; pero no se le puede pedir a un principiante que tenga un vestuario como un cómico antiguo.

En cuanto a caza, debo decir que hasta aquel momento no habíamos visto nada, a pesar de todo lo dicho por mis compañeros anteriormente, y hasta me advirtieron, sobre todo, que vista la abundancia, no tirase sobre las hembras que fuesen a ser madres.

Como es de suponerse, era una advertencia inútil, pues mal podía distinguir eso, yo que no sé diferenciar un conejo de un gato, aún estando guisado.

Bretignot, que sin duda quería que le honrase con mi comportamiento, me dijo:

—Una última recomendación que puede ser importante en el caso en que tire usted a una liebre.

—Si pasa..., —dije en un tono burlesco.

—Pasará —añadió Bretignot—; acuérdesse usted que, gracias a su estructura, una liebre corre más al subir que al bajar. Es preciso tener esto en cuenta para dar dirección al tiro.

—¡No sabe lo que le agradezco la advertencia! —le respondí. Su observación me servirá de seguro, pues no pienso echarla en saco roto.

Al mismo tiempo, pensaba que aun bajando sería probable que la liebre fuera demasiado deprisa para parar su carrera con mis perdigones.

—¡A cazar, a cazar! —gritó entonces Maximon. No hemos venido a ser maestros de escuela de los principiantes.

¡Vaya un hombre terrible! No osé responder nada.

Delante de nosotros, a derecha e izquierda, se extendía una inmensa llanura. Los perros marchaban delante. Los dueños se dispersaron. Yo hacía todos los esfuerzos inimaginables para no perderlos de vista. Se me había ocurrido una idea. Mis compañeros, burlones como buenos cazadores que eran, serían capaces de hacerme alguna farsa o broma, fundada en mi inexperiencia.

Me acordaba, sin querer, de aquel principiante a quien sus amigos hicieron tirar a un conejo de cartón que oculto entre unas ramas tocaba irónicamente el tambor. Me hubiera muerto de vergüenza si me pasara una cosa semejante.

Marchábamos todos al azar, siguiendo a los perros, con objeto de

llegar a una colina que se divisaba a tres o cuatro kilómetros, y en cuya cima se veían algunos arbolitos.

A pesar de los pesares, mis compañeros, acostumbrados a andar en aquellas tierras, iban más aprisa que yo, y al fin me dejaron atrás. El mismo Bretignot, que al principio iba un poco más despacio, para no abandonarme a mi triste suerte, aceleró la marcha, para poder ser de los primeros en tirar. No me incomodé por esto. ¡Ah, Bretignot, tu instinto, más fuerte que tu amistad, te atraía irresistiblemente! Al poco rato ya no divisaba más que las cabezas de mis compañeros.

Hacía más de dos horas que habíamos salido de la posada y todavía no se había tirado ni un solo tiro. ¡Qué mal humor, cuántas recriminaciones habría luego si al volver lo hacían con el morral vacío!

Parecerá imposible, pero fue así; yo tuve el honor de disparar el primer tiro. ¿Pero de qué modo? Voy a decirlo, aunque me avergüence.

Cuando dejé a mis compañeros de caza mi escopeta, estaba todavía sin cargar. ¡Cosas de principiantes! Era por cuestión de amor propio. Como tenía casi la seguridad de que había de hacerlo muy mal, quise quedarme solo para la terrible operación.

Así pues, una vez sin testigos, saqué la pólvora que eché en el cañón derecho; después los perdigones, más bien muchos que pocos. Cuantos más haya, más probabilidades hay de hacer blanco. Una vez hecho esto, puse imprudentemente el pistón en su sitio, y repetí lo mismo con el cañón izquierdo. Pero antes de acabarla, ¡Qué detonación se produjo! Salió el tiro rozándome la cara. No me había acordado de poner el gatillo derecho en el seguro, y con los movimientos que hice se bajó e hizo salir el tiro.

Aviso a los principiantes. Por poco no hago que la apertura de caza del departamento del Somme empiece con una desgracia. ¡Qué gran noticia para los periódicos de la localidad!

Sin embargo, si al salir este tiro por casualidad hubiera pasado una perdiz en la dirección del disparo, con seguridad le hubiera matado. No se me volvería a presentar una ocasión tan buena.

Capítulo VI

Mientras tanto, Bretignot y sus compañeros habían llegado a la cima en donde se pararon para tratar lo que era preciso hacer para conjurar la mala suerte que les perseguía. Al poco rato estuve yo a su lado, después de haber cargado de nuevo la escopeta, pero esta vez con muchas precauciones.

Maximon me preguntó enseguida con tono altanero, digno de un maestro:

—¿Ha tirado usted?

—Sí... es decir... Sí he tirado.

—¿Una perdiz?

—Una perdiz.

Por nada del mundo hubiera confesado mi torpeza.

—¿Y dónde está esa perdiz? —preguntó Maximon, tocando con la culata mi morral vacío.

—Perdida, respondí sin inmutarme. ¿Qué quiere usted? No tenía perro. ¡Si hubiera tenido un perro!

Me parece que con tal desfachatez no puedo por menos llegar a ser verdadero cazador.

De pronto mi examen fue bruscamente interrumpido. El perro de Montcloué levantó una codorniz a menos de diez pasos de distancia. Involuntariamente, por instinto si se quiere, me eché la escopeta a la cara, y... pam, como decía Matifat.

¡Vaya una bofetada que recibí, dada por la culata de mi escopeta, que no coloqué bien; una bofetada de las cuales no se puede pedir satisfacción a nadie! Al mismo tiempo mi tiro fue seguido de otro de Pontcloué.

La codorniz cayó, media deshecha, y fue recogida por el perro, que se la llevó a su dueño, quien se la guardó en su morral.

Ni siquiera se le ocurrió pensar que quizá hubiera yo tenido parte en aquella muerte. Pero no dije nada, no me atrevía. Ya he dicho que soy naturalmente tímido con las personas que saben más que yo.

En vista del primer éxito, se animaron todos aquellos aficionados a destruir la caza. ¡Qué gran cosa! ¡Una codorniz al cabo de tres horas de caza! Era cosa imposible que en todo aquel terreno no hubiera otra, y si la encontraban y mataban, tocarían a un tercio de codorniz por cazador.

Una vez pasada la colina nos encontramos en plena tierra de labor. Prefiero cien veces el asfalto de los bulevares a los surcos, que le hacen a uno ir dando saltos y acabar por tener un peso en los pies el triple que de ordinario.

Toda la banda y los perros continuaron así durante dos horas sin ver nada. La cosa más insignificante, una piedra, en la que uno tropezaba; perro que se ponía adelante, todo, todo incomodaba a aquellos caballeros. Indicios seguros de mal humor general.

Al fin, a unos cuarenta pasos se divisaron varias perdices en un campo de remolachas.

El grupo se componía de dos perdices. Tiré al bulto, y al mismo tiempo sonaros otros dos disparos. Eran Matifat y Pontcloué.

Uno de aquellos infelices animales cayó. El otro siguió su camino, y se fue a parar a un kilómetro más allá, detrás de una ondulación del terreno.

¡Oh, pobre perdiz! ¡Qué disputa hubo por tu causa! ¡Qué discusión hubo entre Matifat y Poncloué! Cada uno pretendía ser el autor de la muerte. ¡Qué palabras! ¡Qué indirectas! ¡Qué alusiones! ¡Qué calificativos! Aquella sería la última vez que cazaran juntos; y otra porción de cosas del género picante que mi pluma no se atreve a escribir.

Realmente, los dos tiros habían salido al mismo tiempo.

Había un tercer disparo que fue el primero, pero no debía mentarse si quiera. ¡Cómo era posible que yo, un principiante, hubiera sido el autor de aquella muerte!

En virtud de esto no creí deber intervenir en la disputa entre Matifat y Pontcloué, ni aun con la generosa idea de conciliarlos. Y no reclamé, porque soy naturalmente tímido con... ya saben ustedes el resto de la frase.

Capítulo VII

Con gran satisfacción de nuestros estómagos dieron al fin las doce, en vista de lo cual nos detuvimos al pie de un olmo. Las escopetas y morrales vacíos se dejaron a un lado. Después almorzamos para recobrar algunas de las fuerzas perdidas desde nuestra salida.

¡Un triste almuerzo! ¡Tantas recriminaciones como bocados! ¡Qué horrible lugar! Un coto bien guardado lo destacaban los merodeadores. Debían colgarse uno de cada árbol con un letrero en el pecho. ¡La caza era ya imposible! En dos años no quedaría el menor vestigio de caza. ¿Porqué no prohibirla durante cierto tiempo? En fin, un cúmulo de frases pronunciadas por una reunión de cazadores que no se habían estrenado desde el amanecer.

Después volvió a empezar la disputa entre Matifat y Pontcloué, a propósito de la perdiz. Se mezclaron los demás en la discusión. Creí que finalmente iban a acabar por golpearse.

Al cabo de una hora nos pusimos de nuevo en marcha, más ágiles. Quizás seríamos más felices antes de llegar la hora de comer. ¡Qué verdadero cazador pierde la esperanza hasta el último momento!

Los perros volvían a tomarse la delantera. Sus dueños gritaban con voces que son muy parecidas, por lo terribles, a las voces de mando de la marina inglesa.

Yo les seguía con paso indeciso. Mi morral, aunque vacío, me molestaba. La escopeta me parecía pesadísima y me hacía acordar mi bastón. Todo lo hubiera cedido con gusto a alguno de los palurdos que nos seguían, y me preguntaban en tono burlón cuánto había matado; pero mi amor propio me lo impedía.

Dos horas, dos largas horas pasaron. Habíamos andado ya quince kilómetros. Entonces empecé a tener la seguridad de que sería más

fácil que volviese cargado de dolores a casa, que de perdices o codornices.

De pronto un ruido me distrajo. Era un grupo de perdices que se levantó de detrás de unas matas. Descarga cerrada. Lo menos quince tiros salieron, contando el mío.

De pronto se escuchó un grito entre el humo. Miro, y veo aparecer a un hombre entre las matas.

Era un aldeano, con el carrillo derecho hinchado, como si tuviera una nuez en la boca.

—Bueno, una desgracia —exclamó Bretignot.

—No faltaba más que esto —repuso Duvauchelle.

Tales fueron las frases que les inspiró «el delito de heridas sin intención de matar», según lo clasifica el Código.

Y sin hacer caso corrieron tras los perros, que traían sólo dos perdices heridas, y que mis amigos, que sin duda carecían de entrañas, acabaron por matarlas a puntapiés. Les deseo la misma suerte en iguales circunstancias.

Durante este tiempo, el aldeano continuaba inmóvil, con el carrillo hinchado. Bretignot y sus compañeros volvieron a mi lado.

—¿Qué le pasa a usted, buen hombre? —dijo Maximon en tono protector.

—Tiene un perdigón en el carrillo —dije yo.

—¡Bah! eso no es nada —añadió Duvauchelle.

—Sí, sí —exclamó el aldeano que creyó oportuno hacer ver la importancia del mal por medio de un gesto horrible.

—Pero ¿quién ha sido el torpe que ha hecho daño a ese pobre diablo? —preguntó Bretignot, mirándome con fijeza.

—¿Ha tirado usted? —me dijo Maximon.

—Sí, como todos.

—Entonces no hay duda.

—Es usted tan mal cazador, como Napoleón I —añadió Pontcloué, que detestaba el Imperio.

—¿Yo? ¿Yo? —exclamé.

—No puede ser más que usted —me dijo severamente Bretignot.

—Decididamente, este caballero es un hombre peligroso —repuso Matifat.

—Cuando uno es demasiado torpe se rehúsan las invitaciones, sean de quien sean —añadió Pontcloué.

Y sin decir más se fueron.

Comprendí enseguida que me endosaban al herido.

Tuve el valor de sacrificarme. Saqué el portamonedas y le di diez francos al aldeano, cuyo carrillo se deshinchó instantáneamente. Sin duda se había tragado la nuez.

—¿Está usted mejor? —le dije.

—¡Ay, ay! me vuelve a empezar —respondió, mientras se le hinchó el carrillo izquierdo.

—Vaya, basta de broma; basta con un carrillo. Y me marché.

Capítulo VIII

Mientras discutía con aquel pillo perdí de vista a mis compañeros; después de todo, bien claro me dijeron que ellos no estaban seguros al lado de un torpe como yo; así que decidí no buscarlos. Bretignot mismo, severo, pero injusto, me había abandonado, cual si hubiera sido algún bandido, o fuese yo capaz de hacer mal de ojo. Realmente no me incomodó semejante conducta. A lo menos, así sería sólo responsable de mis actos.

Me quedé en medio de aquella llanura, que nunca se acababa. ¿Quién me había hecho a mí encontrarme con toda esta carga en las espaldas? No veía ni perdices ni liebres. ¡Cuánto mejor hubiera estado en mi despacho leyendo o escribiendo!

Empecé a andar sin dirección fija, tomando con preferencia los caminos a las tierras de labor. Me sentaba diez minutos, andaba veinte. No se veía ninguna cosa. Ni una torre cortaba el horizonte. Aquello era un desierto. De cuando en cuando se leía un letrero: Coto reservado.

¿Reservado? No a la caza, puesto que no la había.

Continué andando, pensativo, con la escopeta en el brazo. Parecía que el sol no se movía. Quizás algún nuevo Josué hubiera parado su marcha proporcionando de esta forma un placer a mis compañeros. Sin duda no iba a haber noche el día de la apertura.

Capítulo IX

En este mundo todo tiene un límite, aún en los cotos.

Apareció un bosquecillo que cortaba la pradera; un kilómetro más y llegaba a él. Continué andando sin apretar el paso y llegué al bosque. A lo lejos; pero muy lejos, se oían tiros.

«Gran caza están haciendo, pensé. De seguro no van a dejar absolutamente nada para el año que viene».

Entonces se me ocurrió que quizás tendría más suerte en el bosque que en la pradera. En los árboles habría cuando menos inocentes gorriones, de los que nos ponen en la fondas de lujo como alondras.

El demonio de la caza había tomado posesión de mí. Ya no llevaba la escopeta al hombro; la cargué, alcé el gatillo, y empecé a mirar con cuidado a derecha e izquierda.

¡Nada! Los gorriones, temiendo sin duda a las fondas de París, se

ocultaban. Una o dos veces apunté, pero eran hojas que se movían con el viento, y no quería tirar sobre las hojas.

Eran las cinco; debía estar dentro de cuarenta minutos en la posada para comer, antes de tomar el coche que debía de volver a Amiens a hombres y bestias, vivos o muertos.

Seguí el camino siempre con cuidado. De pronto me detuve. El corazón me saltaba. Entre unas matas, a cincuenta pasos, había algo.

Era oscuro, con bordes plateados y un punto rojo como escarapela ondulante. De seguro algún ave u otro animal de pelo y pluma. Dudaba si sería una liebre o un faisán. ¿Por qué no?

¿Qué haría si al volver a ver a mis compañeros llevaba en mi saco el cadáver de un faisán?

Entonces me aproximé con cuidado con la escopeta lista. Contenía la respiración. Estaba emocionado. Sí, emocionado como Bretignot, Maximon y Duvauchelle reunidos.

Cuando estuve cerca, a veinte pasos, me arrodillé con objeto de hacer mejor la puntería. El ojo derecho abierto, el izquierdo cerrado. Apunté e hice fuego.

—¡Le he dado! —exclamé fuera de mí. Y lo que es esta vez nadie me disputará mi derecho. En efecto, había visto volar algunas plumas, o quizás pelos.

No teniendo perro, me precipité entre las ramas, vi al animal inmóvil, no dando el menor signo de vida, lo cogí...

¡Era un sombrero de gendarme, bordado de plata, con la escarapela roja! Por fortuna, el sombrero no estaba en la cabeza de su propietario cuando yo disparé.

Capítulo X

En ese instante una masa larga y estrecha que estaba echada sobre la hierba, se levantó.

Reconocí enseguida con terror al pantalón azul con franja negra, la guerrera oscura con botones plateados, el cinturón amarillo, todo lo cual desperté yo con mi tiro.

—¿Se entretiene usted, en tirar sobre los tricornos de los gendarmes? —me dijo, con ese acento brusco que distingue a la célebre institución.

—Gendarme, perdone usted —balbuceé yo.

—¡Y le ha dado usted en medio de la escarapela!

—Yo creía que era una liebre... fue una ilusión... Después de todo, estoy dispuesto a pagar lo que sea.

—Sí. Es que cuesta caro un sombrero de gendarme, sobre todo si se tira sin licencia.

Me puse pálido. Se me agolpó la sangre en el corazón.

—¿Tiene usted licencia? —me dijo el gendarme.

—¿Licencia?

—Sí, licencia. Debe usted saber lo que es.

No tenía semejante licencia. Para un solo día de caza yo creí que no valía la pena sacarla. Pero reponiéndome, creí que debía decir lo que se dice siempre, que me la había olvidado en mi casa.

Una sonrisa de duda se pintó en la cara del representante de la ley.

—Me veo en la necesidad de levantar acta —dijo.

—¿Porqué? Mañana le enviaré a usted el permiso y...

—Está bien; pero tengo que levantar acta.

—Hágala, ya que usted es insensible al ruego de un principiante.

Un gendarme sensible no sería gendarme. Sacó del bolsillo una cartera envuelta en cuero amarillo.

—Su nombre —me dijo.

Yo sabía que en estos casos la costumbre es dar el nombre de algún amigo. Si en aquella época hubiera sido miembro de la Academia de Amiens, no hubiera titubeado un momento en dar el nombre de mis compañeros. Me contenté dando el nombre de uno de mis amigos de París, pianista distinguido. El referido amigo, ocupado sin duda, en hacer escalas, estaba lejos de figurarse que se le iba a citar como delincuente en caza.

El gendarme tomó cuidadosamente el nombre de la víctima, profesión, edad y domicilio. Después tuvo la amabilidad de rogarme que le entregara la escopeta, lo que hice enseguida. Menos peso tenía que llevar; le dije que si quería también el morral, el cuerno, la pólvora, los perdigones, etc., etc. Se rehusó generosamente, cosa que yo sentí.

Faltaba la cuestión del sombrero. Eso se arregló enseguida por medio de una moneda de oro.

—Es lástima; el sombrero estaba bien conservado —dije yo.

—Como que es casi nuevo —respondió. Lo compré hace unos seis años a un sargento que se había retirado.

Se puso el sombrero el majestuoso gendarme y se fue por un lado y yo por el otro.

Una hora después llegaba a la posada, en donde traté de disimular la confiscación de la escopeta y también de mi aventura. Mis compañeros traían una codorniz y dos perdices para siete. Además, Matifat y Pontcloué se habían peleado para siempre y Maximon y Duvauchelle se repartieron unos cuantos puñetazos a propósito de una liebre que seguía corriendo.

Capítulo XI

Tal es la serie de emociones por las que pasé en aquel día memorable. Quizás maté una codorniz, quizás había matado una perdiz, quizás herí a un aldeano; pero con seguridad había atravesado el sombrero de un gendarme. Sin poseer licencia, me levantaron acta, es decir, a mi amigo. Engañé a la autoridad. ¿Qué más cosas pueden suceder a un principiante?

Excuso decir que mi amigo, el pianista, tuvo una sorpresa desagradable cuando recibió la cita para comparecer ante el tribunal, donde no pudiendo probar nada le condenaron solo a dieciséis francos de multa, más los gastos, que eran casi la misma cantidad.

Debo advertir que, algunos días después, recibió por correo, con la firma de Restitución, un giro de treinta y dos francos, importe de lo pagado por él. Nunca supo de quién provenía.

Capítulo XII

No me gustan los cazadores, ya lo he dicho desde el principio, sobre todo porque cuentan sus aventuras. Es así que acabo yo de contarles las mías; imploro pues, su perdón, amables lectores. No lo volveré a hacer.

Esta expedición será la primera y la última, pero conservaré siempre su recuerdo. Por tal razón, siempre que veo un cazador seguido de su perro y la escopeta al brazo, no me olvido nunca de desearle buena caza; dicen que esa frase es de mal agüero.

FIN

El conde de Chanteleine

Editado por Cristian Tello

(Colaboración de Javier Coria, Jorge Tarancón y Ariel Pérez)

Género: Cuento

Año de publicación: 1864

Sinopsis:

En 1793, la Convención Nacional de Francia decretó una leva masiva de 300.000 personas para hacer frente a las potencias extranjeras. Ante esta medida, muchos departamentos se amotinaron, siendo La Vendée el lugar que opuso mayor resistencia. El conde de Chanteleine, uno de los máximos jefes de ésta sublevación de miles de campesinos, tras ser derrotado, decide refugiarse en un lejano poblado de pescadores. Pero al volver a casa, la noticia del ataque a su castillo lo hará reclamar venganza.

Capítulo I

Diez meses de guerra heroica

El 24 de febrero del año 1793, la Convención nacional francesa promulgó un apremiante decreto para llevar a efecto una quinta o leva de unos 300.000 soldados, a fin de rechazar la tremenda acometida de la formidable coalición extranjera de casi todas las potencias unidas de Europa y puestas en armas contra Francia.

El 10 de marzo, siguiente a la publicación de aquel decreto, debía celebrarse el sorteo de los mozos que habían de formar aquel ejército republicano de Francia, en la pequeña aldea de Saint-Florent situada en un rincón de la vieja provincia de Anjou, para prestar a la patria el contingente de soldados que correspondía a aquel pacífico y casi ignorado distrito.

Ni la más arbitraria llamada a filas, llevada a cabo por el fanatismo revolucionario, que dio por resultado la casi total emigración de los nobles y de los principales propietarios del país; ni la muerte que se había dado al rey Luis XVI, decapitándole en la guillotina después de haberle sometido a un acalorado proceso, que llenó de estupor a toda Europa, habían podido sublevar a los sencillos labriegos de aquella parte occidental de la nación francesa, casi ignorada del centro revolucionario del país; pero la dispersión de los

curas y del clero, las sacrílegas violaciones y profanaciones de sus iglesias, la invasión de párrocos juramentados, que habían sustituido a los antiguos curas en todas las parroquias del país, y finalmente aquella última medida tan violenta como vejatoria de la llamada a filas, que venía a arrancar a los hijos de los brazos de sus padres, y la más lozana juventud de la población entera, para llevarla a perecer a una guerra monstruosa y temeraria contra los ejércitos coligados de casi todas las naciones de Europa, colmaron la medida de su sufrimiento, y por doquiera exclamaron todos a una voz:

—¡Puesto que es preciso morir, muramos al menos en nuestras casas!

Furiosos y desesperados, los paisanos atacaron a garrotazos a los comisarios de la Convención, haciendo huir, después de derrotados, a los destacamentos de soldados reunidos para proteger las operaciones del sorteo.

En aquel día, comenzó la guerra de la Vendée. El núcleo del ejército católico y real se formó bajo la dirección del arriero Cathelineau y del guardabosque Stofflet.

El 14 de marzo, la pequeña partida armada que capitaneaban estos oscuros guerrilleros, se apoderó del castillo de Jallais, que defendían los soldados del regimiento nº. 84 y una sección de guardias nacionales de Charonnes, procedentes del departamento del Sena. Allí fue donde arrebataron a los defensores de la república francesa aquel primer cañón que se hizo célebre en el ejército católico-realista, y al que bautizaron los partidarios de la monarquía con el nombre de *El Misionero*.

—A este principio —dijo Cathelineau dirigiéndose a sus camaradas —es preciso que siga lo demás.

Lo demás fue aquella guerra terrible iniciada por este labriego y que puso en grande aprieto, en más de una ocasión, a las mejores tropas de la república.

Después del famoso golpe de mano del castillo de Jallais, los dos jefes vendeanos se apoderaron de Chollet, ciudad situada en el departamento de Maine y Loira, e hicieron cartuchos de fusil con la pólvora de los cañones republicanos que encontraron en aquel castillo.

Desde entonces, el movimiento reaccionario de la contrarrevolución creció de manera prodigiosa en las antiguas provincias de Anjou y de Poitou, de suerte que a fines del mes de marzo de aquel mismo año, la capital del partido de Chantonnay en la Vendée pudo ser asaltada y tomada por los insurrectos del país, como lo fue también la población de Saint-Fulgent, cabeza del partido de su nombre.

Pero como se acercaba la solemnidad de la Pascua, los campesinos levantados en armas se separaron para ir para cumplir

cada cual en su respectiva parroquia sus deberes de buenos cristianos, y para aprovisionarse al mismo tiempo de pan, mudarse o remendarse los vestidos, y cambiar sus zuecos usados y rotos ya en la persecución de los *azules*, como ellos llamaban a los soldados de la república.

Llegado el mes de abril del mismo año 1793, el levantamiento realista-clerical, como entonces se llamaba, volvió a reproducirse, apareciendo de nuevo las partidas de mozos del *Marais y del Bocage*¹³ que se fueron reuniendo bajo las órdenes de Charette, de Bonchamps, de D'Elbée, de La Rochejaquelein, de Lescure y de Marigny. Muchos jóvenes de la nobleza bretona se unieron al movimiento y entre ellos uno de los más gallardos y valientes, de los más esforzados y mejores, el conde Humberto de Chanteleine, que abandonó su casa y sus estados para reunirse al ejército católico que entonces contaba ya con el respetable número de cien mil hombres.

El conde de Chanteleine, siempre en primera fila, fue desde el principio de la campaña y durante diez meses el verdadero vencedor en todas las victorias obtenidas por los de su bando, en Fontenay, en Thouars, en Saumur y en Bressuire, siendo sólo vencido en el sitio de Nantes, donde pereció el valiente Cathelineau. Las provincias occidentales de Francia no tardaron en sublevarse.

Entonces fue cuando se vio a los *blancos*, o realistas, caminar de victoria en victoria, y ni la pericia militar del general republicano Aubert Dubayet, ni el valor heroico del entusiasta Cléber, con los terribles soldados que había traído del sitio de Maguncia, ni las tropas del general Canclaux, pudieron resistir a su indomable ardor.

La Convención, espantada, ordenó arrasar y destruir el territorio vendeano, y expulsar su población.

El general Santerre pidió que se minara todo el país para hacerlo saltar entero, y que se hiciesen fumigaciones soporíferas con el objeto de asfixiar a todos los habitantes de aquella región.

Los soldados de Maguncia fueron los encargados de convertir en un desierto todo aquel territorio, según lo había decretado el Comité de Salvación Pública.

Cuando las tropas realistas tuvieron noticia de tan terrible resolución, se convirtieron en fieras: el conde de Chanteleine, que a la sazón se hallaba al frente de una división de 5.000 hombres, se batió como un héroe en Doué, en el puente de Cé, en Torfou, y en Montaigu; pero al fin, sonó la hora de los reveses para su causa.

Lescure fue vencido, el día 9 de octubre, en Châtillon, y el día 15 del mismo mes, las tropas republicanas arrojaban a los vendeanos de la ciudad de Chollet y de las orillas del Maine. Algunos días después, el bravo Bonchamps y el terrible D'Elbée caían heridos de muerte; en vano fue que el entusiasta Marigny y el indomable Chanteleine hicieran prodigios de valor; pues las formidables columnas

republicanas les seguían muy de cerca y los acosaban tenazmente; entonces no hubo más remedio que repasar el Loira, con un ejército fugitivo que aún contaba cuarenta mil hombres en bastante buen estado y dispuesto todavía a combatir.

Sin embargo, el río fue vadeado por los realistas con el mayor desorden y en medio de una gran confusión.

Chanteleine y los suyos consiguieron rehacer algún tanto, con su presencia, el ejército realista que a cuyo frente se hallaba La Rochejaquelein, que acababa de ser nombrado generalísimo; volvieron de nuevo contra los republicanos, que, a pesar de tener a su frente a un hombre como Kléber, no pudieron evitar que los *blancos* alcanzasen una gran victoria delante de la ciudad de Laval, en cuyo distrito habían nacido los cuatro hermanos Chuanes, que dieron nombre a la *chuanería* de la Vendée. Aquella victoria fue, no obstante, la última que tuvieron los realistas en tan sangrienta campaña.

Los *blancos* se hallaban desorganizados, y en vano Chanteleine empleó los más supremos esfuerzos para rehacer de nuevo el ejército realista; pero ni tenía el tiempo necesario, ni medios hábiles para ello.

El Comité de Salvación Pública de París acababa de nombrar general en jefe de las tropas republicanas del ejército de operaciones de la Vendée al enérgico Marceau, y este general perseguía a los realistas con tanta pericia y actividad. Que no tardó en obligar a La Rochejaquelein, a Marigny y a Chanteleine a replegarse sobre la ciudad de Mans, desde donde tuvieron que huir también para buscar un refugio en Lava, cuyo punto se vieron obligados a abandonar, encaminándose hacia la ciudad de Ancenis con el propósito de repasar el caudaloso Loira; pero desgraciadamente para ellos, no encontraron ningún puente, ni una sola barca que auxiliase su designio; de suerte que la masa fugitiva de paisanos se vio obligada a descender por la orilla derecha del río, y no pudiendo penetrar en la Vendée ni refugiarse en sus casas, no tuvo más remedio que arrojarse a la desesperada sobre la Bretaña.

Su retaguardia pudo alcanzar algunas ligeras ventajas sobre las tropas republicanas que iban en su persecución, muy de cerca; ventajas que fueron las últimas de esta campaña, pues los realistas tuvieron al fin que diseminarse, rotos y dispersos, en el territorio de Savenay por las orillas del Loira.

Considerándose Chanteleine irremediablemente perdido, exclamó con resignación:

—¡Aquí es donde debemos morir! —Y se emboscó con un puñado de vendeanos, entre ellos Marigny, en dos bosquecillos próximos a Savenay.

A las pocas horas apareció Kléber al frente de la vanguardia del ejército republicano, y dispuso que tres compañías atacasen a los

voluntarios que capitaneaban Marigny y Chanteleine, los cuales, a pesar de sus esfuerzos sobrehumanos, se vieron obligados a abandonar los puestos que defendían y a encerrarse en la ciudad.

Entonces Kléber mandó hacer alto a su división, sin consentir que diese un paso hacia delante. En vano los jefes republicanos Marceau y Westerman trataron de obligarle a que atacase a los realistas: aquel célebre general quería dar tiempo al ejército enemigo para que se concentrase en Savenay, y por eso no se movió.

Colocó las tropas republicanas que mandaba en forma de media luna, y ocupando las alturas circunvecinas aguardó con calma la hora oportuna para acabar de una vez con el ejército de los *blancos*, destruyéndolos de un solo golpe.

La noche que siguió a aquel día terrible fue triste y siniestra. El desenlace fatal de aquella guerra fratricida se veía próximo.

Los jefes de los vendeanos se reunieron en concejo supremo. Ya nada había que esperar sino un postrer arranque de desesperación: sabían que no habían de obtener cuartel de sus implacables enemigos, y que sería en vano intentar una capitulación para salvar sus vidas: la fuga era imposible. No había, pues, más remedio que batirse, y en esta situación resolvieron tomar la ofensiva.

Al día siguiente, 23 de diciembre, señalado en el calendario republicano con el nombre de 3 nivoso del año 2º de la República Francesa, al sonar en los relojes de la ciudad las ocho de la mañana, los *blancos* se arrojaron denuedo sobre los *azules*, es decir, los realistas embistieron a los republicanos.

El tiempo era horroroso: una lluvia glacial caía a torrentes, una espesa niebla cubría aquellos pantanosos terrenos; el río Loira desaparecía bajo una densa bruma: el combate iba a tener lugar sobre charcos de lodo y en medio de la tormenta. Los vendeanos, aunque inferiores en número, atacaron desordenadamente a los republicanos, al grito de ¡Viva el Rey!

Los *azules* resistieron impávidos tan terrible acometida gritando ¡Viva la república!

El choque fue terrible: la vanguardia republicana retrocedió, después de un momento de combate, introduciendo el desorden de las primeras filas del ejército, desorden que llegó hasta el cuartel general. Las municiones empezaron a escasear; unos soldados republicanos gritaron, dirigiéndose a su general:

—¡Nos faltan cartuchos!

—¿Y qué importa? —contestó Cléber, blandiendo con decisión su espada —; cargad a la bayoneta y a culatazos.

Y lanzó contra el enemigo el batallón nº. 31, que obedeció sin titubear siquiera, la orden de su jefe.

La caballería se hallaba en su mayor parte desmontada, por

carecer de caballos, como la infantería carecía de municiones; pero el general republicano improvisó con su Estado Mayor un escuadrón formidable, y poniéndose a su cabeza cargó a los vendeanos con tal denuedo, que nada podía detener a su arremetida.

Los *blancos* empezaron a vacilar, y pocos momentos después tuvieron que retroceder, ya destrozados, y replegarse de nuevo en torno de la ciudad, en donde lucharon aún con indecible denuedo.

Piron y Lyrot fueron muertos con las armas en la mano, y defendiéndose hasta exhalar el último aliento, como héroes.

Fleuriot, después de haber intentado en vano reunir sus dispersas bandas, se vio forzado a romper por entre el ejército enemigo, con un puñado de valientes que le seguían, para refugiarse en los bosques inmediatos a Savenay.

Entre tanto, Marigny y Chanteleine luchaban con desesperación; pero las filas de sus bravos campesinos iban aclarándose de minuto en minuto, pus los muertos y los fugitivos dejaban en ellas grandes vacíos, que no era posible llenar.

Marigny, viendo la situación a que habían llegado, se volvió al conde de Chanteleine que combatía su lado como un héroe, y le dijo en voz baja:

—¡Todo se ha perdido!

El conde, que en aquel momento acababa de llegar junto a su amigo, después de haber abierto una brecha en el campo enemigo, era un hombre de más de cuarenta y cinco años de edad, de elevada estatura y gallardo continente; su aspecto, melancólico de ordinario, aparecía terrible en aquel momento; llevaba su rico traje roto y enlodado; con la mano izquierda empuñaba una pistola descargada, y con la diestra blandía un sable ensangrentado.

Al oír las palabras de Marigny, frunció el seño y exclamó con energía:

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que ya no hay medio de defendernos —contestó Marigny.

—Demasiado lo sé, pero ¿y esas pobres mujeres, esos tiernos niños, esos débiles ancianos que pululan por las calles de la ciudad? ¿Qué suerte les espera?... ¿Queréis que los abandonemos a la ferocidad de los enemigos?

—De ninguna manera; pero ¿qué vamos a hacer con ellos? ¿A dónde llevarlos?

—Hacia Guérande —exclamó Chanteleine con resolución.

—Ve pues —dijo Marigny —y llévalos contigo.

—¿Y tú? —preguntó el conde.

—Yo me quedo para proteger vuestra retirada, y para retener a los republicanos con mis últimos disparos de cañón. Hasta la vista pues, Chanteleine.

—Adiós, Marigny.

Ambos jefes se estrecharon mutuamente las manos.

El conde corrió hacia la ciudad, y pocos momentos después salió por el lado opuesto, seguido de un largo cordón de gentes que huían de Savenay, y siguiendo la ribera del río.

Entre tanto, Marigny, encarándose con un grupo de campesinos que había quedado a su lado, gritó con energía:

—¡A mí los valientes!

La mayor parte de aquellos denodados partidarios le rodearon prontos a obedecer sus órdenes: Entonces, mandó que, arrastrando dos cañones de a ocho, de que aún disponían, los condujesen a una altura donde podía cubrir la retirada de los fugitivos, reuniendo allí los restos de su ejército.

Apenas llegarían a dos mil los bravos que habían sobrevivido a la matanza de los días anteriores; pero todos ellos se hallaban dispuestos a morir también, al lado de su jefe.

Sin embargo, sus desesperados esfuerzos fueron inútiles, y no pudieron resistir mucho tiempo las reiteradas acometidas a los republicanos que arrojaban sobre ellos masas imponentes de hombres.

Después de dos horas de lucha desigual y desesperada, en que hicieron esfuerzos sobrehumanos, los últimos restos de los *blancos* abandonaron su trinchera y se diseminaron por los campos.

En aquel terrible día, 23 de diciembre de 1793, dejó de existir el gran ejército realista de los vendeanos.

Capítulo II

El camino de Guérande

Una inmensa muchedumbre de hombres, mujeres y niños, sobrecogida de pánico, huía aceleradamente en dirección a la antigua ciudad de Guérande, como un torrente desbordado, por los pendientes senderos que conducen desde la ciudad de Laval a los valles, resbalando en los taludes de la carretera y avanzando con gran dificultad. Los heridos que acababan de combatir contra los republicanos dificultaban el paso de los últimos que habían abandonado sus hogares, entre los cuales iban algunos infelices horriblemente mutilados que dejaban de existir en medio del camino.

La confusión era espantosa; sin embargo, la ciudad quedó completamente evacuada en menos de una hora.

La resistencia que había puesto Marigny al violento ataque del ejército de la Convención, dio a los fugitivos el tiempo suficiente para recoger a los ancianos, mujeres y niños, y conducirlos al camino real, desde donde oían perfectamente el estampido del cañón que tronaba sobre sus cabezas, protegiendo su retirada.

Pero cuando cesaron los disparos de artillería, los *blancos* acogieron aquel desconsolador silencio con un verdadero espanto, pues supusieron que, no encontrando ya resistencia, los *azules* no tardarían en lanzarse sobre ellos para destruirlos.

Pronto se realizó tan triste augurio: pocos momentos después de haber callado los cañones de Marigny, se divisaron a corta distancia las avanzadas republicanas, que no tardaron en alcanzar a los fugitivos y dispararon sobre ellos sus fusiles.

Muchos de aquellos infelices, inermes en su inmensa mayoría, caían atravesados por el plomo enemigo.

La pluma se resiste a pintar aquel cuadro desolador. La lluvia seguía cayendo a torrentes, en medio de una oscura niebla, iluminada a intervalos por la claridad de los relámpagos o de los fogonazos del cañón y de la fusilería republicana; el estampido del trueno se mezclaba con las detonaciones de la artillería: profundos charcos de lodo, enrojecidos por la sangre de los que caían heridos o sin vida, cortaban a trechos la vía pública.

Pero los fugitivos no tenían más remedio que seguir la carretera, pues la única manera de salvarse era continuar su marcha sin volver el rostro atrás: si se desviaban a la derecha, tropezaban con pantanos intransitables; por la izquierda les cerraba el paso el río, engrosado a la sazón por la lluvia y completamente desbordado.

No había, pues, más remedio que seguir la línea recta; y si algún realista desesperado hubiese tenido la intención, de perder la vida arrojándose al Loira, habría encontrado sus orillas cubiertas de cadáveres, procedentes de las ejecuciones en masa dispuestas en Nantes por el sanguinario Carrier.

Entre tanto, los republicanos acosaban de cerca de los fugitivos, cuya situación era más angustiosa a cada momento. Los heridos, los ancianos, las mujeres y los niños dificultaban su marcha. Los enfermos, así como los recién nacidos, sufrían el rigor de la tormenta.

El hambre y el frío aumentaban el rigor de sus sufrimientos.

Los animales domésticos, esto es, los carneros y las vacas que los *blancos* habían sacado de sus establos para llevarlos consigo, redoblaban aquella espantosa confusión, mezclando con el fragor del trueno y de la lluvia sus balidos y sus mugidos.

A veces se espantaban de los relámpagos, y, lanzándose a la carrera, atropellaban a las personas, abriendo brechas a través de los grupos, hiriendo a muchos de los que los componían y aumentando la confusión y el pánico.

En medio de aquella inmensa masa de gente, se confundían las clases y las edades; jóvenes señoritas de la rancia nobleza de la Vendée, de Anjou, de Poitou y de Bretaña, que habían seguido constantemente a sus padres y a sus hermanos en aquella guerra

fratricida, compartían su peligro con valor heroico y, colocándose al lado de los escasos combatientes que protegían con las armas en la mano aquella funesta retirada, alentaban con su ejemplo a los *blancos*, y gritando de vez en cuando: ¡Fuego, vendeanos!, se ocultaban detrás de los jarales del camino y cruzaban el fuego de sus fusiles con las descargas de los republicanos.

Entre tanto se aproximaba la noche, aumentando con sus sombras el horror de aquellas escenas desconsoladoras.

El conde de Chanteleine, sin cuidarse de sí mismo para nada, acudía a todas partes, animando a los que empezaban a desfallecer; ayudando a salir del lodo a los que se habían metido en él; ofreciendo su apoyo a los heridos o a los que iban perdiendo sus fuerzas y comunicando su aliento a los que todavía empuñaban su fusil.

Temía que cerrase la noche, y, sin embargo, confiaba en que sus protectoras sombras harían desistir a los soldados republicanos de tan enconada persecución.

Pero al paso que obraba así, su corazón se desgarraba de dolor, viendo el cuadro que se ofrecía a sus ojos, a pesar que había tenido ocasión de contemplar muchos semejantes, en aquella guerra de diez meses en que había combatido sin descansar un solo día.

Al resonar el primer grito de insurrección en Saint-Florent, abandonó su castillo de Chanteleine, dejando en él a su esposa, a su hija, a sus deudos, a cuanto amaba en el mundo, y voló a la defensa del trono y del altar, lleno de fe y de entusiasmo por su causa.

Audaz, decidido, heroico siempre, era el primero cuando había que entrar en fuego, y el último que dejaba el combate, su carácter, entero y caballeresco, era uno de aquellos que hicieron exclamar al general Beaupuy:

—Los soldados que han vencido a tales héroes pueden gloriarse de rechazar a todos los pueblos de Europa, aunque se reúnan para atacar a Francia.

Resuelto a no abandonar la empresa que con tal decisión había acometido, comprendía perfectamente que su misión no había terminado al ser vencido en Savenay, y se mantenía impertérrito a retaguardia de aquel pueblo fugitivo, protegiendo la retirada con el puñado de valientes que todavía conservaban sus armas.

Multiplicándose con una actividad inconcebible, ora activaba la marcha de la muchedumbre que le precedía, ora hacía frente a sus perseguidores quemando sus últimos cartuchos en refriegas desiguales; ora contenía a sablazos a los *azules* que, separándose del ejército republicano, se aproximaban demasiado a su ya diezmada columna.

Sus esfuerzos titánicos iban, no obstante, a ser infructuosos dentro de breves momentos: sus últimos compañeros de armas caían poco a poco detrás de él atravesados por el plomo enemigo: la inmensa turba

que le precedía marchaba más lentamente al paso que la noche iba aproximándose; en vano empujaba abriendo los brazos a los rezagados; en vano les gritaba con energía y con acento afectuoso:

—¡Adelante, hijos míos, andad sin deteneros, pues sólo así podremos salvarnos!...

Uno respondía con voz apagada:

—¡No puedo más, estoy desfallecido!

Otro exclamaba con desesperación:

—¡Me muero!

—¡Socorro! —gritaba una mujer, a quien una bala acababa de atravesar el pecho.

—¡Mi hija, mi hija! —decía otra, separada de una niña que llevaba de la mano y que había perdido en medio de la oscuridad...

El conde de Chanteleine procuraba consolar a los unos, auxiliar a los otros y ayudar a todos; pero las fuerzas empezaban a faltarle, cuando de improviso se acercó a él un campesino a quien reconoció a pesar de la oscuridad de la noche, anticipada por la niebla.

—¡Kernan! —exclamó con sorpresa—, ¡eres tú!

—Yo soy, señor.

—Tú, Kernan, ¿conque vives todavía?

—Sí vivo; pero marchemos de aquí; corramos sin detenernos un solo instante.

—¡Qué dices de marchar! Y esos infelices —preguntó el conde señalando los grupos de dispersos a quienes sólo su presencia podía prestar aliento—¿crees tú que podemos dejarlos abandonados a su horrible destino?

—Señor —repuso el labriego—, ni vuestros nobles deseos, ni vuestro valor pueden hacer ya nada a favor suyo; venid, pues, conmigo, venid...

—¿Qué es lo que exiges de mí, Kernan?

—Vengo a decirle que hay seres más dignos de compasión que os aguardan.

—¿A mí?

—A usted, mi amo: la señora condesa... mi sobrina María...

—¡Mi esposa! ¡Mi hija!... —exclamó el conde estremeciéndose y cogiendo convulsivamente el brazo de Kernan.

—He visto a Karval.

—¿A Karval?... —gritó Chanteleine, arrastrando tras de sí al labriego, lejos de un grupo de fugitivos que les rodeaba a la sazón.

Aquel hombre era un campesino, que llevaba la cabeza cubierta con un gorro de lana parda, sobre el cual se encasquetaba un sombrero de anchas alas, rodeado de un rosario de cuentas gordas, su rostro era varonil, enérgico y rudo, una larga cabellera manchada de sangre, le bajaba hasta los hombros, y un ropón de tela burda, que le

llegaba a las rodillas desnudas y enrojecidas por el frío, cubría su cuerpo; unas polainas de paño gris ceñían sus piernas, ajustadas con cintas de colores, y llevaba los pies metidos en unos gruesos zuecos de madera medios destrozados y sucios de sangriento lodo; finalmente una piel de cabra que llevaba sobre los hombros a guisa de manto completaba su traje de bretón. Entre los pliegues de su túnica, asomaba el mango de un largo cuchillo sujeto a la cintura por una correa de piel de caballo, y en la mano derecha llevaba un fusil cogido por la mitad del cañón.

Aquel hombre parecía ser muy vigoroso, y, en efecto, en su país pasaba por tener unas fuerzas sobrehumanas; se contaban de él rasgos portentosos, y jamás aquel terrible luchador había encontrado quien le venciera en las romerías de Bretaña, a las que solían asistir los mozos más hercúleos del país.

Sus vestidos rotos, enlodados y cubiertos de sangre, demostraban claramente la parte activa que había tomado en los últimos combates del ejército realista.

Este personaje siguió a grandes pasos al conde de Chanteleine, que abandonando de pronto la retaguardia de los fugitivos, y queriendo adelantar su marcha, dejó el camino real, precipitándose por medio de pantanos llenos de lodo y de agua.

Las palabras del campesino le habían sobrecogido llenándole de terror, y cuando, gracias a su voluntad de hierro y a su vigorosa energía, consiguió alcanzar la vanguardia de su columna, se encontró cerca de un pequeño soto, entre cuyos árboles hizo penetrar al bretón, a quien preguntó nuevamente con voz entrecortada por el sobresalto y la fatiga:

—¿Con que has visto a Karval?

—sí, señor.

—¿Y en dónde?

—En el último combate, entre los *azules*.

—¿Y él te ha reconocido?

—Sí, señor, en el acto.

—¿Y te ha hablado?

—Sí; después de haber disparado sobre mí sus dos pistolas.

—¿Luego, estás herido?...—exclamó el conde con el más vivo interés.

—Todavía no —repuso Kernan, con melancólica sonrisa.

—¿Y qué te ha dicho ese miserable?

—«Se te aguarda en el castillo de Chanteleine», me gritó, y después desapareció en medio de la humareda del combate; yo quise alcanzarle, pero me fue imposible.

—¡«Se te aguarda en el castillo de Chanteleine»! —repitió el conde—. ¿Qué habrá querido dar a entender con esas palabras?

—Nada bueno, señor.

—Lo creo, pero ¿qué hacía ese miserable entre los *azules*?

—Capitaneaba un grupo de tunantes de su misma ralea.

—He aquí un digno oficial de las tropas republicanas, a quien arrojé de mi castillo por ladrón —dijo el conde con desdeñoso acento.

—Es verdad —repuso Kernan—, en los tiempos que corremos les es fácil a los bribones hacer fortuna. Pero, señor, no olvidéis las palabras de ese infame, que no por ser tuyas me parecen menos terribles: en el castillo de Chanteleine te esperan, dijo, y creo que debemos correr al castillo.

—Sí, sí, vamos —dijo el conde, haciendo un movimiento para marchar.

Mas deteniéndose de nuevo, añadió:

—Pero, ¿y esos infelices confiados a mi custodia? ¿Y la causa de nuestra religión y nuestro rey?

—Señor —repuso con gravedad el campesino—, antes que a la patria, antes que a todo lo del mundo nos debemos a nuestra familia. ¿Qué sería sin nuestra protección, de mi señora la condesa, de vuestra querida hija? Ya habéis cumplido con vuestro deber de caballero, combatiendo como un héroe por vuestra patria y por vuestro rey. Volvamos, pues, sin escrúpulo al castillo, y cuando los nuestros hayan llegado a Guérande, volveremos a unirnos con ellos. El ejército católico ha sido destrozado y se halla deshecho, pero aún no ha terminado todo. Créame, señor; yo conozco allá en la baja Bretaña, en Morbihan, a cierto sujeto, llamado Jean Cottureau, que todavía ha de dar mucha calentura a los republicanos, haciéndoles hilar más de lo que ellos imaginan; dejémosle hacer y luego le ayudaremos nosotros a enredar a la madeja.

—Vamos, pues —dijo el conde—; tienes razón, buen Kernan; las palabras de ese infame Karval encierran sin duda, alguna siniestra amenaza; ante todo debo sacar de Francia a mi esposa y a mi hija; cuando las dejemos en lugar seguro, volveremos a nuestra patria, haciéndonos matar, en nuestro suelo.

—Sí, mi querido amo —exclamó el labriego con alegría—, volveremos juntos y juntos moriremos si es preciso. Pero partamos ahora.

—Partamos, pero ¿cómo llegar al castillo?

—Si queréis creerme, encaminémonos hacia Guérande, desde allí seguiremos a lo largo de la ribera hasta el puerto de Croisic, o hasta el de Piriac, en donde podremos embarcarnos para llegar por mar a una de las bahías de Finisterre.

—Pero, ¿dónde podremos hallar una barca que nos conduzca? —objetó el conde.

—¿Llevas dinero?

—Sí, unas mil quinientas libras.

—Pues bien, con eso sobra para comprar una barca de pescar, y si es necesario también a los pescadores.

—Sin embargo...

—No estamos en situación de escoger, señor; si fuésemos por tierra no tardaríamos en caer en manos de alguna partida de esos perros republicanos, que no nos darían cuartel; o tendríamos que marchar a salto de mata, evitando el camino real, tomando sendas tortuosas y ocultándonos a cada paso, lo cual nos haría perder un tiempo precioso en marchas y contramarchas, y nos expondríamos a llegar demasiado tarde.

—Entonces, ¿en marcha! —dijo el conde dejando de titubear.

—En marcha —repuso Kernan, tomando la dirección que había indicado.

Chanteleine tenía puesta toda su confianza en aquel bravo campesino, que era su hermano de leche, como se complacía en repetir a cada momento; el valiente bretón formaba parte de la familia del conde; llamaba sobrina a María, la hija de su señor, y la tierna joven solía también llamarle a él mi buen tío Kernan.

Desde la más tierna infancia, amo y criado habían vivido juntos, sin separarse un solo día. El honrado campesino, por la educación que había recibido en casa de sus amos, se consideraba superior a las gentes de su clase; durante su infancia disfrutó en compañía de su señorito los placeres de la niñez; cuando joven, corrió con él las aventuras propias de la edad, y ya de hombre, le siguió a la guerra, compartiendo sus fatigas y reveses.

Al partir el conde a reunirse con Cathelineau, quiso dejar a Kernan en su castillo; pero le fue imposible separarse del que se había acostumbrado a mirar como a un hermano; además junto a la condesa y a su hija, quedaban otros servidores, tan adictos a ellas como el bravo bretón, al paso que la situación del castillo de Chanteleine, escondido en el fondo de Finisterre, y lejos de Quimper y de Brest, en donde se agitaban los clubs republicanos, ofrecía a sus habitantes la seguridad suficiente, lo cual decidió al conde a toma parte en el movimiento realista, sin temer nada por su familia; pero el encuentro de Karval, antiguo servidor del castillo a quien había sido necesario expulsar de él un año antes por ladrón, y las fatídicas palabras de aquel miserable, despertaron los recelos del conde, y le decidieron volver a sus estados.

Después de haber caminado silenciosamente un largo trecho, a través de escabrosos senderos, Chanteleine y Kernan volvieron los ojos al camino que habían abandonado, y a través de la bruma de la noche divisaron confusamente el largo cordón de fugitivos, cuyos clamores llegaban todavía a sus oídos como un sordo murmullo, que iba

perdiéndose en el espacio.

Por fin, a las ocho de la noche llegaron a Guérande, llevando a lo sumo media hora de ventaja a los vendeanos, de quienes se habían separado para caminar más deprisa.

Las puertas de la ciudad estaban ya cerradas y sus rastrillos levantados; pero pudieron penetrar en ella por unas de sus poternas.

Las calles se hallaban completamente desiertas. Aquella sombría tranquilidad, aquel sepulcral silencio, formaban un triste contraste con el horrible estruendo que había reinado poco antes en la próxima ciudad de Savenay.

Ni una sola luz brillaba en las ventanas; ni un solo transeúnte cruzaba las calles. El terror había hecho cerrar todas las puertas y balcones de aquellas casas oscuras, cuyos habitantes permanecían encastillados en ellas después de haber pasado por dentro los cerrojos.

Aquella mañana habían oído el estampido de los cañones y el estruendo de la batalla trabada entre republicanos y realistas, y cualquiera que fuese el resultado del combate, tenían igualmente la llegada de los vencidos o de los vencedores, pues estaban seguros de ser víctimas de la desesperación de los unos o de la arrogante soberbia de los otros.

Los dos recién llegados caminaban a paso largo, y, pisando fuertemente sobre el desigual empedrado de las calles, despertaban los ecos de la noche. No tardaron mucho tiempo en llegar a la plaza de la iglesia, y poco después ya se hallaban junto a los muros exteriores de la población y en el lado opuesto de la poterna por donde habían entrado.

Allí se pararon a respirar un momento, y pudieron percibir todavía el confuso rumor de la muchedumbre que, perseguida por los republicanos, caminaba hacia la ciudad. De vez en cuando llegaban a sus oídos voces lastimeras y gritos de amenaza, dominados por algunas descargas de fusilería.

Había cesado de llover; la luna asomaba a intervalos por el horizonte, a través de negros nubarrones, que ora la envolvían en una densa oscuridad, ora dejaban descubierto su hermoso disco, impelidos por las violentas ráfagas de un viento del oeste que silbaba enfurecido. Por efecto de una ilusión óptica, parecía que el astro de la noche recorría el espacio con movimiento vertiginoso a impulso de un poder oculto que le hacía huir con rapidez, despidiendo ráfagas de luz eléctrica que iluminaban con vivo fulgor los campos, empapados por la lluvia, y dejando ver los más insignificantes surcos, al paso que se dibujaban en el suelo anchas fajas de sombra, que contrastaban de una manera extraña con la claridad fosfórica que llenaba el espacio.

El conde y Kernan, apenas asomó la luz de la luna, dirigieron sus miradas hacia el mar.

La bahía de Guérande apareció ante ellos, más allá de la sabana de arena que se extendía a lo largo de la vecina playa.

A su izquierda, el campanario de la aldea de Batz parecía salir de entre los amarillos muros del contorno, más lejos asomaba la aguda flecha que corona el faro de Croisic, y en el fondo de tan pintoresco paisaje se elevaba aquel gigantesco promontorio que va perderse en el océano Atlántico.

A su derecha, los ojos de Kernan, acostumbrados a penetrar las sombras de la noche, divisaron el campanario de la pequeña aldea de Piriac, destacándose sobre el mar en que rielaba la luna, cuya dudosa claridad hacía que allá a lo lejos se confundiese en el horizonte el azul de las aguas con el azul del cielo.

El viento seguía soplando con violencia; los árboles, despojados de hojas, agitaban sus ramas, y de vez en cuando se desprendían de lo alto de la desmesurada muralla algunas piedras que rodaban hasta perderse entre el lodo del foso que rodea la ciudad.

El conde de Cnateleine, después de haber estado reflexionando un largo rato, dirigió al fin la palabra a Kernan, para preguntarle:

—¿Qué hacemos? Allá abajo está la ciudad de Croisic, más allá se divisa la aldea de Piriac, ¿Dónde debemos dirigirnos?

—En la ciudad tendríamos sin duda algunas probabilidades más de hallar un barco; pero para llegar ahí sería necesario que retrocediésemos en nuestro camino, y una vez internados en esa lengua de tierra, nos exponemos a que nuestros enemigos nos corten la retirada.

—Decide, pues, lo que hayamos de hacer, Kernan; desde este momento me someto en absoluto a tus órdenes.

—Yo creo que debemos doblar por la bahía y dirigirnos desde luego a la aldea de Piriac. El camino no es largo; tres leguas escasas que a buen paso pueden andarse en dos horas.

—En marcha, pues —dijo el conde; y ambos se alejaron de la ciudad, precisamente en el momento en que los fugitivos vendeanos penetraban en ella por el lado opuesto, destrozando sus puertas, atravesando los fosos escalando las murallas, dando, en fin, un verdadero asalto a la población.

De repente, aparecieron luces en todas las ventanas; los pacíficos habitantes de Guérande se estremecieron de terror al ver aquella repentina invasión; algunas detonaciones de cañón hicieron temblar las vetustas murallas, y las campanas de la iglesia empezaron a herir los aires con el terrible toque de rebato.

Al oír Chanteleine aquel confuso rumor, sintió que el corazón se le oprimía, su mano apretó convulsivamente el fusil que empuñaba y volvió hacia la ciudad su afligido semblante, en cuya vehemente expresión se traslucía el deseo de volar en socorro de sus infortunados

compañeros. Adivinó Kernan su pensamiento, y mirándole, le dijo con un tono lleno de cariñosa reconvención:

—Señor, señor, ¿y vuestra esposa, y vuestra hija?...

—¡Vamos, pues!... —repuso el conde, bajando con paso rápido el talud que conducía desde la ciudad hasta la llanura.

Un momento después ya se hallaban en el campo, desde donde se encaminó seguido de Kernan hacia la costa, evitando la vía pública y apartándose del paso ordinario de las gentes, para lo cual tuvieron que dar un largo rodeo por la orilla de las salinas, al borde de cuyas lagunas se veían cristalizados conos de sal en que se reflejaban los rayos de la luna.

Largo rato anduvieron a través de los árboles raquíticos cuyo ramaje destrozaba el viento, que soplaba con violencia, trayendo desde la ciudad siniestros murmullos, que se confundían con el sordo rumor producido por la subida de la marea.

De vez en cuando llegaban hasta aquel sitio gritos dolorosos, y algunas balas perdidas venían a estrellarse en las rocas de la costa.

Las llamas de un incendio iluminaron de improviso el horizonte con su sangriento resplandor, y las manadas de hambrientos lobos que siguen a los ejércitos lanzaban siniestros aullidos, oliendo de cerca la carne viva.

Chanteleine y Kernan caminaban deprisa y sin cambiar una sola palabra; pero los mismos pensamientos agitaban sus almas, por cuya razón no necesitaban hablar para entenderse.

Algunas veces se detenían para mirar hacia atrás y examinar el campo, y cuando se cercioraban que no eran seguidos, continuaban su marcha, siempre redoblando el paso.

Antes de las diez de la noche llegaron a la aldea de Piriac; pero no queriendo exponerse a penetrar en ella, por temor a encontrar algún obstáculo, se fueron directamente a la punta de Castelli, y desde allí dirigieron sus miradas hacia el mar.

A la derecha se elevaban las rocas de la isla Dumet; a la izquierda, el afro de Tour, que dirigía su luz intermitente hacia todos los puntos del horizonte, y en el centro se divisaba la sombría masa de Belle—île.

El conde y su compañero, no descubriendo en aquel lugar ninguna barca de pescadores, tuvieron que volver a Piriac; allí, varios barquichuelos amarrados a la orilla se balanceaban a impulso de los vaivenes de la marea creciente.

Kernan se fijó en uno de ellos, que un pescador se disponía a abandonar, después de haber plegado cuidadosamente sus velas.

—¡Hola! ¡Eh!... ¡Amigo!... —le gritó.

El interpelado saltó a tierra aproximándose con recelo al que le llamaba.

—¿Qué se le ofrece?

—¡Ven aquí! —le dijo el conde.

—¿Qué se le ofrece? No es de este país por lo que veo, —añadió aproximándose algunos pasos—¿Qué es lo que quiere de mí?

—¿Podrías hacerte a la mar esta misma noche llevándonos a bordo? —preguntó Kernan...

—¿A dónde quiere ir? —replicó el pescador.

—A donde te diremos después de habernos embarcado —contestó Chanteleine.

—La mar no está muy buena, y el viento sudoeste es muy peligroso.

—¿Pero, y si se te paga bien? —dijo Kernan.

—Nunca podrán pagarme bien mi pellejo —contestó el pescador, que trataba de averiguar el objeto de aquel viaje y de conocer a sus interlocutores... pero después de vacilar un momento añadió: —¿Vienen del lado de Savenay? Saben que por allá se bate bien el cobre...

—¡Y a ti qué te importa! —exclamó Kernan impacientándose—. ¿Quieres embarcarnos, sí o no?...

—Por vida mía, no; ya lo saben.

—Entonces ¿podrás decirnos si en el lugar habrá algún otro marinero más atrevido que tú? —preguntó el conde.

—Creo que no —repuso el pescador—; pero dígame —añadió guiñando un ojo—, hasta ahora no me ha hablado de lo principal: ¿Cuánto piensa ofrecerme?

—Mil libras —respondió el conde.

—¿En papel?

—En oro —dijo Kernan.

—¿En oro? ¿En oro de buena ley? Veamos, veamos cómo es eso.

El conde se desciñó el cinto, y sacando 50 luises se los presentó al pescador, diciéndole:

—Tu barca apenas vale la cuarta parte de esta suma.

—Es verdad —respondió el marino, cuyos ojos centellaron de codicia al ver tanto oro—, pero mi pellejo bien vale el resto.

—Vamos ¿qué decides?

—Pasemos a bordo —exclamó aquel pobre hombre, tomando la suma que el conde le había presentado; y dirigiéndose de nuevo a su pequeña embarcación la aproximó todo lo posible a la orilla, tirando de la cuerda que le sujetaba.

El conde y Kernan se metieron en el agua hasta la rodilla, entrando en la barca de un salto.

Mientras el pescador levaba el ancla, arrancándola con trabajo de la arena, Kernan izó las vergas y desplegó al viento la vela de mesana; mas cuando aquel terminó su maniobra y trató de embarcarse, el valiente bretón le rechazó bruscamente con el botador.

—¿Qué haces? —gritó el pescador con sorpresa.

—Guarda tu pellejo —le dijo Kernan con ironía—, por lo que a nosotros toca para nada te necesitamos, y tu barca ha sido bien pagada.

—¿Qué haces? —le preguntó Chanteleine.

—Esto me toca a mí —contestó Kernan, y entregando las velas al viento, empuñó el timón y se hizo a la mar bordeando la costa.

El pescador quedó por un momento estupefacto y silencioso; y cuando recobró la palabra, pasada la primera sorpresa, gritó con desesperación:

—¡Republicanos ladrones!...

Pero su voz se perdió en los rugidos del mar, mientras su barca se alejaba rápidamente desapareciendo a su vista en la oscuridad de la noche y la espuma de las olas.

Capítulo III

La travesía

Kernan, como acababa él mismo de indicarlo, no hallaba la menor dificultad en dirigir una chalupa; había hecho su aprendizaje, como pescador, en su juventud, y le era muy familiar la costa de Bretaña desde el cabo de Croisic hasta el de Finisterre. No había siquiera una roca, una ensenada, una bahía que le fuera desconocida, sabía las horas en que la marea subía o bajaba en todos los puntos, y no temía los escollos ni los bajíos.

La barca que tripulaban los dos fugitivos era una chalupa de pescar, fina y chata de popa, pero alta de proa, muy marinera y perfectamente dispuesta para resistir los embates del mar en una tempestad.

El puente, corrido en toda su longitud, no tenía más abertura que la destinada al que debía de guiar el timón, y llevaba dos largas velas de color encarnado, una mesana y otra cangreja, de suerte que podía surcar impunemente las olas embravecidas, lo cual sucedía con frecuencia, cuando su dueño iba a pescar sardina por la barra de Belle-Île, y cuando volvía para tomar la embocadura del Loira y remontarse hasta Nantes.

Verdad es que Kernan y el conde sólo eran dos para atender a las maniobras, pero una vez cargadas las velas, la barca se engolfó en alta mar, impelida por el viento sudoeste que soplabla con violencia y hacía que se deslizase sobre las olas con gran rapidez.

Aunque el viento era duro, el atrevido bretón no quiso tomar ni un solo rizo a sus velas, que se inclinaban a veces hasta mojar sus relingas en el agua; pero ora virando a babor o estribor, ora ciando un instante, ora en fin dando la popa al viento, Kernan enderezaba la

barca, que seguía avanzando como un saeta a través de las embravecidas olas.

Serían las cinco de la mañana cuando la chalupa pasaba entre Bell—Île y aquella pequeña península de Quiberon que algunos meses más tarde había de ser inundada de sangre francesa con deshonor de Inglaterra.

Las provisiones de la embarcación consistían en algunos trozos de pescado ahumado, que el pescador dejó en ella, de suerte que los fugitivos tuvieron que contentarse con tan frugal refrigerio, después de haber pasado quince horas sin tomar ningún alimento.

En los primeros instantes de aquella arriesgada travesía, Chanteleine se mantuvo silencioso y taciturno.

Una fuerte emoción le dominaba, su espíritu confundía de una manera extraña las escenas pasadas y las que preveía pudieran sobrevenir en lo sucesivo.

En aquel momento en que corría a socorrer a su esposa y a su hija, la imaginación se las presentaba más amenazadas a cada instante de peligros desconocidos, pero horrorosos.

Reflexionaba, discutiendo mentalmente consigo mismo, si en efecto era posible que les ocurriese alguna desgracia durante su ausencia; procuraba traer a la memoria las últimas noticias que había recibido del castillo, para deducir por ellas si eran fundados sus temores; y se perdía en un mar de conjeturas y recelos.

Por fin, dirigiendo la palabra a Kernan, le dijo:

—Oye, ese Karval del que me has hablado, es bastante conocido en nuestro país, y supongo que los habitantes de mi castillo no lo recibirían muy bien si se atreviese a presentarse allí ¿Qué opinas de esto?

—En efecto —contestó Kernan—, estoy seguro de que vuestros servidores habrían de hacerle una desagradable acogida; pero es el caso que si ese infame se decide a ir a Chanteleine no irá solo; además con una simple delación puede perder a la señora condesa, y a vuestra inocente hija. ¡Dios mío, Dios mío, en qué tiempos vivimos!

—Tiempos horribles —repuso Chanteleine con amargura—, tiempos desastrosos en que el cielo no perdona a nadie; pero debemos resignarnos con nuestra suerte y someternos a la voluntad divina. ¡Felices aquellos que no teniendo familia sólo deben temer por sí mismos! Nosotros, Kernan, luchamos, nos batimos en defensa de nuestra santa causa, y entre tanto nuestras madres, nuestras hermanas, nuestras esposas, nuestras hijas, que no hacen más que llorar y rogar a Dios para que nos saque con bien de nuestra empresa, se hallan también expuestas a las iras de nuestro enemigo.

—Felizmente aquí estamos nosotros para defenderlas —dijo Kernan—, y antes de llegar a ellas será necesario que pasen por

nuestros cadáveres. De todos modos hicisteis bien en ir solo a la guerra, oponiéndose a que la señora condesa y María le acompañasen como lo deseaban animosamente, y como lo han hecho la señora de Lescure, la de Donnissant y algunas otras, exponiéndose a sufrir las mayores privaciones y las más horribles miserias. ¡Cuántos padecimientos se han ahorrado permaneciendo en Chanteleine!

—Sin embargo —replicó el conde—, en este momento quisiera tenerlas a mi lado; aunque hasta aquí he abrigado el convencimiento de que se hallaban seguras en el castillo, desde que ese canalla de Karval te ha hablado, desde que me comunicaste su amenaza, tengo miedo.

—Tranquilícese, señor —dijo Kernan—; si el viento sigue protegiéndonos como hasta aquí, mañana temprano descubriremos la costa de Finisterre, y suceda lo que quiera nos hallaremos en breve cerca del castillo.

—¡Cuánto van a sorprenderse la condesa y mi hija al vernos regresar tan de improviso! —murmuró el conde sonriendo tristemente.

—¡Orzad... orzad a la izquierda!... —exclamó Kernan—. ¡Oh, ya estoy viendo cómo la señorita María abraza a su padre, saltando a su cuello y estrechándole contra su corazón, y cómo tenderá también los brazos a su tío, como me llama siempre!... Pero es necesario no perder tiempo y ponerlas en lugar seguro.

—Sí, tienes razón; los *azules* no pueden tardar ya en visitar mi castillo; pues la municipalidad de Quimper les hará pensar en ello muy pronto.

—Entonces, señor, ya sabe lo que debemos hacer al llegar a Chanteleine.

—Sí —contestó el conde, exhalando un suspiro.

—No tenemos muchos partidos en que escoger, pues sólo nos resta uno.

—¿Y cuál es? —preguntó el conde.

—Reunir todo el dinero que posea, todo el mío; buscar un buque, cueste lo que cueste, y trasladarnos a Inglaterra.

—¡Emigrar!... —dijo el conde con acento dolorido.

—No hay otro remedio; nuestro país ya no ofrece seguridad ni para vos, ni para los vuestros.

—Tienes razón, Kernan, el comité de Salvación Pública de París va a llevar a cabo las más terribles represalias en Bretaña y en la Vendée. Después de habernos vencido va a asesinarnos.

—Así es, señor; ya ha enviado sus agentes más crueles a Nantes, y no hay duda que enviará otros a Quimper, otros a Brest, y las riberas del Finisterre no tardarán en verse teñidas de sangre y cubiertas de cadáveres, como ha sucedido en las orillas del Loira.

—Sí; dices bien, amigo mío; ante todo debemos salvar a mi esposa

y a mi hija, pobres y dulces criaturas del alma mía; pero si partimos, tú nos seguirás también, Kernan.

—Yo... yo ya iré a reunirme con usted, señor.

—Pues qué ¿acaso no piensas venir con nosotros?

—Ahora no; pues tengo necesidad de verme con alguno a quien deseo decir dos palabras antes de abandonar Bretaña.

—¿Será acaso Karval?

—Precisamente; lo habéis adivinado, señor.

—¡Bah!, déjale estar, Kernan. Ese miserable no se librará de la justicia divina.

—Y creo, señor, que tampoco de la humana.

Chanteleine conocía demasiado la tenacidad de su servidor, y sabía cuán difícil hubiera sido disuadirle de sus ideas de venganza; callóse, pues, y sus pensamientos volvieron a fijarse en su esposa y su hija; así es que dirigió sus miradas hacia la costa con tal tenacidad que parecían querer devorarlas. Contaba con ansiedad las horas, los cuartos, los minutos que transcurrían, sin pensar siquiera en la posibilidad de tener que arrostrar los peligros de una tormenta.

Mil siniestros pensamientos se agolpaban a su imaginación y traían a la memoria todas las desdichas y atrocidades de aquella guerra fratricida, en que no se daba cuartel, en que por una y otra parte se cometían los mayores horrores, las crueldades más espantosas. Nunca se habían ofrecido a su mente los peligros que corrían su esposa y su hija, como en aquel momento; su imaginación, exaltada, se las hacía ver perseguidas, prisioneras u ocultas entre las rocas de la ribera, y aguardando su salvación de un socorro inesperado; de vez en cuando alargaba el cuello para escuchar mejor, creyendo percibir una voz que le llamaba desde la orilla. Entonces preguntaba con ansiedad:

—¿Has oído, Kernan?...

—Nada, señor, no haga caso; eso es el graznido de alguna gaviota empujada hacia la costa por la tempestad.

Las diez de la noche, más o menos, serían, cuando Kernan reconoció la rada de la antigua ciudad de Lorient y el fuerte de Port-Louis, cuyas luces brillaban a través de la oscuridad; se aproximó a ella, y tomando por entre la costa y la isla de Croix, se lanzó a alta mar internándose en ella con valentía.

El viento seguía siendo favorable; pero soplaba ya con tanta violencia, que el atrevido bretón, a pesar de su prisa y de la impaciencia del conde, se vio obligado a tomar todos los rizos de la mesana y de la cangreja, teniendo el mismo Chanteleine que ayudarle en la maniobra. La proa de la barca, sin que se notase que se habían recogido las velas, cortaba con velocidad las embravecidas olas, que saltaban rugiendo sobre cubierta y llenaban el puente con sus

espumas.

Quince largas horas duraba ya aquella peligrosa navegación; la noche se iba haciendo más espantosa, al paso que se desencadenaba la tormenta. La proximidad de las rocas hacia las cuales atraía la resaca al pequeño buque, era capaz de intimidar a los más experimentados marinos. Kernan hizo virar de lado su chalupa para evitar los arrecifes que hacen tan peligrosa la navegación en las costas de Bretaña.

Los fugitivos no podían ni siquiera entregarse a un momento de reposo, pues el más leve descuido, la más insignificante equivocación en la maniobra hubiera bastado para hacer zozobrar su pequeño buque. Ambos luchaban con heroísmo, y cuando el cansancio parecía frustrar sus fuerzas, el recuerdo de los seres queridos a quienes iban a proteger, les infundía nuevo ánimo.

Sobre las cuatro de la madrugada, el huracán comenzó a calmar un tanto, y a la luz de un relámpago descubrió Kernan, por la parte del este, las torres de Trévignon.

Apenas podía hablar; pero alargando la mano, mostró con el dedo al conde la luz vacilante del faro.

El conde juntó sus manos, como si murmurase una plegaria.

En aquel momento la chalupa pasaba por delante de la bahía de Forêt, que se extiende entre las aldeas de Concarneau y de Fouesnant.

El mar se hallaba relativamente más en calma, y menos combatido por el viento, de suerte que eran mucho menores las rompientes de las olas. Una hora después de haber entrado en la bahía la pequeña embarcación, y cuando iban sus tripulantes a tocar el término de su viaje, un golpe de mar la arrojó de improviso contra una roca del cabo de Coz, a pesar de navegar a palo seco, siendo tan espantosa la violencia del choque, que el casco se abrió, yéndose a pique.

Chanteleine y Kernan cayeron al agua; pero haciendo esfuerzos supremos y nadando con desesperación consiguieron ganar la orilla, desde donde pudieron ver cómo su desfondada chalupa acababa de sumergirse.

—Ya no queda ni rastro de nuestro buque —dijo Kernan.

—Ya lo veo —añadió el conde.

—Y ahora, al castillo —gritó el valiente bretón como si la fatiga no hubiese podido postrar sus fuerzas.

Veintiséis horas habían invertido en su penosa travesía.

Capítulo IV

El castillo de Chanteleine

El castillo de Chanteleine se hallaba situado a tres leguas poco más o menos de la pequeña aldea de Fouesnant, en un lugar

pintoresco, entre Pont-Abeé y Plougastel, a poco menos de una legua de la costa de Bretaña.

Los cuantiosos feudos y pingües tierras que constituían la propiedad de Chanteleine pertenecían desde tiempo inmemorial a la noble familia del conde, que era de las más antiguas e ilustres de la vieja Bretaña.

El castillo, no obstante, sólo databa del tiempo de Luis XIII, y presentaba un aspecto de rudeza campestre, si bien sus robustos muros de granito le daban un carácter imponente y le hacían tan sólido e indestructible como las rocas de la costa.

No se veían en él ni torres almenadas, ni saeteras en los muros, ni poternas, ni garitas suspendidas en sus ángulos, como nidos de águila, de suerte que su vista no despertaba en la imaginación la idea de una fortaleza de la Edad Media, en las pacíficas tierras de Bretaña, si bien es verdad que sus señores jamás tuvieron que defenderse de ninguna agresión, ni siquiera de sus vasallos.

Desde tiempo inmemorial, la familia del conde ejercía en el país una influencia feudal casi ilimitada, tanto por sus riquezas como por sus costumbres.

Los Chanteleine fueron siempre muy poco cortesanos a pesar de su rancia nobleza; no eran de carácter flexible, repugnaban las rígidas prescripciones de la etiqueta, y apenas en el transcurso de tres siglos habían ido a París a hacer la corte a sus reyes.

Ante todo, se apreciaban de buenos bretones, y vivían contentos lejos de las intrigas áulicas y completamente separados del resto de la nación francesa.

Para ellos el casamiento de Luis XII con Ana de Bretaña no fue legítimo, no tuvo lugar, y siempre guardaron rencor a aquella altiva y soberbia duquesa, por haber hecho lo que no titubeaban en calificar en alta voz de «innoble enlace», o lo que es peor, de traición.

Esto no obstante, aunque los Chanteleine se contentaban con ser los señores de su casa y de sus feudos, podían presentarse a los reyes de Francia como modelos, y muy capaces de darles lecciones de gobierno, como lo probaba el que, a pesar de ser dueños casi absolutos de sus estados, habían sido siempre queridos de sus vasallos.

Esta noble familia, tan estimable por su carácter apacible y bondadoso, produjo pocos capitanes ilustres. Los Chanteleine no habían nacido soldados, y aún en las épocas en que el ejercicio de las armas parecía ser la única ocupación de los nobles, se mantuvieron pacíficamente en su territorio, gozando de una verdadera felicidad y haciendo la de todos los que lo rodeaban.

Desde los antiguos tiempos de Felipe Augusto, allá en el siglo XII, en que las cruzadas arrastraron a sus antepasados a Tierra Santa en defensa de la religión, ni un solo Chanteleine abandonó sus

patriarcales costumbres, ni quiso vestir el arnés militar, ni ceñir espada. Con esto se comprenderá fácilmente que fuesen poco conocidos en la corte, a la cual tampoco pedían jamás favor alguno, pues no anhelaban obtenerlos.

Su patrimonio, gracias a una prudente y sabia administración, había adquirido gran importancia.

Así es que las propiedades de los Chanteleine consistentes en praderas, salinas, pantanos y tierras de labor, eran tenidas por las más considerables del país, aún cuando no fuesen conocidas más allá de un radio de seis leguas.

Gracias a estas circunstancias, y aunque las comarcas vecinas de Fouesnant, Concarneau y Pon-Abeé hubiesen ya recibido las sangrientas visitas de los republicanos de Brest y de Finisterre, el castillo de Chanteleine había escapado milagrosamente a las miradas de aquellas suspicaces municipalidades, cuando el conde salió por primera vez de él.

Poco guerrero, por su carácter y por sus hábitos, el conde desplegó, no obstante, grandes dotes militares en aquella terrible campaña de la Vendée.

Con entusiasmo, fe y valor se es siempre un buen soldado. El conde se portó como un verdadero héroe en esos momentos de prueba, a pesar de su carácter apacible y bondadoso.

Sus primeras tendencias reinclinaron, desde la infancia, a la carrera eclesiástica, y pasó dos años de su juventud en el seminario de Rennes; pero aunque, mostraba gran afición a los estudios teológicos, la necesidad de contraer, como primogénito de la familia, matrimonio con su prima la señorita de Contrae, le hizo seguir distinto estado.

Verdad es que el conde no hubiera podido encontrar más digna compañera de su vida.

Esta noble doncella, tan modesta como hermosa, llegó a ser una mujer modelo y una esposa ternísima, que hizo la felicidad del conde por sus relevantes y bellas cualidades.

Los primeros años de su matrimonio se deslizaron dulcemente, y los amenizaron educando con esmero a su hija María, en el viejo castillo de sus antepasados, y teniendo a todas horas en torno suyo gran número de fieles seguidores, encanecidos en el servicio de los Chnateleine, los cuales completaban en su adhesión y cuidados la felicidad de ambos esposos; felicidad que se transmitía a toda la comarca, cuyos habitantes veneraban a su señor, a quien bendecían a todas horas por sus bondades, y de quien se consideraban más súbditos que del rey de Francia.

Esto se comprende fácilmente, con el rey no tenían más que relaciones desagradables, al paso que con el conde hallaban a todas horas y en todos los azares de la vida socorros y consuelo; de suerte

que en toda la comarca apenas se hallaba ni un verdadero desgraciado ni un mendigo.

Desde tiempo inmemorial no se tenía noticia de que se hubiese cometido un crimen en aquel remoto y escondido rincón de Bretaña.

Esto hará comprender fácilmente el efecto que produjo el robo llevado por Karval en el castillo de Chanteleine, tanto más cuanto que aquel miserable era también bretón y hacía dos años habían entrado al servicio del conde, el cual se vio obligado a despedirle de su casa, no sólo para castigar su falta, sino también para prevenir la indignación de los habitantes del país, que tal vez hubieran querido tomarse justicia por sus manos, y que de ninguna manera habrían consentido que permaneciese entre ellos un ladrón.

Karval, era en efecto bretón, pero también es cierto que había salido muy joven de su pacífica comarca y que había viajado mucho recorriendo varios países, en donde sin duda alguna tuvo ocasión de ver malos ejemplos, y de adquirir vicios que corrompieron su corazón y le arrojaron en la carrera del crimen.

El robo cometido por Karval, que tanto escándalo produjo en la comarca, había tenido efecto dos años antes, y aquel miserable salió del país profiriendo palabras amenazadoras que respiraban saña y revelaban deseos de venganza; pero en aquel entonces le oyeron con desdén y se encogieron de hombros sin hacer caso de él.

Sin embargo, lo que pudo mirarse con desprecio en un miserable ladrón, oscuro, sin prestigio y sin apoyo de nadie, variaba completamente de aspecto, y adquiriría una verdadera importancia, al convertirse en uno de aquellos agentes feroces y sanguinarios del Comité de Salvación Pública.

Así es que cuando el conde tuvo noticia de las amenazadoras palabras de Karval, empezó a temer su venganza y apresuró su regreso al castillo, a pesar de que se suponía que la notoria bondad de su esposa debía ser el mejor salvoconducto para ella y para su hija.

En efecto, la condesa de Chanteleine se había consagrado por espacio de veinte años, desde 1773, a hacer la felicidad de todos los que la rodeaban y de cuantos recurrían a ella en cualquier ocasión.

No ignoraba tan excelente señora que daba gusto a su esposo haciendo todo el bien que podía: así es que se la veía de continuo, ora a la cabecera de los pobres enfermos prodigándoles los más exquisitos cuidados; ora acogiendo bajo su amparo a los ancianos, con caridad evangélica; ora haciendo instruir a los niños del contorno, para lo cual creaba escuelas y pensionaba maestros.

Más tarde, cuando al llegar María a los quince años dejó de ser una niña adorable para convertirse en una joven encantadora, la condesa la asoció a todas sus buenas obras. Así es que unidas la madre y la hija por el sublime lazo de la caridad cristiana, y acompañadas

constantemente por el abate Fermont, virtuoso capellán del castillo, eran una verdadera providencia para su país, recorriendo casi todos los días los lugares, las aldeas y los caseríos de la comarca, desde la bahía de Forét hasta la punta del Raz, en donde repartía sus limosnas con singular delicadeza, entre las familias más necesitadas de los pescadores, a quienes con tanta frecuencia reducían a la miseria las borrascas del mar, arrebatándoles su barca o sus redes.

Los labriegos y los marinos llamaban a la condesa *nuestra ama*.

Las campesinas y las pescadoras, *nuestra buena señora*.

Los niños y las niñas, *nuestra buena madre*.

Ahora se comprenderá cuánto envidiarían todas aquellas pobres gentes la suerte de Kernan, a quien María, la señorita María, la hija de la condesa, llamaba *mi buen tío*, al paso que el señor de Chanteleine le trataba como a un verdadero hermano.

Cuando el conde dejó el castillo al saber el levantamiento de Saint-Florent, para ir a ofrecer su sangre en aras de sus opiniones, que para él eran un verdadero culto, fue la primera vez que se ausentó de su hogar; la primera vez que se apartaba de su esposa y de su hija; la separación fue terrible, dolorosa, pero Humberto de Chanteleine no podía dejar de acudir a la llamada del deber.

Su valiente esposa, aunque sintió que el corazón se le desgarraba al llegar el momento de la separación, aplaudió su marcha y le despidió con la entereza de las antiguas matronas romanas.

En los primeros meses de la guerra ambos esposos tenían con frecuencia noticia el uno del otro, por medio de emisarios que les eran muy adictos; pero el conde no pudo abandonar ni un solo día el ejército realista, donde su presencia era muy necesaria, para ir a dar un abrazo a los suyos que le esperaban en vano, rogando por él a todas horas.

Imperiosos deberes, graves acontecimientos, le retenían en su puesto, como si una cadena de hierro le hubiese atado allí.

Diez meses, diez largos meses hacía ya que no había visto a su idolatrada familia. En los tres últimos, y desde que las armas realistas habían experimentado los horrorosos desastres de Grandville, de Mans y de Chollet, no recibió tampoco noticia alguna de su castillo. Júzguese, pues, cuál sería la ansiedad que experimentaba su tierno corazón al regresar, acompañado de su fiel Kernan, a la mansión de sus antepasados; júzguese cuál sería su emoción al poner el pie en la costa de Fouesnant.

Sólo dos leguas de camino le separaban de su mujer y de su hija; sólo dos horas necesitaba ya para recibir los abrazos y los besos de aquellos seres idolatrados.

—Vamos, Kernan, ¡en marcha!... —exclamó lleno de risueñas esperanzas.

—¡En marcha! —repuso el valiente bretón con regocijo—. Caminemos deprisa, pues esto nos hará entrar en calor.

Un cuarto de hora después amo y criado atravesaron la aldea de Fouesnant, cuyos habitantes se hallaban todavía profundamente dormidos, y se dirigieron rápidamente hacia el término de su viaje a lo largo de las tapias del cementerio devastadas completamente durante la última visita que hicieron los azules a aquella población, cuyos valientes habitantes fueron los primeros en pronunciarse contra la Revolución, no queriendo admitir los clérigos juramentados que les enviaron las municipalidades el 17 de julio de 1792.

En este día, trescientos de aquellos habitantes, conducidos por su juez de paz Alain Nedelec, se batieron denodadamente en las mismas calles del pueblo con los guardias nacionales de Quimper.

Después de una larga refriega fueron al fin arrollados, teniendo que Ceder al número. Los vencedores apacentaron sus caballos en el cementerio y vivaquearon en la nave de la iglesia.

Al día siguiente entraron en Quimper tres carretas cargadas de campesinos. Aquellos infelices paisanos fueron los primeros mártires de su causa en la vieja Bretaña.

Alain Nedelec fue el que estrenó en aquel país el nuevo instrumento de muerte que las autoridades bretonas llamaban *la máquina decapitadora*, y acerca de cuyo uso les daba lecciones con sus propias manos el síndico procurador general, descendiendo hasta los más minuciosos detalles, a fin de que pudiesen servirse de ella con facilidad.

Después de aquel horrible desastre, la aldea de Fouesnant no había podido reponerse de sus pérdidas.

—Bien se ve —dijo Kernan —que los *azules* han pasado por aquí, pues no se observan más que ruinas y rastros de devastación.

El conde no respondió ni una palabra y continuó su camino a través de aquella vasta llanura que termina en la orilla del mar.

Eran ya las seis de la mañana; a la copiosa lluvia que había caído la noche anterior, sucedió un frío glacial: la tierra estaba endurecida; la oscuridad no se había aún disipado completamente en aquellas landas desiertas y en los extensos campos rebeldes a toda clase de cultivos y en los que sólo crecían áridos juncos. El frío había congelado las gotas de agua suspendidas en los espinos y abrojos que parecían petrificados por la blanca escarcha que los envolvía.

A medida que los fugitivos iban alejándose de la orilla del mar, e internándose en el territorio, veían a lo lejos y de trecho en trecho árboles despojados de sus hojas por el invierno, que tenían el aspecto de esqueletos y que doblegaban sus ramas como si fuesen débiles cañas.

A las áridas llanuras sucedieron en breve hermosos campos

cultivados, con sus bancales sembrados de trigo y avena, cercados de sotos, de empaladizas y de fosos, separados unos de otros por largas hileras de espesos carrascales.

Para caminar por aquellos campos era necesario ir a través de ellos, y venciendo las dificultades que a cada paso oponían las gruesas raíces de árboles centenarios que salían de la tierra, en un suelo desigual y que enredándose con gruesas piedras entre las que brotaban secos espinos y entrelazados matorrales, formaban una verdadera red que casi imposibilitaba el paso.

Kernan iba delante del conde abriendo camino, y al choque de los arbustos que volvían a cerrarse cuando se había pasado entre ellos, las ramas de los árboles soltaban una blanca granizada de escarcha que resonaba al tocar al suelo, saltando sobre el hielo que lo cubría completamente.

De vez en cuando el conde de Chanteleine y su fiel compañero se veían precisados a lanzarse por tortuosos senderos o por estrechas acequias que les conducían a bancales cultivados, de los que salían luego, corriendo siempre como desesperados.

El día empezó a clarear sobre las siete de la mañana; el castillo sólo distaba una media hora escasa del lugar a que habían llegado.

El país parecía tranquilo y solitario, y aun podía decirse que reinaba una calma sospechosa.

El conde no pudo menos que reflexionar acerca de aquel sepulcral e inusitado silencio de los campos que recorría.

—¡Ni siquiera un campesino preparando su yunta, ni una caballería paciende en los prados!... —murmuró con recelosa sorpresa.

—Aún es muy temprano, señor —repuso Kernan, que, como su amo, se había sorprendido al ver el extraño aspecto de aquellos campos tan risueños y animados otras veces; pero que no quería comunicarle su inquietud y procuraba disuadirle de que pensase nada malo—; en el mes de diciembre todos se levantan tarde por aquí.

En aquel momento penetraron en un gran bosque de frondosos y gigantescos abetos, cuyas copas siempre verdes se veían de muy lejos, distinguiéndose hasta desde mar adentro. Aquel vasto plantel de árboles formaba ya parte de las tierras del conde.

Multitud de pinas secas, parduscas y sin desgranar, cubrían el suelo, obstruido en todas partes por ramas desgajadas y por rugosas cortezas cuyo hacinamiento revelaba claramente que desde muy largo tiempo ningún ser humano había penetrado en aquel lugar, en cuyo suelo no se hallaba la sola huella de un pie.

Sin embargo, los muchachos de las aldeas circunvecinas acostumbraban ir todos los años con el propósito de recoger aquellas pinas y aquellos ramajes, que aprovechaban como leña, y que el conde les permitía utilizar, con su acostumbrada generosidad.

Pero, por lo visto, aquel invierno los pobres aldeanos no habían hecho su habitual recolección, puesto que las pinas y las ramas secas estaban allí sin que nadie las hubiese ni siquiera tocado.

—Mira, mira, Kernan —dijo el conde, señalando el suelo con el dedo a su compañero—, aquí no se han acercado hace mucho tiempo ni los niños ni las mujeres de las cercanías: ¿qué podrá ser esto?

Kernan sacudió la cabeza sin responder ni una sola palabra; notaba en todo lo que veía en torno suyo una cosa que le inquietaba; su corazón latía con violencia, pareciendo querérsele saltar del pecho, y a fin de salir de tan angustiosa incertidumbre alargaba el paso cuanto le era posible.

A medida que amo y criado avanzaban a través de aquel bosque solitario, las liebres, los conejos y las perdices saltaban dejándose ver junto a ellos en gran número.

Era, pues, evidente que pocos cazadores habían pasado por allí en muchos meses, a pesar de que cuantos querían cazar tenían abiertos a todas horas los sotos del conde.

Todos aquellos eran síntomas infalibles del completo abandono y desamparo en que se hallaba aquella vasta posesión.

El rostro del conde palideció a pesar de que el frío de la mañana había enrojecido su semblante.

—¡Por fin, veo el castillo! —exclamó Kernan señalando los capiteles de dos torrecillas que se elevaban sobre aquel edificio de granito, cuya oscura masa se divisaba ya distintamente.

En aquel instante, el conde y su leal compañero de glorias y fatigas se hallaban ya muy cerca de la granja de la Bordière, cuyas tierras cultivaba uno de los antiguos colonos de Chanteleine. Ambos viajeros creían que al salir del bosque iban a hallar a Louis Hégonec, así se llamaba el arrendador, hombre activo, madrugador, bullicioso y alegre, que nunca dejaba de estar entregado a sus faenas.

Sin embargo, ya estaban muy próximos a tocar las tapias de la granja, y no se le oía ni cantar aparejando sus bueyes o sus caballos, ni gritar en el patio de su casa chanceándose con su anciana esposa.

Nada... nada... un silencio sepulcral reinaba en todas partes... El conde, abrumado por un amargo presentimiento, sintió que su espíritu desfallecía y tuvo necesidad de apoyarse en el brazo de su fiel Kernan.

Al salir de entre los últimos árboles del bosque sus miradas se dirigieron con ansiedad hacia la quinta.

Un horrible espectáculo hirió su vista: algunos trozos de paredes derruidas, vigas destrozadas y ennegrecidas, un techo calcinado y hundido en partes, el palomar aislado en lo alto de una pared en que ya no se apoyaban los caballetes del tejado; estrechas y tortuosas fajas de hollín que serpenteaban en el interior de un muro; puertas hechas pedazos, goznes sacados de su quicio, sillares en equilibrio y próximos

a derrumbarse; todas las señales, en fin, de un reciente incendio se ofrecían a la vez.

En efecto, la granja había sido quemada; los árboles que la circundaban, talados; sus puertas, en que todavía se veía balas incrustadas, destruidas a hachazos; los instrumentos de labranza, rotos o abollados; las carretas volcadas, las ruedas arrancadas de sus ejes, los animales domésticos muertos en sus pesebres y en sus establos infestando el aire; todo... todo revelaba que un violento combate había precedido a aquella devastación.

El conde sintió que le flaqueaban las piernas.

—¡Los azules, siempre los azules...! —murmuró Kernan con reconcentrada ira.

—¡Al castillo!... —gritó el conde con voz de trueno.

Y aquel hombre, que un momento antes apenas podía tenerse en pie, empezó a correr con tal velocidad, que el robusto bretón no podía seguirle.

En todo el espacio que les separaba del castillo no hallaron ni un solo ser humano; el país se había convertido en un desierto.

El conde atravesó la aldea, cuyas casas habían sido casi todas quemadas; las que todavía se mantenían en pie estaban vacías.

Para que aquella pacífica comarca hubiese sido despoblada de una manera tan absoluta, era preciso que un soplo de venganza hubiese pasado sobre ella.

—¡Karval!, ¡Karval! —murmuró el bretón apretando los puños y rechinando los dientes...

Por fin, el conde y Kernan llegaron delante del castillo. El incendio lo había respetado, pero había quedado sombrío y silencioso; ni una sola chimenea lanzaba al aire su penacho de blanco humo.

El conde y Kernan se precipitaron hacia la puerta; pero al llegar delante de ella se detuvieron espantados.

—¡Mira!... ¡mira!... —dijo el conde.

Un cartel enorme estaba pegado en una de las hojas de la puerta; tenía el sello oficial del gobierno de la república, esto es, las haces de varas sobre los lictores coronadas con ramas de laurel, sobre las cuales campeaba un gorro frigio, y el ojo de la ley.

A un lado se habían inscrito detalladamente todas las fincas de que se componían los dominios anejos al castillo de Chanteleine; a otro lado su valuación con la suma a que ascendía.

Los bienes del conde habían sido, pues, confiscados por la república.

—¡Miserables!... —exclamó Kernan, y arrojándose contra la puerta la empujó y sacudió con violencia, queriendo abrirla; pero su intento fue vano; a pesar de su fuerza prodigiosa y de su tenaz empeño.

La puerta resistió a sus desesperados esfuerzos, y el conde de Chanteleine ni siquiera pudo reposar un instante en el hogar de sus abuelos.

¡Hasta su misma puerta se le cerraba de una manera inexorable!

La más horrible desesperación se había apoderado de su alma.

—¡Mi esposa!... ¡Mi hija!... —exclamaba con un acento imposible de describir. ¿Dónde está mi esposa? ¿Dónde está mi hija? ¿Qué ha sido de ellas? ¿Las han asesinado?... ¡Dios mío, Dios mío!...

Gruesas lágrimas corrían por las anchas mejillas del buen Kernan, que en vano quería esforzarse para consolar a su señor.

Por último, dominando su emoción, dijo con acento entrecortado por los sollozos:

—Es inútil que nos obstinemos en permanecer aquí, delante de esta maldita puerta que no quiere abrirse. ¿Pero ellas dónde estarán? ¿Dónde las encontraremos? ¿Qué será de ellas?

En aquel momento, una vieja que se hallaba medio escondida y acurrucada en el foso se levantó de pronto.

Su extraña visión hubiera sin duda asustado y producido un efecto desagradable a espíritus menos afligidos y preocupados que los del conde de Chanteleine y su fiel amigo. La cabeza de aquella especie de idiota se movía de una manera estúpida; su mirada vaga revelaba la insensatez. Esto no obstante, el conde se precipitó hacia ella y le preguntó con ansiedad:

—¿Dónde está mi esposa?

Aquella infeliz pareció no entenderle; le miró sonriendo con un gesto horrible, y guardó silencio.

—¿No me oyes? —gritó de nuevo Chanteleine, sacudiéndola con vehemencia.

—¿Dónde está mi esposa? ¿Dónde está la condesa?...

—Murió en el ataque del castillo —dijo la vieja.

—¡Muerta! —exclamó el conde lanzando un rugido de desesperación y mesándose los cabellos.

—¿Y mi sobrina? ¿Y la señorita María? —preguntó a su vez Kernan, apretando con violencia el brazo de la anciana.

—En la cárcel de Quimper... los *azules* se la llevaron... —dijo la idiota sonriendo sin cesar.

—¿Y todo esto quién lo ha hecho? —volvió a preguntar Kernan fuera de sí y atenazando con su mano de hierro el brazo de la infeliz.

—¡Karval..., Karval ha sido! —contestó la idiota bajando la voz y mirando en torno suyo.

—¡Volemos a Quimper! —gritó el conde—; corramos, Kernan, sin perder un momento.

Sin volver la cara atrás, echó a correr, dejando a la infeliz anciana, que sola, abandonada representaba en aquel momento todo

lo que quedaba con vida en el castillo de Chanteleine.

Capítulo V Quimper en 1793

Quimper había visto caer la primera cabeza bajo el hacha republicana, y ésta fue la de Alaín Nedelec; el clero de Bretaña contó en aquella ciudad su primer mártir en el venerable obispo Conan de Saint Luc.

Desde aquel día, Quimper fue entregado a las iras y al capricho de la municipalidad republicana, cuyos individuos obraron siempre con la más irritante arbitrariedad.

Hay que consignar que los republicanos de las ciudades importantes de la vieja Bretaña se distinguieron por sus exageraciones demagógicas.

Aquellos hombres, dotados de una naturaleza poderosa y de un carácter impresionable y rudo, no hallan términos medios en la manifestación de sus sentimientos o de sus opiniones, y al lanzarse en el torbellino revolucionario fueron los más audaces y decididos. Así sucedió que los verdaderos héroes del día 10 de agosto, los primeros que invadieron las Tullerías y depusieron al rey Luis XVI, fueron los federales de Brest, de Morlaix y de Quimper, después de haberse levantado como un solo hombre a la voz de la Asamblea legislativa, cuando el día 11 de julio de 1792, al recibirse la noticia de que Prusia, el Piamonte y Austria se habían coligado contra Francia, declaró que la patria estaba en peligro.

Tan relevante servicio fue apreciado en lo que valía por París entero; y el club de los bretones no tardó mucho tiempo en convertirse en núcleo del formidable club de los Jacobinos, y más adelante la sección del barrio de Saint-Marceau tomó en honor de aquéllos el título de Sección de Finisterre.

Quimper fue una de las ciudades más turbulentas durante todo el período revolucionario, cosa que nadie hubiera podido imaginar de aquella población enclavada en el rincón más escondido y pacífico de la baja Bretaña.

Los partidarios de la Constitución se establecieron allí y celebraron sus reuniones en la antigua capilla de los franciscanos, multiplicando rápidamente sus clubs, uno de los cuales se distinguió más tarde al disponer que cuando se destetara a los niños se les había de llevar a los gritos de *Viva la Montaña*, con el propósito de que, acostumbrándose a escuchar aquellas palabras, empezasen a hablar balbuceando la Declaración de los derechos del hombre.

Sin embargo, cuando los hombres influyentes y honrados de Quimper se percibieron del sesgo que iba tomando la cosa pública y

de la marcha peligrosa de la Revolución; cuando los excesos de la demagogia empezaron a esparcir el terror por toda Francia, trataron bajo la presidencia de Kergariou de frenar aquellos excesos, prohibiendo la circulación de algunos periódicos, tales como *El Amigo del Pueblo* de Marat.

La Comuna de París envió entonces para hacerles entrar en razón una especie de procónsul; pero al llegar a Quimper aquel representante de la Revolución, los habitantes de la ciudad se rebelaron contra él haciéndole prisionero, le encerraron en el fuerte del Toro y protestaron con más energía que los girondinos de París contra los violentos acuerdos de la Convención, y las despóticas imposiciones de la *Montaña*.

Aún hicieron más; enviaron con los de Nantes doscientos voluntarios a la ciudad de París, para apoyar a mano armada, si era preciso, sus pretensiones, lo cual dio lugar a la promulgación de un decreto de acusación contra la administración en masa de Bretaña.

Pero algunos meses más tarde, después de la desastrosa muerte de Luis XVI y de la sangrienta ejecución de los girondinos, cuando se apoderó de Francia aquel horrible vértigo que la condujo al borde de un abismo, cuando fue establecido el terror como sistema de gobierno, se vieron desbordados también los republicanos reaccionarios de Bretaña.

Sin embargo, si los habitantes de las ciudades de aquella antigua región se dejaron arrastrar por el vertiginoso movimiento revolucionario, los de los campos y aldeas opusieron desde un principio la más tenaz resistencia a las nuevas instituciones y en particular a la instalación de los clérigos juramentados, a los cuales despedían de sus respectivas feligresías, arrojándolos de ellas ignominiosamente.

Más tarde, cuando se promulgó la ley del reclutamiento general para el ejército, ya se hizo más difícil contener el descontento de los campesinos de Finisterre, de Morbihan, el Loira inferior y de las Costas del Norte; de suerte que el general republicano Canclaux apenas pudo tomarlos con la fuerza de su ejército y de las milicias municipales; viéndose, al fin, obligado a darles una verdadera batalla campal, el 19 de marzo, en la ciudad de Saint-Pol-de-Léon, no lejos de la de Morlaix.

Desde aquel día, el Comité de Salvación Pública resolvió obrar con el mayor rigor tanto en los campos como en las ciudades de Bretaña, y al efecto envió dos delegados con amplias facultades para sujetar aquel país a todo trance. Dichos delegados fueron los furibundos republicanos de Guermeur y Julien, los cuales organizaron el partido de los descamisados de toda la baja Bretaña, y muy especialmente en la ciudad de Quimper.

Con tales auxilios pusieron en práctica aquellos modernos procónsules la tremenda ley de sospechosos, promulgada en el mes de septiembre de 1793, y que había sido redactada por el famoso revolucionario Merlin, de Douai, en estos términos:

«Son considerados como sospechosos;

1. ° Todos aquellos que, ya sea por su conducta, ya por sus relaciones, ya por sus palabras o ya por sus escritos, se hayan mostrado partidarios de la tiranía, del federalismo, y enemigos de la libertad.

2. ° Aquellos que no puedan justificar su manera de vivir o sus derechos cívicos.

3. ° Aquellos a quienes se les haya negado el certificado de civismo.

4. ° Los funcionarios públicos que hayan sido destituidos de sus empleos, o suspendidos de sus funciones.

5. ° Aquellos ex-nobles, así como los maridos, mujeres, madres, hijos e hijas, hermanos o hermanas y agentes o emisarios de emigrados que no hayan manifestado constantemente su adhesión a la Revolución.»

Armados con esta ley, los delegados del Comité de Salvación Pública eran dueños absolutos del departamento.

¿Quién podía lisonjearse de escapar al rigor de tan inicuas disposiciones? Nadie, pues no era posible hallar un solo individuo que no pudiese ser comprendido en tan terribles artículos.

Nadie, pues, podía jactarse de que no estaba expuesto a caer bajo la cuchilla revolucionaria a la menor indicación del delator más miserable y vil.

Esto hizo que hubiere a cada momento represalias de una manera más o menos cruel, y que toda la comarca de Finisterre fuese víctima del terror más exagerado.

Un subagente del Comité revolucionario, aquel miserable Karval que había amenazado con su venganza al valeroso Kernan, por el agravio que recibió de ser arrojado por ladrón del castillo de Chanteleine, era el que acompañaba constantemente a los comisarios del gobierno revolucionario, Guermeur y Julien.

Aquel miserable se había trasladado a París, y haciéndose oír en los clubs por sus continuas denuncias, no tardó en introducirse en las filas de los terroristas, de donde salió para acompañar en Bretaña a los delegados del Comité de Salvación Pública, en calidad de práctico en el país de Finisterre, en donde conocía perfectamente a todo el mundo; pero su principal objeto al emprender aquel viaje era satisfacer la sed de venganza que le devoraba.

Al amparo de la ley de sospechosos le era muy fácil ejercer impunemente su venganza contra la poderosa familia de Chanteleine,

acusándola de contrarrevolucionaria. Así es que al día siguiente de haber llegado a la ciudad de Quimper, se impuso a sí mismo el odioso deber de obrar en aquel sentido.

Karval era un hombre de mediana estatura y desproporcionados miembros, que mostraba en toda su persona esa fealdad que generalmente revela un mal corazón; en su fisonomía se veía el sello del odio, de la bajeza y de todas las malas pasiones.

No carecía aquel hombre de inteligencia; pero al mirarle se adivinaba fácilmente a un ser cobarde y degradado que, como muchos de los héroes de aquella revolución, era sanguinario por miedo; pero si el miedo le hacía sanguinario y feroz, le hacía también tenaz e inflexible hasta el extremo de que nada era capaz de conmoverle en el mundo.

Al día siguiente de haber llegado a su país, que era el 14 de septiembre, sin perder un solo instante fue a ver a Guermeur, que tenía en él gran confianza.

—Ciudadano —le dijo—, necesito cien hombres de la milicia.

—¿Y para qué? —preguntó Guermeur.

—Tengo que dar una vuelta por mi tierra.

—¿Hacia qué punto? ¿De dónde eres tú?...

—Hacia el castillo de Chanteleine, entre la aldea de Plougastel y Pont l'Abbé. Allí conozco yo un nido de vendeanos.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Muy seguro, y mañana mismo te traeré al padre y a la madre.

—No dejes tampoco escapar a los polluelos —repuso el feroz procónsul, soltando una carcajada.

—Tranquilízate; eso corre de mi cuenta; ya en otra ocasión saqué de ese nido unos mirlos, y quiero ahora enseñarles a cantar el *Qa ira*.

—Ve, pues —dijo Guermeur firmando la orden que Karval le había pedido.

—Salud y fraternidad —dijo aquel miserable, y se retiró.

Al día siguiente, se puso en marcha con su destacamento, compuesto de los revolucionarios más furiosos de la ciudad, y algunas horas después llegaron a Chanteleine.

Los campesinos de las cercanías, al ver a Karval, a quien conocían perfectamente, se aprestaron a la defensa y le dieron una reñida batalla, pues adivinaron desde luego que no tenían más remedio que vencer o morir; pero tuvieron la desgracia de ser vencidos después de haber hecho prodigios de valor para salvar a su buena señora.

La condesa de Chanteleine, entre su hija y el abate Fermont, aguardaba rodeada de sus criados y en medio de la mayor angustia, el resultado de aquel tremendo combate.

No tardó, para su mal, en conocerlo; los milicianos de Quimper, después de una lucha terrible, pero corta, se apoderaron del castillo,

llevando a su cabeza al infame Karval, que blandiendo un sable ensangrentado se lanzó en las habitaciones gritando como un energúmeno:

—¡Mueran los nobles!... ¡mueran los *blancos*....! ¡Mueran los vendeanos!...

La condesa quiso huir llena de espanto; pero ya no tuvo tiempo para ello. Aquellos furiosos la persiguieron guiados por Karval, y la alcanzaron al fin en la capilla del castillo, en la que se había refugiado.

—Prended a esa mujer y a su hija, que son la mujer y la hija de un tunante —gritó aquel miserable, ebrio de sangre y de alegría.

Y señalando después al abate Fermont, añadió riendo de una manera feroz:

—Prended también a ese *solideo*.

María cayó desmayada en brazos de su madre al ver penetrar en la capilla a aquellos hombres sanguinarios, cuyo aspecto era en efecto aterrador, y que sin respetar la agonía de la condesa, se la arrebataron con brutal violencia.

—¿Dónde está el conde tu marido? —preguntó Karval con cínica insolencia.

La condesa le miró con dignidad sin responderle.

—¿Y Kernan? —volvió a preguntar.

El mismo silencio siguió a su segunda pregunta.

Entonces su rabia llegó al extremo, comprendiendo que se le habían escapado los dos hombres que buscaba, y ciego de furor descargó sobre la noble condesa un golpe mortal. La desdichada señora dirigió una última mirada de agonía a su hija, y cayó exánime a los pies de su asesino.

Entonces aquel ser execrable buscó al conde y a Kernan por todas partes, escudriñó todos los rincones del castillo; pero sus pesquisas fueron vanas.

—Está bien —exclamó con ira reconcentrada—; sin duda se hallan en el ejército de esos bandidos, pero yo los sabré encontrar. Llevaos esa muchacha —les dijo con desdén—; al menos esto es algo.

La desventurada María, desmayada como estaba, fue arrastrada con violencia en compañía del abate Fermont, y sacándola del castillo se la llevaron en medio de los que habían sido hechos prisioneros, y a quienes ataron de dos en dos con fuertes ligaduras, empujándolos sin piedad para hacerles andar en vanguardia de los milicianos de Quimper.

Al día siguiente, Karval presentó sus prisioneros al comisario Guermeur.

—¿Y el macho? —preguntó aquel personaje sonriendo cínicamente.

—Voló; pero tranquilízate, yo sabré echarle la garra —repuso Karval sonriendo a su vez con expresión diabólica.

María Chanteleine y sus compañeros de infortunio fueron encerrados en la cárcel de la ciudad, todos mezclados entre sí. Aquella desventurada joven no recobró el sentido hasta mucho después de hallarse en un fétido calabozo.

Las cárceles eran ya estrechas para contener tantos prisioneros como aglomeraban en ellas; pero los delegados del Comité de Salvación Pública se dieron prisa en vaciarlas, y el instrumento de muerte que se acababa de inventar trabajaba sin descanso en medio de la plaza mayor de Quimper.

Hubo, sin embargo, quien creyó que funcionaba lentamente, y propuso que se llevase al pretorio del tribunal para ir más deprisa.

Ya se sabe cómo procedía en aquel tiempo de terror la justicia revolucionaria, cuáles eran las formalidades que se observaban para quitar la vida, y de qué clase de garantías se rodeaba a los acusados.

No era, pues, posible que tardase mucho en llegar su turno a la infeliz María.

Tales eran los deplorables sucesos que habían tenido lugar durante los tres meses en que el conde de Chanteleine no había recibido noticias de su esposa y de su hija. Tales las sangrientas escenas habidas en su castillo.

Al tener conocimiento Kernan de tantos desastres, comprendió perfectamente lo que significaba el aire de venganza satisfecha que traslució en el rostro del repugnante Karval, cuando le dirigió aquellas terribles palabras, en medio del combate:

—¡Se te espera en el castillo de Chanteleine!...

Por eso cuando se apartaba del castillo sosteniendo a su amo a quien había quitado las fuerzas la enormidad de su desventura, murmuró, rechinando los dientes y levantando los ojos al cielo, como para tomarle por testigo de lo que decía:

—¡Ah, Karval, Karval! ¡Cuando te encuentre en mi camino, no habrá piedad para ti, no la habrá, yo lo juro!...

Serían cerca de las ocho de la mañana cuando el conde y Kernan se apartaron del castillo, para encaminarse a Quimper, sin que el hambre ni la fatiga fuesen bastantes para detener su marcha ni un solo momento.

Se internaron en los campos vecinos caminando a través de ellos. Kernan volvió el rostro por última vez, y todavía divisó entre los árboles deshojados los sombríos muros del castillo de sus señores.

Desde aquel momento, el fiel servidor sólo pensó en sostener y guiar al conde, que se hallaba completamente trastornado y medio loco de dolor, comprendiendo que se veía precisado a tener valor y precaución por los dos.

Con el propósito de evitar un mal encuentro, tomó algunos atajos que le eran conocidos, y bien pronto volvió a encontrarse en el camino real de Concarneau a Quimper, que conduce también a la aldea de Kerroland.

Ambos viajeros se hallaban ya a dos horas y media de Quimper, y al paso que llevaban debían llegar a aquella ciudad a las diez de la mañana.

—¿Dónde está ella?... ¿Dónde está mi hija? —murmuraba de vez en cuando el conde, con un tono que hubiera enternecido el corazón más duro—. ¡Muerta, muerta como su pobre madre!...

Siniestras visiones perturbaban su espíritu; su imaginación extraviada evocaba fantasmas horrorosos, cuyo aspecto le impelía a correr huyendo de ellos; mas ¡ay! aquellas visiones, aquellos fantasmas existían sólo en su mente y le perseguían por donde quiera que fuese.

Kernan no le dejaba un solo instante; le seguía por todas partes sosteniéndole una veces con robusto brazo, deteniéndole otras en mitad de su carrera, y obligándole a arrojarle al suelo y a ocultarse entre las malezas cuando divisaba a lo lejos en el camino alguna persona de aspecto sospechoso; pues el estado de exaltación febril en que se hallaba el conde le hubiese denunciado sin duda alguna al primer agente de la autoridad con que hubiese tropezado.

El valeroso bretón sufría indudablemente tanto como su amo; pero conservaba serena la razón, pues en medio de la pena que desgarraba el alma, le sostenían sus deseos de venganza, en la que el conde no pensaba, y la cólera mitigaba su dolor; así es que al paso que caminaba iba reflexionando y se hacía preguntas a las cuales no sabía qué responder.

¿Qué iba a hacer el conde en la ciudad? Si su hija se hallaba en efecto presa, ¿lograría rescatarla? Si se daba a conocer, ¿qué sería de él? La justicia republicana era inexorable, y Chanteleine sería indudablemente preso, sentenciado y decapitado...

Al paso que hacía estas reflexiones seguían los dos marchando, como a la ventura, sin plan preconcebido y empujados por un poder desconocido e irresistible.

Según lo había previsto Kernan, a las diez de la mañana llegaron a los arrabales de Quimper.

Las calles estaban desiertas; pero en medio del silencio que reinaba en aquellos lugares solitarios, se oía a lo lejos un murmullo siniestro.

Toda la población parecía haberse aglomerado en el centro de la ciudad.

Kernan se decidió al fin a internarse en las calles; pero procurando siempre contener al conde, que repetía sin cesar:

—¡Hija mía!... ¡Hija mía!

El sufrimiento del padre era mayor en él que el del esposo, cuyo dolor no tenía ya remedio.

Diez minutos después de haberse decidido Kernan a penetrar en la ciudad, llevando siempre al conde junto a sí, llegaron a una calle cerca de la catedral, en donde tuvo necesidad de detenerse, pues le cerró el paso una inmensa y agitada muchedumbre.

Los unos vociferaban lanzando imprecaciones y amenazas; otros prorrumpían en acentos de terror, y corrían a ocultarse en sus casas con espanto, cerrando puertas y ventanas. Allí se veían rostros cubiertos de palidez, y semblantes descompuestos por la ira... Algo siniestro planeaba por el aire...

En medio de tan espantosa confusión y de tan atronador ruido, resonaron al fin estas palabras en miles de labios:

—¡Ahí están!... ¡Ahí están! ¡Miradlos!...

Pero ni el conde ni Kernan podían distinguir desde donde ellos estaban lo que excitaba la curiosidad de las turbas.

A las anteriores palabras siguieron inmediatamente desaforados gritos que decían:

—¡Mueran los *blancos*! ¡Abajo los aristócratas!... ¡Viva la república!...

Indudablemente, en la plaza inmediata pasaba alguna cosa horrible; desde el extremo de la calle todos los ojos se dirigían a un mismo punto, y, fuerza es confesarlo, la mayor parte de aquellas fisonomías agitadas revelaban pasiones inhumanas que iban a buscar en aquel espectáculo una bárbara satisfacción.

De vez en cuando se oían murmullos más violentos, y en ciertos instantes parecía que en la plaza estaba sucediendo algo extraordinario; pues las palabras «¡Fuera, nada de gracia!... ¡Nada de perdón!...» llegaban hasta las últimas filas de espectadores, pronunciadas por voces enronquecidas que se asemejaban a los rugidos de las fieras.

Un sudor frío bañaba el rostro del conde de Chanteleine.

—¿Qué es lo que sucede?... ¿Qué ocurre? —preguntaba con ansiedad a los que estaban junto a él, repitiendo aquella pregunta con tenaz insistencia.

—¡No hay perdón!... ¡No hay perdón!... —seguía gritando la multitud.

Kernan y el conde quisieron abrirse paso a través de las turbas, a todo trance; pero les fue imposible conseguirlo; además, desde pocos momentos después de su llegada, aquel aterrador espectáculo parecía haber terminado, pues el populacho retrocedió de improviso, los brazos de la multitud dejaron de agitarse en alto y los gritos se fueron sofocando poco a poco.

Entonces se hicieron lugar los pregoneros entre las masas, anunciando al público los nombres de las víctimas, en esta forma:

—Ejecuciones del día 6 del mes de nivoso, año segundo de la República. ¿Quién quiere leer la lista de los condenados?

El conde miró a Kernan con ojos extraviados. Los pregoneros continuaron diciendo:

—«La lista... la lista... el abate Fermont!...»

Chanteleine apretó con mano convulsiva el brazo de Kernan, como si quisiera hacerlo pedazos.

—¡La señorita de Chanteleine! —añadieron los pregoneros.

—¡Ah! —exclamó el conde dando un grito aterrador; pero Kernan le puso la mano en la boca y le sostuvo en sus brazos, cuando enseguida se desmayó, y antes de que los que presenciaban aquella escena tuviesen tiempo de comprenderlo, arrastró a su amo con sus hercúneas fuerzas llevándolo a una calle solitaria.

Entre tanto continuaban los pregoneros dando al aire el nombre de los condenados a la última pena, y se oía por todas partes el grito aterrador de «¡Mueran los aristócratas!... ¡Viva la república!...»

Capítulo VI Triángulo nivelador

Kernan se hallaba en una situación terrible y peligrosa; le era indispensable apartar al conde de aquellos lugares, y esconderlo, antes de que terminase su desmayo, para evitar las fatales consecuencias que pudiera acarrearles cualquier mirada enemiga o imprudente que se fijase en Chanteleine antes de que volviese en sí, pues era evidente que las primeras palabras que se le escaparían al recobrar la razón habían de comprometerle denunciando quién era.

Corriendo, pues, Kernan con el conde en brazos, por las calles más solitarias, distinguió en una de ellas una especie de taberna en cuya puerta se detuvo jadeante.

Ostentaba aquel figón o posada una muestra en que se veían pintadas todas las lindezas de la época, esto es, lanzas cruzadas y haces de lictores romanos con esta enfática inscripción:

AL TRIÁNGULO NIVELADOR
CASA DE MUCIO SCÉVOLA,
SE ADMITEN HUÉSPEDES DE A PIE Y DE A CABALLO.

—Una posada de bandidos —dijo Kernan entre sí—, muy bien, en ella estaremos más seguros; bien es verdad que no tengo dónde escoger.

En efecto, había muy poco para elegir, y de seguro no hubiera

encontrado en toda la ciudad una taberna que no ostentase en su muestra algunas señales del más ardiente civismo.

Entró, pues, en la sala baja, depositó su carga inerte en una silla y pidió un cuarto.

El posadero Mucio Scévola en persona acudió a su llamamiento.

—¿Qué se ofrece? —preguntó con aire algo brusco al bretón.

—Un cuarto.

—Supongo que lo pagarás.

—Pardiez —contestó Kernan sin desconcertarse—, para algo hemos desvalijado a los *chuanes*. Toma —añadió, arrojando sobre la mesa algunas monedas—, cóbrate por adelantado.

—¡Dinero!... —dijo el posadero con aire de admiración, pues estaba acostumbrado a recibir más papel moneda que metálico.

—Y del bueno; con la cara de la república en su reverso.

—Está bien; voy a disponer que te sirvan al instante. Pero, ¿qué es lo que tiene tu amigo?

—Mi hermano, dirás... si no lo llevas a mal. No es nada; al azotar nuestra jaca para obligarla a andar más deprisa, con el propósito de llegar a tiempo...

—¿De presenciar la ejecución de los brigantes? —preguntó el posadero, interrumpiendo a su interlocutor y frotándose las manos en demostración de regocijo.

—Tú lo has dicho —contestó Kernan, mirándole sin pestañear—; hemos querido saltar un foso; la caballería ha medido mal la distancia; ha caído quedando muerta en el acto, y a éste le ha faltado poco para que le sucediera lo mismo... Pero ya hemos hablado bastante; estoy perdiendo un tiempo precioso; te he pagado y tengo prisa. ¡Ea, pues, pronto, mi cuarto!

—Allá voy, allá voy; en el acto haré que te sirvan; pero no tienes razón para enojarte conmigo; no tengo yo la culpa de que hayas llegado demasiado tarde para ver decapitar a los brigantes, y si lo deseas te daré cuantos detalles desees.

—¿Qué? ¿Tú has presenciado?...

—¡Vaya que sí! ¡Voto a!... Y casi al lado del ciudadano Guermeur, el cual se hallaba a dos pasos de mí.

—Buen lebre! es ese Guermeur —dijo Kernan, que ni siquiera había oído aquel nombre en toda su vida.

—Yo te lo aseguro —repuso el posadero.

—Pero, ciudadano Scévola, ¿vamos a ese cuarto?...

—Al punto —contestó Scévola, conduciendo al segundo piso al bretón, que había vuelto a tomar entre sus brazos al conde, desmayado todavía.

—¿Me necesitas para algo? —preguntó el posadero cuando llegaron a la habitación.

—No —dijo Kernan—, ni a ti ni a nadie.

—No es muy cortés que digamos, pero en cambio paga bien —murmuró Scévola entre dientes.

Un momento después Kernan se encontraba enteramente solo, en presencia de su amo, que seguía aletargado; y no pudiendo ya contener la pena que desgarraba su corazón, dejó correr un torrente de lágrimas que le ahogaba, y que había conseguido contener hasta aquel momento gracias a su indomable carácter y a su prodigiosa fuerza de voluntad. Pero al paso que se entregaba libremente a los más expresivos transportes de dolor, se esforzaba en volver el conocimiento al conde, prodigándole los más exquisitos cuidados, con la solicitud de un hermano tiernísimo, y con la prudencia que su estado exigía.

Humedeciendo su frente con agua fría, y haciéndole respirar vinagre, consiguió al fin reanimarle y hacerle recobrar el sentido; pero al verle entreabrir los ojos, tuvo la precaución de ponerle la mano en la boca, para contener su primera explosión de dolor.

—Mi querido amo —le dijo mirándole con indecible ternura, y vertiendo copiosas lágrimas—, lloremos, sí, lloremos sin tregua, ¡pero que no se oigan nuestros sollozos, pues por ahora no es dado llorar aquí!...

—¡Esposa mía!... ¡Hija de mi alma!... —exclamó el conde, al abrir los ojos, lanzando gemidos desgarradores—. ¿Conque no es un sueño horrible mi desventura?... ¡Muertas!... ¡Asesinadas!... ¡Y yo estaba allí!... Y no he podido... ¡Ah, yo sabré encontrar a vuestros asesinos!...

Hablando así se agitaba el conde Chanteleine en violentas convulsiones, y gesticulaba como si se hubiese vuelto loco.

Kernan, a pesar de sus fuerzas hercúleas, apenas podía sujetarle; y se veía muy apurado para sofocar su voz y contener sus violentos arrebatos.

—¡Vais a perderos! —decía el fiel criado con angustiada voz—, vais a hacer que os prendan.

—¿Y qué me importa perder la libertad?...

—¡Es que os guillotinarán!...

—¡Tanto mejor!... ¡Tanto mejor!...

—¡Y también me degollarán a mí!... —dijo Kernan queriendo excitar por este lado su sensibilidad y su prudencia.

—¿A ti?... A ti, ¿y por qué?... —preguntó el conde, calmándose algún tanto y cayendo de nuevo en una especie de postración que le obligó a sentarse.

Permaneció algunos momentos guardando profundo silencio y mirando fijamente al suelo; sollozos entrecortados sacudían su pecho; por fin se calmó algún tanto, una lágrima corrió lentamente por su mejilla, y arrodillándose sobre los fríos ladrillos de la habitación, rezó

fervorosamente por aquellos seres a quienes tanto había amado y que ya no existían.

Kernan se arrodilló a su lado, y dejando correr sus lágrimas a la par de las de su amo, elevó también al cielo una larga y sentida plegaria.

Después se levantó, y dirigiéndose a Chanteleine le dijo con afectuoso acento:

—Ahora, amo, permitidme ir a la ciudad; es indispensable que yo la recorra, que averigüe lo que ha ocurrido, que lo sepa todo.

—Kernan, mi buen Kernan, ¿y me lo dirás todo? —preguntó el conde estrechando con vehemencia las manos de su fiel servidor.

—Todo; os lo juro, amo; pero prometedme no salir de esta habitación.

—¡Te lo prometo!... Ve, Kernan, ve; pero no tardes.

El conde escondió de nuevo el rostro entre sus manos, dejando deslizarse entre sus dedos un torrente de silenciosas lágrimas.

Kernan descendió al piso bajo de la posada, y halló a Scévola en la puerta con los brazos cruzados a la espalda, aguardando sin duda a que entrase en su establecimiento algún otro parroquiano.

—¿Y qué tal? ¿Cómo se encuentra tu hermano? —preguntó al ver al bretón.

—Algo más aliviado, y creo que esto no será nada; ahora se ha quedado dormido; procura, pues, que no lo incomoden, y que nadie vaya a interrumpir su sueño. ¿Me entiendes?

—No tengas cuidado, ve tranquilo.

—Antes quiero que cumplas tu promesa; conque te escucho.

—¡Ah! ¿Conque desees que te cuente el drama de hoy?... Ya comprendo; es muy natural. Has llegado demasiado tarde para penetrar en el teatro, y te has quedado a la cola de los espectadores, que eran muchos —dijo el posadero patriota sol tanto una carcajada cruel.

—En efecto, eso me ha ocurrido.

—Pero, ¿qué es eso? ¿Acaso quieres oír mi relato sin beber un trago? Pues yo, ciudadano, no sé hablar si no remojó el gaznate.

—Tienes razón; lo había olvidado; trae, pues, una botella y, si te parece, trae también un pedazo de pan y alguna otra friolera, y te escucharé tomando un bocado.

—Esto está hecho —dijo Mucio Scévola.

Y un momento después, aquellos hombres se hallaban sentados frente a frente delante de una mesa, sobre la cual apoyaban los codos.

El posadero, que era el que hacía los honores en provecho propio, después de haber apurado un vaso de vino de un solo trago...

—Pues verás cómo ha ocurrido la cosa —dijo con reposado acento—. De dos meses a esta parte, las cárceles de la ciudad se

hallaban completamente llenas de presos, pues los fugitivos de la Vendée abarrotaban sus calabozos; se hacía indispensable vaciarlas, desocupándolas más deprisa de lo que se venía haciendo. Desgraciadamente, el ciudadano Guermeur, aunque es un buen patriota, no tiene ni la imaginación ni la fibra de Carrier, ni la energía de Lebon, y se empeñaba en proceder con arreglo a las fórmulas legales para deshacerse de los *blancos*.

A Kernan se le contraían los músculos y apretaba los puños con violentas crispaciones por debajo de la mesa, al oír aquellas palabras; pero tuvo la suficiente fuerza de voluntad y bastante dominio sobre sí mismo, no sólo para contenerse, sino también para decir con mucha naturalidad.

—¡Carrier!... ¡Oh! ¡Ése sí que es de lo buenos!...

—Ya lo creo —prosiguió Scévola apurando otro vaso—, como que a él se le ocurrió el magnífico pensamiento de sumergir en masa a los más realistas en el agua para deshacerse de ellos más rápida y cómodamente; y como tiene a su disposición un río tan hermoso, no le ha sido difícil poner en práctica su idea. En fin, hemos hecho lo que se ha podido en estos dos últimos meses. En una palabra, lo hemos hecho tan bien, que casi hemos conseguido vaciar las cárceles y los calabozos; pero ya se está tratando de llenarlos de nuevo.

—Dime —preguntó Kernan—, ¿esta mañana no han guillotinado a una señorita de Chanteleine?

—Sí, en verdad, y a fe que era una real moza; y con ella han descabezado también a un abate, ¡para que le enseñara el camino!... Karval, el famoso Karval es el que hizo tan buena presa.

—¡Ah, conque Karval!. —murmuró Kernan estremeciéndose imperceptiblemente.

—El mismo. ¡Ahí tienes un muchacho que vale un mundo! ¿Le conoces?

—¡Vaya si le conozco! Como que somos muy amigos —repuso Kernan con la mayor naturalidad—, carne y uña, como suele decirse. Y dime, ¿se encuentra aún aquí?

—No; hace ocho días que marchó para girar una visita por el país. Es fuerza confesar que, cuando hace quince días dio su último golpe, no consiguió todo su objeto, pues al dirigir su puntería al castillo de Chanteleine, esperaba cazar al ex-conde, en quien había puesto principalmente sus miras; pero el pájaro había volado.

—¿Y entonces qué hizo? —preguntó Kernan.

—Entonces fue a reunirse con el ejército de Kleber, con el propósito de atrapar a su hombre, y no será extraño que en la derrota de Savenay haya conseguido su objeto.

—Es muy posible, pues allí han destrozado completamente a los *blancos* —añadió el bretón—; pero dime algo más de la muchacha.

—¿De qué muchacha?

—De la que han guillotinado esta mañana; ¿qué tal se ha portado en su último trance?

—¡Psih! Bastante mal —contestó el posadero, llevando el vaso a sus labios—, y nos ha dado poco gusto, pues estaba medio muerta de miedo.

—¿Es seguro —dijo Kernan, conteniéndose a duras penas —que está completamente muerta?

—¡Cáscaras! ¡A no ser que tuviese algún amuleto!... —dijo el posadero riendo brutalmente—. Pero a propósito, durante la ejecución de esta mañana ha ocurrido un suceso muy curioso.

—¿Y qué suceso es ése, amigo Scévola? Sigue, sigue, pues me va interesando tu relato.

—Pues oye —continuó con énfasis el posadero—. Oye lo que ha ocurrido, aunque preferiría no referirte lo que voy a decir.

—¿Por qué?

—Porque no favorece mucho al Comité de Salvación Pública.

—¿Que no favorece al Comité?

—No, por cierto, pues uno de sus individuos ha tenido la debilidad de conceder un perdón.

—¿Y cuál de ellos?

—¿Cuál ha de ser? Couthon.

—Eso no es posible.

—¿Que no?... Vas a juzgarlo por ti mismo. Esta mañana, la guillotina funcionaba perfectamente y con la regularidad de costumbre; los nobles, los campesinos, los clérigos... todos iban siendo descabezados con igualdad republicana. La chiquilla de Chanteleine estaba en fila y sólo quedaban dos o tres condenados esperando su ejecución, cuando de improvisto estalló entre la multitud un verdadero tumulto: un joven, con los cabellos desordenados y montado en un jaco que respiraba apenas, atravesó como un rayo por entre la muchedumbre y fue a caer con su cabalgadura en medio de la plaza, gritando con todas sus fuerzas: «¡Perdón, perdón para mi hermana!...» Acto seguido se puso en pie, y apartando con desesperación a cuantos le estorbaban el paso, llegó a donde estaba el ciudadano Guermeur, y le entregó un papel firmado por Couthon, en el que estaba escrito el perdón de su hermana.

—¿Y qué?

—¿Qué? Que no había medio de desobedecer aquel mandato, a pesar de que el que lo traía era un aristócrata.

—¿Cómo se llamaba?

—El caballero de Trégolan, según me han dicho.

—¿Trégolan?... no le conozco —murmuró Kernan.

—Aquel joven, después de haber entregado la orden de perdón, se

precipitó hacia la guillotina haciendo esfuerzos sobrehumanos para no desmayarse, pues las fuerzas le abandonaban; y a fe que hizo bien en no detenerse, pues cuando llegó junto al cadalso, ya subía sus escalones su hermana casi desfallecida y apoyándose en los brazos del ciudadano verdugo.

—¡Hermana mía!... ¡hermana!... gritó el joven apoderándose con frenesí de la condenada; y no hubo más remedio que devolvérsela, cuando ya se hallaba a un solo paso de la cuchilla: de suerte que si el caballo del mancebo hubiese dado un tropezón en el camino, cuando hubiera llegado habría sido demasiado tarde.

—¿Y eso fue lo que ocasionó el tumulto de las masas?

—Precisamente. Al ver el pueblo que le arrancaban una presa, gritó: «¡No, no hay perdón!... ¡que muera, que muera!...» Pero Guermeur se veía obligado a inclinar la cabeza ante la firma de Couthon, y dio orden para hacer despejar a los amotinados... Como ves, esto no deja de ser un borrón para el Comité de Salvación Pública.

—Es decir, que ese Trégolan consiguió su objeto... ¿Y después?...

—Después se llevó a su hermana, y la guillotina continuó trabajando.

—Perfectamente —dijo Kernan; y levantando el vaso, añadió—: ¡A tu salud, amigo Scévola!

—A la tuya —repuso el posadero, apurando el suyo, después de haberlo chocado con el de su interlocutor—: Y ahora, ¿qué vas a hacer? —preguntó el posadero.

—Voy a ver si mi hermano duerme todavía; después iré a dar una vuelta por la ciudad; por mí no te incomodes más, y vuelve a tus ocupaciones.

—Tú no me incomodas —dijo Scévola apurando el último vaso—, ¿y piensas permanecer mucho tiempo aquí?

—Deseaba ver a Karval, para estrecharle la mano —repuso Kernan con desenfado.

—Pues es probable que vuelva a Quimper de un día a otro.

—Si estuviese seguro de ello, le aguardaría —dijo el bretón.

—¡Qué diablo! No puedo decirte nada más.

—Lo comprendo; en fin, estoy seguro de hallarlo un día u otro.

—Seguramente.

—Pero dime, ¿él se aloja aquí en tu posada?

—No; se hospeda en el obispado, en casa del ciudadano Guermeur.

—Tanto mejor; iré a verle allí —dijo Kernan separándose de Scévola para volver a su cuarto.

El supremo esfuerzo que había tenido que hacer para contenerse durante su conversación, le había quebrantado de tal suerte que

apenas podía subir la escalera.

—¡Sí, Karval —repitió al verse solo—, yo te encontraré!...

El tono con que pronunció estas palabras fue tal, que sería imposible explicarlo.

Un momento después, y cuando ya se había serenado algún tanto, entró de nuevo en la habitación en que le aguardaba el conde.

Al verse solo con él, miró en torno suyo de una manera investigadora; golpeó las paredes para cerciorarse de cuál era su espesor, y cuando se convenció de que no podía ser oído de nadie, se acercó a su amo y, sentándose junto a él, le hizo en voz baja una dolorosa relación de todo lo que acababa de averiguar, durante la cual no dejaron de correr las lágrimas por el rostro de Chanteleine.

Al terminar el relato, consultó Kernan lo que deberían hacer.

—¡Ya no tengo esposa!... ¡Ya no tengo hija!... —exclamó el conde con acento desgarrador—. Sólo me resta morir, y moriré defendiendo nuestra santa causa.

—Sí —dijo Kernan con exaltación—, iremos a Anjou, a reunimos con los bravos chuanes que se disponen a empuñar las armas.

—Sí, ¡allá iremos!...

—Hoy mismo —añadió Kernan.

—No, mañana; yo tengo esta noche que cumplir con un sagrado deber.

—¿Y qué deber es ése, señor?...

—Esta noche quiero ir al cementerio a rezar sobre la fosa común, donde habrán arrojado sin duda el cuerpo de mi querida hija.

—Pero ¡pensad!...

—Basta; lo he resuelto —dijo el conde con voz dulce, pero con tono decidido.

—Está bien, rezaremos juntos —añadió Kernan a media voz.

El resto del día lo pasaron aquellos hombres vertiendo silencioso llanto, y estrechándose mutuamente las manos.

De improviso interrumpió el silencio que reinaba en la estancia un griterío de voces y cantares que resonaba en la calle. El conde ni siquiera hizo ademán de haberlo oído; pero Kernan se levantó, corriendo a la ventana, para ver lo que ocurría.

Al asomar la cabeza, se estremeció, y tuvo que hacer un esfuerzo supremo para contener un terrible grito de indignación; pero dominando su emoción ni siquiera dio a entender al conde lo que había visto.

Karval, el infame Karval, que acababa de volver a la ciudad, pasaba por la calle al frente de su horda sanguinaria. Su aspecto era horroroso: ebrio, con el traje ensangrentado y el cabello descompuesto, empujaba delante de sí gran número de ancianos, mujeres y niños, procedentes todos de la Vendée y hechos prisioneros

después de la gran derrota que había experimentado el ejército realista en la última batalla. Aquellos infelices estaban destinados al cadalso.

Karval iba montado, y toda la chusma de la ciudad le seguía vitoreándole con estrepitosas aclamaciones. Aquel miserable había llegado a ser un personaje importante de la Revolución. Cuando hubo pasado tan ruidosa comitiva, se apartó Kernan de la ventana, y llegando junto a su amo, le dijo en voz baja...

—Teníais razón, señor, no debemos partir hoy.

Capítulo VII

El cementerio

La noche llegó por fin; el tiempo había variado completamente: grandes copos de nieve caían cubriendo el suelo con un inmenso sudario; al sonar las ocho en una iglesia próxima, el conde se levantó y dijo:

—Ya es hora; partamos.

Kernan, sin responder una sola palabra, se levantó y abrió la puerta, bajando delante de su amo. Trataba de evitar el encuentro de Scévola, pero éste les salió al encuentro al oír sus pisadas, y con ese instinto natural de los posaderos, preguntó el bretón:

—¿Qué es eso, ciudadano, te marchas?

—Sí, amigo mío, mi hermano se encuentra mejor; pásalo bien.

—Mira que hace muy mal tiempo para ponerse en camino; ¿no podrías aguardar hasta mañana?

—No —contestó secamente Kernan, que ya no sabía qué decir.

—A propósito —dijo el posadero—, ¿sabes que el valiente Karval ha vuelto a Quimper?

—Precisamente nos dirigimos al obispado para verle —contestó el bretón.

Al pronunciar estas palabras se volvió a mirar al conde, que felizmente no había oído aquel nombre fatal.

—¡Ah!... ¿conque vais a verle al palacio del obispo? Mucho se alegrará de encontrar a un antiguo amigo.

—En efecto, te aseguro que nuestra visita no ha de desagradarle...

—¡Ya, ya! —repuso Scévola, guiñando el ojo y sonriendo groseramente—. Se trata de alguna denuncia de clérigos o de emigrados.

—Tal vez —dijo Kernan, cogiendo del brazo a su amo y llevándole hacia la puerta.

—¡Ea, pues, buena suerte, ciudadano!

—Gracias, y hasta la vista —contestó el bretón saliendo al fin de la posada.

La ciudad parecía hallarse desierta: un silencio profundo reinaba en las calles, en donde ni siquiera retumbaban las pisadas sobre la capa de nieve que cubría el pavimento.

El conde y Kernan caminaban, rozando las paredes para no ser vistos, y el primero se dejaba guiar por su criado sin que al parecer notara siquiera el intenso frío que atería sus miembros.

Desde que había resuelto ir a rezar sobre el sepulcro de su hija, no había vuelto a pronunciar ni una sola palabra, absorbiéndose completamente en su dolor.

Kernan respetaba aquel silencio.

Al cabo de veinte minutos, las tapias del cementerio aparecieron ante sus ojos en medio de la oscuridad. A aquella hora, las puertas se hallaban cerradas; pero esto le importó poco al bretón, que por otra parte no había pensado penetrar en el campo santo por donde pudiera verle el guarda.

Dio, pues, la vuelta y se deslizó junto al muro buscando un lugar a propósito para escalarlo. El conde le seguía como un niño obediente o como un ciego.

Después de haber caminado un buen trecho examinando detenidamente la cerca, llegó Kernan a un punto en que se hallaba derruida en parte y por donde podía escalarlo con facilidad; esto era lo que el bretón buscaba, y con una agilidad asombrosa trepó por las piedras apenas retenidas por una mezcla de nieve y de barro; una vez allí alargó la mano al conde y le ayudó a subir, hecho lo cual penetraron ambos en el cementerio.

La brillante capa de nieve que cubría el suelo, daba a aquel recinto mayor melancolía de la que encerraba ordinariamente. Las tumbas, las cruces que se elevaban en distintos puntos estaban envueltas en un triste sudario, y se asemejaban a blancos fantasmas que permanecían inmóviles como si estuviesen velando el sueño eterno de los muertos.

Solemne era el espectáculo que allí se ofrecía a las miradas de los recién llegados: la primera idea que debió ocurrírseles fue que los que yacían debajo de aquel helado suelo debían sentir mucho frío, y más todavía aquellos a quienes la mano indiferente de los sepultureros acababa de arrojar en la fosa común obedeciendo las órdenes de una municipalidad inhumana.

Después de haber recorrido algunas de aquellas desiertas calles, llegaron Kernan y el conde al borde de un hoyo profundo, recientemente cubierto de tierra, que presentaba ciertas desigualdades en la superficie, perfectamente delineadas por la nieve.

En el momento de aproximarse Kernan a aquella fosa, creyó ver una forma humana encorvada sobre la tierra, que al percibir sus pisadas, se levantaba súbitamente y trataba de ocultarse entre el

espeso ramaje de un ciprés inmediato.

Al pronto pensó que era víctima de una alucinación fantástica y que sus ojos le habían engañado.

—¡Bah! es una ilusión —dijo entre sí—; sin duda me he equivocado; no es posible que a estas horas se halle en este sitio ningún ser humano.

Sin embargo, al mirar con más atención, vio agitarse una sombra entre los árboles, y observó unas huellas recientemente impresas en el suelo.

Alguien acababa de huir de allí; ¿sería algún sepulturero, un guarda del campo santo o algún sacrílego que iba a despojar a los muertos de sus vestidos?...

Kernan detuvo al conde cogiéndole por la mano, y mirando en torno suyo; aguardó algunos momentos, y no viendo reaparecer su extraña visión, se encaminó a la fosa común.

—Aquí es, sin duda, señor, en donde reposa.

El conde se arrodilló sobre la tierra helada: se quitó el sombrero, cruzó las manos, y en aquella actitud sublime se puso a rezar, dejando correr sus lágrimas, que rodaban hasta el suelo, derritiendo la nieve con su ardiente contacto.

Kernan, arrodillado también, rezaba como su amo, pero sin dejar de observar atentamente en torno suyo.

¡Pobre conde de Chanteleine! En medio de su amargura hubiera querido socavar con sus manos aquella tierra que envolvía a su hija; verla por última vez, contemplar sus facciones queridas, besar su casta frente y transportar luego a más digna tumba sus restos amados.

Sus manos ahondaban en la nieve, buscando trémulas el cuerpo de María; su corazón latía queriéndosele salir del pecho, y apenas podía contener sus sollozos.

Un cuarto de hora hacía ya que se hallaba así: Kernan no osaba interrumpir su oración ni distraer su dolor; pero temía que sus mal comprimidos suspiros fuesen oídos por algún espía de los republicanos.

De improviso creyó oír pasos cercanos; volvió el rostro con inquietud, y, en efecto, distinguió claramente una forma humana que, separándose de un grupo de cipreses, se dirigía hacia la fosa.

—¡Ah! —murmuró poniéndose en pie—; si fuese un espía, caro había de pagar su espionaje.

Y desenvainando su cuchillo se precipitó sobre el desconocido, que no parecía dispuesto a huir, puesto que le aguardó impasible.

Un momento después ya se hallaban aquellos dos hombres a tres pasos de distancia uno de otro y mirándose con aspecto amenazador.

Kernan fue el primero que rompió el silencio.

—¿Qué venís a hacer aquí? —preguntó con tono imperioso.

El desconocido, que era un joven de unos veinticinco años, de gallarda presencia y vestido de labrador:

—Lo mismo que vos —repuso con calma.

—¿A rezar?

—¡A rezar!

—¡Ah! —exclamó Kernan— ¿Tenéis algún pariente aquí?

—Sí —respondió el joven tristemente.

El bretón le miró con fijeza, y vio lágrimas en sus ojos.

—Perdonad —dijo entonces—, os había tomado por un espía o por un delator, pero veo que me he equivocado; venid conmigo.

El joven le siguió sin replicar, y bien pronto llegaron ambos junto al conde, el cual, saliendo de improviso de su marasmo, trató de levantarse.

—¿Venís a rezar también? —preguntó el conde; en ese caso, acercaos; aquí hay lugar para los dos; yo soy un padre que vierte llanto por su hija; me la han asesinado esta mañana y la han arrojado aquí.

—¡Pobre padre! —exclamó el joven.

—¿Pero vos quién sois? —preguntó Kernan.

—El caballero de Trégolan —repuso el recién llegado sin vacilar.

—¡El caballero de Trégolan!...—murmuró el bretón, poniéndose nuevamente en guardia.

Aquel nombre volvió a despertar sus recelos, pues le trajo a la memoria la escena que había tenido lugar aquella mañana en la plaza de Quimper, y no comprendía por qué se hallaba aquel caballero en el cementerio.

—Sí; el caballero de Trégolan. ¿Por qué os sorprendéis?

—Decidme: ¿no sois el que esta mañana obtuvo el perdón de vuestra hermana y el que consiguió salvarla, arrancándola de las manos del verdugo?...

—¡Salvarla!... —exclamó el caballero, juntando las manos de dolor.

—Luego ¿es por ella por quien venís a rezar?... —dijo el conde, que ya no dudaba de las palabras de aquel joven—. ¡Ah, caballero! Vos sois más venturoso que yo, pues al menos habéis podido verla, mientras a mí me ha sido imposible, pues he llegado demasiado tarde para conseguir abrazar a mi hija.

—¿Quién sois, pues? —preguntó el joven.

Kernan quiso arrojarse sobre su amo para taponarle la boca, a fin de que no pronunciase su nombre; pero antes de que tuviese tiempo de realizar su propósito...

—¡Soy el conde de Chanteleine! —dijo aquél rápidamente.

—¿Vos?... ¿Vos el conde de Chanteleine?... —exclamó el joven con un verdadero asombro.

—Yo, yo mismo.

—¡Dios mío!..., ¡Dios mío!... —añadió el caballero, cogiendo al conde por ambas manos y aproximándose a él para verle el rostro.

—Bien, ¿y qué?... —preguntó Kernan siempre receloso.

—¡Venid, venid! —Dijo el desconocido con vehemencia extraordinaria—; venid al instante, sin perder un minuto.

—¡Alto ahí!... —gritó Kernan cerrándole el paso—. ¿Qué es lo que queréis? ¿A dónde pensáis llevar a mi amo?

—¡Oh, venid, venid, por favor! —repitió el joven arrastrando al conde y tratando de apartar a Kernan con violencia.

Pero éste, tomando una actitud amenazadora, gritó de nuevo.

—¡Alto ahí!... —y ya iba a precipitarse sobre el joven, que no soltaba el brazo del conde, cuando éste le contuvo diciendo:

—¡Calma, Kernan, calma! Sigamos a este caballero, que es un hombre de honor: el corazón me lo dice.

Al oír las palabras de su amo, el bretón no osó replicar, y fue tras él, pero colocándose cerca del caballero de Trégolan, dispuesto a darle un golpe mortal al menor indicio de traición que observase en él.

En esta disposición, salieron los tres del cementerio, escalando nuevamente la brecha que les había servido para entrar, y dieron la vuelta a la tapia. El caballero de Trégolan guardaba silencio; pero su mano derecha se hallaba crispada y asida al brazo del conde.

De esta manera entraron en la ciudad, y evitando las calles principales se metieron por las callejuelas más estrechas a fin de esquivar encuentros peligrosos; precaución inútil, pues a aquellas horas se hallaban completamente solas; esto no obstante, Kernan no dejaba de mirar en torno suyo con recelosa atención.

El silencio era sepulcral en todos los ángulos de la ciudad; sólo al pasar junto al palacio episcopal, vieron los tres compañeros profusamente iluminadas las ventanas del edificio, y oyeron el rumor estrepitoso de una orgía. En aquel momento se estaba celebrando la llegada del infame Karval con un sarao en el que bailaban unidos los jueces y los verdugos.

Kernan sintió que la sangre se le subía a la cabeza, y empuñando el mango de su cuchillo, miró a las ventanas del palacio arrojando llamas por los ojos; pero no queriendo separarse de su amo, siguió tras él.

Por fin, el joven caballero se paró delante de una casa silenciosa y aislada en la extremidad de uno de los barrios menos bulliciosos de la ciudad.

—Aquí es —dijo, y dio un paso hacia adelante para llamar a la puerta.

—¡Aguardad!... —dijo Kernan, asiéndole el brazo en el momento en que iba a coger el aldabón.

—Déjale llamar —dijo el conde dirigiéndose al bretón.

—De ningún modo, señor; en este tiempo de miserias, toda casa es sospechosa, y es necesario saber a dónde se va. Decidnos, pues, caballero; ¿por qué tratáis de introducirnos en esa casa? —preguntó fijando en el joven una mirada escudriñadora.

—Para mostraros a mi hermana —contestó el caballero sonriendo tristemente; y llamó con precaución a la puerta.

Un momento después se oyeron por dentro pasos medidos que se aproximaban al cancel, y que se detuvieron de repente.

El caballero llamó de nuevo de una manera particular, diciendo a

la vez en voz baja:

—¡Dios y el Rey!

Entonces la puerta se abrió con lentitud, dejando ver a una señora anciana, que no pudo menos de manifestar cierto recelo al ver que acompañaban al caballero dos desconocidos.

—No temáis —dijo el joven—, son amigos.

La puerta volvió a cerrarse inmediatamente. A la luz de una vela que llevaba la señora en la mano, vio Kernan una escalerilla de madera, que arrancaba de un ángulo del portal.

El caballero subió por ella seguido del conde y del bretón, que no soltaba el mango de su cuchillo.

Sin embargo, se tranquilizó algo al oír el corto diálogo que se entabló, mientras subían la escalera, entre la señora que les había abierto la puerta y el joven que les guiaba.

—¿Sabéis que vuestra ausencia empezaba a inquietarme? ¿Habéis tenido algún mal tropiezo?

—No; pero decidme, y ella, ¿cómo sigue?... ¿qué hace?

—Llora, que da compasión, señor.

—Está bien, dejadnos —dijo el caballero, tomando la luz de las manos de su interlocutora; y dirigiéndose enseguida al conde añadió —: Seguidme.

Al fin de aquella empinada escalera había una puerta por debajo de la cual se veía una tenue claridad. El caballero la abrió de par en par y dijo con melancólico acento:

—Ahí tenéis a mi hermana, señor conde de Chanteleine.

Kernan, que había dirigido al interior de la habitación una rápida mirada, antes que su amo, exclamó con un grito que le salía del fondo del alma:

—¡María!... ¡mi sobrina!...

En efecto, María de Chanteleine se hallaba tendida sobre un lecho, pero viva, viva, aunque sumida en el más profundo dolor.

—¡Hija mía! —gritó a su vez el conde precipitándose hacia la hermosa joven.

—¡Padre! ¡Padre! —exclamó ella saltando del lecho y arrojándose en brazos de Chanteleine.

Aquella fue una escena indescriptible. ¿Cómo describir los sollozos, las caricias, los transportes de purísimo afecto y los éxtasis de melancólica alegría de aquellos seres tan nobles?

Kernan lloraba detrás de sus amos, retirado en un ángulo de la habitación, después de abrazar a María con delirante arrebató de contento.

El caballero de Trégolan contemplaba aquel cuadro conmovedor, silencioso y con las manos cruzadas en actitud de profundo enternecimiento.

De improviso exhaló María un grito desgarrador. Un pensamiento horrible había cruzado por su mente:

—¡Madre!... ¡Mi madre! —Gritó—¿Qué ha sido de mi madre?...

Aquella infeliz ignoraba que la condesa había muerto asesinada durante el saqueo del castillo, pero temió que hubiese sido guillotínada en Quimper.

El conde no tuvo fuerzas para contestarle, pero señaló el cielo con un dedo, dejando correr por sus mejillas un raudal de lágrimas.

María exhaló un nuevo grito y se dejó caer casi desmayada sobre el lecho.

—¡Hija mía, hija mía! —gritó el conde, corriendo hacia ella y cubriéndola de besos.

—No temáis nada, señor —dijo Reman sosteniendo la cabeza de la joven—, ésta es una crisis que pasará pronto.

En efecto, un momento después recobró María el sentido, y abrió sus hermosos ojos derramando abundantes lágrimas. Cuando su llanto mitigó la acerba pena que sentía, se tranquilizó al parecer, y entonces pudo el conde interrogarla:

—Pero ¿qué milagro ha podido arrancarte de las garras de la muerte? —preguntó Chanteleine, no pudiendo dar crédito a lo que le estaba pasando.

—Lo ignoro, padre mío; sólo recuerdo que fui arrastrada hacia el cadalso; que vi delante de mis ojos aquel horrible instrumento de muerte; después, un denso velo cubrió mis ojos; caí desfallecida, y desde entonces dejé de ver y de oír; más tarde recobré los sentidos, y, sin saber cómo, me hallé en este sitio.

Al oír aquellas palabras se volvió Chanteleine al dueño de la casa, y le dijo:

—Hablad, señor de Trégolan; referidnos por piedad cómo ha ocurrido todo esto.

—Señor conde —repuso el caballero—, mi hermana había sido encerrada lo mismo que vuestra hija en la cárcel pública para ser guillotínada, como todos los nuestros. Al tener noticia de tan infame resolución, corrí desesperado a París, y después de vencer mil dificultades, obtuve al fin su perdón de Couthon, a quien mi familia había prestado servicios de gran importancia en otro tiempo. Volví volando a Quimper con la orden de libertad; pero a pesar de mi diligencia y de los esfuerzos inauditos que hice, llegué demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? —dijo el conde.

—Sí, la cabeza de mi pobre hermana cayó precisamente en el momento en que yo llegaba a la plaza, y rodó sobre el cadalso ante mis propios ojos.

—¡Oh!... pobre amigo mío —exclamó el conde estrechándole

afectuosamente las manos.

—No puedo deciros cómo no caí muerto en el acto; cómo no descubrí por mi dolor, que había sucumbido aquella cuyo perdón tenía en mis manos; pero el cielo, sin duda, me inspiró un pensamiento de caridad sublime, por lo que doy las gracias sin cesar. Todas las víctimas que aquel día habían sido conducidas al cadalso aguardaban allí confusamente mezcladas su último instante, y cuando yo llegaba al pie de la guillotina, vi a una joven bellísima que subía casi sin sentido las gradas del patíbulo, apoyada en el brazo del verdugo: entonces, sin pensar siquiera lo que hacía, me precipité hacia ella gritando con todas mis fuerzas: —¡Perdón, perdón para mi hermana; para mi hermana que es ésa; aquí está la orden del perdón! —En los primeros momentos reinó gran confusión en torno mío; unos gritaban: «¡A la guillotina! ¡A la guillotina!...» Otros aullaban: «No hay perdón»; pero el documento que yo exhibía era una orden terminante, y aquellos furiosos se vieron precisados a soltar su presa y a devolverme a aquella desventurada joven que era vuestra hija y a quien traje a casa de esta excelente señora. El cadáver de mi hermana ya estaba frío, y por ella me habéis hallado rezando hace pocos momentos en la fosa común del cementerio, pues ya no existe aquella prenda de mi corazón.

El conde estrechó entre sus brazos al caballero de Trégolan, y le dijo con indecible ternura:

—¡Hijo mío, permitidme que una mi oración a la vuestra!

Kernan, postrado de hinojos ante el caballero, bañaba con sus lágrimas los pies de tan digno joven, expresando de aquel modo su inmensa gratitud.

Capítulo VIII

La huída

Fácil es de imaginar la noche que pasaría el conde al lado de su hija, salvada de la muerte de una manera tan milagrosa.

Mil recuerdos horrorosos se agolpaban en su mente: la muerte de su esposa, de aquella santa mujer, de aquella mártir infamemente asesinada, despertaba su dolor, que era más intenso al considerar a su idolatrada María huérfana de madre. Sin embargo, en medio de la amargura que sentía al evocar tan triste memoria, y al paso que elevaba al cielo fervorosas oraciones por el descanso de la que tanto había amado, por la vida de su hija y por el generoso libertador de ésta, iba experimentando un dulce consuelo y hasta una melancólica alegría.

Kernan por su parte, pasada la primera sorpresa, se dirigió al caballero de Trégolan, y con el acento conmovido todavía, pero lleno

de noble franqueza, le dijo:

—Señor, desde hoy tendréis en mí un siervo tan leal como un perro, podréis disponer de mi vida como y cuando os plazca; lo que habéis hecho por mi amo no puede pagarse con nada en el mundo, pero permitidme, al menos, que yo os sacrifique mi existencia si algún día podéis necesitar de ella.

Estas palabras generosas y sinceras conmovieron al caballero, que al contemplar los transportes de alegría de aquellos a quienes había devuelto en parte la felicidad, no pudo menos de pensar que tan inmenso servicio se debía al perdón de su pobre hermana, a quien no había podido salvar de una muerte horrorosa.

A la mañana siguiente, Kernan pensó en que lo más urgente era salir de Quimper, pues su presencia en aquella casa podría comprometer a la noble anciana que les había dado tan generosa hospitalidad. Verdad es que tenía que renunciar por entonces a su venganza contra Karval, pero la vida de María era para él lo primero, y por eso se resolvió a comunicar su pensamiento al conde y al caballero de Trégolan.

Su indicación fue aceptada en el acto, y se discutió con detenimiento el partido que sería prudente tomar.

—Señor conde —dijo el joven caballero—, yo lo tenía dispuesto para el caso en que me hubiese sido posible salvar a mi pobre hermana, y había preparado un asilo seguro para esconderla en una cabaña de pescadores situada en la bahía de Douarnenez. ¿Queréis venir conmigo a esperar allí mejores días, o una ocasión oportuna para abandonar Francia?

Chanteleine se volvió a Kernan, interrogándole con los ojos.

—¿En Douarnenez? —dijo el bretón—. Perfectamente, me parece un lugar seguro y excelente para nuestros propósitos.

—Entonces creo que debemos partir esta misma mañana —añadió Trégolan—, pues no hay un minuto que perder, y lo primero es que pongamos a salvo a esta señorita.

—¿Pero en Douarnenez tendremos medio de vivir sin levantar sospechas?

—Sí, señor; allí tengo un antiguo criado de mi familia que ejerce el oficio de pescador, llamado Locmaillé; es un hombre honrado y leal que nos recibirá perfectamente y podremos permanecer en su casa hasta que se nos proporcione ocasión de salir de Francia.

—¡Ea, pues! —dijo Kernan—. En marcha, y cuanto antes mejor; sólo nos hallamos a cinco leguas de Douarnenez y podemos llegar allá esta misma tarde.

El conde aprobó desde luego aquella resolución, pues sentía un ansia vivísima por devolver a su hija la tranquilidad que había perdido, y de que tanta necesidad tenía, pero al verla tan débil, temía

que no pudiera soportar las fatigas de aquel corto viaje.

La pobre María, desde la horrible escena del cadalso, había quedado tan quebrantada de cuerpo y de alma, que apenas podía sostenerse en pie, y a cada instante parecía que iba a perder el sentido. El menor ruido la hacía estremecerse, lo cual no tenía nada de extraño, sabiendo que sus verdugos no estaban lejos.

Sin embargo, las caricias de su padre y los exquisitos cuidados de Kernan habían conseguido reanimar algún tanto su espíritu, y cuando le indicaron la conveniencia de ponerse en camino, se manifestó pronta a arrostrarlo todo para salir cuanto antes de aquella ciudad de la que llevaba tan espantosos recuerdos.

Se trató entonces de proporcionarle un traje que le sirviese de disfraz; el caballero Trégolan llamó a la señora que les hospedaba, a la cual dio el conde las más expresivas gracias por el importante servicio que les había hecho; y aquella noble anciana proporcionó a María un traje de campesina del país.

Entraron ambas en una habitación inmediata, y al hallarse solas, María se vistió, ayudada por su huésped, el zagalejo y el corpiño que ésta había buscado, y quedó trasformada en una linda labradora en quien hubiera sido difícil reconocer a la elegante señorita de Chanteleine, viendo sus medias encarnadas de lana usadas, sus gruesos zapatos y su remendado delantal.

María era una joven de diecisiete años de edad, bellísima y distinguida; se parecía mucho al conde; sus ojos, enrojecidos en aquellos momentos por el llanto, eran azules y dulces en extremo; su boca, encantadora; su sonrisa, angelical.

Durante su prisión había sufrido tanto, que sus delicadas facciones estaban algo marchitas; pero un buen observador hubiera adivinado desde luego su belleza a través del velo de melancolía que cubría su semblante.

Los restos de su hermosa cabellera rubia, que había sido cortada por mano del verdugo, los ocultó cuidadosamente debajo de la gorra blanca al estilo bretón que completaba su traje; cubrió su delicada cintura con los pliegues del delantal y manchó sus nacaradas manos con tierra, para que no la denunciase su transparente blancura.

En una palabra, después de un cuarto de hora de tocador, quedó perfectamente disfrazada. Las siete de la mañana sonaron en el reloj de la municipalidad; apenas empezaba a clarear. Los fugitivos, después de haberse despedido afectuosamente de la digna anciana que los había hospedado con grave riesgo de su persona, se pusieron al fin en marcha, y salieron de la ciudad sin llamar la atención de nadie. Una vez en el campo, lo que había que hacer era ganar el camino real de Audierne, que conducía a Douarnenez y su rada.

Kernan conocía perfectamente el país, y poniéndose a la cabeza

de la pequeña comitiva tomó por senderos desviados y por ocultos atajos para llegar al término de su viaje lo más pronto posible; pero no podían andar muy deprisa, pues María, a pesar de sus buenos deseos, caminaba penosamente, apoyándose ora en el brazo de su padre, ora en el de Kernan. Los grandes esfuerzos que hacía para seguir marchando revelaban claramente su postración. El aire puro que respiraba después de haber estado muchos días encerrada en un calabozo parecía embriagarla. Al cabo de dos horas de penosa marcha, se vio obligada a detenerse y a pedir algunos instantes de reposo. Los fugitivos hicieron alto.

—Veo que no podremos llegar hoy —dijo Kernan.

—No —repuso el caballero Trégolan—, será preciso que pidamos hospitalidad en la primera cabaña que encontremos.

—Toda casa me parece sospechosa en estos contornos —replicó el bretón—, y si es absolutamente necesario que nos detengamos, preferiría buscar un asilo entre los matorrales contiguos al camino.

—No, amigos míos, no es necesario que os preocupéis por mí; en cuanto haya descansado un cuarto de hora podremos continuar nuestro viaje, y ya os avisaré cuando me sea absolutamente imposible seguir.

Un cuarto de hora después volvieron a ponerse en marcha. Había dejado de nevar, pero hacía mucho frío; Kernan se quitó su piel de cabrito, y cubrió con ella los delicados hombros de la joven.

Ya eran las once de la mañana, y los viajeros, que apenas habían andado dos leguas, aún no divisaban el campanario de Plonéis. El campo parecía un desierto; ni una cabaña ni un redil se columbraba en cuanto podía abarcar la vista.

El suelo desaparecía bajo una espesa capa de nieve; María ya no podía dar un paso, y Kernan se vio obligado a tomarla en brazos; pero la pobre niña, a quien el movimiento de la marcha ni siquiera daba calor, se sintió completamente helada al dejar de andar; el conde y Trégolan se quitaron sus capotes y envolvieron con ellos sus pies y sus brazos.

Por fin, y venciendo los rigores de la estación y las dificultades del camino que seguían, llegaron a la aldea de Kermingny; pero todavía quedaba legua y media para llegar a Douarnenez; el frío se había hecho tan intenso que tuvieron que detenerse, y María perdió el conocimiento.

—Es imposible seguir más adelante —exclamó Kernan con angustiado acento y deteniéndose de improviso—. Esta infeliz criatura necesita absolutamente algunas horas de descanso.

El conde tomó a su hija de los brazos del bretón, y apoyándola sobre su pecho, se sentó al borde del camino, tratando de calentar sus manos con su aliento, y sus pálidas mejillas con sus ardientes besos.

—¿Qué haremos?... ¿Qué haremos?... —exclamaba Kernan con desesperación—. Es preciso hallar un asilo; pero no es posible aproximarse a ninguna vivienda humana sin exponerse a una traición.

—¡Cómo! —Dijo el conde con dolorosa extrañeza—. ¿Luego en este país no existe ni siquiera un alma caritativa capaz de darnos hospitalidad?

—Ninguna —repuso el caballero Trégolan—. Dirigirnos a la cabaña de un campesino sería correr a entregarnos a una muerte cierta; los soldados *azules* tratan con tan bárbaro rigor a los que dan asilo a los proscritos, que nadie osaría en estos contornos ocultarnos por todo el oro del mundo, pues al que infringe la bárbara prohibición de los republicanos, le cortan las orejas y le llevan después a la guillotina.

—Este caballero tiene razón —añadió Kernan—, entrar en una casa cualquiera sería no sólo arriesgar nuestra vida, lo cual nada importaría, sino también la de esta pobre niña.

—Pero, Kernan, el caso es que mi hija se muere si no hallamos pronto un abrigo, y su vida es ante todo —exclamó el conde con desesperación.

—Tenéis razón —dijo Trégolan—, aguardad aquí un momento, mientras yo me llevo a las primeras casas del lugar vecino, a ver si el miedo ha dejado algún sentimiento de hospitalidad entre los campesinos de Bretaña.

—Id, amigo mío, id a ver si podéis salvar por segunda vez a mi hija —repuso el conde juntando las manos en actitud suplicante.

El caballero se encaminó precipitadamente hacia el lugar; la noche se había venido encima, y el joven, después de una larga carrera, llegó entre tinieblas a las primeras casas de la población; todas se hallaban cerradas, y ni el menor ruido daba a conocer que estuviesen habitadas; esto no obstante, llamó con precaución a una de ellas; pero viendo que no le contestaban redobló sus golpes... todo inútil, reinaba un silencio sepulcral; ni una sola luz asomaba por los intersticios de las ventanas.

—También se ocultan aquí como en todas partes —dijo el joven entre sí; pero recordando la situación en que había dejado a María, cobró nuevo ánimo y siguió golpeando una tras otra todas las puertas; en un principio llamaba tímidamente, pero al encontrar sordas todas aquellas viviendas, concluía por descargar golpes formidables; mas todo era en vano: los habitantes de la aldea habían tomado la firme resolución de no responder a nadie, y nada en el mundo hubiera sido capaz de hacerles desistir de ella.

El terror que les habían infundido los *azules* los hacía crueles y despiadados.

Viendo que sus esfuerzos eran vanos para hacerse abrir una sola

puerta, Henry de Trégolan comprendió que no le quedaba otro remedio que ir a reunirse con sus compañeros de infortunio.

Volvió, pues, a su lado, llevando la desesperación en el alma y la angustia pintada en el semblante.

Cuando llegó al lugar en que los había dejado, halló al conde y a su hija en la misma posición que tenían al separarse de ellos. El primero seguía sentado en el borde del camino, conservando entre sus brazos a María, yerta y moribunda, a quien trataba en vano de reanimar con el calor de su aliento.

En el momento de llegar el joven, una exclamación de dolor se escapó de los labios de Chanteleine:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Mi hija se muere! —dijo creyendo observar que María había perdido todo movimiento.

—¿Y qué hacemos?... —preguntó con desesperación Trégolan—. Esa aldea es un cementerio.

—¡No os desalentéis! —exclamó Kernan, que, a pesar de la angustia que le henchía el corazón, era el que conservaba más sangre fría—. Echemos por el otro lado del camino; dirijámonos al bosque de Nevet que está a dos pasos, y allí pasaremos la noche en el hueco de algún tronco de encina, y encenderemos una hoguera con ramaje seco para devolver el calor a la señorita.

—No queda, en efecto, otro remedio —dijo Trégolan—. Ea, en marcha cuanto antes.

Entonces se aproximó Kernan al conde, y tomando de nuevo en sus brazos a María, echó a andar seguido de sus compañeros de viaje; atravesó con paso firme y acelerado el camino de Audierne, y algunos minutos después penetraban todos en los matorrales.

Las ramas secas crujían bajo sus pies. Henry se había adelantado para ir separando la maleza, pues a fin de no ser vistos de nadie, convinieron internarse en lo más intrincado del bosque.

Por fin, después de un cuarto de hora de penosa marcha, llegaron a un sitio en que el caballero descubrió una centenaria encina, cuyo socavado tronco ofrecía un hueco suficiente para colocar en él a María. Acostaron allí a la pobre joven perfectamente arropada con los abrigos de todos; y sacando Kernan piedra, eslabón y yesca, encendió en un momento un buen fuego, cuya llama iluminó el contorno chisporroteando.

No bien llegó el calor de la hoguera hasta María, ésta lanzó un suspiro, abrió los ojos y recobró el movimiento. Al instante miró en torno suyo con terror; pero al verse rodeada de aquellos a quienes tanto amaba, sonrió dulcemente y pudo al fin conciliar un sueño reparador.

El conde, Kernan y Trégolan velaron junto a ella toda la noche. Estaba perfectamente arropada; el tronco de la encina le ofrecía un

abrigo templado por el fuego inmediato y pudo descansar apaciblemente algunas horas.

Kernan reanimaba sin cesar la hoguera arrimando hojas y raíces secas, al paso que sus compañeros permanecían sentados o tendidos junto a la lumbre calentándose. En cuanto a dormir, ni siquiera pensaron en ello; se hallaban demasiado preocupados para que pudiesen cerrar los ojos, y pasaron la noche conversando.

El caballero contó al conde de Chanteleine la historia de su familia, historia también muy dolorosa.

Casi todos los señores de Trégolan, originarios de Saint-Pol-de-Léon, habían perecido en las sangrientas batallas de que fue teatro aquella ciudad en 1793.

El señor de Trégolan, padre de Henry, cayó ametrallado por los cañones del general Canclaux cuando éste quiso reconstruir el puente cortado por los insurrectos de Kerguiduff sobre el camino de Lesneven. El joven caballero en vano hizo cuanto pudo para morir al lado de su padre. Las balas republicanas no quisieron herirle, y cuando volvió a Saint-Pol-de-Léon, encontró su casa presa de las llamas y supo que su hermana había sido arrastrada violentamente a la cárcel de Quimper.

Al pronunciar Henry el nombre de su hermana, no pudo contener sus lágrimas; entonces el conde le estrechó afectuosamente entre sus brazos y a su vez le contó sus propias desventuras; la toma del castillo, la sangrienta muerte de la condesa y la destrucción de sus granjas.

Ambas historias se asemejaban en sus horribles detalles; sus infortunios eran idénticos; sus pérdidas casi las mismas, de suerte que pudieron mezclar sus lágrimas y engrosar con ellas el raudal del llanto que la república hacía derramar.

Así se pasó la noche. Kernan vigilaba sin descanso, y de vez en cuando rondaba por las avenidas del bosque para prevenir toda sorpresa; pero afortunadamente llegó el día sin que hubiese sobrevenido ningún contratiempo.

Aquellas pocas horas de sueño y de reposo habían reanimado algún tanto a la pobre María, la cual se sintió con fuerzas suficientes para emprender de nuevo la marcha. Se apoyó en el brazo de su padre y se pusieron en camino a las ocho de la mañana.

A las nueve, Kernan, que servía de guía a sus amos, se apartó del camino de Audierne al pasar frente a la aldea de Plouaré, y media hora más tarde, la pequeña comitiva llegaba a Douarnenez, desde donde se encaminó directamente Trégolan, seguido de sus amigos, a la cabaña del viejo pescador.

Capítulo IX

Douarnenez

En el segundo año de la república francesa, la pequeña aldea de Douarnenez no contaba en su recinto arriba de veinte familias de pescadores. El conjunto de aquellas chozas, formadas de trozos informes de granito, ofrecía a los que llegaban a ellas por el mar un punto de vista en extremo pintoresco.

La aldea, escondida entre las sinuosidades de la costa, se presentaba de improvisto al viajero, dominada por el aislado campanario de una capilla situada en la cumbre de una pequeña colina, llegando las últimas casas hasta la misma orilla del mar. Los techos de las cabañas estaban contruidos con gran solidez y cubiertos de gruesos pedruscos para poder resistir los fuertes vientos del nordeste.

La costa de Bretaña desde Concarneau a Brest se halla cortada por una serie de bahías de todas dimensiones.

Las más importantes son la de Douarnenez y la de Brest, que cuentan hasta 25 leguas de extensión. Las de Audierne, de los Difuntos, de Camaret y Diñan, no forman más que pequeñas ensenadas; pero la más peligrosa de todas ellas es sin disputa la de Douarnenez, de suerte que los infinitos naufragios ocurridos en ella le dan una funesta celebridad.

Su parte meridional está formada por una lengua de tierra casi recta que se asemeja a una pirámide invertida, y que, recorriendo un espacio de ocho leguas, se interna en el océano, yendo a unirse con la punta del Raz.

Su base tendrá unas cuatro leguas de anchura sobre el meridiano de Douarnenez, y en toda su extensión se encuentran las feligresías de Poullan, Benzec, Cleden, Audierne, Pont-Croix y Plogoff, y algunos caseríos diseminados por el contorno.

La parte norte de aquella bahía la forma una inmensa curva de la costa, que termina en el cabo de la Cabra, donde se encuentran las magníficas grutas de Morgat, y desde donde se divisan las montañas de Aray, veladas casi siempre por la bruma del mar; pero no estando bastante cerrada por la parte de Douarnenez, se halla expuesta de continuo a todas las tempestades, lo cual hace aquel mar peligroso en extremo; tanto, que los pescadores que se aventuran a surcarlo con sus barcas se ven con frecuencia en grave riesgo, y muchas veces tienen que pasar días enteros a corta distancia de sus costas, sin poder entrar en el puerto.

La población se halla situada a la embocadura de un pequeño río, que cuando baja la marea se queda seco, y allí es donde recalaban las barcas de los pescadores para refugiarse de las tormentas y evitar el mal tiempo, pues el dique que en la actualidad defiende aquel pequeño puerto no existía entonces, lo cual hacía que las casas situadas en la ribera fuesen azotadas por las olas.

La extremidad del mencionado riachuelo que corre por el lado del pueblo se llama Guet.

En aquella punta precisamente se hallaba situada la casita del buen Locmaillé.

Desde las ventanas laterales podía verse toda la bahía, desde Douarnenez al cabo de la Cabra, al paso que el pequeño edificio se confundía entre las rocas que lo cercaban, de suerte que se veía muy poco de él aun a bien corta distancia. No era por cierto bonito; pero sí muy sólido y seguro.

Se componía de un piso bajo, con una gran chimenea, junto a la cual se colocaban las redes mojadas y los aparejos de pescar, y de un segundo piso subdividido en tres pequeñas habitaciones con sus ventanas, desde las cuales se veía la barca del pescador, ora varada en el cauce del río, ora flotando sobre las aguas, según el capricho de la marea.

Aquella choza estaba habitada por el buen pescador Locmaillé, hombre de unos sesenta años de edad, afectuoso y adicto servidor de la familia Trégolan; otro Kernan, en fin, aunque menos instruido y enérgico, el cual recibió perfectamente al conde y a su hija, manifestándoles que estaban en su propia casa y que podían disponer de ella a su arbitrio y todo el tiempo que quisieran; de suerte que al entrar allí pudieron exhalar un suspiro de alivio, considerando aquella cabaña como un hospitalario refugio.

Aunque la casa era pequeña, Henry halló medio de preparar una habitación para María, otra para el conde y una especie de gabinete para él.

Según la costumbre del país, estas habitaciones no se comunicaban con el piso bajo por la parte interior del edificio, y se subía a ellas por una escalera de piedra, construida junto a una de las paredes exteriores.

La gran sala del piso bajo era más que suficiente para el viejo Locmaillé y para Kernan, que había resuelto hacerse pescador, hasta que llegasen mejores tiempos.

No tardó cada cual en instalarse en el departamento que se le había asignado. Un buen fuego de sarmientos empezó a chisporrotear bien pronto en la habitación de María, y media hora después de haber llegado a Douarnenez, se hallaba alojada como si estuviese en su casa.

Entonces fue cuando, por primera vez después de tan azarosos días, pudieron quedar solos el padre y la hija, habiéndose retirado los demás a sus respectivos aposentos, respetando su mutuo dolor y aquel aislamiento tan necesario a entrambos.

Kernan empezó, ayudado por el buen Locmaillé, a preparar un frugal almuerzo, compuesto de pescado fresco, y de algunos huevos; de suerte que cuando el conde y su hija volvieron a bajar al piso

inferior y se instalaron en él, pudieron sentarse a una mesa tosca, miserable y sin manteles, y comer en vasijas de madera ennegrecidas por el humo, es verdad, pero con el espíritu tranquilo.

—Amigos míos —dijo el caballero Trégolan—, el cielo nos ha protegido conduciéndonos hasta aquí sin el menor tropiezo; pero es preciso que ahora nos ayudemos nosotros: hablemos, pues, de nuestros planes para el porvenir.

—Hijo mío —repuso el conde—, nosotros nos sometemos gustosos a cuanto dispongáis: desde este momento pongo en vuestras manos mi vida y la de mi hija.

—Señor conde, yo creo que ya debe haber pasado la hora de vuestros grandes sufrimientos y que podemos esperar días más felices para el porvenir.

—Y yo también —añadió Kernan—. Vos, señor de Trégolan, sois todo un hombre, y mal será que no podamos, entre todos, arreglarlo de modo que salgamos con bien del conflicto en que nos hallamos. Pero decidme, nuestra llegada a este país, ¿no llamará la atención de sus habitantes?

—No; Locmaillé venía diciendo hace muchos días a todos sus vecinos, que estaba esperando de un momento a otro a unos parientes que debían pasar una larga temporada en Douarnenez.

—Bien —replicó el bretón—, pero ¿no podría extrañar este excesivo aumento de familia...?

—No; el señor conde de Chanteleine es mi tío, y la señorita María mi prima.

—Decid más bien vuestra hermana, Henry, vuestra hermana —exclamó la noble doncella con melancolía—. ¿No he sido yo la destinada por la Providencia a ocupar el lugar de aquella noble mártir?

—¡Señorita!... —repuso Trégolan con acento conmovido.

—Bien, bien, todo puede arreglarse —dijo Kernan —como habéis indicado; y yo seré primo del amigo Locmaillé, si esto no le desagrade.

—Yo me tendré por muy honrado —contestó el viejo pescador.

—Perfectamente; así se completará la familia, una familia de pescadores; no será ésta la primera que vez que mi amo y yo hayamos hecho este oficio; en nuestra juventud manejábamos los remos y los arreos de pesca bastante bien, y no creo que se nos haya olvidado la manera de conducir una barca.

—Magnífico —exclamó el caballero—; siendo así, desde mañana empezaremos a recorrer la bahía de Douarnenez; supongo que la barca está dispuesta para ello, ¿no es así, amigo Locmaillé?

—En efecto —contestó el pescador—, aparejada la tenéis y nada falta en ella.

—Amigos míos —dijo entonces el conde—, si debemos

permanecer en este país; si hemos de seguir afrontando la tormenta revolucionaria que ruge en torno nuestro; si no podemos huir, para alejarnos lo más que nos sea posible de nuestros implacables enemigos, apruebo vuestro plan; pero ¿hemos de renunciar acaso a la esperanza de pasar al extranjero?

—Señor conde —contestó Henry—, si semejante proyecto fuese realizable, creed que hubiese sido el primero en proponérselo; pero por ahora la fuga es imposible, yo mismo he intentado, hace mucho tiempo, trasladarme a Inglaterra y no me ha sido posible hallar el medio de conseguirlo. Lo único que puedo prometeros es que si se presenta ocasión propicia no la dejaremos escapar. ¡Quién sabe! Tal vez a peso de oro podamos hallarla.

—Desgraciadamente, me quedan muy pocos recursos —dijo Chanteleine con tristeza.

—Y yo no tengo más que mis brazos y mi barca que poder ofreceros —añadió el honrado pescador.

—¡Bueno, bueno! —interrumpió Kernan—. Ya pensaremos en eso más tarde; lo que es hoy, aunque fuéis diez veces más rico que en otros tiempos, y aunqueuviésemos a nuestra disposición el mejor bergantín, no os aconsejaría que os embarcaseis. Nos hallamos en el peor mes del año, y la mar es terrible y dura al salir de la bahía; la tempestad nos arrojaría bien pronto sobre algún cabo de la costa en donde podríamos ser muy mal acogidos, y no debemos exponer a mi sobrina María a tan grave peligro. En los serenos días de la primavera, si para entonces Dios no se ha apiadado aún de Francia, pensaremos lo que conviene; pero entre tanto, no tenemos más remedio que pescar, puesto que somos pescadores, y vivir tranquilamente en esta tierra.

—Tenéis razón, amigo mío —dijo Henry —y apruebo vuestro plan.

—Yo también —añadió el conde—; tienes razón, mi buen Kernan; es fuerza que sepamos resignarnos, y que sin pedir imposibles nos contentemos con lo que Dios nos da.

—Amigos míos —exclamó entonces María—, cuando mi buen tío Kernan habla, debemos oírle y seguir sus consejos, pues es hombre de gran prudencia y cordura; bien sabe él que a mí no me hubieran arredrado los peligros del mar; pero puesto que la travesía le parece impracticable, debemos considerarnos como arribados al puerto y esperar aquí. No somos ricos, ¿y qué?... trabajaremos para atender a nuestra subsistencia, y yo por mi parte quiero también ofrecer mi contingente a la sociedad.

—¡Oh, señorita! —se apresuró a decir el caballero Trégolan—. El oficio que vamos a ejercer es muy duro, y no habéis sido educada como las mujeres y las hijas de los pobres pescadores; por cuya razón no podemos ni debemos exponeros a semejantes trabajos y a tan rudas

fatigas. Además, nosotros somos bastantes para ganarnos el pan cada día.

—Y, ¿por qué no he de ayudaros, Henry, si puedo proporcionarme trabajo que esté al alcance de mis fuerzas?... ¿Creéis que si es necesario no podré coser y repasar la ropa?

—¡Ya lo creo! —interrumpió Kernan—. Como que mi sobrina trabaja como un hada; yo la he visto bordar paños de altar para la iglesia del Palud, de los cuales se mostraría orgullosa la misma santa Ana.

—Pero ahora no se trata de paños de altar ni de ornamentos de iglesia, querido tío —dijo María—, sino de trabajos menos delicados, aunque más lucrativos.

—¡Por vida mía! —repuso Henry, que no quería de ningún modo que la joven trabajase—. Creo que os será difícil hallar labores de esa especie en este país.

—A menos que cosáis camisas gruesas para los pescadores, o para los *azules* de Quimper —se aventuró a decir Locmaillé.

—¡Oh! —exclamó el caballero.

—¡Acepto gustosa!...

—Pero, señorita, ¿seríais capaz?

—¿Por qué no? —le interrumpió Kernan—. Estoy seguro de que mi sobrina sabrá cumplir con su cometido a las mil maravillas.

—En este caso no será difícil hallar trabajo —añadió el pescador—, pero a ocho cuartos la pieza.

—¡A ocho cuartos la pieza... magnífico! —exclamó Kernan riendo—. Es decir, que mi sobrina será una verdadera costurera.

—Ése era el oficio de las señoritas de Sapinaud y de Lézardiére cuando emigraron de Mans —dijo María—, y bien puedo yo hacer lo que ellas hicieron.

—Convenido; Locmaillé te buscará trabajo.

—Bien está.

—Entre tanto —añadió Kernan—, señor conde, descansad con María lo que queda de día, mientras yo voy a visitar nuestra barca con el señor Trégolan, y mañana nos haremos a la mar.

Dicho esto, Kernan y Henry salieron encaminándose a la playa; Locmaillé se fue a la aldea, y María se quedó con su padre y se puso a arreglar el pobre ajuar de la casa.

El caballero Trégolan y el valiente bretón llegaron entre tanto a la punta de Guet, y allí hallaron la barca de Locmaillé, que estaba perfectamente aparejada; con dos largas velas, excelentes vergas y suficientes remos; su casco era sólido y dispuesto para resistir los embates de la gruesa mar.

Algunos pescadores que se hallaban allí recomponiendo sus redes, se aproximaron a los recién llegados, y les hicieron varias preguntas

con el solo propósito de entablar conversación con ellos; pero Kernan, que adivinó su objeto, les contestó como pudiera hacerlo un marino consumado, y se acreditó de perito en su oficio, dando su parecer acerca de una nubécula negra que se presentó en el horizonte y que según dijo no presagiaba nada bueno; esto no obstante, siguió haciendo sus preparativos de viaje, como hombre que lo entendía, y al día siguiente se hizo a la mar acompañado del caballero Trégolan, a quien había tomado mucho afecto.

Aquel joven era en verdad digno de ser querido por su excelente carácter y por su gran corazón; se había resignado con entereza varonil a la triste situación en que el sacudimiento revolucionario colocó a las gentes de su rango, y a pesar de sus pocos años, pues apenas contaba veinticinco, la desgracia maduró su espíritu y fijó sus ideas sin despertar en él malas pasiones.

Después de haberlo perdido todo y al verse en el mundo sin familia, solo enteramente, era natural que reconcentrase su afecto en el conde y en María, a quienes había encontrado en su camino de una manera tan extraordinaria.

Kernan lo conoció, y adivinando lo que podría sobrevenir de aquel inocente y noble afecto, se regocijó sobremanera.

En la sangre fría que mostró al adoptar la sublime decisión de salvar a María de las manos del verdugo, haciéndola pasar por su hermana, cuya cabeza había visto rodar por el cadalso; en la prudencia que demostró en su huida de Quimper; en el valor que desplegó al decidirse a tomar el rudo oficio de pescador, adivinó Kernan un carácter elevado, cuerdo y resuelto, y comprendió que Henry, que era todo un hombre, podría ser un excelente apoyo para sus amos, apoyo que no era de despreciar en aquellos momentos de trastorno social.

Quando Kernan amaba a alguien, le amaba de veras, y no podía tener oculto su afecto; así es que se complacía en manifestar lo que opinaba acerca de Henry, en presencia del conde y sin recatarse de María.

Algunos días después de su llegada a Douarnenez, quiso Chanteleine ayudar a sus compañeros de infortunio en su penosa tarea de pescadores, y se embarcó con ellos. Su profunda tristeza no le abandonaba jamás; pero los incidentes de la pesca solían distraerle algunos instantes, lo cual dulcificaba algún tanto su pena.

Aunque de ocho días cinco se presentaban tan borrascosos que les era imposible botar al agua su barca, no dejaban de hacer buenas expediciones, pues Kernan era destrísimo en la pesca.

Vendían el pescado en la misma orilla del mar, a los expendedores de oficio, que lo enviaban después a Quimper o a Brest, quedándose siempre el que necesitaban para el consumo de la familia,

de suerte que con esto y con lo que ganaba María en su trabajo de costurera, tenían lo suficiente para mantenerse muy bien y casi para considerarse felices en medio de su desgracia.

Kernan no quería que se tocase el dinero que conservaba el conde; las circunstancias podían cambiar o agravarse, y era indispensable tener un fondo de reserva, por si llegaba el caso en que fuese necesario huir de aquel asilo, o abandonar Francia.

Por lo que a él hacía, estaba firmemente decidido a no separarse de sus amos; pero si le era forzoso salir de Bretaña, lo haría a condición de volver a ella, para cumplir cierta solemne promesa de venganza que se había hecho a sí mismo, y que estaba resuelto a llevar a cabo, aunque nunca hablaba de ello, absteniéndose hasta de pronunciar el nombre de Karval para que no pudiesen sospecharse sus intenciones.

Mientras duraba la pesca, se habían combinado de modo que nunca se quedaba sola María, pues la acompañaban siempre, o bien su padre, o bien el viejo pescador, que ya le profesaba el más respetuoso cariño.

La llegada de aquella simpática familia, ni sorprendió ni extrañó a nadie en el país; la consideraron desde luego unida por lazos de parentesco con el honrado Locmaillé, y al verla tan laboriosa y tan amable acabaron por apreciarla todos. Además, todos sus individuos vivían sumamente retirados y ocupándose de continuo en su trabajo, sin tener relaciones fuera del país; así si el ruido de la Revolución llegaba alguna vez a aquellas costas, se estrellaba en la puerta de su cabaña.

El día 1 de enero de 1794, se presentó Henry a María, que se hallaba con el conde y Kernan, y le ofreció una sortija muy sencilla, como presente de Año nuevo.

—Se lo suplico, señorita —le dijo con voz conmovida—, que aceptéis esta sortija como recuerdo de mi pobre hermana.

—¡Ah, Henry!... —exclamó la joven; y deteniéndose al pronunciar estas palabras, miró alternativamente a Kernan y al conde, arrojándose en brazos de éste y vertiendo sobre su pecho un raudal de lágrimas. Después levantó la cabeza, y dirigiéndose ruborosa al caballero, le dijo, presentándole la mejilla con timidez:

—Henry, no tengo otra cosa que poderos ofrecer a cambio de vuestro delicado regalo.

El joven rozó castamente con sus labios aquella fresca y purísima mejilla; pero sintió latir su corazón con tal fuerza que parecía quererle salir del pecho.

Kernan sonrió con satisfacción, y el conde unió involuntariamente en su pensamiento los nombres de Henry de Trégolan y de María de Chanteleine.

Capítulo X

La isla *Tristán*

El mes de enero se deslizó apaciblemente para los huéspedes del viejo Locmaillé, los cuales empezaban a abrigar en sus pechos la esperanza de ser menos desgraciados.

Trégolan se sentía cada vez más atraído por la hermosa María; pero ella, comprendiendo su situación, se esforzaba en ocultar sus sentimientos, y ponía tanto empeño en disimular su amor como otra hubiera puesto en darlo a conocer; así es que nadie se apercibió de aquella tierna pasión, más que Kernan, el cual tenía muy buen ojo y se decía a sí mismo:

—Esto marcha, y al fin se hará... ¡y a fe que nada puede suceder que fuese mejor!...

La aldea de Douarnenez disfrutaba entre tanto de una completa tranquilidad, la cual no se turbó más que una sola vez, y fue de este modo:

Frente a la casita de Locmaillé, al otro lado del río y a menos de medio cuarto de hora de distancia, casi tocando a la costa había un islote formado de un solo peñasco, árido e inculto, en cuya cúspide ardía por las noches una hoguera que iluminaba con sus reflejos, en medio de la oscuridad, la entrada del puerto.

Llamaban los naturales del país a aquel peñasco la isla *Tristán*, y su nombre estaba bien justificado por su aspecto melancólico y sombrío.

Kernan había observado que los pescadores miraban con horror aquel promontorio y que evitaban con cuidado aproximarse a él; algunos de ellos cuando pasaban a corta distancia de sus rocas, levantaban los puños en señal de amenaza; otros se santiguaban con recelo, y las mujeres asustaban a los niños revoltosos nombrándoles la *isla maldita*.

Se hubiera creído que encerraba un depósito de leprosos o que en ella existía un lazareto.

Era, en fin, un lugar de maldición, del que todos tenían miedo.

Muchas veces decían los pescadores:

—El viento sopla del lado de la isla *Tristán*... mala mar tendremos y alguno se quedará en ella.

Estos temores eran infundados a todas luces; pero con todo, aquel lugar pasaba como siniestro en toda la costa, no obstante lo cual estaba habitado, pues de vez en cuando se distinguía un hombre vestido de negro vagando por la roca, a quien las pobres gentes de Douarnenez señalaban con el dedo gritando:

—¡Hele allí!... ¡miradle!... ¡miradle!...

Muchas veces aquellas indicaciones iban acompañadas de amenazas, pues gritaban todos a una voz:

—¡Muera!... ¡Muera!...

Entonces el hombre vestido de negro se ocultaba en una especie de choza medio derruida que descollaba en la cumbre del islote.

Aquel incidente solía repetirse de vez en cuando, y Kernan, que se lo había hecho notar al conde, acabó por interrogar acerca de él al buen Locmaillé.

—¡Ah!... ¿Conque lo habéis visto también?...

—Sí —contestó el conde—. ¿Y decidme, amigo mío, podríais explicarnos quién es ese infeliz que parece hallarse proscrito de la sociedad de los hombres?

—Ése es el *Maldito* —dijo el pescador, con aire rencoroso.

—Pero, ¿qué Maldito es ése? —preguntó Kernan.

—Yvenat, el *jurador*.

—¿Quién es ese Yvenat?

—Mejor es que no hablemos de él —contestó Locmaillé, y procuró mudar de conversación.

Nada, pues, pudieron sacar en limpio de las respuestas del pescador, ni Kernan ni su amo; pero algunos días después, hallándose reunidos todos los habitantes de la cabaña en una de las primeras tardes del mes de febrero, el mismo Locmaillé hizo recaer la conversación sobre aquel asunto.

Estaban todos sus huéspedes en derredor de un gran fuego que ardía en la chimenea del piso bajo de la casa; el tiempo era crudísimo; la lluvia caía a torrentes, y el viento silbaba con violencia en el exterior, estremeciendo a su impulso las puertas y las ventanas, cuyas tablas rechinaban al resistir sus embates; por el largo cañón de la chimenea penetraban torbellinos de aire que agitaban la llama del hogar y esparcían el «humo por todos los ámbitos de la cocina.

Toda la familia guardaba silencio, pues cada uno de sus individuos se hallaba absorto en sus reflexiones, oyendo con cierta melancolía el rumor de la tempestad, cuando el buen Locmaillé levantó de improviso la voz, diciendo como si hablase consigo mismo:

—Buen tiempo y buena noche para el *jurador*, a fe que no se podrían escoger otros mejores...

—¿Acaso te refieres a ese Yvenat de la isla? —preguntó Henry.

—En efecto, a ese maldito me refiero; pero aunque sigamos oyendo hablar de él, ya no le volveremos a ver.

—¿Y cómo es eso? —pregunto Kernan.

—¡Yo me entiendo! —murmuró el pescador y volvió a guardar silencio, entregándose de nuevo a sus reflexiones; pero de vez en cuando prestaba atento oído como si esperase algún rumor que no fuese el de la tempestad.

Entonces, dirigiéndose Chanteleine a Henry le preguntó:

—Según parece, amigo mío, vos conocéis la historia de este desgraciado; decidme, pues, ¿podrías contarnos quién es ese Yvenat a quien todos maldicen?

—Sí, Henry, habladnos de él —añadió María—; muchas cosas he oído de ese infeliz, e incluso le he visto alguna vez vagar por la isla Tristán, pero nunca he podido saber su historia.

—María, ese Yvenat —contestó Henry—, es un clérigo constitucional de los juramentados, un *jurador* como dicen aquí; la municipalidad de Quimper le impuso a la fuerza a esta feligresía; pues no bien se retiraron los *azules* que le habían acompañado hasta aquí, cuando empezó a demostrarse el descontento popular en tales términos, que para evitar los efectos de la pública indignación, se vio obligado a refugiarse en ese islote.

—¡Ah!... Ya lo comprendo —repuso el conde—; ¿conque Yvenat es uno de esos clérigos que jurando la Constitución se han adherido a la ley civil que se relaciona con las sagradas instituciones de la Iglesia?

—En efecto, así es —dijo Henry—, de modo que en cuanto se quedó solo en el país, y sin el apoyo de los que vinieron a instalarle violentamente en él, ya veis la triste situación a que ha quedado reducido; tuvo necesidad de apelar a la fuga, y entrando en la primera barca que encontró a mano, se trasladó a la cumbre de ese islote, en donde se alimenta de ostras y cangrejos.

—¿Y cómo es que no se escapa? —preguntó Kernan.

—Porque los pescadores no permiten que se aproxime chalupa alguna a la isla; de suerte que ese infortunado acabará por perecer de hambre y de miseria.

—Ya lo creo —murmuró Locmaillé—, y a fe que eso no puede tardar.

—¡Desventurado! —exclamó el conde exhalando un suspiro—; ¡he aquí lo que ha ganado con adherirse a la organización civil del clero! No ha comprendido el sublime papel que hace el sacerdote en estos tiempos de tras-tomos políticos y de terror.

—En efecto, su misión es muy noble —dijo Trégolan.

—Más noble —añadió el conde con entusiasmo —que la de los vendeanos y los bretones que hemos corrido a empuñar las armas en defensa de la santa causa. Yo he visto muy de cerca a esos ministros del Altísimo; los he visto bendiciendo y absolviendo a un ejército entero postrado de rodillas antes de dar una batalla; los he visto celebrando el santo oficio de la misa, en una colina sin más altar que una piedra con una tosca cruz de leño, sin más cáliz que un vaso de barro y sin más ornamentos que un trozo de tela grosera. Después los he visto arrojar en medio de la pelea, con un crucifijo en la mano,

socorriendo, consolando y absolviendo a los heridos y a los moribundos, hasta debajo del fuego de los cañones republicanos; y allí me han parecido más venerables que en medio de las pomposas ceremonias de una catedral.

Hablando así, el conde parecía hallarse animado por el sagrado fuego de los mártires, su mirada brillaba con el fulgor del entusiasmo católico, y su acento revelaba tan profunda convicción, que era fácil reconocer en él uno de aquellos héroes dispuestos siempre a sacrificar su existencia en defensa de la fe.

—Al contemplar la sublime figura de aquellos sacerdotes —añadió el conde—, si no hubiese sido esposo y padre, hubiera querido ser clérigo.

Todos los que se hallaban presentes miraron al conde con admiración; en aquel momento su semblante resplandecía con el fuego del entusiasmo.

Pero de improvisto se percibió, en medio del fragor de la tormenta, un rumor sordo e inusitado. Gritos de amenaza humana se mezclaban con los amenazadores rugidos de los desencadenados elementos. Aquel ruido era indescriptible para los huéspedes de Locmaillé; pero el viejo pescador debía de saber sin duda lo que significaba, pues levantándose con gran prisa exclamó:

—Bueno. ¡Ya están ahí! ¡Ya están ahí!

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó Kernan; y lanzándose hacia la puerta describió el pasador. Una ráfaga de viento empujó ambas hojas con violencia; pero gracias a la gran fuerza del bretón, pudo éste evitar que se abriesen completamente y consiguió cerrarlas de nuevo; mas la rápida ojeada que lanzó al exterior le bastó para ver que a lo largo de la ribera brillaban, en medio de la oscuridad, gran número de teas encendidas, cuyas llamas oscilaban agitadas por el soplo del vendaval.

Al propio tiempo llegaron a su oído gritos amenazadores, que de vez en cuando dominaban el mugido de las olas.

Siniestras escenas iban sin duda a tener lugar aquella noche.

Antes de la Revolución francesa eran mirados los clérigos en toda Bretaña con una verdadera veneración, pues aquellos sacerdotes no se habían contaminado, en tan pacíficas provincias, con el espíritu de intolerancia dominadora, que reinaba en el resto de la nación.

En aquel rincón de Francia, conservaban los sacerdotes el espíritu evangélico; eran humildes, laboriosos y benéficos, pertenecían en general a las mejores familias del país, y aunque era crecido su número, nadie pensó jamás en quejarse de su conducta.

En cada parroquia había por lo menos cinco de ellos, de suerte que sólo en el departamento de Finisterre existían mil quinientos clérigos.

Los curas, o rectores como se les llamaba en Bretaña, ejercían en sus feligresías un poder considerable; ellos nombraban sus acólitos y demás sirvientes de la iglesia; el registro del estado civil les estaba encomendado, como asimismo los contratos públicos y los testamentos; casi todos eran inmuebles y tenían bajo sus órdenes gran número de clérigos jóvenes, que vivían entre las gentes del pueblo, cuidando de instruirlos en sus deberes religiosos.

Cuando se decretó la constitución civil del clero, cuando se exigió a éste que se adhiciese a ella prestándole su juramento, los sacerdotes franceses se dividieron en juramentados e injuramentados, siendo los más estos últimos, a pesar de que se les colocó en la terrible alternativa de jurar o de elegir entre la prisión y el destierro. Con el propósito de que se cumpliese tan dura ley se ofreció la suma de treinta y dos libras a todo delator que presentase en los distritos un recalcitrante, y como si no bastase, el 26 de agosto de 1792 se promulgó una ley disponiendo la deportación en masa de todos los sacerdotes no juramentados.

Por espacio de algún tiempo pudieron los clérigos refractarios sustraerse a las delaciones y a la persecución de sus enemigos; pero el odio y la malevolencia de éstos iba creciendo de día en día, y al fin fueron aprisionados, desterrados o asesinados todos los sacerdotes que no quisieron jurar, quedando departamentos enteros sin sus directores espirituales.

Esto es lo que había acontecido en Finisterre: la revolución acosó al clero con una tenacidad extrema, le persiguió de muerte y consiguió al fin hacerle abandonar todas las parroquias de aquel departamento, que quedaron sin los auxilios religiosos.

Entonces dispusieron las municipalidades que las ocupasen los clérigos juramentados; pero los feligreses no sólo se negaron a someterse a su dirección, sino también a recibirles en sus aldeas. En más de una población hubo luchas y hasta batallas encarnizadas, después de las cuales los campesinos consiguieron arrojar de sus localidades a los juramentados; y la toma de posesión de algunos curas hizo correr en abundancia la sangre de muchos infelices.

En Douarnenez se presentaron el día 23 de diciembre de 1792 los nacionales de Quimper a dar posesión de su curato al clérigo Yvenat.

Este sacerdote no era por cierto un mal hombre, sino, por el contrario, un clérigo excelente, que antes de haberse suscitado la gravísima cuestión del juramento había cumplido de una manera ejemplar con los deberes de su sagrado ministerio.

Su recta conciencia no le permitió negarse a jurar una constitución, que después de todo había sido sancionada con la firma del rey Luis XVI, y no por haber jurado aquella constitución, dejó de ser un hombre ejemplar.

Pero esto no obstante, a los ojos de los fanáticos habitantes de la costa, se presentaba simplemente como un *jurador*; y no hubo medio de disuadirles de aquella fatal obcecación.

Desde el primer día de su llegada le recibieron con desdén; era cuestión de sentimiento y ni un solo vecino de Douarnenez se prestó a servirle en el presbiterio; le cortaron las cuerdas de las campanas para que no pudiese convocar a los fieles a los oficios divinos; ni un solo muchacho se prestó a ayudarle en el sacrificio de la misa, pues todas las madres lo habían prohibido severamente a sus hijos; nadie, en fin, quiso facilitarle ni siquiera el vino indispensable para el servicio del altar.

En vano tentó todos los medios posibles para vencer aquella reprobación general; nadie le dirigía la palabra ni le devolvía el saludo; pero no paró aquí tan dura prueba; los primeros que le hablaron fue para injuriarle; de la injuria a los malos tratamientos no había más que un paso, y ese paso se dio: los muchachos llegaron al extremo de arrojarle piedras, obligándole a no salir de casa; entonces vino la calumnia; le acusaron de estar obrando maleficios en su retiro; le hicieron responsable de las tempestades que solían repetirse con frecuencia, y le atribuyeron a él la pérdida de cuantas barcas naufragaron desde su llegada al país. Entonces la ira de aquellas fanáticas gentes llegó a su colmo, y pasando de los insultos a las amenazas, y de las amenazas a las más violentas agresiones, obligaron a aquel infeliz a abandonar el presbiterio, y a refugiarse en el islote Tristán, en donde los pescadores le dejaron abandonado, condenándole a perecer de hambre, pues ya hacía más de un mes que se hallaba allí, sin más alimento que las escasas hierbas que crecían en las rocas y algunos mariscos que solía hallar en el borde de las aguas.

Pero como el fanatismo es tan implacable como ciego, los habitantes de Douarnenez no se contentaron con haber condenado al más horrible ostracismo a aquel sacerdote juramentado.

Los bretones que habían escapado con vida de las últimas batallas, en que los vendeanos fueron vencidos por los soldados de la república, al regresar fugitivos a sus hogares, aumentaron con sus lastimeros relatos el odio que el país sentía contra todo lo que se relacionaba con la Revolución. La vuelta de aquellos que habían estado combatiendo por espacio de diez meses lejos de sus casas aumentó las necesidades de casi todas las familias; el malestar general crecía a cada instante, y todas aquellas miserias eran atribuidas a la presencia del sacerdote maldito, como llamaban al infeliz Yvenat.

Después de haberse contentado por espacio de muchos días con maldecirle desde lejos, su odio les inspiró un proyecto que revelaba un fondo de crueldad apenas concebible en aquellos rudos, pero sencillos pescadores.

Por fin, el momento en que debía tener lugar la explosión de tantos rencores había llegado, y se manifestaba con los gritos de furor que Kernan oyó entre los rugidos de la tempestad al entreabrir la puerta de la cabaña.

Henry de Trégolan había referido a sus compañeros la historia del clérigo Yvenat, y los odios que había despertado en el país, de suerte que cuando el bretón hizo saber al conde y a María lo que acababa de ver y de oír, todos comprendieron que aquellas voces de amenaza se dirigían contra el infeliz juramentado y que su vida estaba en peligro.

No cabía en los nobles corazones de Chanteleine y de sus amigos la idea de que un hombre pudiese perecer a manos de la muchedumbre, sin darle socorro; así es que el conde, Trégolan y Kernan se dirigieron a la puerta, impulsados por un mismo sentimiento.

—¿A dónde vais, padre? —preguntó María con sobresalto.

—A impedir un crimen, —dijo el conde con entereza.

—Deteneos, señor —añadió Kernan cerrándole el paso—; el caballero Trégolan y yo nos bastamos para impedir ese crimen, y la señorita María no puede quedar aquí sola; permaneced, pues, a su lado; y nosotros marcharemos, pues no hay tiempo que perder.

—Vamos allá —exclamó Henry, y apretando la mano al conde se lanzó fuera de la casa siguiendo los pasos de Kernan, mientras el viejo Locmaillé movía la cabeza tristemente en muestra de desaprobación.

Trégolan y el bretón se precipitaron hacia el lado de la playa en que se oían distintamente los gritos que el viento llevaba hacia ellos.

A los pocos pasos divisaron ya una confusa muchedumbre de hombres, mujeres y niños, que corrían en medio de la más deshecha tempestad, agitando teas encendidas y lanzando terribles imprecaciones. Allí se habían reunido los habitantes de Douarnenez, de Pont-Croix, de Poullan y de Crozon, y después de una corta conferencia, se pusieron en marcha atravesando la ribera de la Guet, y yendo a parar delante del islote de Tristán.

Kernan y Henry habían maniobrado de tal modo que se hallaban al frente de las turbas cuando éstas hicieron alto.

Pensar siquiera en detener a aquellos furiosos hubiera sido una *locura*; más fácil era arrebatarles su víctima.

En aquel momento, los pescadores más exasperados se arrojaron a sus barcas y remaron con vigor hacia el islote, mientras la multitud quedaba en la ribera lanzando sus gritos de amenaza.

—¡Muera! ¡Muera el *jurador*! —decían unos agitando sus hachones encendidos.

—Rómpanle el cráneo con los remos —añadían otros, cerrando los puños en ademán colérico.

El desventurado sacerdote, a quien habían despertado aquellos

inusitados clamores, salió despavorido de su choza, y, adivinando desde luego las intenciones de aquellos fanáticos, comprendió que le amenazaba una muerte horrorosa y trató de huir, con el cabello en desorden y azotado por el vendaval, con el rostro desencajado y la sotana hecha jirones.

Pronto sus encarnizados enemigos abordaron el islote, y saltando a él corrieron en busca del maldito, blandiendo los remos y agitando las teas.

Kernan, que había sido de los primeros en arrojarle a las barcas, saltó también a tierra delante de todos, y, fingiéndose el más furioso de los pescadores, se precipitó en busca del sacerdote sin que nadie pudiese igualarle en velocidad.

El desventurado Yvenat huía entre tanto en dirección al mar, y al fin llegó a una roca en la cual no le quedaba más remedio que perecer a manos de sus perseguidores o morir tragado por las olas.

En tan supremo instante se pintó en su lívido rostro la inmensa angustia de la muerte...

Tres marineros se aproximaban a él con los remos levantados... Todo había terminado para aquel infeliz... entonces levantó los ojos al cielo y cayó de rodillas; pero antes de que pudiesen herirle sus perseguidores, Kernan, que les llevaba algunos pasos de ventaja, se arrojó sobre él y estrechándole con vigor entre sus robustos brazos se lanzó al mar con su presa, perdiéndose entre las negras olas.

—¡Kernan! —exclamó con angustia el caballero Trégolan, que era otro de los que habían saltado en las lanchas, y que acababa de llegar en compañía de los marineros.

—¡Mátale! ¡Mátale! —gritaron éstos inclinándose hacia el mar, y adelantando sus teas para ver si podían distinguir a su víctima.

Kernan apareció en la superficie de las aguas sin que nadie pudiese verle, llevando sobre su espalda al sacerdote, asido por la cintura con la mano izquierda.

—Asíos bien a mí, que voy a salvaros —dijo al subir a flor de agua.

—Gracias —contestó Yvenat, alentando apenas—. ¿Pero cómo?

—Ganando un punto cualquiera de la costa... no temáis y agarraos bien.

El sacerdote, sin poder darse cuenta de lo que le ocurría, ni de dónde le había venido aquel inesperado socorro, sólo comprendió que podía salvarse, y se abrazó con fuerza al vigoroso bretón, que nadaba rápidamente hacia la orilla, en tanto que resonaban gritos de muerte en medio de las tinieblas.

Al cabo de una media hora, Kernan y el sacerdote arribaron a la costa, mucho más allá del islote Tristán. Yvenat se hallaba aniquilado por el terror y la fatiga.

—¿Podéis andar? —le preguntó el bretón.

—Sí, amigo mío, sí —contestó el eclesiástico haciendo un esfuerzo supremo para mantenerse en pie y caminar.

—Entonces, diríjanse hacia los campos; procuren apartarse de las casas; la oscuridad de la noche les favorece; aprovéchense de ella y hagan lo posible para que la luz del día los halle en el término de Brest o en el de Quimper.

—Pero ¿quién sois vos, a quien tanto debo?

—Soy un enemigo vuestro —respondió Kernan—; vayan con Dios y que el cielo os guíe y os perdone, si es que aún tiene piedad de vos.

El pobre sacerdote quiso estrechar la mano de su libertador, en señal de gratitud; pero éste se había alejado rápidamente y se hallaba ya a larga distancia.

Entonces el sacerdote se arrastró por aquella llanura inculta y arenosa, desapareciendo entre las sombras de la noche.

Kernan había vuelto a tomar el camino de la costa, y se volvió a meter entre la multitud de los pescadores.

—¿Y el Maldito? —le gritaron cien voces a la par.

—¡Ha muerto! —contestó lacónicamente el bretón.

Un profundo silencio siguió a aquella breve respuesta; pero nadie pudo oír que Kernan decía al oído al caballero de Trégolan:

—Señor, al fin he podido salvarle; ésta es una buena acción por la que tendré que hacer algunos días de penitencia.

Capítulo XI

Algunos días de bienestar

Después de aquella terrible noche en el que la cólera de un pueblo entero se había desencadenado contra un hombre solo, la aldea de Douarnenez volvió a su calma habitual, sin que sus sencillos habitantes, que habían emprendido de nuevo sus acostumbradas faenas con más confianza, pensasen siquiera, cuando se vieron desembarazados de su párroco, en las terribles represalias que los republicanos podrían tomar al saber lo que había ocurrido con aquel sacerdote juramentado.

No sucedió lo mismo respecto al conde y a sus amigos, los cuales temieron que el primer uso que iba a hacer el fugitivo de su libertad era denunciar la agresión de los vecinos de Douarnenez, ante los delegados de la Convención; y por consiguiente esperaban recelosos que de un momento a otro llegaran los nacionales de Quimper, cuya visita había de poner en grave riesgo la vida de Chanteleine y de su hija.

Por espacio de unos días experimentaron pues, los huéspedes de Locmaillé una constante zozobra, y hasta Kernan empezó a hacer

varios preparativos por si era necesario emprender una marcha repentina; pero felizmente pasaron algunas semanas sin que ningún acontecimiento extraordinario viniese a justificar aquellos temores de una invasión republicana, lo cual devolvió poco a poco la tranquilidad al conde y a sus amigos.

Sin duda Yvenat no había podido llegar hasta Quimper, y había caído tal vez en manos de sus irritados feligreses de otra población; o no había querido vengarse de los que tan mal le trataron, prefiriendo ocultarse.

Otra suposición hicieron también: dadas las circunstancias que atravesaba la nación, era posible que las municipalidades de las ciudades vecinas no hubiesen tenido ni tiempo ni humor de vengar los agravios que de sus feligreses había recibido el presbítero Yvenat, en aquellos momentos críticos en que debían tener fija toda su atención en el levantamiento en masa de la Vendée, para poder evitar los progresos de la chuanería que empezaba a pulular por todas partes.

Sea lo que fuere, lo cierto es que la calma que reinaba en Douarnenez no volvió a alterarse.

El conde fue recobrando poco a poco la esperanza de vivir tranquilo que había perdido, y su pensamiento volvió a fijarse en sus melancólicas meditaciones, y en sus peregrinas quimeras.

Mirándole con atención, se veía lo mucho que le habían envejecido en poco tiempo sus grandes infortunios.

Kernan se alarmaba, cuando alguna vez fijaba en él sus ojos, y creía adivinar que preocupaba su espíritu alguna idea extraordinaria que no podía comprender el fiel bretón habituado a compartir con el conde todas las penas que aquél sufría; pero su respeto hacia Chanteleine le impedía no sólo manifestarle su pena, sino también dirigirle la más insignificante pregunta acerca del tenaz silencio que se había propuesto guardar.

La pobre María también había reparado que su padre se iba ensimismando de día en día. Casi siempre que entraba en su cuarto, le hallaba de rodillas y rezando con el más ardiente fervor. Entonces ella se retiraba silenciosamente; pero profundamente conmovida y experimentando una indefinible inquietud, que no ocultaba a Kernan, el cual no sabía cómo tranquilizarla, puesto que él era víctima de la misma inquietud.

Entre tanto los días se iban sucediendo unos a otros, y se deslizaban con esa monotonía que imprimen a la existencia los sucesos ordinarios de la vida.

La pesca a que estaban dedicados y en la que consumían casi todas sus horas, el caballero de Trégolan y el buen Kernan, iba bastante mal hacía algún tiempo, a consecuencia del estado del mar, de suerte que los huéspedes del viejo Locmaillé se veían con mucha

frecuencia obligados a consumirla para su manutención en vez de venderla.

El invierno había sido muy riguroso aquel año.

La bella María trabajaba sin cesar en su costura, cosiendo gruesas camisas de lienzo crudo, y sus dedos, a pesar de ser en extremo delicados, la sacaban victoriosa, como suele decirse, de aquel rudo e ingrato trabajo.

Algunas veces el mismo Henry se veía obligado a ayudarla, haciendo los gruesos dobladillos que se resistían a sus delicados dedos por lo áspero de la tela, y así ocupaba los momentos que le dejaba libres su oficio de pescador, tomando el de sastre.

En aquella época, más de un noble proscrito y más de un ilustre emigrado se vieron obligados a dedicarse a trabajos mecánicos o manuales para ganarse la vida, adiestrándose en el ejercicio de cualquier oficio, sin que por ello creyeran rebajar la elevada clase a que pertenecían.

Henry cometía frecuentemente torpezas que probaban su falta de costumbre y su ninguna práctica en aquellos trabajos femeniles, lo cual hacía sonreír a María.

Sin embargo, su ayuda le era útil, y con ella unas veces y sola otras ganaba siete u ocho cuartos diarios.

En aquellas horas en que solían trabajar juntos ambos jóvenes, Henry contaba todos los sucesos de su vida y toda la historia de aquella pobre hermana a quien tanto había amado, vertiendo por ella alguna furtiva lágrima. Entonces María procuraba distraerle y sus palabras eran un bálsamo consolador para el corazón de joven.

—Henry, —solía decirle—¿acaso yo no puedo ser vuestra hermana; no puedo reemplazar a vuestro lado; aquella santa mártir cuya muerte salvó mi vida?...

—¡Oh, sí! —contestaba el caballero—. Sois mi hermana, pues sois tan bella y tan buena como ella, tenéis si mismo corazón y sus mismos ojos, y vuelvo a encontrar en vos toda su alma: sí, sí, sois mi hermana, mi hermana querida.

Después de hablar así se callaba de improviso, y muchas veces se alejaba para no seguir hablando; pues sentía en su pecho un afecto más vivo que el cariño fraternal, afecto que llenaba completamente su ser.

La joven María, aun cuando no acertaba a darse cuenta de lo que pasaba en su corazón, sentía deslizarse en él una emoción desconocida, pero atribuía aquel sentimiento delicado a un exceso de gratitud hacia su salvador.

Sin embargo, el secreto de tales sentimientos no podía permanecer mucho tiempo oculto en aquellas almas generosas sin transparentarse dándose a conocer mutuamente.

El que ama verdaderamente se ve con frecuencia dominado por su amor, se siente obligado a hablar, y como Henry no se atrevía a revelar sus verdaderos sentimientos a María, buscaba a Kernan y le hacía el confidente de su casta pasión.

Kernan, que lo veía y lo sabía todo, dejaba obrar a Trégolan, el cual le hablaba valiéndose de ciertos rodeos, no atreviéndose a explicarse claramente.

—Si el conde llegase a faltar —le dijo un día—, si ocurriese tan terrible desgracia, ¿qué sería de la pobre María? ¿Qué situación sería la suya? ¿Cómo podría librarse de la persecución de sus enemigos?

—Me tendría siempre a su lado —respondió el bretón con vehemencia, aunque sonriendo de una manera particular.

—Lo creo —añadió Henry—, lo creo; pero ¿quién sabe qué destino os reserva la Providencia? Si el conde os volviera a enviar a pelear bajo las banderas del ejército católico, en ese caso ¿quién protegería a María?

Kernan hubiera podido contestar fácilmente, que ni el conde ni él abandonarían nunca, y mucho menos a la vez, a la bella joven; pero fingió admitir la hipótesis del caballero como si fuera irrefutable, y dijo con ademán pensativo:

—En efecto, si eso ocurriera, ¿quién la protegería? ¡Ah, señor de Trégolan! Tenéis razón, le faltaría un generoso corazón que la amase y el fuerte brazo de un marido que la defendiese... Pero ¿quién querría cargar en las presentes circunstancias con esa pobre doncella proscrita y sin bienes de fortuna?

—Eso no —repuso Henry con vivacidad—, no se necesita ser muy temerario para hacerlo, conociéndola como nosotros la conocemos. María ha pasado ya por pruebas terribles y es seguro que será una esposa modelo, como pudiera necesitarla y desearla un hombre honrado, para atravesar los calamitosos tiempos que corremos.

—Tenéis mucha razón —dijo Kernan—; si la conociesen; pero nadie la conoce, y no hay apariencia alguna de que encontremos en esta pobre aldea de Douarnenez el marido que conviene a mi noble sobrina.

Hablando así el bretón quería obligar al joven caballero a expresarse con más claridad, pero sus palabras produjeron el efecto contrario, pues Trégolan creyó adivinar en ellas una completa desaprobación de sus sentimientos, y aquel día no volvió a hablar del asunto, lo cual no dejó de disgustar mucho a Kernan.

Pasó el mes de febrero; durante los días de trabajo cada cual se ocupaba en las faenas a que se había dedicado, y los domingos se reunían todos en el piso bajo de la casa, y el conde leía los oficios divinos con gran fervor, mientras los demás elevaban al cielo sus plegarias, rogando por los mártires de su causa, y pidiendo también,

como buenos cristianos, todos menos Kernan, por el descanso de sus enemigos.

El bretón era la única excepción entre aquellas almas piadosas, pues no era cristiano hasta el extremo de olvidar las injurias que había recibido, así es que sus plegarias nocturnas terminaban siempre con un terrible juramento de venganza.

Cuando el tiempo mejoraba, y el cielo se mostraba sereno, Kernan solía proponer algunos paseos por la orilla del mar. La mayor parte de las veces el conde no les acompañaba, prefiriendo quedarse meditando en casa: entonces María, Henry y Kernan salían de ella, trepaban por las rocas para subir a la colina en que está asentada la aldea de Douarnenez, seguían el camino real hacia la iglesia que domina la bahía, y desde allí se perdían sus miradas por aquel mar que limita el horizonte, y que entraña tempestades tan peligrosas como las del océano.

¡Cuán grandioso es el cuadro que presenta a la vista aquella bahía cuando la agitan los vientos enfurecidos por la tempestad! A veces se percibían allá en el fondo algunas barcas rezagadas que, con las velas recogidas, o tomados los rizos, luchaban con las olas a merced del vendaval, desapareciendo con frecuencia a la vista de los que las contemplaban y apareciendo de nuevo, para ser arrastradas por las impetuosas corrientes lejos del puerto; desde aquel punto culminante los ojos seguían divisando hasta lo último de la punta de aquel inmenso promontorio que se interna en el mar.

Henry, que se hallaba muy al corriente de todo lo que se relacionaba con aquel territorio, llamaba la atención de sus compañeros, y les entretenía explicándoles sus particularidades, y diciéndoles los nombres de todos los campanarios, aldeas, pueblos o caseríos que se divisaban a lo lejos, esto es, de PouUan, Beuzec, Pont-Croix, Plogoff y otros que en aquella época representaban otras tantas parroquias sin pastor.

Los paseos eran otras veces en dirección distinta, y se prolongaban por el lado de Sainte-Anne de la Palud, dando la vuelta a la bahía, desde cuyo punto se distinguía en lontananza la cadena de montañas de Aray, que parecía haberse tendido fatigada a lo largo de la playa en la orilla del mar.

Otros días, los paseantes andaban sin fatigarse cuatro leguas de terreno, e iban a oír el rugido de las olas del océano desde la punta del Raz.

Allí la resaca producía efectos tan maravillosos como terribles en las rocas de aquella pequeña bahía, de fatídico nombre, pues se llama bahía de los Difuntos.

Aquel espectáculo de las olas irritadas impresionaba mucho a María, que apretaba el brazo de Henry, en que se apoyaba, cuando

una nube de espuma, arrebatada por el viento, caía convertida en ruidosa catarata cerca de ellos.

En aquel país también se contaban antiguas y fantásticas leyendas que Henry refería a sus compañeros de paseo. La más célebre era la de la hija del rey Canuto, que había dado al diablo las llaves de un pozo sin fondo, en aquellos remotos tiempos en que existía una gran llanura de tierra firme en el mismo lugar que hoy ocupa el puerto; y habiendo abierto el demonio con mano impía las puertas de aquel pozo, brotaron las olas impetuosamente, anegando los pueblos y las ciudades de la comarca, ahogando a todos los habitantes del país y formando aquel brazo de mar que tomó, andando el tiempo, el nombre de bahía de Douarnenez.

—La época en que se creían tales cosas —añadía Henry sonriendo —era una época bien singular.

—Sin embargo —preguntó Kernan—¿no valía algo más que nuestros desdichados tiempos?

—No —repuso Trégolan—, de ninguna manera, pues los tiempos de ignorancia y de superstición son siempre fatales, y nada bueno puede esperarse de ellos; mientras al presente, ¿quién sabe si cuando Dios se apiade de Francia, podrán los aterradores excesos de la humanidad producir algún provecho para el porvenir? Los designios de Dios son inescrutables; las vías que el cielo prepara a los hombres nadie puede adivinarlas, y en el mal, por grande que sea, siempre suele encerrarse algún bien.

Hablando de esta manera, y deduciendo de tales reflexiones alguna esperanza para el porvenir, volvían a casa de sus largos paseos con excelente apetito.

Aquellos días eran verdaderamente felices para María y para Henry, y, a no ser por la profunda melancolía que observaban en el conde, ambos jóvenes no hubieran deseado otra cosa que prolongar indefinidamente aquella venturosa existencia.

Sin embargo, Trégolan no se había atrevido a renovar su tentativa para conocer la opinión de Kernan, aunque había sorprendido con frecuencia al bretón, mirándole a él y a la doncella con cierta sonrisa maliciosa.

Pero María, que nada podía comprender de aquella malicia, no se recataba de hablar a su buen tío Kernan, franca y sencillamente, del caballero Trégolan, por el cual manifestaba, sin saberlo, el mayor entusiasmo.

—Tiene un excelente corazón —solía decir—, un corazón de caballero en toda la extensión de la palabra, tal que no podría yo desear un hermano más tierno y mejor que él.

Al oírla Kernan, sentía una grata satisfacción y la dejaba hablar. Entonces ella añadía:

—Algunas veces me pregunto a mí misma, si no abusamos demasiado de su generosidad, pues él trabaja sin descanso por nosotros y arrostra todo género de fatigas y de penalidades en nuestro obsequio, y para proporcionarnos el mayor bienestar posible. ¡Oh! nunca podremos pagarle debidamente lo mucho que le debemos.

Kernan la escuchaba atentamente; pero seguía callando, y ella continuaba, suponiendo que el bretón asentía con su silencio a todas sus afirmaciones.

—Además, añade a todo eso que el pobre Henry no está proscrito como nosotros, y que tiene poderosos protectores en París, puesto que ha podido obtener el perdón de su hermana; sin embargo, permanece en este país triste, en esta cabaña miserable, condenándose voluntariamente a ejercer un oficio peligroso en que expone todos los días su existencia; ¿y todo eso por quién?... por nosotros. ¡Oh! bien será menester que el cielo le recompense algún día tanta abnegación, pues nosotros nunca podremos hacerlo.

Kernan continuaba callando, pero sonreía al pensar que la recompensa de tantos sacrificios no estaba muy lejos...

—Pero dime —añadió María con impaciencia—, ¿es que a ti no te parece el caballero de Trégolan tan bueno como yo digo?

—Verdaderamente —respondió Kernan —que tu padre no podría desear otro mejor para hijo, ni yo, por mi parte, quisiera otro para sobrino.

Ésta fue la única alusión que se atrevió a hacer el buen Kernan; pero no supo si había sido comprendido.

Con todo, es de suponer que María, al hablar con Henry, le hiciese saber la opinión que Kernan tenía de él, pues hallándose algunos días después paseando el caballero y el bretón, el primero se atrevió por a declarar lo que sentía, y abrió su corazón al buen Kernan; ruborizándose como un niño y dejando caer las redes con aturdimiento.

—En tal caso —dijo el bretón —es necesario hablar al padre.

—¿Ahora mismo? —exclamó Trégolan asustado al ver la prisa de Kernan.

—En cuanto volvamos a casa.

—Pero... —murmuró Henry conmovido.

—Dad la vuelta al timón para que el viento nos empuje, pues estamos relingando y vamos a volcar.

A esto se redujo la respuesta de Kernan. Henry hizo girar el timón para enderezar la barca; pero lo hizo tan mal, que el bretón se vio obligado a separarle de aquel sitio y a tomar la dirección de la nave para no zozobrar.

Esto acontecía el día 20 de marzo; precisamente el día en que el conde se había mostrado más pensativo y triste que de ordinario;

varias veces había cogido entre sus brazos a su hija estrechándola contra su corazón sin pronunciar una sola palabra.

Cuando Kernan volvió de pesca, una pesca de enamorados, esto es, muy mala, se dirigió a María.

—¿Dónde está tu padre? —le preguntó.

—Mi padre ha salido —respondió la joven.

—¡Ha salido! —exclamó Kernan—; esto es singular, pues no acostumbra hacerlo dejándote sola.

—¿Y no os ha dicho dónde iba? —preguntó a su vez Henry.

—No, señor; le he propuesto acompañarle, y por toda respuesta me ha dado un abrazo muy apretado y ha salido, sin permitirme seguirle.

—En tal caso esperemos su vuelta, señor de Trégolan —dijo Kernan.

—¿Teníais que hablarle? —preguntó la joven.

—Sí, señorita, —balbuceó Henry.

—Sí —añadió Kernan—, de una tontería, de nada en resumidas cuentas, y le aguardaremos.

En efecto, aguardaron. La hora de la cena llegó sin que el conde apareciese; su hija y sus amigos empezaron a impacientarse, pero pronto se alarmaron, concluyendo por experimentar una insoportable inquietud. El buen pescador Locmaillé había visto al conde dirigirse hacia el camino de Châteaulin, caminando a paso largo, y llevando un bastón en la mano como quien va de viaje.

—¿Qué significa todo eso?... —exclamó María acongojada—. ¿Cómo es posible que haya partido sin avisarnos?

Henry subió precipitadamente al cuartito del conde, volviendo a bajar a los pocos instantes con una carta en la mano la cual sólo decía estas palabras:

«Hija mía, parto por algunos días; que Kernan vele por ti... Ruega a Dios por tu padre.

El conde de Chanteleine»

Capítulo XII

La partida

Bien se entenderá el efecto que produjo en los presentes la lectura de aquellas palabras.

María prorrumpió en sollozos, y Henry no pudo, pese a sus muchos esfuerzos, consolarla.

¿Dónde había ido el conde de Chanteleine? ¿Qué había motivado aquella marcha repentina? ¿Por qué aquel secreto que el mismo Kernan no había podido penetrar?

—¿Habrán ido a pelear? ¿Habrán ido a reunirse con los *blancos*?

Éstas fueron las primeras palabras de María.

—¡Pero sin mí!... —exclamó Kernan—. ¡Imposible!...

Con todo, reflexionando que María quedaba sola en el mundo, al apartarse de ella su padre, comprendió que el conde pudo dejarle en Douarnenez para que sirviese de apoyo a su sobrina. Entonces empezaron a convenir en la posibilidad de que Chanteleine hubiese ido a reunirse con los restos del ejército católico.

Esta hipótesis era la más admisible; en efecto, la lucha continuaba más ardiente y más encarnizada cada día; pues a pesar de las guerras con el extranjero que tenía que sostener la Convención acosada por las potencias más poderosas; a pesar del Terror que dominaba en París desde la matanza de los girondinos; a pesar de que el gobierno se hallaba en lucha abierta con muchos diputados de la Convención, y de que pocas semanas después sucumbió hasta el mismo Danton, el Comité de Salvación Pública desplegaba una actividad prodigiosa.

Pero bueno será dar a conocer lo que ciertos hombres pertenecientes a diversos partidos han pensado acerca de aquel Comité de Salvación Pública que por sus medios terribles y sanguinarios salvó a Francia libertándola de los horrores de la guerra civil y de los peligros de la coalición extranjera.

Napoleón dijo en Santa Elena:

—El Comité de Salvación Pública fue el único y verdadero gobierno que tuvo Francia durante la Revolución.

Monsieur de Maistre, el hombre del partido legitimista, tuvo el valor y la buena fe de convenir en esto mismo, añadiendo a su vez, que los emigrados, después de haber entregado Francia a los reyes extranjeros, no hubieran tenido nunca bastante fuerza para arrancarla de sus manos.

Chateaubriand pensaba de la misma manera sobre aquellos hombres llamados Barreré, Billaud-Varennes, Carnot, Collot-d'Herbois, Prieur de la Mame, Robert Lindet, Robespierre, Couthon, Saint-Just, Jean Bon-Saint-André, Prieur de la Côte-d'Or y Hérault-Séchelles, cuyos nombres han sido en su mayor parte execrados por la opinión pública.

Pero sea de esto lo que fuere, queriendo el Comité de Salvación Pública acabar de una vez con la guerra de la Vendée, adoptó el sistema del terror y de la devastación, y las columnas infernales dirigidas por los generales Turreau y Grignon avanzaron por aquel país después de haber derrotado a los realistas en Savenay, matando talando y destruyendo cuanto hallaban al paso: mujeres, niños y ancianos eran inmolados a su furor y nadie se escapaba de sus sangrientas represalias.

Se apoderaron del príncipe de Talmont y en el acto le dieron muerte junto al castillo de sus antepasados: D'Elbée, que se hallaba

enfermo, fue fusilado en su propia casa, sentado en un sillón entre dos de sus parientes.

El 29 de enero de 1794, Henry de la Rochejacquelein, después de haber obtenido su última victoria junto al pueblo de Nouaillé, lidiando contra las columnas incendiarias de los republicanos, avanzó hacia dos soldados *azules*, que habían sido sorprendidos en su retirada, y les intimó a la rendición; pero uno de ellos le disparó su fusil a quemarropa, y le atravesó la frente de un balazo.

Mientras esto acontecía en los campos de batalla, el Comité de Salvación Pública de París enviaba a las provincias agentes especiales con omnímodas facultades, como Carrier, que llegó a Nantes, después del 8 de octubre, y que no contento con haber imaginado lo que él llamaba las *deportaciones verticales*, puso en práctica el horrible procedimiento de aquellos barcos con válvulas para sumergir a los prisioneros del ejército de la Vendée.

Pero cuanto más se diezmaba a los realistas, más tenaces y decididos se mostraban ellos en combatir contra la Revolución.

Esto es lo que hacía posible que el conde de Chanteleine hubiese vuelto a reunirse o bien con Charette, que había reemprendido de nuevo la campaña, después de haber evacuado la isla de Noirmoutier, o bien con Stofflet, que había reemplazado a La Rochejacquelein en el mando de los *blancos* insurrectos.

El ejército católico se hallaba muy desmembrado; pero a la sazón se hacía una encarnizada guerra de partisanos. Stofflet y Charette, aquellos dos ilustres vendeanos, combatían contra los generales de la república, y el segundo de ellos, con sólo diez mil hombres, venció en todas partes, por espacio de tres meses, a los *azules*, y deshizo la división del general Haxo, a quien mató al fin.

Estas noticias se esparcieron por todas partes llegando hasta el fondo de la Bretaña; el distrito de Douarnenez se estremeció de nuevo y el entusiasmo estalló con el ruido de los combates.

Si el conde no se había trasladado a la Vendée, podía hallarse entre los chuanes.

En los últimos meses de aquel funesto año *noventa y tres*, Jean Chouan se había levantado, arrastrando en pos de sí toda la población del bajo Maine, se extendió a lo largo de la Mayena y llegó hasta el centro de Morbihan; allí podía hacer un gran papel el conde de Chanteleine, y nada hubiera tenido de extraño el que lo aceptase; ¿y por qué no?...

El caballero de Trégolan y Kernan discutían acerca de todas estas probabilidades; pero con todo, el secreto que acerca de sus designios había guardado el conde hacía vacilar a Kernan, siempre que se suscitaban tales cuestiones.

—Si todo esto fuese como pensamos, el señor conde no se hubiera

ocultado de nosotros para realizar su designio —decía Kernan—. ¿Qué necesidad tenía de habernos callado el motivo de su viaje, si en efecto se proponía volver al campo de batalla?

—¿Quién sabe?

—No; de ningún modo; es preciso que haya alguna otra cosa que no podemos adivinar.

Entonces Henry o el bretón salían en busca de noticias, y hasta se exponían con sus obstinadas preguntas, por saber todo lo que ocurría en la Vendée y en Morbihan.

El rumor de un encuentro les estremecía. Sin embargo, a pesar de sus diligencias nada pudieron averiguar.

María temblaba y rogaba al cielo por su padre, y echando en torno suyo una triste mirada, se consideraba sola y casi abandonada en el mundo.

Entonces tenía momentos de verdadera desesperación, y en vano Kernan y el caballero de Tréolan trataban de infundirle ánimo, pues no podían conseguirlo.

Los días pasaban deslizándose rápidamente unos tras otros, y el conde no llegaba ni se recibían noticias suyas. Los rumores que se esparcían acerca de lo que ocurría en el teatro de la guerra eran alarmantes.

El conde había desaparecido el día 20 de marzo, y seis días después los vendeanos tomaban la ofensiva, dando un golpe brillante que resonó en toda Francia. El día 26 del mismo mes, arrebataron a los *azules* la importante ciudad de Mortagne: en aquella acción, Marigny mandaba como jefe; Marigny, el antiguo compañero de Chanteleine, que después de tres meses de vida de vagabundo, reaparecía en la escena como vencedor.

Al llegar a los oídos de Kernan la relación de aquel brillante hecho de armas, exclamó:

—¡Allí se encuentra mi amo; no hay duda que está en Mortagne!

Pero al saber los sangrientos detalles de la batalla, al tener noticia de cómo murieron en ella los mejores soldados *blancos*, su inquietud llegó al colmo, al igual que la de Henry, y cuando quince días después de la toma de Mortagne volvieron a quedar sin noticias de ninguna especie, la desventurada María exclamaba con desesperación:

—¡Padre! ¡Pobre padre mío... también tú has muerto!

—Mi querida María —le decía el caballero de Tréolan—, calmad vuestra aflicción; vuestro padre no ha muerto, no hay nada que nos lo pruebe.

—Yo les digo que ha muerto —replicaba la joven vertiendo un mar de lágrimas, y sin atender las reflexiones de su amigo.

—Sobrina —añadía Kernan—, en tiempos de guerras, bien lo sabes, no pueden enviarse noticias de uno como se quiere; reflexiona,

pues, y piensa que, después de todo, lo que ha ocurrido es que hemos alcanzado una brillante victoria sobre los republicanos.

—No, Kernan: nada me queda ya en la tierra; mi madre muerta en nuestro castillo... mi padre en el campo de batalla... ¿qué me queda ya en el mundo?... ¡estoy sola, sola!...

María sollozaba revelando el más intenso dolor. Aquella prueba la había anonadado: su delicada naturaleza quebrantada por tan rudos golpes no podía resistir más, y aunque no había ninguna prueba de la muerte de su padre aquella lúgubre idea se había apoderado de su imaginación y nada pudo disuadirla de ella.

Al oír Kernan que María exclamaba en medio de su amargura, que se hallaba sola en el mundo, sintió rodar una lágrima por su mejilla; su corazón se oprimió, y, sin ocultar su dolor, le dijo mirándola con infinito cariño:

—Mi querida sobrina, ¿has olvidado que tu tío se encuentra aún junto a ti?

—¡Kernan, mi buen Kernan! —repuso la joven estrechando afectuosamente la mano del bretón.

—Sí, mientras yo viva tendrás siempre un amigo que te ame...

—Tendréis dos, puesto que yo os amo también —exclamó Henry que no pudo contener aquel grito del alma.

—¡Señor de Trégolan!... —murmuró Kernan.

—Perdonadme, María; perdonadme, Kernan, pero esta palabra me ahogaba ya... no, mi querida, mi idolatrada criatura, no estáis sola en el mundo, puesto que yo me consideraré el más dichoso de los hombres si me permitís consagraros mi vida entera.

—¡Henry!... —exclamó la doncella.

—Sí, la amo, Kernan, la amo; y vos que lo sabéis hace mucho tiempo, vos a quien su padre la ha confiado, aprobaréis mi amor.

—¿Pero a qué viene eso en este momento?... Cuando el conde...

—No temáis, Kernan, ni vos tampoco, María; si me he atrevido a pronunciar tales palabras es porque voy a partir.

—¡A partir! —exclamó María.

—Sí, voy a alejarme de vos, de vos a quien amo, y de quien quisiera llevar una dulce palabra... Si hubiese debido permanecer a vuestro lado, hubiera encerrado mi secreto en el fondo del corazón como lo había prometido a Kernan, pero voy a marchar... ¿para cuánto tiempo? Lo ignoro. Ahora ¿podré esperar que me perdonéis por haber hablado?...

—¿Pero dónde vais, Henry? —preguntó María con un acento que penetró en el alma del caballero.

—¿Dónde voy? Al Poitou, a la Vendée, a Mortagne, a donde pueda encontrar a vuestro padre, a donde pueda adquirir noticias suyas, a fin de poderos decir con certeza si tenéis aún sobre la tierra

otro corazón que lata por os, además de los de Kernan y el mío.

—¿Cómo —dijo el bretón—, queréis ir a uniros con el conde?

—Sí, y estoy seguro de hallarle o de morir en la demanda.

—¡Henry! —volvió a exclamar la doncella con acento indefinible.

—Pues bien, vaya —dijo Kernan, con voz conmovida—, vaya y que el cielo os proteja; en vuestra ausencia yo velaré por esta idolatrada niña, pero sed prudente y no olvidéis que contamos con vuestra vuelta.

—Tranquilízate, Kernan; tengo un deber sagrado que cumplir y no es por cierto el de dejarme matar allá abajo, sino el de reunirme con el conde de Chanteleine; no estará tan escondido que yo no lo encuentre. El rango que ha ocupado siempre en el ejército realista hace que sea muy conocido; iré a Mortagne, María, y os traeré noticias de vuestro padre, os lo juro.

—¡Henry! —dijo la joven, vertiendo abundantes lágrimas—, ¡vais a arrostrar inmensos peligros por nosotros!... ¡Que Dios os acompañe y os premie como merecéis!

—¿Cuándo vais a partir? —preguntó Kernan.

—Esta misma noche... Viajaré a pie o a caballo según las circunstancias lo permitan; pero no lo dudéis, llegaré.

Los preparativos del viaje no fueron muchos.

Cuando llegó la hora de la partida, María estrechó la mano de Trégolan teniéndola largo rato entre las suyas sin atreverse a pronunciar una sola palabra. Kernan estaba muy conmovido; pero Henry sacó de las miradas de María una fuerza sobrehumana, y después de un prolongado adiós, corrió hacia la puerta... mas antes de llegar a ella se abrió de improviso y apareció en su umbral un hombre embozado en una capa-Era el conde.

—¡Padre! —exclamó María.

—¡Mi querida hija! —repuso el conde estrechándola contra su corazón.

—¡Oh, cuánta zozobra hemos experimentado! ¡Cuánto hemos sufrido por vuestra ausencia, padre!... Ved, en este momento iba a partir Henry en vuestra busca.

—¡Ah, noble joven! —dijo el conde estrechando la mano del caballero—. Conque ¿aún queríais sacrificaros otra vez por nosotros?

—Perfectamente —exclamó por fin Kernan, que lloraba de alegría—. No hay duda, en todo esto se mezcla la Providencia.

El conde, que al partir había callado el motivo de su ausencia, tampoco lo reveló al regresar. Kernan se persuadió de que el viaje del conde había respondido a asuntos políticos y que se relacionaba con algún plan de los realistas; pero no preguntó a su amo sobre tan delicado particular, si bien creyó necesario ponerle al corriente de lo que había pasado en su ausencia entre María y Henry. Le reveló los

amores de los jóvenes, y le refirió cómo la desesperación de María había arrancado de los labios de Trégolan la declaración de su amor, al cual estaba seguro que correspondía su sobrina, y para terminar su confidencia añadió:

—¡Y a fe que no ha habido jamás un hombre más digno de ser amado que él, pero es el caso que si hubiese de verificarse este casamiento, no tendríamos sacerdote que lo bendijera!

El conde movió la cabeza, pero no dijo una sola palabra.

Capítulo XIII

El clérigo misterioso

En efecto, la falta casi absoluta de clérigos en el departamento había suspendido necesariamente el ejercicio práctico de la religión católica; la población del campo especialmente sufría mucho por tal estado de cosas; y, sin embargo, antes de reconocer a los sacerdotes juramentados, prefería encerrarse en sus casas y huía de las iglesias, así es que los niños nacían sin recibir el agua del bautismo, los enfermos morían sin sacramentos, los casamientos no podían celebrarse religiosa ni aun civilmente, pues el trastorno en que se hallaban todas las instituciones sociales establecidas por leyes seculares impedía la instalación de las oficinas del registro civil.

Sin embargo, en el último tercio del mes de abril se produjo un cambio singular en los campos de aquella parte de Finisterre, y en el radio de algunas leguas alrededor de Douarnenez.

De improviso se supo que había llegado un sacerdote al distrito, arrostrando mil peligros, con el propósito de cumplir una santa misión, ejerciendo su sagrado ministerio; la nueva no tardó mucho tiempo en llegar a noticia de todos los fieles.

Este suceso fue en los primeros días un secreto que se comunicaba con gran reserva y al oído, pues no debía llamarse sobre él la atención de los espías que la municipalidad de la capital mantenía en todas partes; pero últimamente era ya casi público que un hombre misterioso iba por el distrito ejerciendo su santa misión.

Pero parecía cierto que, en medio del huracán, y de las noches más oscuras, un desconocido, siempre solo, recorría los campos, visitaba las aldeas y aparecía con frecuencia, en Pont-Croix, en Crozon, en Douarnenez y en Pouellan, dejándose ver, no sólo en el centro de las feligresías, sino también en las casas más aisladas.

Parecía conocer perfectamente el país y estar muy al corriente de sus necesidades.

Acudía presuroso allí donde nacía un niño; llevaba consuelos y administraba los últimos sacramentos a los moribundos; raras veces se le veía el semblante, que llevaba casi siempre cubierto; pero no había

necesidad de verle, y bastaba oír sus palabras, para reconocer en él al ministro de una religión de amor y caridad.

Al divulgarse la noticia de tan extraña aparición, empezó a comentarse el suceso en la aldea de Douarnenez y en todo su distrito.

Uno decía:

—Esta noche ha ido a casa de la anciana Kerdenan, que se está muriendo, y le ha administrado los últimos sacramentos.

—Anteayer —decía otro —bautizó al niño de los Brezenelt.

—Mientras esté por aquí —añadían algunos —debemos aprovecharnos de él, pues podría sucederle algo malo que nos privase de sus auxilios.

Los sencillos habitantes de aquellas costas se consideraban felices y se regocijaban, como gentes devotas, con la presencia de aquel que renovaba las prácticas religiosas, devolviendo la moralidad al país.

Había junto al camino que conduce desde el pueblo de Douarnenez a la aldea de Pont-Croix, un antiguo tronco de encina, en el cual, aquellos que deseaban los auxilios de la religión, depositaban una nota, una señal cualquiera, y a la noche siguiente aparecía el sacerdote en el sitio que era reclamado.

Los huéspedes del anciano Locmaillé, por razón del completo aislamiento en que vivían, no tuvieron al principio noticia de lo que ocurría en la comarca.

Casi nunca hablaban con sus vecinos, y se encerraban de continuo en su morada, constituyéndose en una especie de reclusión voluntaria.

Dos meses habían transcurrido por lo menos sin que ni siquiera hubiesen sospechado que se estaba practicando tan cerca de ellos la piadosa misión a que se consagraba aquel desconocido, y eso que hubieran podido utilizarla en provecho propio.

Sin embargo, llegó un día en que el buen Locmaillé tuvo noticia de lo que ocurría, y dijo algo de ello a Kernan, al cual le faltó tiempo para comunicárselo a su amo. Un rayo de satisfacción brilló en los ojos del conde al oírle.

—¡Por vida mía! —exclamó Kernan—. Ese buen clérigo debe ser un hombre decidido y valiente, pues se necesitan mucha abnegación y atrevimiento para obrar como él lo hace, exponiendo su existencia en los calamitosos tiempos que alcanzamos.

—Es muy cierto —repuso el conde—; pero también está dignamente recompensado al tener la dicha de difundir el bien en torno suyo.

—Sin duda, señor, y ahora me explico perfectamente que los habitantes de esta comarca se consideren venturosos con la presencia de ese santo varón en el país. ¿Sabéis, señor conde, que debe ser una cosa muy terrible morir sin confesión?

—Ciertamente, Kernan.

—Por lo que a mí hace —añadió el bretón, con el acento de una convicción profunda—, hubiera sido, el más cruel de los colores. El niño recién nacido puede aguardar y tiene siempre tiempo de ser bautizado, a más de que para este sacramento cualquiera puede reemplazar al sacerdote junto a la cuna; los jóvenes, por su parte, pueden aplazar su casamiento para tiempos más felices; pero morir sin tener a la cabecera un confesor, ¡oh, esto es horrible y capaz de desesperar a cualquiera!

—Dices bien, Kernan —le contestó el conde.

—Pero ahora que hablamos de ese ministro del Señor —exclamó el bretón —se me ocurre una cosa que alegraría mucho al caballero de Trégolan, a ese bravo joven a quien tanto debemos, y a quien difícilmente podremos pagar nunca, como es debido, sus nobles sacrificios. ¿Sabéis que mi sobrina tendría en él un marido como pocos, y con cuyo apoyo podría contar en todo evento?... Y la verdad, que al permitir el cielo que la salvase de una manera tan milagrosa, parecía indicar que se la reservaba a él, para un porvenir dichoso.

—Así debemos creerlo, por lo menos, Kernan —respondió el conde—, y Dios quiera que esa idolatrada niña pueda alcanzar la felicidad a que es acreedora; la pobre ha estado ya sometida a terribles pruebas, y sin duda merece una dulce recompensa por tantos sufrimientos; pero antes de hablar al caballero de Trégolan de ese sacerdote, déjame a mí arreglar este asunto, querido Kernan.

El bretón prometió no decir nada; pero el caballero no tardó mucho tiempo en oír hablar de lo que era objeto de todas las conversaciones en el país. Así es que corrió a participar su descubrimiento a Kernan, lo cual hizo sonreír a éste.

—Esta noche, cuando estemos cenando, hablad de eso y ya veréis lo que os responden.

Henry siguió puntualmente este consejo de Kernan, y aquella misma noche, después de haber ofrecido su mano a María, dio ya el nombre de padre al conde de Chanteleine.

—¿Pero quién podrá ver a ese sacerdote? —preguntó el caballero.

—Yo mismo —dijo el conde.

María, en un arrebató de emoción, se arrojó en brazos de su padre.

—¡Bravo! ¡Bravo!... —exclamó Kernan lleno de regocijo—. Esto va perfectamente y me augura días más dichosos, pues ya se aproxima el fin del fin... ¡Ah! Señor de Trégolan, ¿no es cierto que vos la amaréis como ella se merece?

—Sí, mi buen tío —contestó el caballero, arrojándose en brazos del bretón y estrechándole con fuerza contra su pecho.

Sin embargo, aún transcurrió un mes largo sin que el conde volviese a hablar del misterioso sacerdote. ¿Le había visto? Henry

apenas se atrevía a informarse de ello; pero una noche, el conde de Chanteleine anunció a su hija que su casamiento se celebraría el día 13 de julio en las grutas de Morgat.

Había, pues, que aguardar todavía tres semanas, que fueron para los amantes tres siglos de prueba; pero se vieron obligados a resignarse y a esperar.

El tiempo que conduce a la dicha parece siempre demasiado largo, y, con todo, es el que marcha más deprisa.

Todos se ocupaban en la cabaña de Locmaillé en hacer mil pequeños preparativos. Kernan se empeñó en que María estuviese muy bella con su traje de boda, y gastó algunos escudos viejos en comprarle, ya una cinta, ya una guirnalda de flores, ya una toca primorosa.

Henry se arruinó materialmente, lo cual, después de todo, no era muy difícil, pues conservaba muy poca cosa de su fortuna. Cierta día se fue con gran secreto a Châteaulin, y trajo un hermoso traje de campesina bretona.

Es necesario confesar que Kernan se impuso también la obligación de asistir a la ceremonia nupcial con un traje nuevo y con buenos zapatos y que hasta el mismo Locmaillé quiso estrenar zuecos para aquel día.

No hay que decir que todo esto estuvo dispuesto antes de la hora prefijada.

Sin embargo, Henry experimentaba cierta inquietud al pensar en el misterioso sacerdote. Él hubiera querido verle antes de la solemne ceremonia, y al saber la historia del tronco, en que los habitantes del país depositaban sus avisos para llamar a aquel padre de almas, una mañana corrió a donde se hallaba el árbol y depositó en su hueco tronco una nota recordando al misterioso sacerdote la fecha del 13 de julio y las grutas de Morgat.

Algunos momentos después, un hombre de bastante mal aspecto se apoderaba de la nota y desaparecía en el acto.

Por fin llegó la víspera del gran día; la última velada se pasó en el piso bajo de la casa. La dicha rebotaba en el corazón de Henry. El conde entretuvo a sus hijos indicándoles con persuasivas frases los grandes deberes de la vida, y de qué manera debían cumplirse en el mundo y en el seno de la familia, y sobre este tema se extendió diciéndoles cosas verdaderamente conmovedoras y de gran importancia.

Henry y María le oyeron con profunda atención, y cuando terminó su elocuente discurso, ambos se pusieron de rodillas y le pidieron su bendición.

—Sí, hijos míos —dijo el conde conmovido—, que el cielo os bendiga y os absuelva por medio de mis palabras; que Dios os guarde

y no os abandone en el curso de vuestra existencia; que la divina Providencia permita que se cumplan los deseos y la bendición de vuestro padre.

Y levantándolos del suelo los estrechó a los dos entre sus brazos.

Capítulo XIV

Las grutas de Morgat

El cabo de la Cabra se halla situado a la extremidad de una larga lengua de tierra, formada por las sinuosidades de la costa que cierra por el norte la bahía de Douarnenez.

El mismo promontorio domina otra especie de bahía más pequeña que se divisa perfectamente desde el pueblo mirando a mano derecha.

Las célebres grutas de Morgat se hallan en la parte céntrica de este promontorio y frente a una magnífica playa.

Varias son las que allí hay, y en las horas de marea baja, todas ellas son accesibles a los curiosos que desean visitarlas, menos la más notable, bella e imponente, en la cual no puede penetrarse sino surcando las olas.

Esta última es muy grande: tiene profundas cavidades impenetrables a la vista humana, y que hasta hoy no han podido sondearse por nadie, por falta de aire respirable; las teas y luces con que intentan alumbrarse los que pretenden penetrar en ella, palidecen y se apagan en cuanto llegan a su proximidad, y los seres animados no podrían respirar en aquella atmósfera; pero la parte exterior de la gruta es vasta, ventilada y ofrece un aspecto grandioso al que la mira. Aquel fue el lugar escogido para la celebración del matrimonio de María de Chanteleine y de Henry de Trégolan.

En las parroquias que rodeaban este sitio se divulgó la nueva de que iba a celebrarse en él una misa solemne. Fácil es comprender el efecto que produciría aquel suceso, en un país privado hacía mucho tiempo de aquellas ceremonias religiosas; así es que la población en masa de algunas leguas a la redonda se proponía acudir a las grutas de Morgat, tanto más cuanto que la elección de aquel lugar debía poner a los fieles al abrigo de cualquier sorpresa.

Precisados los pescadores a oír la misa desde sus barquillas, les era fácil escapar a la persecución de los *azules* que intentasen sorprenderlos por tierra.

Esta consideración había decidido al sacerdote a officiar en público y desde la gruta.

Llegó, por fin, aquel día tan deseado; soplaban un viento apacible del este. Desde muy temprano, un gran número de chalupas cargadas de hombres, mujeres, niños y ancianos zarparon del pequeño puerto de Douarnenez para atravesar la bahía.

La vista de aquella flotilla que se hacía a la vela con los pescadores y sus familias vestidos de fiesta con sus mejores trajes, presentaba un espectáculo magnífico.

La barca de Trégolan iba a la vanguardia de las demás. María estaba encantadora con su traje de novia, de campesina bretona, y con su aire de felicidad, pero que traslucía un fondo de melancolía.

Henry la llevaba cogida de la mano; Kernan guiaba el timón, y el buen Locmaillé iba en la proa de la embarcación cuidando de las velas.

El conde de Chanteleine había partido muy temprano y antes del desayuno. Era necesario que todo estuviese dispuesto y sobre todo que el personaje principal de aquella escena extraordinaria, esto es, el sacerdote, no faltase a la reunión.

Aunque la flotilla navegaba con buena mar, de vez en cuando refrescaba el viento, y entonces todas aquellas chalupas balanceaban, levantando a la vez sus proas y bajándolas a impulso de las olas cuando alguna ráfaga de la brisa las agitaba ligeramente.

La aldea de Douarnenez se perdía ya en lontananza a los ojos de los navegantes, y no tardo en aparecer a su vista la magnífica gruta a que se dirigían. No tenía campanario que se elevase sobre su bóveda, ni campanas que resonasen solemnemente llamando a los fieles para una misa de boda; pero la piadosa devoción de todo un pueblo iba a convertir en templo aquel edificio construido por la naturaleza.

Cuando arribaron a la gruta, la marea no estaba aún bastante alta para que se pudiese penetrar en ella.

Las barcas se colocaron en orden y aguardaron.

Por fin, las aguas se precipitaron rugiendo sobre la grava, después se extendieron espumosas por la arena, y por último se elevaron tranquilizándose al paso que iban subiendo.

Las barquillas, entonces, entraron en la gruta y se colocaron en círculo a lo largo de sus paredes, revestidas de rocas rojizas y brillantadas que arrojaban, como si fuesen de cornalina, bellísimos reflejos que encantaban la vista.

En el centro de la gruta había una roca aislada, un verdadero islote formado por varios peñascos de granito, sobre el cual se elevaba un altar. Algunos cirios ardían en candelabros de madera, y las últimas ondulaciones del mar iban a morir al pie de aquella ara consagrada al Eterno, mientras las barquillas se balanceaban en torno suyo, mecidas por las olas.

María, a pesar de la dulce emoción que experimentaba, dirigía a su alrededor miradas inquietas.

—¿Y mi padre? —preguntó al fin al bretón.

—Ya no puede tardar en venir —respondió éste.

—¡María, te amo! —murmuraba Henry al oído de la doncella.

En aquel instante resonó una campanilla en el fondo de la gruta y se vio avanzar lentamente una barca; cerca de la proa iba un pescador remando; un niño agitaba la campanilla en su centro, y en la popa se hallaba de pie el sacerdote, llevando el cáliz en la mano.

Cuando llegó a la roca, desembarcó en ella, colocó sobre el altar el vaso sagrado, y se volvió cara al mar mostrando su semblante a los asistentes.

—¡Mi padre! —exclamó María...

—¡El conde! —gritó Henry...

—¡Es él! —añadió Kernan.

En efecto, aquel sacerdote era el conde de Chanteleine; pero aunque los suyos no podían dar crédito a sus ojos, en medio de su admiración, todos guardaron el más profundo silencio.

El conde tomó entonces la palabra y dijo:

—Hermanos míos, hijos de mi alma, el que les habla en este momento es un padre, un viudo, que se ha hecho sacerdote con el solo objeto de traerlos los socorros de la religión. Un santo obispo, oculto cerca de Redon, le ha conferido las facultades y el derecho de ejercer el sacerdocio divino, y viene a casar a su hija con el hombre generoso que la ha salvado del patíbulo y a pedirlos que roguéis por ella y por él.

A estas palabras siguió un murmullo de admiración; todos los pescadores conocieron al que las había pronunciado, y todos comprendieron la sublime abnegación del conde.

María lloraba, y Kernan no podía pronunciar ni una palabra.

Entonces se explicaron la ausencia del conde. Los estudios teológicos, a que se había dedicado en su juventud le habían allanado el camino para alcanzar prontamente las órdenes menores, y en pocos días logró ser consagrado sacerdote.

Cuando volvió a reunirse con sus hijos, empleó sus noches en el ejercicio de su santo ministerio, para lo cual salía furtivamente de su casa bajando por la escalerilla exterior, sin que nadie advirtiera su ausencia, ni sus excursiones nocturnas; y si no reveló a su familia y a sus amigos el secreto de su nuevo estado, fue porque no había querido alarmarles con el temor de los peligros a que se exponía algunas veces.

Hizo una señal con la mano para que se acercase la barca de Tréolan al pie de la roca en que se elevaba el altar, y dio principio al santo sacrificio de la misa.

Había algo de tierno y de sublime a la vez en aquel viudo convertido en sacerdote, en aquel padre que casaba a su hija; lo inusitado de aquel acontecimiento, lo extraordinario de aquella situación dominaba todos los espíritus.

Muy pronto los murmullos de las plegarias se confundieron con los murmullos de las olas.

Cuando el conde pronunciaba las palabras del santo rito, se conocía su emoción por las inflexiones de su voz.

Llegó, por fin, el solemne momento de la elevación: resonó el tañido de la campanilla, los fieles se arrodillaron con profundo recogimiento, y el sacerdote elevó hacia el cielo la hostia consagrada...

En aquel instante resonaron gritos de alarma.

—¡Fuego! —exclamó una voz, y una espantosa descarga estalló de improviso.

—¡Los azules! ¡Los azules! —gritaron por todas partes, y cada barquichuela huyó por su lado a todo remo, haciéndose a la mar en distintas direcciones bajo los fuegos de un bergantín de guerra, *El Descamisado*, que se había interpuesto entre los pescadores y la playa, y botado al agua sus lanchas cargadas de soldados, los cuales se dirigieron a la gruta.

El desorden había llegado a su colmo, muchos heridos espiraban en sus barquillas entre los agudos lamentos de sus deudos y amigos; unos trataban de agarrarse a las rocas, después de haberse arrojado al mar buscando el medio de fugarse; otros morían ahogados; en medio de la humareda no se veían los pequeños barquichuelos que chocaban entre sí...

Entonces los republicanos penetraron en la gruta a bordo de una barca que llegó hasta el pie del altar, sobre el cual saltó un hombre feroz.

—¡Ah, conde de Chanteleine, al fin te tengo entre mis manos!... —exclamó agarrando al sacerdote y entregándolo a sus soldados. ¡Clérigo y noble...! —añadió con cínica sonrisa —buen negocio es el tuyo, amigo mío.

Aquel hombre era Karval.

La nota depositada por Trégolan en el tronco del árbol había sido sorprendida por un espía que vigilaba el país. Karval tuvo conocimiento por él de la ceremonia que se proyectaba celebrar, y embarcándose en Brest en un bergantín de guerra, al frente de sus sicarios, fue a sorprender a los infelices *blancos* en la gruta de Morgat.

Kernan reconoció a Karval; pero a un grito del conde, empujó la barca refugiándose en la parte más oscura de la gruta; mas a pesar de su rápida maniobra, Karval reconoció a María con gran sorpresa suya, pues la creía muerta, y la hizo buscar escrupulosamente cuando se disipó el humo de los disparos que oscurecía el espacio.

Pero Kernan no había vacilado en internarse en una de las cavidades más profundas de la gruta, aun a riesgo de morir asfixiado con sus compañeros, y las pesquisas que hacía Karval blasfemando eran inútiles.

—¡Nada!... ¡Nada!... —exclamó—. ¡La hija se escapa!... Pero, cómo es esto: ¿no fue guillotínada en Quimper?... ¿Por dónde pudo

huir?...

Haciendo estas reflexiones, mandó remar hacia fuera de la gruta.

Los pescadores que pudieron ganar la playa huyeron en distintas direcciones; Karval no pudo hallar nuevas víctimas en quienes cebar su saña, y hubo de contentarse con la detención del conde, a quien mandó conducir al bergantín, en el cual se embarcó de nuevo, internándose en el mar en dirección a Brest.

Entre tanto la situación de Kernan y sus amigos era terrible y no podía prolongarse un minuto más: María se había desmayado; Henry empezaba a asfixiarse; él mismo se sentía desfallecer; pero haciendo un esfuerzo supremo, en cuanto dejó de oír ruido, salió de la gruta, y se apresuró a huir de aquel peligroso refugio.

En cuanto salió al aire libre, hizo volver en sí a María de su desmayo, bañándole el rostro con agua.

—¡Vive, vive!... —exclamó el caballero.

—¡Padre!... —murmuró María.

Henry no respondió, y Kernan hizo un gesto terrible de amenaza que revelaba su cólera, exclamando con acento fatídico:

—¡Ah, Karval, yo te mataré!...

Y dejando a María al cuidado de Henry, cuya unión aún no había sido bendecida, se arrojó al mar, nadando vigorosamente, y cuando ya no vio el bergantín de los republicanos, saltó sobre la playa, en cuya arena halló tendidos algunos cadáveres de cuyas heridas brotaba aún la sangre; subió con pie firme a lo más elevado de las rocas, juntándose allí con algunos marineros que huían despavoridos.

—Decidme —les preguntó—, ¿dónde se hallan los azules?

—¡Allí! —le contestaron señalándole con el dedo el bergantín que en aquel momento doblaba el cabo de la Cabra.

—¿Y el clérigo? —volvió a preguntar Kernan.

—A bordo —le contestaron los pescadores.

Kernan saltó desde la roca a la playa, entró de nuevo en la gruta y desde allí se arrojó otra vez al agua, y alcanzó la barca, donde se hallaba tendida María, respirando apenas.

—¿Qué es de él? —preguntó Henry con afán.

—Se lo han llevado a Brest.

—En ese caso es preciso ir a Brest a liberarle o a morir —dijo Trégolan con energía.

—Tal es mi opinión —repuso Kernan—. Por de pronto no podemos volver a Douarnenez, pues allí ya no estaríamos seguros. Locmaillé se llevará la barquilla, y nosotros nos ocultaremos en las inmediaciones de Brest y allí aguardaremos.

—¿Pero cómo hemos de ir?

—Debemos ganar por tierra la rada de Brest.

—Pero ¿y María?

—Yo andaré, amigos míos —exclamó María, poniéndose en pie con esfuerzo sobrehumano—. ¡A Brest!... corramos a Brest.

—Esperaremos a que oscurezca —contestó Kernan.

Todo aquel día se pasó entre el temor, la esperanza y la desesperación; los infelices habían sido heridos por el rayo en el momento de ir a tocar la dicha.

Kernan hizo salir la barca al subir la marea de la tarde; al oscurecer volvió a ganar la playa: saltó a ella con sus compañeros y apretando la mano al buen Locmaillé, se puso en camino a través de los campos sosteniendo a María.

Media hora después, los fugitivos llegaron a la aldea de Crozon, situada a media legua de las grutas de Morgat, tropezando en su camino con cadáveres aún calientes... Una hora más caminaron todavía presenciando tan triste espectáculo...

Pero, ¿dónde iban aquellos desventurados? ¿Qué se proponían hacer? ¿Cómo arrancar al conde de las garras de la muerte?...

Por entonces nada sabían de todo esto; pero seguían caminando sin parar, y dejando a su espalda las aldeas de Penav-Menez, de Lescoat y de Laspilleau, llegaron al fin, después de dos horas de penosísima marcha, al pequeño pueblecillo de Fret, que se halla asentado en la misma rada de Brest.

María no podía ya más; felizmente, Kernan halló un pescador que se prestó a pasarles al otro lado de la rada.

Se embarcaron a la una de la madrugada Kernan, María y Henry, y desembarcaron, no en Brest, sino en la playa que conduce a Recouvrance, a la puerta de una pobre posada, sita en las inmediaciones de Porzik, y allí pudieron hallar una habitación.

Al otro día Kernan fue a la caza de noticias, y supo la vuelta del bergantín *Descamisado*, que había hecho una presa de gran importancia en las costas de Bretaña. Sabido esto volvió inmediatamente a la posada, y hablando con Henry le dijo:

—Ahora, señor de Trégolan, os dejo aquí con vuestra prometida, y voy a la ciudad a averiguar algunos pormenores indispensables para saber a qué debemos atenernos. Y sin aguardar respuesta partió velozmente; siguió a lo largo de la costa por la orilla del mar; pasó por dentro de Recouvrance; llegó al puerto de Brest, lo cruzó con una barquilla, y, dirigiéndose al castillo, estuvo todo el día bordeando en torno a él.

Brest era presa en aquellos momentos del más espantoso terror: la sangre corría a torrentes en la plaza pública: Jean Bon-Saint-André, que era a la sazón uno de los miembros del Comité de Salvación Pública, ejercía las más terribles represalias.

El tribunal revolucionario funcionaba sin descansar un solo instante, llevando la crueldad hasta el extremo de obligar a los niños a

que guillotinasen algunas víctimas, para enseñarles, según se decía, a leer en las almas de los enemigos de la república.

La locura se unía a la embriaguez, y una sed insaciable de sangre devoraba a aquellos hombres fanáticos.

Kernan, interrogando a unos y a otros, supo que el conde había sido encerrado en un calabozo y condenado a muerte, pero que su ejecución se retardaba por un motivo espantoso. Karval había exigido que la hija de Chanteleine fuese guillotinata a la vista de su padre, y delante de éste había jurado buscarla sin descanso y apoderarse de ella a toda costa.

—Es imposible que eso pueda suceder —se dijo Kernan—, hay cosas que no puede permitir las el cielo.

Pero sea de esto lo que fuera, Karval, después de haber recibido los plácemes y las felicitaciones de los clubs y del próconsul, volvió a marchar a Douarnenez para continuar sus pesquisas en busca de María.

Por la noche regresó Kernan a Porzik, y manifestó a los dos jóvenes que la ejecución se había aplazado, pero sin decirles la causa de aquella suspensión; y añadiendo que había resuelto ir todos los días a Brest para estar al corriente de lo que ocurría, y les recomendó que no pusiesen el pie fuera de su habitación, por ningún motivo del mundo.

Verdad es que María se hallaba postrada en el lecho y casi muerta; aquel último golpe le había destrozado el corazón.

En el transcurso de trece días, en que Kernan había ido por la mañana a Brest, y regresado por la noche a su posada, no pudo comunicar a sus amigos ni una sola nueva capaz de disipar su inquietud. La mayor parte de los pescadores que con sus mujeres e hijos habían sido aprisionados en la gruta de Morgat, iban siendo guillotinado impíamente; de suerte que sólo un verdadero milagro podía salvar al conde.

Al llegar el día decimotercero, esto es, el 26 de julio, partió Kernan, según su costumbre, pero muy de mañana, y no regresó, de suerte que Henry pasó toda la noche en una mortal inquietud.

Capítulo XV

La confesión

El retardo de la vuelta de Kernan a su posada lo había ocasionado un inesperado encuentro.

Serían las nueve de la noche, cuando volvió a Porzik, en el colmo de su desesperación, por haberse anunciado para el otro día la ejecución del conde de Chanteleine.

Como Karval no lograba encontrar a la hija a pesar de sus

investigaciones, había al fin resuelto que se guillotinasen al padre aunque aquella no apareciese, y Kernan a su vez resolvió apelar a los últimos extremos, arrebatando al conde de la fatal carrera que había de conducirle al cadalso; pero antes de tomar tan arriesgada resolución, quiso despedirse de María y de Henry por si los veía por última vez, y después de haber estado rondando toda la tarde en torno de la prisión del conde, salió de la ciudad.

Ya había atravesado el puerto de Brest; ya remontaba las calles escabrosas del caserío de Recouvrance, cuando notó que iba delante de él un hombre cuyo aire llamó su atención. La oscuridad no era todavía tan densa que le impidiese distinguir los objetos, y le hiciese equivocarse; algunos detalles característicos de aquel hombre le convencieron de que era el que tanto aborrecía, y no tardó mucho en cerciorarse de ello.

—¡Karval!... —dijo entre sí—¡Karval!

Y el odio, la cólera, el deseo de venganza le cegaron de tal suerte que estuvo a punto de arrojarle sobre aquel miserable y de matarle en el acto... pero haciendo un esfuerzo supremo logró contenerse.

—¡Ya le tengo! —se dijo a sí mismo con toda la sangre fría de que era capaz; se quitó los zapatos y se puso a seguir a Karval.

La oscuridad crecía rápidamente; las calles iban quedando más desiertas a cada instante que trascurría; Kernan tuvo necesidad de aproximarse más a Karval para no perderle de vista.

Desde luego, en lo que menos pensaba aquel miserable, era en que tenía tan cerca de sí al bretón, y en que éste se encontrase en la ciudad, por cuya razón no lo habría reconocido, aunque hubiera reparado en él; pero a pesar de esto no tardó en notar que alguien lo seguía y apretó el paso. Temiendo Kernan que de improviso se metiera en alguna casa, resolvió al fin de acercarse a él bruscamente, y apresurando su marcha le alcanzó no lejos de la ronda de la población y a corta distancia de las fortificaciones de la ciudad.

Karval se volvió con presteza y preguntó con voz poco segura:

—¿Qué se ofrece, ciudadano, qué quieres de mí?...

—Vengo a hacerte una denuncia —dijo Kernan.

—Ni esta hora, ni este lugar son a propósito para ello —replicó Karval, a quien el bretón había asido fuertemente por un brazo.

—Sí, lo son; y más para un patriota como tú: mi denuncia es de gran interés para la república.

—Pero en fin, ¿qué es lo que quieres?

—Sé que buscas a la ciudadana Chanteleine.

—¡Ah! —exclamó Karval, a quien su odio le hizo recobrar la confianza—. ¿Acaso sabes tú dónde se halla?

—La tengo en mi poder —respondió Kernan —y puedo entregártela.

—¿Cuándo?

—¡Al instante!

—¿Y qué pides por este servicio?

—Nada; vamos, pues...

—Aguarda; la guardia de las murallas no está lejos de aquí; voy a hacer que me acompañen algunos hombres, y mañana mismo se tumbará ante la guillotina, delante de su padre.

El puño de hierro del bretón apretó con tal violencia el brazo de Karval, que éste no pudo contener un grito de dolor.

En aquel momento la luz de un reverbero iluminó el rostro de Kernan, y Karval le miró con sobresalto: sus facciones se contrajeron de espanto, y con voz temblorosa exclamó:

—¡Kernan...Kernan! —y quiso gritar para pedir socorro; pero le faltó aliento para pronunciar una sola palabra; y un temblor convulsivo se apoderó de aquel bandido que era el más cobarde de los hombres.

Verdad es que tenía razón para temer; la fisonomía de Kernan era en aquel momento espantosa; sus ojos centelleaban como el rayo y apretaba con crispada mano un largo cuchillo cuya punta tocaba el pecho del republicano.

—Pronuncia una sola palabra y caes muerto en el acto —dijo el bretón con acento breve y con voz grave—. Ahora vas a seguirme.

—¿Pero qué es lo que quieres de mí? —preguntó aquel miserable alentando apenas.

—Hacerte ver a la señorita de Chanteleine. Agárrate de mi brazo; ¿me comprendes?... ahora vamos a pasar por delante de casas habitadas, tal vez por cerca de algún cuerpo de guardia; pero no lo olvides: la hoja de mi acero la sentirás siempre apoyada sobre tu corazón, y al menor movimiento, al menor grito que lances te la clavo hasta la empuñadura... mas sé que eres cobarde y no gritarás.

Karval no podía responder: cogido por una tenaza de acero, siguió al bretón sin hablar y sin oponer resistencia, de suerte que parecían dos buenos amigos.

Kernan se encaminó hacia la puerta de Recouvrance; algunos que se habían retrasado en su camino se encontraban con Kernan y Karval; pero éste no osaba ni siquiera mover los ojos pues sentía la punta del cuchillo que desgarraba su camisa.

Las calles quedaban por momentos más desiertas: grandes nubarrones, negros, aparecían en el cielo, haciendo más oscura la noche. A veces, Kernan apretaba con tal fuerza el brazo de su compañero, que le obligaba a lanzar sordos gemidos.

—Me haces daño... —murmuraba aquel miserable.

—Eso no es nada —respondía el bretón.

Por fin llegaron a la poterna de la ciudad; allí había un cuerpo de

guardia, bastante bien iluminado. Karval vio a los soldados que iban y venían a sus puestos; no tenía más que dar un grito para hacerse oír... sin embargo calló...

El centinela paseaba arriba y abajo, a tres pasos de él. Karval rozó con el brazo del soldado; una señal le hubiera bastado para ser comprendido... no la hizo.

El puñal de Kernan atravesaba ya la piel de su pecho, y algunas gotas de sangre manchaban sus vestidos.

Un momento después traspusieron el doble recinto de las fortificaciones, y siguieron el camino real durante un cuarto de hora en medio del silencio más profundo, y siempre enlazado el brazo de Karval al de Kernan.

Después el bretón se dirigió hacia la izquierda por un hondo sendero, y no tardaron en llegar a uno de esos campos incultos y sembrados de guijarros que forman la cumbre de las rocas que se destacan sobre la costa.

Al pie de aquellas rocas escarpadas se oía rugir el mar a cien pies de profundidad.

En aquel punto se detuvo el bretón, y apartó el cuchillo del pecho de Karval.

—Ahora —dijo con voz grave, pero que revelaba una resolución irrevocable y en que se traslucía la obstinación bretona—, ahora vas a morir.

—¡Yo!... —exclamó el miserable... y entonces quiso gritar, pero la voz se le quedó anudada en la garganta.

—Puedes gritar cuanto quieras —dijo Kernan con acento inexorable—, puedes pedir que te perdone... nadie te oirá, ni yo mismo. Nada puede ya salvarte. Yo en tu lugar, a fe de buen bretón, me resignaría a morir con valor, y no como un cobarde.

Karval intentó evadirse: pero Kernan le contuvo con una mano de hierro y casi le tendió en el suelo.

Entonces exclamó aquel miserable con voz entrecortada:

—Kernan, yo soy rico... tengo oro... mucho oro, y te daré todo el que quieras: pero ¡perdón! ¡Perdón!...

—¿Perdón a ti, miserable? —gritó Kernan con voz aterradora—¿A ti cuyo puñal ha asesinado a mi buena señora? ¿A ti, que con tus propias manos has prendido a mi noble amo, a mi hermano querido? ¿A ti, que ibas a arrojar a su hija a la guillotina? ¿A ti, a ti, bretón indigno, bretón renegado, vergüenza de tu patria, ladrón infame, feroz incendiario, que has robado, saqueado, devastado, y quemado tu país natal? ¡Ah, Dios me lo demandaría en la otra vida, si no te matase con mis propias manos...! ¡Muere, pues, infame!

Karval estaba tendido en el suelo; Kernan, apoyando la rodilla en el pecho de aquel miserable, levantaba el cuchillo con ademán terrible

para herirle... pero de pronto se detuvo: una idea súbita acababa de brotar en su mente, idea que había aplazado muchas veces la muerte de los vencidos, y que nacía del espíritu religioso que había hecho levantarse en masa a los vendeanos.

—¡Tú, morirás! —dijo Kernan poniéndose en pie, después de haber detenido el golpe mortal—; pero no sin confesión.

Karval apenas comprendió aquellas palabras; pero al oírlas, sintió renacer la esperanza, pues entrevió que su muerte se aplazaba, y aquello le hizo respirar; mas se hallaba tan quebrantado que no pudo moverse.

Kernan le agarró bruscamente con una mano y le puso en pie, murmurando entre sí sin cuidarse siquiera de aquel miserable:

—Sí, debes confesar antes de morir, no hay remedio, pero no puedo matarte sin confesión... pero ¿dónde hallar un sacerdote? ¿Dónde podré encontrarle? Iré a buscarle aunque sea a Brest, si es preciso. Será un juramentado, un *jurador*, pero ¿qué importa? para ese bandido eso será bastante.

Mientras el bretón pronunciaba en voz baja este monólogo, Karval caminaba casi arrastrando y suspendido como un cuerpo inerte del brazo de aquél; gotas de sangre manchaban las piedras del camino a casa paso que daba... y andando así no tardaron en ver los muros de Brest. El feroz republicano que conservaba todavía el instinto de la vida, comprendía que la única esperanza que le quedaba, si entraba en la ciudad, era gritar con todas sus fuerzas pidiendo socorro, y se hallaba decidido a hacerlo así, aunque hubiera de costarle la vida. Entonces abrió los ojos, y al mirar en torno suyo vio dibujarse a corta distancia los muros de la ciudad... algunos pasos más, y ya podría poner por obra su última tentativa de salvación... De improvisto apareció un hombre en la extremidad del hondo camino que cortaba la vía pública, y al verlo hizo un esfuerzo supremo, recogió toda la energía que le quedaba, y desprendiéndose violentamente del brazo de Kernan, emprendió a correr gritando:

—¡Salvadme! ¡Salvadme!

Pero el bretón se precipitó sobre él con la velocidad del rayo, y en dos saltos se apoderó de nuevo de su persona; entonces fijó los ojos en aquel hombre que la casualidad les deparaba, y lanzó un grito de feroz alegría.

—¡Yvenat! —dijo—. ¡El cura Yvenat! ¿Quién osará negar que la mano de Dios, que la justicia divina anda en todo esto? Karval, escucha, ése es un sacerdote, un sacerdote de los tuyos... ¿lo entiendes?

Karval dio un paso atrás con espanto.

Entonces Kernan dirigiéndose a Yvenat, le dijo:

—Yo os conozco, Yvenat: yo fui el que os salvó de la isla de

Tristán; vos sois sacerdote; este hombre está condenado a muerte: confesadle.

—Pero... —dijo el clérigo.

—Nada de objeciones; no hay perdón posible; cumplid vuestro sagrado deber.

Yvenat quiso resistirse; pero Kernan levantó su mano formidable y dijo:

—No me hagáis cometer una violencia y un sacrilegio, teniendo que obligaros a obedecerme. Confesad a ese hombre; si no puede hacer examen de conciencia en breves minutos, yo ayudaré su memoria: él ha asesinado, ha robado, y ha incendiado comarcas enteras, y sólo le quedan breves instantes de vida para arrepentirse antes de comparecer ante el tribunal de Dios...

En aquel momento tuvo lugar una escena desconsoladora: aquel miserable que tantos crímenes había cometido sintió renacer en su alma los recuerdos de su infancia: horribles remordimientos se apoderaron de su conciencia; cayó de rodillas vertiendo un mar de lágrimas y confesó con labios balbucientes todos sus delitos. Pero ni su actitud ni sus palabras despertaban la compasión de Kernan.

El clérigo temblaba estremecido y apenas comprendía las entrecortadas palabras del penitente. No pudiendo prolongar por más tiempo aquella terrible situación que le desgarraba el alma, tras una breve fórmula dio su absolución al condenado a morir y huyó de aquel sitio sin volver la cara atrás.

Apenas había desaparecido por el ángulo del camino hondo, cuando un grito siniestro resonó en el aire... el clérigo vio a lo lejos un hombre que llevando a otro sobre sus hombros subía a lo más alto de una roca saliente, que parecía asomarse a mirar el océano... al llegar a su borde aquel ser fatídico, levantó sobre su cabeza la carga que llevaba y arrojó un cadáver en las negras aguas de la profunda bahía.

Capítulo XVI

El nueve de termidor

A la media noche volvió a entrar Kernan en Porzik, y con acento sombrío manifestó a sus amigos que acababa de matar a Karval.

María se estremeció; una palidez mortal asomó a su frente y temblando de miedo entró en su estancia y se arrojó sobre el lecho cubriéndose el rostro con ambas manos.

No bien había desaparecido, el bretón asió del brazo a Henry y le dijo al oído:

—Mañana es el día de la ejecución.

El caballero palideció de terror.

—Mañana; pero yo arrancaré a mi amo de las garras de la muerte,

al pie mismo del cadalso, o moriré con él.

—Yo iré con vos —dijo Henry.

—¿Y qué será entonces de María?

—¡María!... ¡María!... —exclamó el joven.

—Ya lo veis, es necesario que permanezcáis a su lado por si yo llego a morir; pero procurad que ella no sepa nada. ¡Pobre niña!... Mañana será huérfana a no ser que un milagro me ayude a devolverle a su padre.

Henry quiso insistir todavía; pero el deber que le inspiraba su valor luchaba con los sentimientos de su corazón, que le obligaban a permanecer al lado de su prometida esposa.

Ni Kernan ni Henry pudieron dormir un solo instante en toda aquella noche funesta.

El bretón dirigió los ojos al cielo, y rezó con fervor muchas horas.

A la mañana siguiente, Kernan abrazó a María procurando dominar su emoción. Apretó con fuerza la mano del caballero y volvió a tomar el camino de Recouvrance.

No tenía proyecto alguno determinado; iba a esperar que las circunstancias le marcasen la conducta que debía seguir cuando llegase el momento supremo de obrar.

A las seis de la mañana entró en la ciudad y se dirigió a la cárcel. Allí aguardó sobre dos horas; vio llegar la carreta pintada de rojo que penetró en el edificio, saliendo de él a las ocho en punto cargada de víctimas; entre ellas estaba el conde de Chanteleine.

Los guardias nacionales rodeaban aquel horrible vehículo, y el fúnebre cortejo se dirigió lentamente al patíbulo.

El conde vio a Kernan entre la multitud; Kernan fijó en el conde sus ojos y ambos se interrogaron con sus miradas... ¿qué podía preguntar el conde sino lo que había sido de su hija? Una señal del bretón le dio a entender que estaba segura. Chanteleine manifestó que lo había comprendido, dibujando en los labios una ligera sonrisa y levantando los ojos al cielo para darle gracias por la libertad de su hija.

La carreta avanzaba entre tanto por en medio de una compacta multitud. Los descamisados del pueblo, los clubistas, los desechos de la sociedad insultaban a los condenados y les amenazaban con feroces ademanes, prodigándoles al propio tiempo las más groseras injurias.

Sobre todo, el conde, por su doble carácter de noble y sacerdote, era el blanco de las más groseras diatribas, de los más brutales insultos.

Kernan marchaba siempre junto a la carreta, y al dar la vuelta de una esquina, divisó enfrente de sí el horrible instrumento de muerte a menos de doscientos pasos de distancia.

De improviso paró el fúnebre carruaje, y la multitud se detuvo...

Algo extraordinario acontecía: todos se preguntaban el motivo de aquella parada repentina, cuando un confuso clamor se dejó oír por todas partes resonando sobre el murmullo general estas palabras:

—¡Basta!... ¡Basta de sangre!

—¡Que vuelvan atrás las víctimas!

—¡Abajo los tiranos! ¡Muera Robespierre! ¡Viva la república!

Una sola palabra bastará para explicar aquel extraño suceso. En París acababa de tener lugar la célebre jornada del 9 de termidor.

El telégrafo que Chappe había hecho adoptar a la Convención dos años antes, acababa de comunicar la gran noticia de que Roberpierre, Couthon y Saint-Just habían perecido a su vez en la guillotina, y aquella nueva produjo una instantánea reacción, pues todo el mundo empezaba ya a estar harto de sangre.

La piedad venció a la cólera entre las masas y la fatal carreta fue detenida.

Kernan se lanzó entonces sobre ella, y agarrando al conde con una fuerza sobrehumana, se lo llevó entre la multitud, sin que nadie pudiese detenerle, en medio de los vivos y los bravos de cuantos le rodeaban...

Media hora después, el conde de Chanteleine se hallaba en los brazos de su hija.

Durante los quince días de asombro que siguieron a los acontecimientos del 9 de termidor fue fácil al conde y a sus hijos trasladarse a Inglaterra seguidos siempre del bravo Kernan.

Dios había dado a sus infortunios un desenlace que no hubieran podido esperar jamás de parte de los hombres.

Aquí termina este episodio, sacado de los peores días del Terror.

Lo que sucedió después cualquiera puede adivinarlo.

El casamiento de Henry de Trégolan y de María de Chanteleine se efectuó en Inglaterra, en cuyo país vivió toda la familia algunos años.

Cuando los emigrados pudieron volver a su patria, el conde fue uno de los primeros que regresaron a ella, encaminándose inmediatamente a Chanteleine con María, Henry y el fiel Kernan que no les abandonó jamás.

Allí transcurrió su vida, tranquila y feliz. El conde siguió ejerciendo su sagrado ministerio, con ejemplar fervor, en su pequeña parroquia; prefiriendo aquel ejercicio humilde y oscuro a las altas dignidades que le ofrecieron, y los pescadores de aquella costa hablan hoy todavía con profunda gratitud y sincero cariño del noble y virtuoso cura de Chanteleine.

FIN

Gil Braltar

Traducido por Ariel Pérez

Género: Cuento

Año de publicación: 1887

Sinopsis:

Gil Braltar es la divertida historia de un loco militar que lidera a un ejército de monos, a quienes los lleva a una lucha por la reconquista del peñón del mismo nombre, el cual había pertenecido a los españoles y que recientemente había sido conquistado por los ingleses. A través de este cuento humorístico, Julio Verne realiza una crítica irónica al imperialismo inglés de su época, a sus ansias de conquista, racismo, y en general, a su política colonial.

Capítulo I

Habían allí unos setecientos u ochocientos, cuanto menos. De una talla promedio, pero robustos, ágiles, flexibles, hechos para los saltos prodigiosos, se movían iluminados por los últimos rayos del sol que se ponía al otro lado de las montañas ubicadas al oeste de la rada. Pronto, el rojizo disco desapareció y la oscuridad comenzó a invadir el centro de aquel valle encajado en las lejanas sierras de Sanorra, de Ronda y del desolado país del Cuervo.

De pronto, toda la tropa se inmovilizó. Su jefe acababa de aparecer montado en la cresta misma de la montaña, como sobre el lomo de un flaco asno. Del puesto de soldados que se encontraban sobre la parte superior de la enorme piedra, ninguno fue capaz de ver lo que estaba sucediendo bajo los árboles.

—¡Uiss, uiss! —silbó el jefe, cuyos labios, recogidos como culo de pollo, dieron a ese silbido una extraordinaria intensidad.

—¡Uiss, uiss! —repitió aquella extraña tropa, formando un conjunto completo.

Un ser singular era sin duda alguna aquel jefe de una estatura alta, vestido con una piel de mono con el pelo al exterior, su cabeza rodeada de una enmarañada y espesa caballera, la cara erizada por una corta barba con sus pies desnudos y duros por debajo como un casco de caballo.

Levantó el brazo derecho y lo extendió a la parte inferior de la

montaña. Todos repitieron de inmediato aquel gesto con una precisión militar, mejor dicho, mecánica, como auténticos muñecos movidos por un mismo resorte. El jefe bajó su brazo y todos los demás bajaron sus brazos. Él se inclinó hacia el suelo. Ellos se inclinaron igualmente adoptando la misma actitud. Él empuñó un sólido bastón que comenzó a ondear. Ellos ondearon sus bastones y ejecutaron un molinete similar al suyo, aquel molinete que los esgrimistas llaman «la rosa cubierta».

Entonces, el jefe se dio la vuelta, se deslizó por entre las hierbas y se arrastró bajo los árboles. La tropa lo siguió mientras se arrastraban al mismo tiempo.

En menos de diez minutos fueron recorridos los senderos del monte, descarnados por las lluvias sin que el movimiento de una piedra hubiera puesto al descubierto la presencia de esta masa en marcha. Un cuarto de hora después, el jefe se detuvo. Todos se detuvieron como si se hubieran quedado congelados en el lugar.

A doscientos metros más abajo se veía la ciudad, cobijada por la extensa y oscura rada.

Numerosas luces centelleantes hacían visible un confuso grupo de muelles, casas, villas y de cuarteles. Más allá se distinguían fanales de los barcos de guerra, los fuegos de los buques comerciales y de los pontones anclados en el muelle y que eran reflejados en la superficie de las tranquilas aguas. Más lejos, en la extremidad de la Punta de Europa, el faro proyectaba su haz luminoso sobre el estrecho.

En ese momento se oyó un cañonazo: el first gun fire, lanzado desde una de las baterías rasantes. Luego se comenzaron a escuchar los redobles de los tambores acompañados de los agudos silbatos de los pífanos.

Era la hora del toque de queda, la hora de recogerse en casa. Ningún extranjero tenía ya el derecho de caminar por la ciudad, a no ser que estuviera escoltado por algún oficial de la guarnición. Se les ordenaba a los miembros de las tripulaciones de los barcos que regresaran a bordo antes de que las puertas de la ciudad se cerraran. Con intervalos de quince minutos, circulaban por las calles algunas patrullas que llevaban a la estación a aquellos que se habían retrasado o a los borrachos. Entonces la ciudad se sumía en una profunda tranquilidad.

El general Mac Kackmale podría dormir entonces a pierna suelta.

Esa noche no parecía que Inglaterra tuviera que temer que algo ocurriera en su Peñón de Gibraltar.

Capítulo II

Es sabido que este gran peñón, que tiene una altura de

cuatrocientos veinticinco metros, reposa en una base de doscientos cuarenta y cinco metros de ancho, con cuatro mil trescientos de largo. Su forma se asemeja a un enorme león echado, su cabeza apunta hacia el lado español, y su cola se baña en el mar.

Su rostro muestra los dientes —setecientos cañones apuntando a través de sus troneras—, los dientes de la anciana, como alguien dice. Pero una anciana que mordería duro si alguien la irritara. Inglaterra está sólidamente apostada en el lugar tanto como en Perim, en Adén, en Malta, en Pulo-Pinang y en Hong Kong, otros tantos peñones que, algún día, con el progreso de la mecánica, podrán ser convertidos en fortalezas giratorias.

Mientras llega el momento, Gibraltar asegura al Reino Unido una dominación indiscutible sobre los dieciocho kilómetros de este estrecho que la maza de Hércules abrió entre Abila y Calpe, en lo más profundo de las aguas mediterráneas.

¿Han renunciado los españoles a reconquistar este trozo de su península? Sí, sin duda, porque parece ser inatacable por tierra o por mar.

No obstante, existía uno que estaba obsesionado con la idea de reconquistar esta roca ofensiva y defensiva. Era el jefe de la tropa, un ser raro, que se puede decir que estaba loco. Este hombre se hacía llamar precisamente Gil Braltar, nombre que sin duda lo predestinaba para hacer viable esta conquista patriótica. Su cerebro no había resistido y su lugar hubiera debido estar en un asilo para dementes. Se le conocía bien. Sin embargo, desde hacía diez años, no se sabía a ciencia cierta lo que había sido de él. ¿Quizás erraría a través del mundo? Realmente, no había abandonado su dominio patrimonial. Vivía como un troglodita, bajo los bosques, en cuevas, y más específicamente en el fondo de aquellos inaccesibles reductos de las grutas de San Miguel, que según se dice se comunican con el mar. Se le creía muerto. Vivía, sin embargo, pero a la manera de los hombres salvajes, privados de la razón humana, que sólo obedecen a sus instintos animales.

Capítulo III

El general Mac Kackmale dormía perfectamente a pierna suelta, sobre sus dos orejas, un poco más alargadas de lo que manda el reglamento. Con sus desmesurados brazos, sus ojos redondos, hundidos bajo espesas cejas, su cara rodeada de una áspera barba, su fisonomía gesticulante, sus gestos de antropopiteco, el prognatismo extraordinario de su mandíbula, era de una fealdad notable, incluso para un general inglés. Un verdadero mono. Pero excelente militar por otra parte, pese a su figura simiesca.

¡Sí! Dormía en su confortable morada de Main Street, una calle sinuosa que atraviesa la ciudad desde La Puerta del Mar hasta La Puerta de la Alameda. Quizás el general soñaba que Inglaterra se apoderaba de Egipto, Turquía, Holanda, Afganistán, de Sudán o del país de los bóers, en una palabra, de todos los puntos del globo que se ajustaban a su conveniencia, justo en el momento en que corría el peligro de perder Gibraltar.

La puerta del cuarto se abrió de repente.

—¿Qué ocurre? —preguntó el general Mac Kackmale, incorporándose de un salto.

—¡Mi general —le contestó un ayudante de campo que había entrado por la puerta como un torpedo—, la ciudad está siendo invadida!...

—¿Los españoles?

—¡Debe ser!

—¡Se habrán atrevido!...

El general no terminó la frase. Se levantó, arrojó de lado el madrás que ceñía su cabeza, se deslizó en sus pantalones, se zambulló en su traje, se dejó caer en sus botas, se caló su bicornio, se armó con su espada mientras decía:

—¿Qué es ese ruido que estoy escuchando?

—El ruido de las rocas que avanzan como un alud por toda la ciudad.

—¿Son numerosos esos bribones?...

—Deben serlo.

—Sin duda que todos los bandidos de la costa se han reunido para ejecutar este ataque: los contrabandistas de Ronda, los pescadores de San Roque y los refugiados que pululan en todas las poblaciones...

—Es de temer, mi general.

—¿Y el gobernador?... ¿Ha sido prevenido?

—¡No! ¡Es imposible ir a darle aviso a su quinta de la Punta de Europa! ¡Las puertas están ocupadas, las calles están llenas de asaltantes!...

—¿Y el cuartel de La puerta del Mar?...

—¡No existe medio alguno para llegar hasta allí! ¡Los artilleros deben encontrarse sitiados en su cuartel!

—¿Con cuántos hombres cuenta usted?...

—Unos veinte, mi general. Son los soldados del tercer regimiento quienes pudieron escapar cuando todo comenzó.

—¡Por San Dunstán! —exclamó Mac Kackmale— ¡Gibraltar arrebatada a Inglaterra por estos vendedores de naranjas!... ¡No!... ¡Eso no ocurrirá!

En ese momento, la puerta del cuarto dio paso a un extraño ser que saltó en los hombros del general.

Capítulo IV

—¡Ríndase! —exclamó una ronca voz, que más tenía de rugido que de voz humana.

Algunos hombres, que habían acudido detrás del ayudante de campo, iban a abalanzarse sobre el hombre que había acabado de penetrar en el cuarto del general, cuando a la claridad del cuarto los individuos reconocieron al recién llegado.

—¡Gil Braltar! —exclamaron.

Era él, en efecto, el hombre del cual no se hablaba desde mucho tiempo atrás, el salvaje de las grutas de San Miguel.

—¡Ríndase! —volvió a gritar.

—¡Jamás! —contestó el general Mac Kackmale.

De repente, en el momento en que los soldados lo rodeaban, Gil Braltar emitió un silbido agudo y prolongado.

Inmediatamente, el patio del edificio, luego el edificio todo se llenó de una masa invasora.

¿Lo creerán ustedes? ¡Eran monos, monos por centenares! ¿Venían pues a recuperar de los ingleses este peñón del que son los verdaderos dueños, este monte que ocupaban mucho antes que los españoles, mucho antes que Cromwell hubiese soñado en su conquista para Gran Bretaña? ¡Sí, en verdad! Y eran terribles por su número, estos monos sin colas, con los cuales no se vivía en paz, sino a condición de tolerar sus merodeos, estos seres inteligentes y atrevidos que las personas evitan molestar, pues sabían vengarse (lo habían hecho muchas veces) haciendo rodar enormes rocas sobre la ciudad.

Y ahora, estos monos se habían convertido en los soldados de un loco, tan salvaje como ellos, este Gil Braltar que conocían, que vivía la vida independiente de ellos, de este Guillermo Tell cuadrumanizado, que ha concentrado toda su existencia a un solo pensamiento: expulsar a todos los extranjeros del territorio español.

¡Qué vergüenza para el Reino Unido, si aquella tentativa tuviera éxito! ¡Los ingleses, que habían derrotado a los indios, abisinios, tasmanios, australianos, a los hotentotes y a muchos otros, ahora serían vencidos por unos simples monos!

¡Si semejante desastre llegara a ocurrir, el general Mac Kackmale no tendría otro remedio que volarse los sesos! ¡Era imposible sobrevivir a semejante deshonor!

Sin embargo, antes que los monos, llamados por el silbido de su jefe, hubiesen invadido la habitación del general, algunos soldados habían podido atrapar a Gil Braltar. Aquel loco, dotado de vigor extraordinario, se resistió, y no costó poco trabajo reducirlo. Su piel prestada le había sido arrancada en la lucha; se encontraba amarrado,

amordazado y casi desnudo en una esquina de la habitación sin poder moverse ni emitir algún sonido. Poco tiempo después, Mac Kackmale abandonó su casa con la firme resolución de vencer o morir de acuerdo a una de las más importantes reglas militares.

Pero el peligro en el exterior no era menor. Al parecer, algunos soldados se habían podido reunir en La puerta del Mar y avanzaban hacia la casa del general. Varios disparos se oyeron en los alrededores de Main Street y la plaza de Comercio. Sin embargo, el número de simios era tal que la guarnición de Gibraltar corría peligro de verse muy pronto obligada a ceder posiciones. Y entonces, si los españoles hacían causa común con los monos, los fuertes serían abandonados, las baterías se quedarían desiertas, las fortificaciones no contarían con un solo defensor, y los ingleses que habían hecho inaccesible aquella roca, ya no volverían a poseerla jamás.

De repente, se produjo un brusco giro en el curso de los acontecimientos.

En efecto, a la luz de algunas antorchas que iluminaban el patio, pudo verse a los monos batirse en retirada. Al frente de la banda iba su jefe blandiendo su bastón. Todos lo seguían a su mismo paso, imitando su movimiento de brazos y piernas.

¿Había podido Gil Braltar desatarse y arreglárselas para escapar de la habitación donde se encontraba prisionero? No había duda posible. ¿Pero adónde se dirigía ahora? ¿Se dirigía a la punta de Europa, a la villa del gobernador con el objetivo de atacarlo y obligarlo a rendirse, así como había hecho con el general?

¡No! El loco y su banda bajaron por Main Street. Luego de haber cruzado por la puerta de la Alameda, marcharon oblicuamente a través del parque y comenzaron a subir por la cuesta de la montaña.

Una hora después, en la villa no quedaba uno solo de los invasores de Gibraltar.

¿Qué había ocurrido, entonces?

Pronto se supo, cuando el general Mac Kackmale apareció en el límite del parque.

Había sido él mismo quien, desempeñando el papel del loco, se había envuelto en la piel de mono del prisionero y había dirigido la retirada de la banda. Parecía de tal manera un cuadrúmano, este bravo guerrero, que logró engañar a los monos. Así fue como no tuvo que hacer otra cosa más que presentarse y todos lo siguieron.

Simplemente, una idea genial, que fue muy pronto recompensada con la concesión de la Cruz de San Jorge.

En cuanto a Gil Braltar, el Reino Unido lo cedió, a cambio de dinero, a un Barnum que hace fortuna exhibiéndolo en las principales ciudades del viejo y el nuevo mundo. El Barnum incluso da a entender de buen grado que no es aquel salvaje de San Miguel quien exhibe,

sino el general Mac Kackmale en persona.

Sin embargo, esta aventura constituyó una buena lección para el gobierno de Su Graciosa Majestad. Comprendió que si bien Gibraltar no podía ser tomada por los hombres, estaba a merced de los monos. En consecuencia, Inglaterra que es muy práctica, decidió no enviar allí, en lo sucesivo, sino a los más feos de sus generales, de manera que los monos volvieran a engañarse si ocurriera otro hecho similar.

Esta medida le asegurará, verdaderamente para siempre, la posesión de Gibraltar.

FIN

Editado por Ariel Pérez

Género: Cuento

Año de publicación: 1886

Sinopsis:

En Luktrop, un recóndito pueblecito que no aparece en los mapas, vive el avaro doctor Trifulgas, quien sólo atiende a pacientes con dinero. Cierta ocasión, en medio de un paisaje fantástico, desolado y azotado por las tormentas, el doctor Trifulgas sufrirá las consecuencias de su avaricia, al no querer atender a un paciente pobre en una noche desapacible.

Capítulo I

¡Frritt...!, es el viento que se desencadena.

¡Flacc...!, es la lluvia que cae a torrentes.

La mugiente ráfaga encorva los árboles de la costa volsiniana, y va a estrellarse contra el flanco de las montañas de Crimma. Las altas rocas del litoral están incesantemente roídas por las olas del vasto mar del Megalocride.

¡Frritt...! ¡Flacc...!

Al fondo del puerto se oculta el pueblecillo de Luktrop. Algunos centenares de casas, con verdes miradores que apenas las defienden contra los terribles vientos. Cuatro o cinco calles empinadas, más barrancos que vías, empedradas con guijarros, manchadas por las escorias que proyectan los conos volcánicos del fondo. El volcán no está lejos: el Vanglor. Durante el día, sus emanaciones se esparcen bajo la forma de vapores sulfurosos. Y por la noche, de minuto en minuto, se producen fuertes erupciones de llamas. Como un faro, con un alcance de ciento cincuenta kertsés, el Vanglor señala el puerto de Luktrop a los buques de cabotaje, barcos de pesca y transbordadores cuyas rodas cortan las aguas del Megalocride.

Del otro lado de esta villa se amontonan algunas ruinas de la época crimeriana. Tras un arrabal de aspecto árabe, una alcazaba de blancas paredes, con techos redondos y azoteas devoradas por el sol. Es un cúmulo de piedras arrojadas al azar, verdadero montón de dados cuyos puntos hubieran sido borrados por la pátina del tiempo.

Entre todos ellos se destaca el Seis-Cuatro, nombre dado a una construcción extraña, de techo cuadrado, con seis ventanas en una cara y cuatro en la otra.

Un campanario domina la villa: el campanario cuadrado de Santa Phililene con campanas suspendidas del grosor de los muros, que el huracán hace resonar algunas veces. Mala señal. Cuando esto sucede, los habitantes tiemblan.

Esto es Luktrop. Unas cuantas moradas, miserables chozas esparcidas en la campiña, en medio de retamas y brezos, passim como en Bretaña. Pero no estamos en Bretaña. ¿Estamos en Francia? No lo sé. ¿En Europa? Lo ignoro.

De todos modos, no busque Luktrop en el mapa, ni siquiera en el atlas de Stieler.

Capítulo II

¡Froc...! Es un discreto golpe que suena en la estrecha puerta del Seis-Cuatro, abierta en el ángulo izquierdo de la calle Messagliere. Es una casa de las más confortables, si tal palabra tiene algún sentido en Luktrop; una de las más ricas, si el ganar un año por otro, unos miles de fretzers constituye alguna riqueza.

Al golpe ha respondido uno de esos ladridos salvajes, en los que hay algo de aullido, que recuerdan el ladrido del lobo. Luego se abre, por encima de la puerta del Seis-Cuatro, una ventana de guillotina.

—¡Al diablo los inoportunos! —dijo una voz mal humorada.

Una jovencita, tiritando bajo la lluvia, envuelta en una pobre capa, pregunta si el doctor Trifulgas está en casa.

—¡Está o no está, según!

—Vengo porque mi padre se está muriendo.

—¿Dónde se muere?

—En Val Karniu, a cuatro kertsés de aquí.

—¿Y se llama...?

—Vort Kartif.

—Vort Kartif... ¿el hornero?

—Sí, y si el doctor Trifulgas...

—¡El doctor Trifulgas no está!

Y la ventana se cerró brutalmente, mientras los Frritts del viento y los Flaccs de la lluvia se confundían en un alboroto ensordecedor.

Capítulo III

Un hombre duro, este doctor Trifulgas. Poco compasivo, no curaba si no era a cambio, y eso por adelantado. Su viejo Hurzof, una mezcla de bulldog y faldero, tiene más corazón que él. La casa del

Seis-Cuatro inhospitalaria para los pobres, no se abre más que para los ricos. Además, él tiene una tarifa: tanto por una tifoidea, tanto por una congestión, tanto por una pericarditis, tanto por cualquiera de las otras enfermedades que los médicos se inventan por docenas. Sin embargo, el hornero Von Kartif era un hombre pobre, de una familia miserable ¿Por qué tiene que molestarse en una noche como aquella al doctor Trifulgas?

—¡Sólo el haberme hecho levantar vale ya diez fretzers!— murmuró al acostarse de nuevo. Apenas habían transcurrido veinte minutos cuando la aldaba volvió a golpear la puerta del Seis-Cuatro.

El doctor abandonó gruñendo su caliente lecho y se asomó a la ventana.

—¿Quién va?—gritó.

—Soy la mujer de Von Kartif.

—¿El hornero de Val Karniu?

—¡Sí! ¡Y si usted se niega a venir, morirá!

—¡Pues bien, se quedará viuda!

—Aquí traigo veinte fretzers...

—¡Veinte fretzers por ir hasta Val Karniu, que está a cuatro kertsés de aquí!

—¡Por caridad!

—¡Vaya al diablo!

Y la ventana se cerró. ¡Veinte fretzers! ¡Bonito hallazgo! ¡Arriesgarse un catarro o a unas agujetas solo por veinte fretzers, sobre todo cuando mañana le esperan en Kiltreno, en casa del rico Edzingov, el gotoso, cuya gota le representa cincuenta fretzers por cada visita!

Pensando en esta agradable perspectiva, el doctor volvió a dormirse más profundamente que antes.

Capítulo IV

¡Fritt...! ¡Flacc...! Y luego: ¡froc...! ¡froc...! ¡froc...!

A la ráfaga se le han unido ahora tres aldabonazos aplicados por una mano más decidida. El doctor dormía. Finalmente se despertó, ¡pero de qué humor! Al abrir la ventana, el huracán penetró como un saco de metralla.

—Es por el hornero...

—¿Aún ese miserable?

—¡Soy su madre!

—¡Que la madre, la mujer y la hija revienten con él!

—Ha sufrido un ataque...

—¡Pues que se defienda!

—Nos han enviado algún dinero —señaló la vieja—. Un adelanto

sobre la venta de la casa de Dontrup, la de la calle Messagliere. ¡Si usted no acude, mi nieta no tendrá padre, mi hija no tendrá esposo y yo no tendré hijo...!

Era a la vez conmovedora y terrible oír la voz de aquella anciana, al pensar que el viento helaba la sangre en sus venas y que la lluvia calaba sus huesos.

—¡Un ataque cuesta doscientos fretzers! —respondió el desalmado Trifulgas.

—¡Sólo tenemos ciento veinte!

—¡Buenas noches!

Y la ventana volvió a cerrarse. Pero, mirando bien, ciento veinte fretzers por hora y media de camino, más media hora de visita, hacen sesenta fretzers a la hora, un fretzer por minuto. Poco beneficio, pero tampoco para desdeñar.

En vez de volverse a acostar, el doctor se envolvió en su vestido de lana, se introdujo en sus grandes botas impermeables, se cubrió con su holopanda de bayeta, y con su gorro de piel en la cabeza y sus manoplas en las manos, dejó encendida la lámpara cerca de su Codex, abierto en la página 197, y empujando la puerta del Seis-Cuatro se detuvo en el umbral.

La vieja todavía continuaba allí, apoyada en su bastón, descarnada por sus ochenta años de miseria.

—¿Los ciento veinte fretzers...?

—¡Aquí están, y que Dios se los devuelva centuplicados!

—¡Dios! ¡El dinero de Dios!, ¿Hay alguien acaso que haya visto de qué color es?

El doctor silbó a Hurzof y, colocándole una linterna en la boca, emprendió el camino hacia el mar.

La vieja le siguió.

Capítulo V

¡Que tiempo de Frritts y Flaccs! Las campanas de Saint Philfilene se han puesto a sonar a impulsos de la borrasca. Mala señal. ¡Bah! El doctor Trifulgas no es supersticioso. No cree en nada, ni siquiera en su ciencia, excepto en lo que le produce.

¡Que tiempo! Pero también, ¡que camino! Guijarros y escorias; despojos arrojados por el mar sobre la playa, escorias que crepitan como los residuos de las hullas en los hornos. Ni una otra luz más que la vaga y vacilante de la linterna del perro Hurzof. A veces la erupción en llamas del Vanglor, en medio de las cuales parecen retorcerse extravagantes siluetas. No se conoce qué hay en el fondo de aquellos insondables cráteres. Tal vez las almas del mundo subterráneo que se volatilizan al salir.

El doctor y la vieja siguen el contorno de las pequeñas bahías del litoral.

El mar está teñido de un color blanco lívido, y chispea al atacar la línea fosforescente de la resaca, que parece verter gusanos de luz al extenderse sobre la playa.

Ambos suben así hasta el recodo del camino, por entre las dunas, cuyas atochas y juncos entrechocan con ruido de bayonetas.

El perro se aproximó a su amo y parecía querer decirle:

«¡Vamos! ¡Ciento veinte fretzers para encerrarlos en el arca! ¡Así se hace fortuna! ¡Una fanega más que agregar al cercado de la vida! ¡Otro plato más en la cena de la noche! ¡Una empanada más para el fiel Hurzof! ¡Cuidemos los enfermos ricos, cuidémoslos por su bolsa!»

En aquel momento la vieja se detiene. Muestra con su tembloroso dedo una luz rojiza en la oscuridad. Es la casa de Vort Kartif, el hornero.

—¿Allí? —dice el doctor.

—Sí —responde la vieja.

—¡Harrahuau! —ladra el perro Hurzof.

Y de pronto truena el Vanglor, conmovido hasta los contrafuertes de su base. Un haz de fuliginosas llamas asciende al cielo, agujereando las nubes. El doctor rueda por el suelo.

Jura como un cristiano, se levanta y mira.

La vieja ya no está detrás de él. ¿Ha desaparecido en alguna grieta del terreno, o quizás ha volado a través del frotamiento de las brumas?

En cuanto al perro, allí está, de pie sobre sus patas traseras, con la boca abierta y con la linterna apagada.

—¡Adelante! —murmura el doctor Trifulgas.

Ha recibido sus ciento veinte fretzers y como hombre honrado que es, tiene que ganarlos.

Capítulo VI

Sólo se puede ver un punto luminoso a una distancia de medio kertse. Es la lámpara del moribundo, del muerto tal vez. Es, sin duda, la casa del hornero. La abuela ya la ha señalado con el dedo. No hay error posible.

En medio de los silbadores Frritts, de los crepitantes Flaccs, del ruido sordo y confuso de la tormenta, el doctor Trifulgas avanza a pasos apresurados.

A medida que avanza la casa se dibuja mejor, aislada como está en medio de la landa.

Es singular la semejanza que tiene con la casa del doctor, con el Seis-Cuatro de Luktrop. La misma disposición de ventanas en la

fachada, la misma puertecilla centrada.

El doctor se apresura tanto como se lo permite la ráfaga. La puerta está entreabierta; no hay más que empujarla. La empuja, entra, y el viento la cierra brutalmente tras él. Y el perro Hurzof, afuera, aúlla, callándose por intervalos, como los chantres entre los versículos de un salmo de las Cuarenta Horas.

¡Es extraño! Diríase que el doctor Trifulcas ha vuelto a su propia casa. Sin embargo, no se ha extraviado. No ha dado un rodeo que le haya conducido al punto de partida. Se encuentra sin duda en Val Karniu, no en Luktrop. No obstante, el mismo corredor bajo y abovedado, la misma escalera de caracol de madera, gastada por el roce de las manos.

Sube, llega a la puerta de la habitación de arriba. Por debajo se filtra una débil claridad, como en el Seis-Cuatro. ¿Es una alucinación? A la vaga luz reconoce su habitación, el canapé amarillo, a la derecha el cofre de viejo peral, a la izquierda el arca ferrada donde pensaba depositar sus ciento veinte fretzers. Por aquí su sillón con orejeras de cuero, allí su mesa de retorcidas patas, y encima, junto a la lámpara que se extingue, su Codex abierto en la página 197.

—¿Qué me pasa? —murmuró.

¿Qué tiene? ¡Miedo! Sus pupilas están dilatadas, su cuerpo contraído. Un sudor helado le enfría su piel, sobre la cual siente correr rápidas horripilaciones.

¡Pero apresúrate! ¡Falta aceite, la lámpara va a extinguirse, el moribundo también!

¡Sí! Allí está el lecho, su propio lecho de columnas, con su pabellón tan largo como ancho, cerrado por cortinas con dibujos de grandes ramajes. ¿Es posible que aquélla sea la cama de un miserable hornero?

Con mano temblorosa, el doctor Trifulgas agarra las cortinas. Las abre. Mira.

El moribundo, con la cabeza fuera de las ropas, permanece inmóvil, como a punto de dar su último suspiro. El doctor se inclina sobre él...

¡Ah! ¡Qué grito escapa de su garganta, al cual responde, desde fuera, el siniestro aullido de su perro!

¡El moribundo no es el hornero Vort Kartif! ¡Es el doctor Trifulgas...! Es él mismo, atacado de congestión: ¡él mismo! Una apoplejía cerebral, con brusca acumulación de serosidades en las cavidades del cerebro, con parálisis del cuerpo en el lado opuesto a aquel en que se halla la lesión.

¡Sí! ¡Es él quien ha venido a buscarle, por quien han pagado los ciento veinte fretzers! ¡Él, que por dureza de corazón se negaba a asistir al hornero pobre! ¡Él, el que va a morir!

El doctor Trifulgas está como loco. Se siente perdido. Las consecuencias crecen de minuto en minuto. No sólo todas las funciones de relación se están suprimiendo en él, sino que de un momento a otro van a cesar los movimientos del corazón y la respiración. Y, a pesar de todo, ¡aún no ha perdido por completo el conocimiento de sí mismo!

¿Qué hacer? ¿Disminuir la masa de la sangre mediante una emisión sanguínea? El doctor Trifulgas es hombre muerto si vacila...

Por aquel tiempo aún se sangraba y, como al presente, los médicos curaban la apoplejía a todos aquellos que no debían morir.

El doctor Trifulgas agarra su bolsa, saca la lanceta y pincha la vena del brazo de su sosia; la sangre no acude a su brazo. Le da enérgicas fricciones en el pecho: el juego del suyo se detiene. Le abrasa los pies con piedras candentes: los suyos se hielan.

Entonces su sosia se incorpora, se agita, lanza un estertor supremo...

El doctor Trifulgas, pese a todo cuanto pudo inspirarle la ciencia, muere entre sus manos.

¡Frritt...! ¡Flacc...!

Capítulo VII

A la mañana siguiente no se halló más que un cadáver en la casa del Seis-Cuatro: el del doctor Trifulgas. Lo colocaron en un féretro, y fue conducido con gran pompa al cementerio de Luktrop, junto a tantos otros a quienes él había enviado según la fórmula.

En cuanto al viejo perro Hurzof, se dice que, desde aquel día, recorre sin cesar la landa, con la linterna encendida en la boca, aullando como un perdido.

Yo no sé si es así; ¡pero pasan cosas tan raras en el país de Volsinia, precisamente en los alrededores de Luktrop!

Por otra parte, se los repito, no busquen esta villa en el mapa. Los mejores geógrafos aún no han podido ponerse de acuerdo sobre su situación en latitud, ni siquiera en longitud.

FIN

notes

Notas a pie de página

¹ Es la primera obra publicada por Verne en la revista *Musée des Familles*, cuando tenía 23 años, en 1851. El relato tuvo cierto éxito. Cuando Verne era ya famoso, fue publicada por su editor Hetzel en 1876 bajo el título *Un drama en México*, junto a la novela *Miguel Strogoff*. Esta versión es distinta a la de 1851, pues en ella Jules Hetzel suprimió muchas de las ricas descripciones que hace Verne de México. La versión conocida de 1876 es la que aquí se publica. (Nota del administrador).

² Magistrado de la antigua república de los Países Bajos. Esta magistratura fue conferida por vez primera (1584) a Mauricio de Nassau.

³ Quintín Metsys (1465 1539 ق) solo fue pintor; se dedicó especialmente a asuntos religiosos, retratos y cuadros de género.

⁴ Pasta de azúcar presentada en forma de barras delgadas y retorcidas.

⁵ Primer magistrado municipal de algunas ciudades de Alemania, Países Bajos, etc.

⁶ Rodolfo I de Hasburgo murió en 1291.

⁷ También preterición: acción y efecto de preterir. En retórica, es la figura que consiste en aparentar que se quiere pasar por alto aquello que se dice encarecidamente. La palabra aposiopesis significa reticencia.

⁸ Davy fue famoso más como químico que como fisiólogo.

⁹ Boca de combustión, sin mecha, de los aparatos de alumbrado por gas de hulla, acetileno, etc. Regula la salida del fluido y le da forma favorable para combinarse con el aire.

¹⁰ Género de lana asargada.

¹¹ La frecuencia de las pulsaciones varía según la edad, siendo de 120 en el recién nacido y 60 en el anciano. El término medio es de 70 a 80 por minuto.

¹² Danza antigua en compás de 2 por 4 y movimiento muy vivo.

[13] Así llaman en el país a los que habitan las tierras pantanosas y cultivables, y a los que viven en los bosques o carrascales.